

Xabier
Gutiérrez **El bouquet
del miedo**



se

DADOS DE COPYRIGHT

Sobre a obra:

A presente obra é disponibilizada pela equipe [Le Livros](#) e seus diversos parceiros, com o objetivo de oferecer conteúdo para uso parcial em pesquisas e estudos acadêmicos, bem como o simples teste da qualidade da obra, com o fim exclusivo de compra futura.

É expressamente proibida e totalmente repudiável a venda, aluguel, ou quaisquer uso comercial do presente conteúdo

Sobre nós:

O [Le Livros](#) e seus parceiros disponibilizam conteúdo de domínio público e propriedade intelectual de forma totalmente gratuita, por acreditar que o conhecimento e a educação devem ser acessíveis e livres a toda e qualquer pessoa. Você pode encontrar mais obras em nosso site: [LeLivros.site](#) ou em qualquer um dos sites parceiros apresentados [neste link](#)

"Quando o mundo estiver unido na busca do conhecimento, e não mais lutando por dinheiro e poder, então nossa sociedade poderá enfim evoluir a um novo nível."



En pleno mes de septiembre, tiempo de vendimia, y a pocos días para que empiece la recolección de la uva, al subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra le asignan la investigación del asesinato de la enóloga Esperanza Moreno, encargada hasta entonces de la elaboración del vino de las Bodegas Sáenz de la finca Marbil, una de las más prestigiosas haciendas de La Rioja, y productora del apreciado vino VVV. Su cuerpo ha sido hallado sin vida en su piso del barrio antiguo de San Sebastián, en medio de un charco de sangre y con la garganta seccionada. Todo parece indicar que se trata de un crimen pasional, cuando a las pocas horas de encontrar el cadáver, desaparece el novio de la víctima, Roberto, operador de cámara en uno de los programas de televisión de cocina más exitosos del país y dirigido por un afamado cocinero.

El subcomisario Parra tendrá que dilucidar quién puede estar detrás de este crimen, a la vez que la búsqueda del paradero de Roberto se convierte en una carrera contrarreloj para solucionar el caso.

La intriga que yace detrás de la liturgia de la elaboración del vino se mezcla con la tensión y el vértigo que rodean el mundo de la televisión, sus protagonistas y los límites de sus egos y ambiciones. Nadie está a salvo en estos dos sectores tan competitivos donde el poder lo puede todo.

Xabier Gutiérrez

El bouquet del miedo
Los aromas del crimen - 02

Para la mujer que reposa en el altar del cielo

*Para todas las librerías que escondieron libros
y que sortearon la censura*

Para la librería Negra y Criminal y sus libros negros

Camino a tiendas entre los árboles. Los hombres todavía patrullan. A veces se oyen disparos. La herida de la cabeza sigue sangrando. Hace tanto frío que agradezco su calor.

FERNANDO CARRETERO,
El manto de la época (Editorial Cantábrica)

Algún lugar de España. 26 de octubre de 1937.

La noche avanzaba con más rapidez de lo que habían imaginado. La luna en cuarto menguante aprovechaba los huecos para mirar entre las nubes.

—¡Date prisa, joder! —instó el acompañante al conductor del camión mientras este traqueteaba, indeciso pero constante, por una estrecha pista llena de piedras, ceñida de ramas de árboles, rota de curvas salpicadas de gravilla y polvo, que hacían que el vehículo oscilase de un lado a otro violentamente.

Un pasillo sin posibilidad alguna de escapatoria. Los ojos de Luis se entornaban intentando ver más allá de lo que las tenues luces del camión le alumbraban. Sus manos atenazaban el volante. Su pie derecho apretaba el tocoso acelerador procurando que la velocidad no le hiciera perder el control. Abría los ojos requiriendo del entorno más claridad.

A pesar del ruido se oían con nitidez los lamentos y los gritos entrecortados de algunos de los hacinados pasajeros que viajaban en la parte posterior del vehículo, cuando estos rebotaban entre sí y contra la lona que cubría la parte trasera del Chevrolet de 1934.

—¡Vamos, vamos, más deprisa! —gritó Eugenio.

—¡Cállate de una puta vez! —bramó el conductor—. No puedo ir más rápido, ¿quieres que nos matemos todos?

A pesar del rango superior que ostentaba Eugenio, prefirió no contestar al estallido de ira del conductor temiendo que en alguna curva se saliese de la calzada. Se agarró con fuerza a un extremo del asiento, entornó los ojos y tragó saliva.

Carlos, en el extremo opuesto del banco corrido de la delantera del camión, no decía palabra. Asía con fuerza su fusil con la mano izquierda. Con la otra se agarraba a un extremo de la puerta del camión en un intento de evitar salir despedido a causa de los impredecibles y fuertes zarandeos del vehículo. Iba con los ojos cerrados y el sudor de su frente, a pesar del frío extremo que entraba por la ventanilla, llevaba varios minutos formando pequeños hilos que descendían por su mejilla derecha. Movía los labios mudos de sonidos, plenos de pensamientos. Parecía que rezaba. Su rostro reflejaba un miedo profundo. Su boca exhalaba un vaho helador, blanco y espeso. El frío casi cortaba la respiración.

—Ya estaremos llegando, ¿no? —preguntó Luis con voz temblorosa e implorante.

—Sí, sí —contestó Eugenio—, solo un kilómetro más, es ahí delante.

Había mucha prisa por acabar. Por terminar un trabajo sucio y cruel como el que aquellos tres hombres tenían encomendado.

Las escasas luces del pequeño camión apenas lograban iluminar el escenario

que, como sacado de una pesadilla terrorífica, se deslizaba ante ellos y los abrazaba con tacto marmóreo. Algunas de las ramas eran tan largas que chocaban contra el capó del camión y se rompían con chasquidos secos que no hacían sino poner fúnebre percusión a la huida hacia delante que significaba aquel viaje al abismo.

María del Mar no conocía a ninguno de sus ocho acompañantes, pero compartía con ellos la práctica totalidad de la trasera del camión, la cara de terror y las manos atadas a la espalda con una gruesa cuerda de esparto. La oscuridad bajo la lona era casi absoluta. Por un momento se intuyó, en medio del ruido, el padrenuestro que uno de los allí presentes había empezado a recitar entre sollozos.

La velocidad del camión parecía acrecentarse mientras el suelo se hacía cada vez más inestable y polvoriento.

El camino pareció cerrarse aún más, pero solo fue un espejismo. El camión deceleró y llegó al final de la pista, un pequeño claro dentro de un bosque tupido. El vehículo hizo un giro brusco y aminorando la velocidad se detuvo; pero el motor siguió en marcha con los faros encendidos, iluminando el tétrico escenario. El polvo que había levantado se fue depositando con lentitud sobre la tierra. No había ni pizca de viento.

Solo mucho frío.

Por unos instantes se hizo la calma. Nadie se movió. Solo se oía el sonido del ralentí sordo y a veces desacompañado del motor. El tiempo se había detenido. Nadie quería moverse.

Carlos palpó su cartuchera y notó que «el puro» estaba en su sitio. Quitó el seguro de su Astra 400, dejó el fusil apoyado en el asiento y se mantuvo inmóvil.

Pero el recreo apenas duró dos segundos.

—¿Qué hacéis? —le espetó Eugenio—, ¿a qué esperáis? ¡Bájate, mierda, bájate!, y tú también —añadió mirando a Luis.

Los tres soldados se bajaron del vehículo y fueron a la parte trasera.

María del Mar oyó cómo alguien se acercaba al medio portón trasero del camión y notó los pasos acercándose. La venda en los ojos hacía que su imaginación fuese más allá de la ya de por sí cruda realidad. Calculó que llevaban en el camión algo más de media hora. Tenía sensación de mareo, las manos entumecidas por las cuerdas y los pies congelados; su media melena ligeramente ensangrentada por el golpe en la cara que uno de los soldados le había propinado en su detención. Su mente por unos instantes intentó volar de la mano de su novio. Despertar de esa pesadilla. Sentir sus labios besándola. Sus brazos rodeándola con fuerza. Notar su olor.

Pero nada de aquello era posible.

Su cerebro oía el rumor de la muerte arrastrando sus cadenas y borbaba constantemente cualquier intento de lucidez que diera una explicación lógica a su

situación.

El corazón estaba a punto de estallarle, latía desbocado. La ropa que vestía cuando se la llevaron de casa apenas la protegía del relente de la noche y las manos sujetas a la espalda no hacían sino incrementar la sensación de frío y de dolor.

Oyó gritos apagados; no pudo saber qué decían. Fuera las cosas parecían confusas.

—¡Imbécil, puto cobarde!, ¡ven aquí inmediatamente! ¡Te lo ordeno, hostia! —espetó Eugenio con rabia.

Luis se había desviado unos metros y había comenzado a vomitar en la base de un árbol cercano.

En el interior los nueve detenidos se mantenían quietos y en silencio. Se oía rezar a alguno de los ocupantes.

Carlos se encontraba junto a la puerta trasera del camión y también estaba claro que sus labios estaban murmurando una oración. Miró de reojo cómo Eugenio traía del brazo a Luis con el rostro desencajado y restos de vómito en su casaca.

Antes de llegar le gritó:

—Y tú, Carlos, ¿a qué esperas?, ¡sácalos a todos! —gritó Eugenio mientras se giraba de nuevo hacia Luis zarandeándolo en un intento de que reaccionase—. ¡Compórtate, joder!, ¿quién cojones te crees que eres para hacer esto? No son más que gentuza, reacciona, ¡coño!

Como accionado por un resorte Carlos cerró los ojos y se puso en movimiento. Abrió el cerrojo de la puerta trasera y bajó el portón de madera de forma brusca; este cayó con un sonido duro y seco. Pareció el pistolotazo de salida de una carrera.

—¡Todo el mundo fuera, rápido, joder! —gritó Carlos.

Mientras las nueve personas obedecían sumisas y comenzaban a apearse a trompicones, volvió a palpar la pistola, pero esta vez la sacó de su cartuchera.

María del Mar bajó la última. Con ayuda de la boca había tirado levemente de la burda venda que tapaba sus ojos y parte de su rostro y había conseguido visión parcial con el ojo izquierdo. En un fugaz instante pudo ver casi de refilón la pistola que su captor mantenía amenazante. Reconoció que era una Astra 400. Un auténtico «puro».

Lo que a continuación vio, la dejó paralizada.

La única luz provenía de los faros del camión y estos iluminaban un escenario lúgubre. Una parte de claro entre la tupida maleza con árboles frondosos de fondo constituía todo lo que ella podía distinguir mientras observaba cómo el tal Eugenio, con una pistola igual en la mano, obligaba a tumbarse al primero de los nueve desdichados.

Cuando ella llegó, la hilera de personas besando boca abajo el frío suelo

estaba ya completa. De un golpe en la espalda la obligaron, como a los demás, a yacer de igual manera sobre el polvoriento y húmedo terreno. Sintió la tierra bajo sus labios mientras con la ayuda de sus dientes lograba retirar casi por completo el trozo de mugrienta tela que a modo de venda impedía su visión. Giró la cabeza y observó con pavor cómo uno de sus captores en el extremo opuesto se acercaba al primero de los prisioneros blandiendo la pistola en la mano.

Fue entonces cuando comenzaron los compases iniciales de la sinfonía.

Varios de ellos empezaron a gritar.

—¡Somos inocentes!

Súplicas tan inútiles como entrecortadas atravesaron el escenario igual que un cuchillo desafilado divide la carne, desgarrándola.

—¡Carlos, empieza, joder! —rugió Eugenio.

Este no reaccionó. Su faz era la imagen misma del pavor. A pesar de ello se acercó como un autómatas a la primera de las personas que se encontraban tumbadas en fila y apuntó a su nuca. Pese a la corta distancia su mano temblorosa hacía dudar de su firmeza.

Pero no fue así.

El fogonazo de la pistola al dispararse iluminó la escena como un *flash*. La sangre salpicó de rojo brillante parte de la tierra y el cuello de la cazadora de la primera víctima.

La sinfonía se intensificó.

—Dios mío, tengo familia, no hemos hecho nada... por favor, por favor. —Se oían los lamentos sin identidad.

La mirada de Carlos había pasado del miedo al horror, pero a pesar de ello dio un paso a la izquierda y se acercó a la siguiente persona de la macabra fila. Volvió a disparar.

De nuevo la luz, el estallido. De nuevo la sangre.

María del Mar tenía la cabeza girada y contemplaba la escena con apatía aunque con los ojos muy abiertos. Con los parpados petrificados en una mueca de miedo notó cómo se iba acercando a ella. Pero no pudo dejar de mirar con absurda fascinación cómo el soldado iba reventando la cabeza de los detenidos.

El tercer disparo acalló gran parte de las súplicas.

Más cerca.

El silencio se apoderó de la escena. Nadie gritaba, nadie se lamentaba.

El cuarto disparo pareció más sordo, pero la sangre volvió a correr. De nuevo el suelo se tiñó de rojo universal, salpicando la tierra y las mentes por igual.

El soldado prosiguió su fúnebre ritual.

Más cerca.

María del Mar observó la figura, con una amplia casaca, cada vez más próxima, acercándose.

Podía ver a la perfección sus botas altas. Los remaches reflejaban la luz de

los faros del camión.

—¡Venga, rápido! —gritó de nuevo Eugenio.

Carlos levantó la mirada perdida, como la de un robot, y lo miró sin contestar.

Cuando de sendos disparos voló las cabezas de los dos siguientes inocentes, sus cuerpos se estremecieron por el impacto. Se acercó aún más a María del Mar y vio, medio ido, que esta había logrado quitarse la venda y lo estaba observando.

No se inmutó. Las miradas de ambos se cruzaron y se detuvieron al mismo tiempo. Un reto por parte de la mujer tan irrazonable como valiente. Tan inconsciente y absurdo como esperanzador.

«Matar a una mujer. Asesinarla con frialdad», pensó él.

«Una Astra solo tiene 8 disparos. Tiene que volver a recargarla, me lo contó mi padre una vez, cuando empezó la guerra», reflexionó ella en un ejercicio de sangre fría.

El soldado se situó a sus pies y la encañonó. Era la última. El silencio se había adueñado de la escena. Ya no había gritos ni sollozos. María del Mar era la novena persona de la hilera que quedaba por ejecutar.

Ambos se sostuvieron la mirada.

Pero en esta ocasión a Carlos ya no le temblaba el pulso. La fila de ocho desgraciados ajusticiados en apenas un minuto le había disipado cualquier temor. Había aprendido rápido a asesinar inocentes. Se encontraba increíblemente sereno. Sabía cómo se hacía, ya tenía la curtida experiencia del instante anterior, un doctorado de apenas unos segundos para conocer los entresijos de crueldad que el cerebro humano podía llegar a albergar; una licenciatura gratuita sin maestros. Además, no le importaba que fuese una mujer. «Ya sé cómo se hace —pensó Carlos—. Ya sé cómo se manda al carajo al enemigo. No tengo miedo. No tengo más que esparcir sus sesos por la tierra como lo acabo de hacer con sus compañeros —se repitió a sí mismo—. Se lo merecen».

Los recuerdos de la venganza le atenazaron el cerebro.

Los rostros de sus padres pasaron durante una décima de segundo por su imaginación y por unos instantes pensó que la mujer se parecía a su madre asesinada seis meses atrás en uno de los frentes. Tenía una foto de ella cuando era joven en su casa... «No intentes confundirte», se dijo.

Eugenio empezó a enfundar su pistola con cierta expresión de relajó; ya estaba el trabajo casi hecho, solo quedaba una. Luis se encontraba en la parte delantera del camión con la puerta abierta. Su cara de espanto era muy marcada. Se apoyó en la ventanilla, de espaldas a la terrible escena, esperando el último y definitivo disparo. Sintió de nuevo ganas de vomitar. Respiró hondo. «Dispara de una vez, no aguanto más, por Dios, vámonos de este horrible lugar», murmuró agotado.

Carlos y María del Mar se sostuvieron de nuevo las miradas, pero eso no fue óbice para dejar de apuntarle.

« La ruleta rusa jugará a mi favor » , pensó ella.

« Si quieres te mataré de frente, no me importa » , pensó él.

Su mano se alzó más y apuntó entre sus ojos. Rozó el gatillo y presionó con suavidad.

« Adiós hija de puta » , pensó.

Pero no hubo estallido.

Solo un clic apagado.

Aquello fue el sonido que ella estaba esperando. « El Astra tiene ocho disparos. Tiene que volver a cargarla, vamos, vuela chiquilla —se dijo—. ¡Vuela, vuela, vuela!» , susurró.

En una rápida maniobra y a pesar de tener las manos atadas a la espalda giró sobre sí misma y, merced a la libertad que le daba su amplia falda, hizo un extraño y a la vez hábil movimiento y se puso en pie, comenzando a correr despavorida hacia el único hueco entre los árboles por el que intuyó que podría caber. Lo hizo tan deprisa y con tanta destreza que en el efímero acto se pudo observar algo de la belleza y plasticidad de la supervivencia, destacando entre tanto desatino.

Luis movió la cabeza con rapidez al no escuchar el sonido que esperaba y vio la escena en cámara lenta, como en una película: ella desapareciendo entre la oscuridad del bosque; Eugenio levantando el fusil e intentando acertar al blanco en movimiento en el que se había convertido María del Mar; Carlos intentando llenar el cargador de la Astra con una nueva remesa de balas mientras juraba entre dientes: « ¡Hostia, lo que faltaba!» .

El tiempo se detuvo para todos menos para la mujer.

—¡Que se escapa! —gritó con fuerza Eugenio.

—¡Dispara, dispárale! —contestó Carlos mientras terminaba de cargar su pistola.

Se oyó el solitario disparo del fusil de Eugenio, que pasó a escasos centímetros de la cabeza de María del Mar.

Pero cuando bajó el fusil ya no la veía. Ella había desaparecido introduciéndose en la frondosidad del bosque.

—¡Gilipollas!, ¿no sabes cuántas balas tiene un « puro » , imbécil? —chilló a su compañero—. ¿Dónde has dejado el fusil?

—Está en el camión —contestó Carlos tembloroso en un intento torpe de justificarse.

Ambos se acercaron corriendo al lugar por donde había desaparecido la mujer. Intentaron mirar entre la espesura pero la oscuridad, fuera del pequeño círculo que conformaban los faros del camión, era casi total. Eugenio apartó varias ramas adentrándose en el bosque apenas unos metros pero enseguida dio media vuelta y desistió.

—No irá muy lejos —comentó Carlos tratando de disculparse.

—¡Tú qué coño sabes! —contestó su superior dándole la espalda con desdén.

Ambos se dieron media vuelta y observaron la escena como espectadores ajenos al horror que habían provocado: ocho cuerpos ensangrentados e inertes yacían en fila. Sus ojos volvieron a sentir miedo.

Se acercaron a Luis, que se encontraba de espaldas apoyado en la puerta abierta del camión. Se negaba a mirar la escena. Su cara estaba como su alma: descompuesta. Se negó a moverse.

—Vamos, venga, es igual. Diremos que hemos hecho el trabajo completo. A quién le importa —añadió con desdén Eugenio.

La sangre desbordaba la imaginación y el terror a partes iguales.

Los dos soldados arrastraron los cuerpos sin vida unos metros hacia el interior del bosque tapándolos burdamente con hojas y ramas. Mientras, Luis seguía en estado catatónico. Miraba sin ver. Apenas parpadeaba y su rostro se mantenía ausente. Parecía ajeno al lugar.

Pero la escena estaba siendo observada.

María del Mar se encontraba a apenas veinte metros de ellos agachada detrás de un árbol, con los ojos muy abiertos y sin parpadear, intentando que sus pupilas pudieran atrapar la escasísima luz que provenía del camión. Intuyó con la vista, pero sobre todo con el oído, que movían los cadáveres. Se había retirado por completo la venda, que colgaba floja del cuello, y se encontraba agachada e inmóvil, parapetada tras un grueso tronco, tratando de romper las ataduras de sus manos contra una piedra que se encontraba en la base, evitando hacer el menor ruido. Cuando lo consiguió oyó que los soldados abandonaban el lugar. Escuchó el ruido de las puertas del camión cerrándose con estruendo. La luz de los faros del camión desapareció por completo. El sonido del motor se fue apagando. El silencio se solapó con el frío y se hizo notar aún más.

Ahora la oscuridad era absoluta.

Comenzó a andar. Los sonidos del bosque, en la total ausencia de luz, se tornaron amenazadores. Estaba aterrorizada. A cada paso que daba los notaba muy cerca y por mucho que su mente le decía que no eran más que lagartijas o topos, no se lo terminaba de creer. Su imaginación la estaba volviendo loca.

«Serás atacada por jabalíes o por cualquier alimaña —pensó—. Desearás que aquel desalmado te hubiera matado de un misericordioso disparo, ahora podrías verte devorada viva por un lobo» .

Este último pensamiento le hizo retroceder y a tientas palpó el árbol tras el que se había guarecido. Notó las ásperas grietas de su corteza, su musgo blando y algo viscoso. Deslizó sus manos a su alrededor percatándose de la enorme circunferencia del tronco, en un intento pueril de sentir el cobijo de alguien. No sabía qué hacer. La desorientación era absoluta. Pensó en volver a la carretera, pero no se atrevió. Solo imaginar que los soldados estuvieran cerca le ponía la carne de gallina. Esperó un rato más y decidió empezar a caminar sin rumbo, en

la más absoluta negrura, a pesar de que los sonidos del bosque se empecinaron en asustarla.

Pero pronto se dio cuenta de que su verdadero enemigo no iba a ser su imaginación, sino la temperatura, que seguía bajando a medida que la noche se cerraba.

Sus pies estaban helados. No sentía las manos. Se abrigó con la corta y fina chaqueta de punto que llevaba puesta cuando la fueron a buscar y comenzó a bajar a tientas ladera abajo. Creyó estar andando varias horas, tropezando en repetidas ocasiones, arrastrando hojas y barro en sus zapatos. Su cuerpo tiritaba de manera convulsa. Pensó que tenía que seguir, pero sus pensamientos cada vez se hacían más confusos; calculó que llevaba más de dos horas deambulando por el bosque. Cayó varias veces en su errática huida hacia ningún lado, y las erosiones en sus manos empezaban a no dolerle. Se sentó, exhausta, y, chupándose las múltiples heriditas que se había hecho en su desesperada carrera, se derrumbó. Sintió un dolor agudo en uno de sus dedos cuando lo palpó y constató que tenía media uña del dedo anular desprendida; se la agarró con decisión en un intento de paliar el nuevo dolor del que hasta ahora no se había percatado. Notó una zona de humedad y sus pies se hundieron levemente en el barro; percibió el agua entrando por sus zapatos. Bajó la mano y palpó agua muy fría, espesa; se mojó los labios secos y escupió con asco al notar la tierra disuelta en ella. Tenía sed, pero el frío se obstinaba en impedirle sentir nada más. Las piernas le flaquearon.

Comenzó a llorar.

En la más absoluta soledad se tapó el rostro con sus manos y dejó que sus lágrimas salieran a borbotones. Fue entonces cuando se sintió extenuada. No sabía dónde estaba, pero algo en su interior le informó de forma inmediata y certera de la situación.

Estaba al borde del colapso por el frío.

Por un instante se dio por vencida. Sus negros pensamientos le trasladaron al peor escenario posible. «Habría sido mejor que aquel desalmado me hubiera asesinado, me hubiera ahorrado esta lenta agonía. Será muy difícil que consiga salir viva de aquí», pensó derrotada. El aliento que salía de su interior no lograba calentar sus manos. Había llegado el fin. Su novio, sus padres. «Os llevaré siempre en mi corazón», pensó con idéntica frialdad a la que reinaba en el ambiente mientras se sentaba al borde de un tronco caído. La humedad empapó su falda, pero ya nada le importaba. Se tapó el rostro e intentó dejarse llevar; morir en un bosque rodeado de árboles, enredada con las leyendas atrapadas en él. Pero ahora eso poco importaba. Había interiorizado que su vida ya no le pertenecía. La muerte en forma de frío aporreaba su puerta insistentemente y ella la dejaría pasar sin oponer resistencia. Por un momento se sintió contenta consigo misma. «He vivido pocos años —pensó—, aunque he sido

consecuente» . Pero de nuevo su pragmatismo la devolvió a la realidad. « Y eso qué importa ahora que voy de la mano de la parca hacia el lugar de reposo. Nada. La vida ya no es mía » , musitó entre dientes mientras cerraba los ojos y se abandonaba. « Adiós, amor mío. Adiós. Cuida de mis padres» .

« Te espero en el cielo» .

Algunos charcos estaban empezando a congelarse cubiertos con una capa de hielo blanca. Parecía que la vida hubiera desaparecido por completo del entorno.

Silencio. La muerte ha llegado.

Pero se marchó de vacío. No logró llevársela.

Pasados unos minutos y convencida de que era una alucinación debida a la entrada al nuevo estado, María del Mar entrevió entre los dedos que ocultaban su cara y que temblaban incontrolados algo que en principio no podía imaginar.

El amanecer de su nueva vida.

Las brillantes luces de una casa cercana a un estrecho camino la iluminaron como una estrella luciendo con claridad.

Se levantó haciendo acopio de todas sus fuerzas y comenzó a acercarse, casi a rastras, a la casa, que estaba a cincuenta metros de distancia...

Bb//////////////// b//////////////// b////////////////

El iPhone 7S último modelo que estaba encima del mostrador sonó con suavidad a la vez que vibraba. La pantalla delataba el origen del mensaje entrante.

Martín Parra Senén desvió la cabeza con gesto de fastidio interrumpiendo su lectura. Miró el móvil mientras lo agarraba con la mano derecha. Fue a cerrar el libro, pero antes terminó de leer un pie de página:

Nota del autor: La Astra 400 fue la pistola usada durante la Guerra Civil Española por la mayoría de los mandos y de las tropas militares en los dos bandos, ya que era la pistola más abundante en los acuartelamientos en 1936. Era apodada « el puro » por la forma del cañón.

Se quedó pensativo durante unos instantes y dejando el cartón de siempre entre las páginas del libro para recordar el último párrafo leído, lo cerró con lentitud. Por un momento observó su portada.

El manto de la época. Autor: Fernando Carretero.

Una fotografía en blanco y negro con un dibujo sobrepuesto representando soldados de bandos antagónicos presagiaba lo que se contaba en su interior.

Con su teléfono móvil en la mano leyó el SMS:

« Dice la ama que si vas a venir a cenar » . El mensaje de su nieto le hizo

sonreír. Apretó la tecla de responder y situó sus gafas alejadas de sus ojos, justo en la punta de la nariz. Tecléo torpemente.

«Cierro la librería y en media hora estoy allí». Enviar. El aparato emitió una breve vibración para confirmarlo.

Metió el teléfono en el bolsillo y levantó la mirada mientras se quitaba las gafas y las guardaba en su funda granate. Hacía media hora que había cerrado y la librería estaba oscura y vacía; solo la luz del mostrador se encontraba encendida. La apagó. Se puso el abrigo que se encontraba colgado detrás de él y sacó las llaves. Se acercó a la puerta de salida, contempló el local abarrotado de libros y le invadió la sensación placentera de siempre, la de estar rodeado de historias, intrigas y cuentos, la de estar en su propio universo. Cuando la tienda estaba ya cerrada, después del movimiento de todo el día, llegaba el momento de su lectura más deseada. Dedicaba una hora, a veces menos, pero él la disfrutaba con la misma intensidad que si fueran dos y pensaba que esos libros y sus relatos imaginarios le cobijaban de la realidad. Eso le hacía sentirse dueño de su propia vida y ahora que ya tenía la edad suficiente para confesar que él ya había vivido, le hacía sentirse especialmente bien.

Salió a la calle en el centro mismo de la ciudad de San Sebastián y vio que todavía había luz y que al ser viernes por la noche el tráfico de personas era más abundante del habitual. Cerró la puerta y bajó la persiana en forma de concha ajada y levemente roñosa en ambos laterales. Esta chirrió con la misma suave intensidad con la que a veces solía hacerlo su dueño quejándose de sus achaques. Martín se agachó despacio y dio dos vueltas a la gruesa llave que la anclaba al suelo. Le costó levantarse.

«Un día de estos voy a dejar la llave sin echar», pensó.

Cuando logró enderezarse comenzó a caminar y se alejó unos metros. Se detuvo un instante y girando la cabeza miró el rótulo exterior de su librería para cerciorarse de que lo había apagado: LIBRE RÍA tenía el tono gris de las luces desconectadas.

Se congratuló con media sonrisa de haberlo hecho, se cerró el abrigo y se perdió entre la gente calle arriba.

El timbre del portero automático sonó con un tono extraño, como de interrogación.

—Será tu abuelo que se ha vuelto a olvidar las llaves —comentó Françoise Clavert a su hijo Alberto Parra—. Ábrele, porfa.

Este se dirigió al telefonillo con cara de circunstancia descolgándolo mientras sonreía.

—Ábreme, que me he olvidado las llaves. —Se oyó entre los ruidos de la calle.

Su sonrisa se trasformó en una breve risita mientras apretaba el botón de apertura mirando a su madre con complicidad.

Se acercó a la puerta de la calle y la abrió de par en par. Se dio media vuelta para seguir cocinando, pero decidió esperarle en el hall como si fuera un portero. Se oyó el traqueteo del ascensor llegando. La puerta se abrió con lentitud.

—Abuelo, que un día te vas a olvidar los pantalones. —Rio mientras lo abrazaba con cariño y besaba su calva como le gustaba hacer.

—Estaba convencido de que las tenía junto con las de la librería. Ha sido culpa de tu madre, que me ha echado a lavar la zamarra. Siempre las llevo en el bolsillo interno. —Se disculpó. Cuando llegó a la sala recriminó con media sonrisa a su nuera—: Sí, tú tienes la culpa. ¿Dónde están?

—Yo, sí claro, culpable de lavarte la ropa. Sin discusión alguna, lo soy. Están encima de tu mesilla, donde las dejo siempre que te lavo algo.

—¿Se cena en esta casa? —preguntó el subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra irrumpiendo en la cocina con cara de hambre—. Hola, *aita* —dijo dirigiéndose en la distancia a su padre—, ¿qué tal ha ido el día, se ha vendido bien?

—Bueno, para ser un viernes perdido no ha ido mal. —Sonrió dejando un pequeño sobre de color marrón encima de la mesa—. La gente cada vez lee menos. La mayoría pretende que las historias se las cuenten en dos minutos a través de algún absurdo video de los que me enseña tu hijo en YouTube —le contestó mirando de soslayo a su nieto—. Y es verdad, ya no se vende como antes —prosiguió—. Cada año las ventas bajan un poquito más. A mi edad solo puedo ser consciente de la situación, no de modificarla.

—Si hubieras accedido en su momento a unir tu librería a alguna cadena estarías más protegido y las cosas irían mejor —afirmó Vicente.

—Eso ya sabes que nunca pasará —contestó el anciano con decisión y gesto de disgusto—. Es mi lugar y no pienso dejar que nadie meta mano en él para decidir qué tipos de libros tengo que tener o dejar de tener. Jamás.

El subcomisario puso los ojos en blanco y moviendo la cabeza levemente observó a su padre con media sonrisa mientras este dejaba sobre la mesa la

funda de las gafas y un sobre blanco pequeño.

—Y, además, te lo he dicho muchas veces. No me gusta que vengas con la caja del día —le conminó su hijo mientras recogía el sobre sopesándolo y apreciando que su interior no era excesivamente jugoso.

—Pero si no son ni doscientos euros —replicó Martín con desdén—. Y además, ¿quién va a atracar a un viejo? Y si pasase, todavía tengo fuerzas para darle un guantazo y dejarlo tieso. ¡Qué te crees!

—Eso seguro, *aita*. No vengas con cuentos. Es preferible dejarlo en la caja fuerte y llevarlo mañana al banco —replicó el subcomisario con autoridad.

—Venga, no seas angustias hijo mío.

—¿Quieres que te cuente la cantidad de robos y asalt...?

—Que sí, que sí, que siempre me lo cuentas, vale, vale... —dijo interrumpiendo con brusquedad y algo de simpatía la conversación, mientras abandonaba la cocina en dirección a la sala para alejarse de la greasca.

—Cada día está más cascarrabias —comentó en voz baja el subcomisario.

—Déjalo en paz —expresó por señas François—. Hay que cuidarlo. No le hagas rabiar. Que haga lo que quiera.

—¡Vuelve enseguida que la cena está ya preparada! —le gritó su nuera mientras terminaba de sacar los platos y ponerlos sobre la mesa de madera de la cocina.

—Ya, pero me preocupa que esté en la librería solo —insistió el subcomisario—. Tiene edad de jubilarse.

—Sí, hace muchos años que se le pasó esa edad. —Rio su nieto—. Pero como no le dejéis ir a su librería lo matáis de verdad —añadió.

Mientras terminaba de cuajar la tortilla de patata con cebolla, Alberto se puso a pelar los tomates que tenía preparados. Su padre lo observaba desde la distancia sentado en la silla del comedor, ensimismado en los pensamientos de su trabajo. Su hijo añadió aceite de oliva virgen primera prensada en frío y picó algo de comino en el mortero. Lo añadió al tomate y lo revolvió con suavidad. Por último agregó unas gotas de vinagre y un poco de azúcar glas. Fue entonces cuando su padre intervino.

—¿Le echas azúcar glas a la ensalada de tomate?

—¿No sueles decir que es la mejor ensalada de tomate del mundo? —apuntó su hijo—. Bueno, pues en parte es por ese pequeño detalle y por más cosas, claro. El azúcar es el comodín de la cocina. Si lo agregas en su justa medida provoca cambios que potencian los sabores. En algunas ocasiones funciona igualito que la sal. En cualquier caso, si no tienes buenos tomates todo esto no sirve de nada —concluyó.

Cuando Martín volvió a la cocina ya estaban todos sentados. Su hijo se afanaba abriendo una botella de vino tinto rioja Marqués de Vargas 2013.

—Ese vino es increíble —comentó Alberto—. ¿A qué se debe ese caldo? —

preguntó sonriendo.

—Últimamente a tu padre le ha dado por combinar la tortilla con la pequeña bodega que tiene en el trastero. Lo acabas de bajar, ¿no?—intervino Françoise—. La semana pasada hizo lo mismo. Hace cuatro años que empezó a formar la bodega y ya tiene unos cuantos vinos.

—Sí —contestó el subcomisario mientras terminaba de descorchar la botella—. Y me han recomendado unos cuantos vinos de la zona de Ribera del Duero que tengo pensado comprar en breve.

Su hijo sonrió con malicia a su madre y a su abuelo.

—El proceso de convertirse en un *gourmet* es irreversible. Si lo haces ya no hay marcha atrás —apuntó Martín—. Y es lo que le ha pasado a tu padre.

—Eso es —afirmó su nieto sonriendo—. Si aprendes a valorar la buena comida no existe camino de retorno a las antiguas costumbres. No puedes volver a devorar comida de supervivencia. Sabrás apreciar los alimentos de calidad durante el resto de tu vida. Supongo que son mecanismos de defensa del organismo, que se niega a volver al estado anterior. —Rio mientras se levantaba.

Vicente observó a su hijo mientras cambiaba los vasos por copas de vino esbeltas y transparentes. Alberto llenó apenas un cuarto de la capacidad de las copas y todos comenzaron a degustar el caldo mientras repartían la tortilla.

—Alberto, ¿qué notas de cata estás notando en el vino?—preguntó Françoise.

—Ostras, eso es difícil... —murmuró Alberto mientras volteaba con suavidad la copa en el aire y metía su nariz en el interior—. No sé.

Su padre y su abuelo hacían lo propio para intentar salir airosos del brete en el que en un instante los había metido la mujer.

—Bueno, yo diría que se nota la uva tempranillo —se atrevió a decir el joven dubitativo—. Hace lágrima espesa —añadió mientras volvía a mover la copa con garbo.

—Es frutal —intervino su abuelo—, en nariz y a la vez persistente.

—A ver qué dice la contraetiqueta —bromeó el subcomisario pasando la botella a su mujer.

Todos rieron mientras Françoise observaba la parte trasera de la botella.

—Sí, es verdad —afirmó ella—. Andáis muy cerca de la información que viene en la contraetiqueta. Es un gran vino. Veo que el curso de cata al que fuisteis sirvió de algo —dijo la madre sonriendo—. Es un Rioja. Un día tenemos que compararlo con un Ribera del Duero y con un Burdeos o un Borgoña.

El ambiente se mantuvo durante unos instantes; todos los comensales analizaban la profundidad de sabor del caldo mientras se cruzaban comentarios.

Al terminar la cena el subcomisario se puso a cortar queso manchego de Zamora en pequeñas lascas que iba repartiendo con ecuanimidad. Al llegar a su

padre, y mientras le ofrecía una de ellas, le preguntó sosteniendo la mirada:

—¿Vas a ir a dormir a tu casa? ¿Por qué no te quedas aquí?

Françoise miró de reojo esperando una contestación telegráfica por parte del anciano.

—No, no, prefiero ir a casa, y no me vengas diciendo que es muy tarde para salir, que vivo aquí al lado. Estoy bien —concluyó sonriendo el abuelo.

El subcomisario no contestó. Françoise y Alberto contemplaron la escena, que por un instante se había enrarecido, en silencio.

El abuelo rompió el instante tenso.

—Venga, no me mires así, si ya sabes que aquí estoy muy a gusto, pero mi casa es mi casa y me gusta dormir en mi habitación y en mi cama —argumentó el abuelo.

—Esta... también es tu casa —replicó lacónico y con cierto aire de reproche su hijo— y el médico dijo que desde el infarto era mejor que estuvieses en compañía...

—Los médicos no saben una mierda —replicó cortando sus palabras— y además tengo el móvil siempre a mano; ya han pasado cuatro años y con mis setenta y ocho tacos me encuentro de narices.

Alberto levantó la mirada del plato temiendo algún rifirrafe, que por otra parte nunca llegaba a materializarse, casi siempre gracias a la intervención de su madre.

Al nieto le encantaban esos arrebatos de bravuconería de los que hacía alarde su abuelo. Le miraba con media sonrisa cómplice. De alguna manera lo admiraba. Veía en él a una persona consecuente consigo misma y eso le llegaba muy adentro. Desde hacía varios años su abuelo se había convertido en su aliado. Sobre todo desde que, junto con su madre, le apoyó incondicionalmente cuando informó a su familia de que se iba a dedicar a la cocina.

—Françoise, ¿no tengo razón? —afirmó Martín más que preguntó.

—Sí, *aitona*, pero acuérdate de tener siempre el móvil cerca —contestó conciliadora como siempre—. Y con el volumen alto —añadió.

—Lo tengo siempre, nunca me separo de él.

—Sí, como el mes pasado, que tuve que ir a tu casa para comprobar qué sucedía porque no contestabas a la media docena de llamadas que te hice —cortó el subcomisario secamente.

—Eso fue... la pila que se había descargado.

—La batería, *aitona*, la batería.

—Lo que sea.

Alberto ayudó a recoger la mesa mientras su madre ponía en marcha el lavavajillas. Cuando terminó se puso la cazadora.

—*Aitona*, si vas a ir a tu casa espérame que bajo contigo; yo me voy a mi casa también.

—¿Habéis mirado algún otro piso? —preguntó su madre.

—No, todavía no —contestó evasivo.

—¿Y a qué esperas? Desde luego Alberto tienes el síndrome de rico, estás pagando una pasta por el piso. No sé el de tu novia, pero un tercio de tu sueldo se va en pagar el alquiler.

Alberto se acercó a su madre y le dio un beso en los labios.

—Pero las vistas de las que disfruto con Amaia... ¿qué me dices?, ¿eh?

—Tu madre tiene razón en lo que dice —comentó el subcomisario mientras limpiaba el sacacorchos.

—Que sí, que ya lo vamos a mirar —insistió el joven.

—Dejadle en paz —intervino el abuelo—. Que haga lo que le dé la gana. Ya es mayorcito y si le gusta vivir delante del mar y desde el balcón puede ver si hay olas para surfear, pues mejor. Además Gros es un barrio muy agradable para vivir.

—Vámonos *aitona*. Que eres el único que me entiende. —Rio el joven mientras le echaba el brazo por el hombro haciendo ademán de marcharse. Casi en la puerta del ascensor oyeron la voz de Françoise, que se había asomado al descansillo.

—A ver pareja, ¿el domingo cómo organizamos lo de la cena?

—Eso el cocinero dirá —contestó Martín haciendo un gesto con la mano.

—A mí no me esperéis hasta la tarde, este domingo curro al mediodía, pero después ya cocinaré yo —apuntó Alberto.

—¡Eso espero!, solo faltaba que tuviera que cocinar yo para el cumple de tu novia —protestó Françoise.

—¡El cumple es el lunes! —gritó Alberto desde la lejanía.

—Ya lo sé —contestó su madre en voz inaudible.

La madre cerró la puerta y atravesó la casa en dirección al balcón mientras observaba al metódico subcomisario rasgando la hoja superior del almanaque. La siguiente marcaba sábado, 29 de septiembre de 2018. Eran ya las doce. Estrujó la del día 28 y la tiró a la papelera.

Tras la barandilla Françoise esperó a ver salir a su hijo y a su suegro. Cuando lo hicieron avanzaron unos metros juntos hasta llegar al borde de la acera.

La noche de verano estaba oscura y se notaba en el ambiente la humedad del sirimiri extremadamente fino que caía incesante brillando la superficie del asfalto.

La moto del joven se encontraba estacionada delante del portal. Alberto retiró la funda de tela azul que envolvía el casco que llevaba en la mano y antes de ponérselo se acercó a su *aitona* y le dio un beso.

—Ten cuidado con la lluvia —le dijo Martín mientras le agarraba la mano.

—Siempre lo tengo —contestó sonriendo—. No te preocupes.

—Vaya casco más guapo que tienes —comentó el anciano.

—Sí, ¿te gusta?, es una serie limitada del piloto Valentino Rossi.

—Tiene luz y fuerza —dijo mirándolo curioso su abuelo—. Y menudos dibujos.

Martín observó cómo su nieto retiraba el candado de la rueda delantera, se montaba en la moto y arrancaba con un rugido sordo. Vio salir un leve humo de ambos tubos de escape. La potente luz de xenón del faro delantero iluminó la cortina de lluvia que caía. Alberto metió la primera e hizo un gesto de despedida con el pie. Su abuelo correspondió con la mano y lo vio alejarse. El motor de la Ducati Monster 696 aceleró obedeciendo a los mandos de su propietario y levantando una pequeña estela de agua tras su rueda trasera.

El anciano sintió una punzada de envidia: por no ser él quien controlara los mandos; por no poder experimentar la libertad que dan las motos, ese cosquilleo mezcla de placer y de peligro que libera la adrenalina atrapada en el interior. Pero a su edad, y con artrosis avanzada, era una empresa inalcanzable.

Martín recordó la ocasión en que le regaló una bicicleta a su hijo Vicente cuando este era un niño de nueve años. Un esfuerzo económico para la época. Conseguir el preciado objeto para su hijo, ese obsequio que él no pudo disfrutar a su edad, que, sin embargo, le produjo una sensación tanto o más placentera que si él mismo hubiera sido el chaval. Se acordó del manillar alto con empuñaduras blancas de goma estriada; del color azul del cuadro y el sillín negro con pequeños muelles bajo su estructura. De las ruedas ribeteadas de blanco. «Creo que todavía la conserva en el desván. No lo sé», pensó el anciano.

Estaba tan absorto en sus pensamientos, entre la visión de la moto y el recuerdo de la bicicleta, que solo una gota de agua resbalando por su nariz le recordó que había olvidado abrir el paraguas que llevaba en la mano. Lo abrió y comenzó a caminar hacia su casa. Bordeó la pared del edificio y desapareció, siendo observado desde el balcón por la atenta mirada de su nuera.

«Martín está mayor, pero está ágil de mente, y qué bien se lleva con Alberto. Cuanta más distancia de edad existe entre las personas mejor pueden llegar a entenderse —pensó la mujer—. Quizá porque la senectud se parece tanto a la juventud. Porque nada importa. Solo vivir sin ataduras. Se parecen porque las expectativas de descubrir la vida son parecidas a las de haberlo hecho ya y darse cuenta de lo poco que importan la mayoría de las cosas —caviló—. Se levantan tan bien porque la lógica sobre la trascendencia de la vida es un camelo que solo nos engaña a nosotros y ambos lo ven así —se repitió Françoise—. Los estúpidos adultos tendríamos que aprender de ellos», sonrió con la mirada perdida en la calle vacía.

Y recordó la conversación telefónica de hacía unas horas con Pierre, hijo de su primer matrimonio con Claude Miraud. Aquel casi no conoció a su padre, un estúpido accidente en México truncó la vida de Claude tempranamente. Pierre era biólogo y siempre le contaba sus historias desde París, donde residía. Esta vez

le explicó que había dejado de salir con la novia de los últimos dos años y Françoise le había transmitido la misma reflexión que ahora ocupaba sus pensamientos: « Le damos demasiada importancia a cosas que no la tienen» .

El sonido del móvil de trabajo de su marido la devolvió al mundo bruscamente.

Se metió en la sala cerrando tras ella la puerta del balcón. Miró al policía con ojos de extrañeza al tiempo que fijaba su mirada en el reloj digital que presidía la sala de estar.

Las doce horas y seis minutos de la noche.

El subcomisario descolgó con cara seria. Era una llamada de urgencia de su subordinado y compañero de trabajo, el oficial Arkaitz, Kai, como le gustaba que le llamaran.

Los ojos de Françoise se detuvieron en su rostro previendo una noche en solitario.

Cuando colgó estuvo unos segundos sin hablar.

—Tengo que salir de inmediato, me vienen a buscar —informó lacónico.

Cuando el subcomisario volvió a casa eran casi las siete de la mañana y su mujer se disponía a marchar a trabajar a la escuela de arte Kunsthal en Irún, donde ejercía de profesora de arte mesoamericano desde hacía muchos años.

El coche del subcomisario Vicente Parra atravesó la ciudad saltándose todos los semáforos y radares que encontraba a su paso. Estaba sentado en la parte trasera de un coche patrulla de la Ertzaintza con matrícula 2171 que lo vino a recoger a la puerta de casa. El trayecto lo hizo en silencio jugueteando con el bolígrafo y con su eterna libreta entre las manos, acompañado por los dos compañeros uniformados que se encontraban de servicio nocturno. Se notaba en el ambiente que algo grave había ocurrido. Solo conectaron la sirena en un par de ocasiones al cruzarse con alguna persona que a aquellas horas de la madrugada transitaba por las calles. La ciudad de San Sebastián estaba desierta. En la noche se respiraba una paz inusitada, impensable en la vigilia. La calle formaba un embudo visual que se estrechaba según avanzaban. Un túnel sin salida.

La humedad de la lluvia de verano recién caída formaba gracias al calor ambiental pequeños cúmulos de bruma flotante, que acababan brutalmente deshilachados por el paso del vehículo. El calor evaporaba agua y pensamientos a partes iguales. Los portales escoltaban la entrada a la avenida de Zumalakarregui como invitados ajenos al hostil campo de asfalto; como testigos de un suceso sobrecogedor que esperaba al final de la vía.

Desde el mismo momento en que entraron en la avenida se asentó el silencio. Las hipótesis sobre lo que podía haber sucedido se encadenaban en la cabeza del subcomisario aunque sin más datos que la certeza de un nuevo fiambre en su cartera de trabajo. La atención de Vicente se centró en las luces azules de los vehículos aparcados frente a la última casa que se izaba antes de la gran curva de acceso a las universidades. A pesar de su larga experiencia en la profesión, el pulso del subcomisario se aceleraba justo cuando notaba la deceleración del vehículo llegando a su fúnebre destino.

El lugar se encontraba acordonado. El conductor hizo un gesto con la mano a su compañero desde el borde de la ventanilla bajada y este levantó el cerco para que el coche pudiera pasar.

Junto a la estrecha acera había una ambulancia estacionada, además de una furgoneta de la Ertzaintza y una dotación de la Policía Municipal con las luces azules conectadas. El subcomisario no pudo imaginar nada más terrible que una persona joven yaciendo muerta en el piso donde presumiblemente vivía. Ese detalle era todo cuanto le había contado su nuevo compañero, el oficial Arkaitz Urdampilleta, en una escueta llamada telefónica desde la misma escena del crimen. Arkaitz estaba a sus órdenes desde la jubilación de su antiguo jefe Javier Gress y aunque la amistad con Javier se mantenía, ahora la responsabilidad profesional de Vicente era mayor, pues debía terminar de formar a su joven colega. De alguna manera sentía soledad, pero no nostalgia.

—Es una mujer joven asesinada —fue la sucinta frase que Urdampilleta le

susurró al oído cuando Vicente se acercó sin saludarle.

—¿Qué piso es?

—Es el 7.º B. El ático.

—¿Quién más hay ahí arriba?

—Desde hace un par de minutos los de huellas y los fotógrafos.

—¿El forense ha llegado?

—Sí, lo acaba de hacer y está examinando el cuerpo. En unos minutos terminará.

—¿Habéis llamado al juez?

—Sí, vendrá cuando hayamos acabado —contestó escuetamente.

—Venga, vamos para dentro.

Arkaitz se atusó el pelo echándose para atrás, abrió la cazadora y guardándose la libreta en el bolsillo interno comenzó a subir las escaleras detrás del subcomisario.

Este se detuvo en el quinto escalón. Se giró sobre sí mismo.

—No, tú revisa los dos ascensores y abre bien los ojos por lo que pudieras encontrar, cualquier cosa que te pueda parecer inusual. Y después me cuentas todos los datos.

—Apenas tengo información —le contestó Arkaitz con celeridad—. El cuerpo está en un estado lamentable... la han degollado. Hay mucha sangre negra. Igual lleva mucho tiempo, a ver qué dice el forense.

—Bueno, lo que sea me lo cuentas luego. Te veo arriba.

Vicente comenzó a subir las escaleras con parsimonia mientras el oficial miraba con detenimiento ambos ascensores.

El edificio era moderno y a la vez señorial. De piedra. Las escaleras de acceso eran de mármol blanco. «Ideal para la lápida que va a necesitar la desdichada que yace en el último piso», pensó.

Las paredes en tonos suaves hacían juego con el suelo. El subcomisario asomó la cabeza y miró hacia arriba por el hueco que formaba la escalera: una espiral de siete pisos se enroscaba con la misma fuerza visual que un vórtice girando a gran velocidad, construyendo una metáfora de lo que le aguardaba. Vicente tuvo la sensación de encontrarse en una situación muy áspera.

Subió despacio, fijándose en detalles y prolongando el trayecto hasta el escenario de muerte que le esperaba al final de la escalera. El pasamano de madera le sirvió de apoyo aunque evitó tocarlo. No dejaba de observar el entorno en busca de indicios: una mancha, un trozo de tela, quizás un papel arrugado en el suelo o una colilla con su ADN.

Pero no, todo estaba impoluto. A la altura del tercer piso tuvo que identificarse ante un asombrado vecino.

Cuando llegó al final pensó que respiraba con dificultad, más por la preocupación que por el cansancio. Observó que las dos puertas del rellano

estaban abiertas. Una de par en par y la otra levemente entornada. El oficial Arkaitz lo sacó de dudas.

—Es esta —dijo señalando la puerta correspondiente.

—Y esta, ¿por qué está abierta? —preguntó el subcomisario.

—Pertenece a la vecina que ha descubierto el cadáver. Está muy nerviosa, es una persona mayor. Con ella está uno de los nuestros.

—Perfecto, luego hablaremos con ella. La escalera que sigue hacia arriba...

—dijo señalando— supongo que será la de acceso al tejado, ¿no?

—Sí, y está cerrada con un grueso candado —contestó Arkaitz.

—Por si acaso que vaya el de huellas, no vaya a haber algo. No lo creo, pero que mire.

» Bien, antes de entrar cuéntame qué ha pasado —continuó el subcomisario.

—A las once y media de la noche recibimos la llamada de una persona —dijo Arkaitz mientras señalaba la puerta de enfrente— que resultó ser esta señora y que, deshecha en un mar de lágrimas y sollozos, relató que había descubierto el cadáver de su vecina en un charco de sangre y rogó que viniéramos rápido. Todavía no la hemos interrogado. Ahora parece que está más tranquila, igual dentro de un rato intentamos charlar con ella. La grabación está guardada por si quieres oírla.

—Eso mejor mañana. Primero, vamos a entrar en la casa y sin tocar nada echamos un vistazo.

Vicente miró la letra B que presidía el dintel. Al llegar a la altura de la puerta observó la cerradura —que ya estaba llena del polvo de huellas— sin tocarla.

—A primera vista parece que no está forzada —le explicó su subordinado.

—Eso parece —murmuró.

Cuando el oficial entró en el piso se apercibió de una gran fotografía enmarcada que presidía el hall de entrada, un paisaje que no llegó a reconocer. Se percató también de un olor rancio flotando en el ambiente, parecido al del vino derramado.

—Está en la sala principal al fondo —dijo Arkaitz.

El subcomisario avanzó a lo largo del pasillo que se encontraba paralelo a la cocina.

Cuando llegó a la salita contempló el trágico espectáculo. « La primera vez que llegas a la escena de un crimen siempre sobrecoge, a pesar de ser policía. Y siempre empieza más o menos con el mismo prólogo, con la visión de la espalda del forense, agachado y con sus manos enfundadas en guantes blancos inspeccionando el cadáver. A su alrededor los compañeros ertzainas intentando no pasar ningún detalle por alto», pensó.

En este caso le volvió a llamar la atención el olor a alcohol. Este se hizo más penetrante.

El cuerpo de una mujer de unos treinta años se encontraba sentado en el suelo

y medio apoyado en el sofá con las piernas dobladas. Una postura extraña. La herida en el cuello era tan evidente que impedía pensar en cualquier otra causa del óbito. La sangre tenía un tono negruzco y el charco se extendía por la alfombra, el sofá y un cojín tirado. Había una botella de vino tumbada en el suelo « responsable probablemente del olor », pensó. La mezcla de alcohol agrio con el tufo acre de la sangre seca producía una atmósfera pesada, opresiva.

Cuando el forense Koldo Jáuregui se incorporó se acercó al subcomisario. Este le tocó en el hombro a modo de saludo.

—¿Qué tenemos?—preguntó conteniendo la respiración.

—La han degollado y por lo que he visto casi la decapitan —respondió el forense.

Vicente desvió la mirada y se cercioró de la veracidad de las palabras del forense: la cabeza estaba casi separada del tronco dejando a la vista todo tipo de tejidos ennegrecidos.

—¿A qué hora calculas que ocurrió?

—A juzgar por los datos que tengo en la mano, está saliendo del rigor mortis. La sangre está negra y algún detalle más como el tono de lividez del cadáver y la temperatura interior de algún órgano, me hacen pensar que lleva algo más de veinticuatro horas muerta. Alrededor de las 10.30 de la noche de ayer, podría ser —respondió el forense—. Hoy hace calor aunque no excesivo. Por ahora calcula esa hora y mañana te lo confirmo con la autopsia, pero todo indica que ayer por la noche esta mujer tuvo una cena movidita. A primera vista no parece que haya habido violación: está vestida con pantalones y no los tiene desabrochados ni rotos, no hay signos de forcejeo y la camiseta parece intacta. El que la atacó podría haberlo hecho cogiéndola desprevenida y por detrás. No hay más signos de violencia aparte de lo evidente. Tampoco he observado ningún hematoma a primera vista.

El subcomisario Vicente se mantuvo en silencio durante unos segundos.

—La mesa está volcada y lo que había encima bien podría ser lo que está tirado en la alfombra —murmuró.

—Podría ser, pero eso ya es cosa vuestra —concluyó el forense.

El joven oficial se acercó a Vicente.

—El resto del piso está en orden. Las manchas de sangre dejan un reguero de gotas hasta la cocina, parece que allí se pudo lavar las manos. Por lo demás, las camas de los dos dormitorios están hechas. Hay dos camisetas encima de una silla, pero el resto de la ropa está doblada y guardada en armarios. La cocina está limpia y en el frigorífico hay comida, en concreto medio kilo más o menos de langostinos frescos. Bueno, algo parecido a langostinos. Lo único revuelto está en esta sala —afirmó Arkaitz haciendo una pausa—. Tengo ya el nombre —continuó mientras un ayudante le pasaba un papel.

» Esperanza Moreno Ruiz. El piso estaba. Está. Alquilado a su nombre.

—Podría ser que ambos se dispusieran a cenar —añadió el subcomisario— y quienquiera que fuera le atacara por la espalda. Arkaitz, si el fotógrafo ha acabado, recoge con cuidado todo lo que hay en el suelo. A ver si encontramos el arma homicida. Que miren con detenimiento si las abundantes gotas de sangre que van hasta la cocina no han producido huellas que nos puedan servir. Yo voy a echar un vistazo a la casa.

Pasados unos minutos el oficial Urdampilleta volvió con varias bolsas de plástico. Una con una copa rota y los fragmentos desprendidos. Otra con una copa igual, pero entera. Dos revistas: el *Muy Interesante* de este mes y el ¡Hola! de la semana pasada.

—Me llevo también algunos objetos manchados de sangre, que no son pocos. He seleccionado el cojín grande del sofá y la pequeña alfombra granate. Parece que allí, en un primer momento, se limpió una mano impregnada de sangre tras el desaguado. Me queda por recoger la botella y un par de cosas más. También hemos encontrado una cartera con tarjetas de crédito y tarjetas de códigos. Todo está en su sitio y la cartera tiene 120 euros en tres billetes. Parece que el robo no era la intención del agresor. La cartera estaba en el bolso de la víctima encima del aparador de la que creemos era su habitación. Vamos a confirmar que todo esto le pertenece. Y mira lo que he encontrado —terminó el oficial alzando una pequeña bolsa de plástico.

El subcomisario notó una sensación interior de euforia por el descubrimiento, pero a la vez de extrañeza ante la presencia del insólito objeto.

—¿Dónde estaba? —preguntó el subcomisario.

—Casi oculto debajo del sofá.

—Pero ¿qué es?

—Parece un puñal curvo. Qué cosa más rara. Como si fuera una hoz pequeña. Una hoja en forma de media circunferencia con un mango de madera de tamaño reducido. Y tiene sangre por todos los lados —explicó el oficial.

«Podría ser el arma del crimen —pensó el subcomisario—. Tenemos que averiguar qué es esto exactamente y para qué se usa».

—También he encontrado el sacacorchos, pero no está manchado de sangre, o sea, que probablemente la pequeña navajita que tiene en la parte superior no tenga nada que ver en el asunto —continuó el joven.

—Llévatela también. Nunca se sabe, pudo haber descorchado la botella que estaba tirada y los de huellas nos podrían dar una agradable sorpresa —contestó el subcomisario.

El ambiente estaba cargado. El cadáver casi decapitado presidía la escena. Vicente respiró hondo parado en medio de la sala, agarrando la bolsa de plástico en cuyo interior se encontraba la pequeña hoz con abundantes restos de sangre. Como telón de fondo la figura de la mujer con el cuello seccionado, los ojos muy abiertos y una expresión de horror en su rostro. Las manos tendidas hacia la

brutal herida que casi le separa la cabeza. Las piernas medio arqueadas sobre sí mismas. Los pantalones negros ceñidos a sus piernas y la camisa de cuadros pequeños en tonos rojo y negro teñida de sangre seca. Mucha sangre. El collar de cuentas doradas que llevaba puesto apenas destacaba del tajo de color rojo rabioso que circunvalaba su cuello. Una ciénaga de horror en una casa aparentemente ordenada e impoluta. No había ningún cajón tirado, nada revuelto. Todo había sucedido en una esquina de la sala. A su dueña no le dio tiempo a defenderse.

«¿Podría ser una persona de su confianza?».

«¿Cuánta gente habría en el lugar del crimen cuando este sucedió?».

«Y sobre todo, ¿cuál es el móvil del crimen? ¿Cuál es la extraña razón por la cual alguien decidió asesinar a esta persona?» , se le apelonaron en la mente las preguntas al subcomisario.

«Además, ¿quién era Esperanza Moreno? Una mujer de mediana estatura, bien proporcionada, con una larga melena negra. ¿Dónde trabajaba? ¿Cómo hacía para pagar el supuesto caro alquiler de esta lujosa casa?».

El subcomisario devolvió la bolsa con el extraño puñal curvo a su compañero y se acercó al cadáver. La mezcla de olores arreció. Era fuerte, pero todavía no repulsiva. Parra observó el tremendo corte que atravesaba el cuello de lado a lado. Cogió el cuaderno de notas y apuntó en una línea algún detalle que pudiera servir, aunque sin excesiva convicción. Levantó la cabeza, miró a su alrededor y vio cómo su compañero metía con mucho cuidado en otra bolsa de plástico transparente la botella de vino llena con algo menos de un cuarto de su contenido original.

—Habrá que analizar el vino por si acaso hay algún tipo de sustancia disuelta en él —comentó Vicente—, pero ten cuidado porque habrá huellas en la botella. Esperemos que no sean solo las de la víctima. Antes has dicho que en el frigorífico había algo parecido a langostinos. ¿A qué te refieres?

—Sí, son langostinos, pero muy rojos —dudó Arkaitz—, ya sabes que yo no entiendo mucho.

—Acompáñame a la cocina —replicó Vicente.

Ambos se adentraron en el pasillo que conducía a la cocina intentando no pisar el abundante reguero de gotas de sangre de todos los calibres que alfombraban el suelo. Cuando llegaron a la estancia se dio cuenta de las dimensiones reales del piso. «Una casa aunque no de tamaño excesivo sí un poco grande para una persona sola», pensó el subcomisario. «De un lujo sobrio. ¿Y quién ha dicho que viviera sola? Todavía no lo sabemos, es verdad —pensó Vicente, contradiciéndose—. Solo sabemos que ayer tuvo una visita muy especial».

Abrieron el refrigerador de dos puertas. Envuelto en un papel y metido en una bolsa de plástico sin nombre se encontraba el marisco. El color de este era

evidente sin apenas retirar el papel que lo cubría.

Con ayuda de un bolígrafo el subcomisario abrió la bolsa, levantó una parte del papel y observó su interior.

—Esto no son langostinos —dijo el subcomisario.

—Pues son muy parecidos —comentó el oficial Arkaitz.

—Son carabineros, Arkaitz. Mira el cabezón que tienen y el tono rojo de sangre tan acentuado. Los langostinos no son así. Y esto cuesta dinero, no son baratos y están muy frescos. Yo creo que no son congelados. Dile al fotógrafo que les saque un par de fotos y mira a ver si hay alguna cosa más que te llame la atención. Por ejemplo, esta lata de anchoas Don Bocarte que cuesta un dineral —dijo el subcomisario señalando la bandeja inferior—. Y también mira en la basura a ver qué encuentras.

El subcomisario torció el morro mientras se dirigía a los cubos de reciclado.

—¿Qué es lo que busco? —preguntó el joven policía con desdén.

—Si hay alguna caja de cartón que nos advierta que los carabineros pudieran ser congelados —contestó Vicente en voz alta mientras daba una vuelta sin rumbo fijo—. O cualquier cosa que notes extraña —apostilló.

El tono sanguíneo de los carabineros le hizo recordar la escena que acababa de ver en la sala contigua a la cocina. «No sé si eso significará algo», pensó el subcomisario.

Se apartó de los cubos de basura que mantenían ocupado a su compañero y caminó despacio a lo largo de la bien equipada cocina. Observó la encimera de mármol gris donde se encontraban un pimentero, un molinillo de sal, una botella de aceite de oliva virgen extra Sierra Mágina y un paquete de mantequilla. Con ayuda de su bolígrafo presionó el paquete amarillo sin tocarlo para comprobar que estaba muy blando. Presionó el pan y tuvo la sensación de que era del día anterior. Estaba ligeramente duro. Una sartén antiadherente reposaba encima de la vitrocerámica. Había un taco grueso de madera donde encastrar los cuchillos. Todos los huecos estaban llenos: cinco cuchillos y una tijera. Miró el fregadero. Estaba impoluto a primera vista. Se había limpiado a conciencia y el rastro de sangre acababa allí.

—Hay que mirar los mangos de los cuchillos. Por si en un primer momento pensó en actuar con ellos en vez de con ese extraño instrumento y después cambió de opinión. ¿Me oyes Arkaitz? Y que no se olviden de los grifos de los baños, por si se le hubiera ocurrido rematar su higiene en uno de ellos.

—Sí, sí. Luego se lo diré a los de huellas. Parece como si fueran a ponerse a cocinar —comentó el joven oficial mientras confirmaba la ausencia de cartones relacionados con el marisco—. Me llevaré la bolsa de basura entera por si pudiera sernos útil —concluyó.

Vicente asintió con la cabeza sin decir palabra. Se acercó al horno y miró los mandos. Era un Bosch de última generación. La última programación se había

hecho ayer, para encenderse a las diez y media de la noche y funcionar a 220 °C durante una hora. Apuntó todo en la libreta.

—Es evidente que quien fuera se disponía a cenar —aventuró Arkaitz.

—Podría ser —contestó su superior. Miró a su alrededor y no vio nada más que le llamara la atención—. Habrá que ir avisando al juez —comentó en voz baja—. Habla con el forense para ver si ha terminado y vámonos a la casa de enfrente.

Antes volvió a pasar por la sala y vio el cadáver rodeado de compañeros que recogían datos y posibles detalles. Se detuvo con una sensación de rabia e impotencia. « Tenemos que encontrar al que ha hecho esta carnicería », pensó con rabia.

—Arkaitz, vete a ver a la vecina y pregúntale si podemos hablar con ella. Si está lista me llamas.

El joven oficial habló con dos compañeros más y abandonó la escena.

Vicente volvió a mirar en la caja donde se encontraban los objetos recogidos para su análisis. Y, de nuevo, cogió la pequeña bolsa de plástico que contenía el puñal curvo. Lo miró desde todos los ángulos posibles. « Este instrumento se me hace familiar —pensó—. ¿Dónde he visto yo este artilugio? ¿Dónde? Y tengo la sensación de haberlo examinado no hace mucho » .

Lo depositó en la caja y deambuló por la estancia intentando acordarse. Paseó ante la estantería llena de libros que se hallaba en el otro lado de la sala, evitando modificar el entorno.

Observó a parte de sus compañeros de la Ertzaintza agachados en el suelo afanándose en encontrar posibles restos biológicos en forma de fluidos, pelos y cualquier otro detalle, por insignificante que fuera.

« ¿Dónde he visto ese puñal?, ¿dónde lo he visto?, no hace mucho... » .

—Jefe, ¿viene a ver a la vecina? —interrumpió Arkaitz sus cavilaciones—. Está tranquila y se puede hablar con ella. Creo que se ha tomado una pastilla.

Ambos salieron de la casa y se introdujeron en la de la vecina. La sala donde se encontraba la anciana era idéntica a la de la difunta. Y, además, el subcomisario calculó que estaba sentada en un sillón justo en el mismo sitio que ocupaba la muerta. Un juego de situaciones paralelas entre la vida y la muerte. Un baile de coincidencias. La mujer estaba acompañada de un policía uniformado. Este se levantó cuando vio entrar a los dos.

—Cuando acabemos te llamamos —dijo Vicente con seriedad.

—Estaré fuera —contestó escuetamente.

—Ha sido usted muy amable —le dijo la mujer mientras se marchaba. Este le sonrió y desapareció cerrando la puerta tras de sí.

—Buenas noches, soy el subcomisario Vicente Parra y él es el oficial Arkaitz Urdampilleta. Solo serán unas preguntas, enseguida terminaremos. ¿Se encuentra bien?

—Sí —contestó con tranquilidad—. Tomen asiento, por favor.

Tras anotar en su libreta los datos personales de la mujer, el oficial comenzó.

—Señora Asunción Palacio, cuénteme cómo descubrió el cadáver de su vecina.

—Cuando volví de casa de mi hijo. Había ido a cenar, casi todos los viernes voy ¿sabe? Me cuida mucho, sonrió. Serían las 11.30 de la noche. Normalmente, me acuesto antes, pero los días que voy a cenar fuera, a casa de mi hijo, vuelvo más tarde.

—Pero ¿cómo encontró el cadáver? ¿Tiene la llave del piso?

—No, no. Me llamó la atención que la puerta estuviese abierta. Ella me comentó que desde hace tiempo no cierra bien y si no das un portazo con algo de decisión a veces se abre. La empujé y pensé que estaría cenando o viendo la televisión. La llamé para avisarle que se había dejado la puerta abierta y al ver que no contestaba, entré hasta la sala. Las luces estaban encendidas. Era una persona muy amable. Cuando la vi me di un susto de muerte, pensé que me iba a caer redonda. A mis ochenta años, imagínese. Vine corriendo a mi casa porque pensé que el asesino pudiera estar todavía allí. No sé ni cómo logré llamarles.

—A ver, ¿cómo de abierta estaba la puerta?

—Pues más o menos medio palmo, como cuando cierra mal. La vi de casualidad porque la luz del descansillo estaba apagada y tuve que ir hasta el interruptor, que está más cerca de su casa que de la mía. La luz se había apagado porque había estado hablando un momento con mi hijo junto a la entrada del ascensor en el portal. El ciclo de la luz me permite llegar a casa si lo enciendo abajo y subo sin demora, pero al entretenerme con mi hijo unos segundos, pues ya ve usted, casualidades... Si no, no me hubiera fijado.

—¿Tocó algo de la casa?

—Por supuesto que no —contestó la anciana—. Cuando la vi me quedé paralizada.

—¿Qué sabía de su vecina?

—Bueno, era muy cariñosa conmigo. A veces me llamaba para traerme alguna cosa de algún sitio donde había estado. Decía que entre mujeres solas teníamos que llevarnos bien por obligación, por necesidad —comentó mientras se le quebraba la voz y se acercaba el pañuelo a sus ojos.

—Tranquila, enseguida acabamos.

—¿Vivía sola?

—Sí. A veces venía con alguien, los oía en el descansillo, pero no soy de las que va a mirar por la mirilla para fisgar.

—¿Cuándo la conoció?

La señora tardó en contestar. Cogió aire y prosiguió.

—Pues mire, yo creo que hace un año más o menos que alquiló el piso. La memoria me flaquea, pero yo creo que fue hace un año.

—¿Este piso es suyo? —preguntó Vicente.

—Sí, lo compré en compañía de mi difunto marido hace ya casi cuarenta años, en 1978. Siempre he vivido aquí.

—¿Sabe si su vecina tenía novio?

—Sí, pero solo lo vi una vez. Me lo presentó al principio, un día que coincidimos en el descansillo. Era alto, grande y con barba y me saludó con mucha amabilidad. Pero nada más.

—¿Se acuerda del nombre?

—Sí, porque alguna vez lo nombró. Roberto.

—¿Y el apellido?

—No, eso nunca me lo dijo.

—¿Conoce alguna otra persona más que se relacionara con Esperanza? ¿Traía gente a casa?

—Pues la verdad es que no. Una vez entró con una mujer rubia de edad parecida y nos cruzamos. Me la presentó como una amiga, pero... no podría recordar el nombre. Ella trabajaba fuera casi toda la semana, eso me decía por lo menos.

—A ver Asunción, ¿usted sabía cuál era el trabajo de su vecina?

—Sí, sí, era eso del vino.

Los dos policías se miraron un instante.

—¿A qué se refiere con lo del vino? —intervino Arkaitz.

—Es que es un nombre raro, no me acuerdo.

—¿Era *somelier*? —preguntó el joven oficial.

—No, no, eso no; era, era, bióloga o..., no sé cómo se dice, es que no me acuerdo. Me sale bióloga, pero no es eso.

—¿Enóloga? —preguntó Vicente.

—Eso es. ¿Cómo ha dicho? —insistió la mujer.

—Enóloga. Es la persona que diseña los vinos. La elaboración de los vinos —apostilló el subcomisario.

—Sí, sí, eso es. Enóloga.

Vicente no paraba de hacer anotaciones en su libreta.

—¿Y no sabe dónde trabajaba?

—Me contaba que iba en coche, que había mucho tráfico, que si llovía, ya sabe, conversaciones de ascensor. Creo que iba a... a La Rioja. No sé, creo, pero no lo sé seguro.

—Ya está, no se preocupe —cortó el subcomisario mientras terminaba de escribir en su cuaderno de notas—. Ya casi hemos acabado. Por último, ¿puede decirnos si se acuerda de algún detalle que le llamara la atención en los últimos días? Algún recuerdo que le pareciera extraño, alguien hablando por el telefonillo del portal. Algún ruido el día anterior. Cruzarse con un desconocido en el portal la víspera. No sé, cualquier cosa que pudiera recordar que aunque a usted le

pareciese nimia, a nosotros nos podría valer. Tómese su tiempo e intente recordar.

La anciana se incorporó pensativa y juntó las manos con el pañuelo entre ellas. Después de un instante miró a los oficiales.

—Pues la verdad es que no —dijo finalmente la mujer.

—Le voy a dejar nuestros teléfonos, el mío y el del oficial Arkaitz por si en algún momento recordara algo, aunque le pueda parecer ridículo, no se preocupe, usted llama y nos lo cuenta. No le molestamos más. Gracias por su colaboración —terminó el subcomisario, mientras se levantaba y sacaba una tarjeta.

Cuando ambos volvieron a la casa de Esperanza el veterano subcomisario se detuvo delante de la fotografía de la entrada. La observó con detenimiento viendo que estaba firmada. Y fechada. Se acercó con interés a la firma.

—Arkaitz, pide que saquen una foto a esta fotografía y un detalle de su firma.

Cuando Vicente Parra volvió a su casa su mujer Françoise estaba a punto de marcharse a trabajar.

Julián Sáenz se encontraba tranquilamente sentado en un gran sofá de mimbre con cojines en el enorme balcón de su mansión. Estaba amaneciendo. La casa se levantaba en un pequeño cerro dominando las casi cien hectáreas de viñedos que la rodeaban. Para entrar se debía pasar bajo un pequeño arco de madera con el nombre de la casa escrito discretamente en uno de los lados. MARBIL. A ambos flancos del edificio, dos encinas escoltaban y a la vez daban sombra a la residencia de la familia Sáenz. En la parte posterior tres cipreses remataban el fondo.

Las montañas abrazaban el valle. El escenario, un remanso de paz. El sol, que comenzaba a asomar por el este, templaba tímidamente la madrugada. La muralla que rodeaba el pueblo de Laguardia ribeteaba el contorno de la población. Todo hacía presagiar un día espléndido aunque sin excesivo calor y el cielo pintaba de azul el paisaje. La Sierra de Cantabria cobijaba con sus altas paredes el valle del Ebro.

El hombre miró su reloj. Las siete en punto de la mañana. Las viñas se encontraban cargadas de uvas. Él siempre tenía la sensación de flotar cuando amanecía por esas fechas. Las de la vendimia. Las de la recogida de la preciada uva. Notaba los granos creciendo día a día y madurando con los últimos compases del verano y el principio del otoño. Y le gustaba estar en la terraza al amanecer. Desde su atalaya divisaba las vides cargadas del preciado jugo dulce, la garnacha tinta o el tempranillo, las dos variedades con las que él trabajaba, con una edad superior a los cincuenta años. Sus preferidas eran las que plantó su padre el mismo año en que nació.

La magia de esos arbolitos, como él los llama, es su vida. Y su alma. Recuerda nítidamente cuando de niño se empeñaba en ayudar en la poda, en el prensado, en el momento crítico de la vendimia. Esos días se saltaba el colegio. Iba de la mano de su padre y de la primera recogida se llevaba un racimo a la mesa. Uno bien hermoso. Su padre lo obligaba a que fuera él el que lo eligiera porque era el más joven de la familia. Eran días muy especiales, una de las ocasiones en que aparecía el tío sacerdote, Esteban, dos años mayor que su padre José Javier, y bendecía las vides para que ese año fuese bueno, muy bueno, o excelente. El ritual mágico consistía en guardar el racimo más hermoso elegido por el niño, que se cortaba con cuidado y se llevaba a la mesa central del comedor de Marbil. Este la presidía durante todo el día hasta que llegaba la hora de la cena. Nadie lo podía tocar hasta el momento en que se reunían. Y era entonces cuando el cura, con toda la pompa y parafernalia, repartía una uva por comensal. Solamente una. La depositaba en la mano en actitud solemne.

Julián rememora cómo su madre quitaba las pepitas de su grano y del de su hermano mayor, Andrés, pero solo por su corta edad. Eran la excepción. Los

demás la debían comer entera. Contaba el padre que así se lo había transmitido el abuelo: « No se puede desperdiciar nada », decía. Como si fuera una comunión para que Dios Padre repartiera toda la bondad en su caldo, una eucaristía católica trasladada al fruto de la vid. Y con tal fin su tío Esteban se saltaba la ortodoxia y vestía la misma casulla que utilizaba para decir misa.

« Y un cáliz de plata, que mi madre guardaba exclusivamente para el ritual, para beber el vino de hace justo tres años », recordó. El tiempo que creían que necesitaba el caldo para estar en su punto. Juntar lo nuevo con lo viejo. Un ritual pagano y religioso a la vez.

Mientras rezaban en voz alta, Esteban bendecía los viñedos en la ceremonia particular de su familia y pedía a los cielos que diesen el agua exacta y el sol justo y preciso para que el zumo de la uva se convirtiera en riqueza. Y Julián sabía que después su padre le daba generosas limosnas para la parroquia.

Tras haber comido cada uno su única uva, se dejaba el racimo en un pequeño barreño de madera que solo se usaba para ese menester. La ofrenda. El resto del año se guardaba con mimo envuelto en una tela blanca encima de la estantería principal, presidiendo la estancia. El barreño era la clave. Todos los presentes debían asistir al ritual y observar cómo el solitario racimo era exprimido por el miembro más joven de la casa, a la antigua usanza, pisándolo, para sacarle el mayor jugo. Para Julián descalzarse y darle el pisotón reverencial a la fruta era la parte más divertida.

Los hermanos, a pesar de su corta edad, ya entendían el porqué de la magia del acto. Se lo había explicado su padre varias veces. Se trataba de transmitir la fuerza de cada uno de los allí presentes al zumo de la uva, cuyo resultado se vería en unos años: el mosto transformado en vino vivo de extraordinaria fuerza interior, dotado de aromas de todo tipo. « Un caldo que haga llorar de emoción a todo aquel que lo pruebe », decía el padre.

Y después, en la oscuridad de la noche, y en presencia de todos los miembros de la familia, se vertía el escaso jugo de ese racimo a la entrada a los viñedos. Para que la tierra empapara el sabor de la uva recién exprimida y pisada exclusivamente por el miembro más joven, y de esa forma poder transmitir a la siguiente cosecha su sabor y sabiduría. Enseñar de nuevo a las vides cómo nace una uva. Una ofrenda que se repetía todos los años para agradecer a la madre tierra su anual regalo. Y entre los presentes siempre flotaba en el ambiente la misma sensación. « Ojalá sea este año, ojalá. El de la mejor cosecha de los últimos cien años » .

No obstante, Julián solo coincidió una vez con la denominación « La mejor del siglo », allá por el año 1964. Tenía entonces seis años, pero ya notó en el ambiente que era una ocasión especial. Venían desconocidos que se reunían con su padre. Les oía tras las paredes de la finca catando el mosto y exclamando eufóricos que venía como nunca. Comentando que la ausencia de lluvia y otros

detalles que él no entendía habían hecho de esa añada algo muy especial. Y él disfrutaba con la alegría de sus padres. Y se acuerda de manera nítida que en 1964, justo al principio, en enero, murió su madre, y a pesar de ello fue el año que más alegría notó en el ambiente de la casa. Pero esa sensación solo era exterior, dirigida a elevar el ánimo de los niños.

Aquel año la cosecha se la dedicaron a ella. Desde entonces existe el vino Verónica, Vid de Vides. Las tres uves. Enlazadas con un pequeño ribete en color negro sobre la silueta de la mansión, Marbil. Así era la etiqueta de la botella que les había dado la fama. Su padre le puso el nombre porque Vid tiene la raíz de la palabra vida y quería encontrar en ese vino la vida perdida de Verónica, su mujer. Julián recuerda claramente cómo se lo dijo su padre, intentando disimular para no entristecerle, los ojos levemente cargados de lágrimas. « Tu madre nos ha ayudado desde el cielo a que esta cosecha sea maravillosa », le dijo poniéndose a su altura en todos los sentidos. Y también recuerda haberlo oído repetir a su tío el sacerdote. « Qué pena que no lo pueda haber visto ella », se lamentaba su padre. « Lo ha visto, Julián, lo ha visto desde el cielo o dondequiera que esté, esas cosas se ven. Estará muy contenta y sobre todo muy orgullosa de que la tierra nos haya regalado algo tan maravilloso. Y ese vino un día será considerado uno de los mejores ». Pero él sabía que su padre no se consolaba con las palabras del tío Esteban. Nunca había vuelto a ver un ambiente similar. Se habían conseguido cosechas excelentes, pero ninguna como aquella. La mezcla de alegría y tristeza hizo de aquel año una época inolvidable. Y él se había endurecido creciendo sin una madre, había tenido que sacar lo más preciado de su padre para sobrevivir.

Desde 1964 no se habían vuelto a dar unas circunstancias climatológicas idóneas. Habían sido excelentes en 1970 y en 1982 y en alguno más, pero ninguna como la de aquel año. « Igual ahora, el año 2018 puede que sea », se dijo Julián mientras jugueteaba con los pequeños prismáticos que tenía siempre sobre la mesa.

Un extraño ruido perturbó la calma de la mañana. Sonó como un estallido. Y provenía de las vides.

Julián se levantó bruscamente de su asiento y miró en la lejanía con preocupación. Cogió los binoculares y se los colgó con rapidez al cuello, enfocando acto seguido con la rueda central y dirigiéndolos hacia donde creyó haber oído el ruido.

No dio crédito a lo que estaba viendo.

Tres individuos con sendas teas encendidas corrían a lo largo de sus viñedos incendiando con saña las cepas a su paso. Se movían como posesos intentando en unos instantes convertir el vergel en un infierno. Podía oír las voces que se daban entre ellos animándose a proseguir su macabro entretenimiento mientras avanzaban como demonios por las calles de barro seco que formaban las hileras

de vides. El humo empezaba a ser visible, puesto que eran ya casi una docena de vides las que ardían descontroladas.

«De nuevo el fuego —musitó—. ¿Quiénes son esos hijos de puta?», se preguntó con rabia mientras de un manotazo se quitaba los prismáticos giraba sobre sí mismo y comenzaba a gritar.

—¡Verónica! ¡Andrés! Venid rápido, están quemando las vides. ¡Deprisa! ¡Traed agua! —chilló mientras se metía en la casa y comenzaba a bajar corriendo las escaleras de dos en dos.

Se oyeron las voces del personal saliendo de la cocina y las habitaciones, pero Julián no esperó a nadie más. Con las manos temblorosas abrió el armario donde escondía la escopeta de caza. La agarró con decisión mientras cargaba los bolsillos con todos los cartuchos que le cupieron. Abrió la puerta sin esperar a nadie y comenzó a correr hacia las vides ardiendo. Notó la tierra áspera, las piedrecillas que se le clavaban en la suela de las zapatillas de casa que calzaba. No le importó. Sobre la marcha cargó los dos cañones del arma mientras chillaba con todo el aire del que eran capaces sus pulmones.

—¡Qué hacéis! ¿Estáis locos? ¡Parad!

En su loca carrera apuntó el arma hacia el cielo y disparó un solo tiro.

En ese momento los tres hombres dieron media vuelta y miraron curiosos hacia el origen del disparo. Se pararon en seco. Se acercaron con parsimonia a Julián por cada lado rodeándole con la tea encendida en la mano derecha y con media sonrisa instalada en su cara. Eran muy corpulentos. Vestían ropa de trabajo manchada de barro. Julián apuntó a uno de ellos a escasa distancia, pero enseguida empezó a mover el arma hacia todos lados en un intento de que no le cercaran. Ninguno medió palabra. La luz de las teas iluminaba la escena como en un sueño. Uno de ellos, en un rápido movimiento, le tiró la tea sobre los pantalones. Estos prendieron con rapidez. Sintió un dolor agudo en las piernas mientras el tejido se fundía con la misma rapidez que un hielo sobre agua hirviendo. Comenzó a chillar rabioso mientras se retorció de dolor mirándose los pantalones; en vano intentaba apagarlos a manotazos. Soltó el arma. Los hombres se dieron media vuelta y entre risas prosiguieron su pirómano proceso.

Julián Sáenz cayó de bruces en el terrizo con la misma brusquedad y sudores con los que se incorporó de la cama.

Su corazón latía desbocado. Respiró hondo y se tocó las piernas enfundadas en el pijama azul. Palpó su frente sudorosa. Cogió un pañuelo de la mesilla y se secó intentando que el corazón no le saliera por la boca. Respiró hondo varias veces sentado en el borde del lecho. Se puso las zapatillas y se acercó a la ventana abriéndola a continuación. La luz del amanecer le dio en el rostro iluminando las sombras.

Oyó a su hermano Andrés golpear la puerta con brusquedad.

—Está abierto —gritó.

Su hermano entró y avanzó dos pasos hacia el interior de la habitación. Estaba sobresaltado.

—¿Estás bien? Te he oído gritar y llamarme y... también a mamá, a Verónica. Has pegado un buen par de alaridos.

—Era una pesadilla. Ya sabes, siempre que estamos en época de vendimia estoy un poco nervioso —se disculpó. Andrés lo miró con preocupación intentando convencerse de las palabras que acababa de pronunciar Julián—. Luego bajo a desayunar, ¿vale?, no te preocupes —insistió mientras ponía cara de circunstancias.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntar.

—Que sí, que sí, estate tranquilo.

—Venga, te espero —contestó Andrés.

Julián vio a su hermano mayor alejarse escaleras abajo. Cerró la puerta, atravesó su habitación y salió al balcón mirando con tranquilidad las vides cargadas de uvas. La brisa fría de la mañana se coló por las rendijas de la chaqueta del pijama. Se frotó el pecho mientras cogía los prismáticos del pequeño cajón situado en la esquina de la terraza. Por unos instantes temió que estuvieran ardiendo de verdad.

Enfocó las vides ligeramente dobladas por el peso, hermosas en su color y textura, y pensó que no quedaba nada para la vendimia y tenía que acertar el momento preciso. Tenía experiencia en hacerlo. Calculó una semana más hasta que la uva tuviera el grado justo de maduración. «La enóloga tiene que venir mañana mismo, no quiero arriesgarme a que el calor tardío de finales de septiembre adelante el proceso y ella aún no esté aquí», reflexionó mientras observaba absorto las hectáreas de su propiedad.

Tenían una tonalidad especial.

La esencia de la tierra dando su *bouquet* a la vid.

La tierra que lo vio nacer. Sus raíces. Y crear vino con ellas, su vida. Su obsesión. Su verdadera pasión.

—Vamos a hacer tres pausas para publicidad. ¿Me atendéis, chicos?

Los dos protagonistas estaban situados en medio de un espectacular plató. Se encontraban sentados cómodamente en unos sofás blancos muy mullidos, cara a cara y mirándola por encima de las manos de sus respectivos maquilladores, asintieron.

—Cada parada será de unos cinco minutos aproximadamente. Tus cámaras van a ser la tres y la cinco. Las que ves atrás son de plano general. De esas no te preocupes —le contó la directora de plató al invitado mientras se mantenía en cuclillas a su altura—. Tú, Silvia, las de siempre.

Viendo lo distraído que estaba el invitado, volvió a insistir, a la vez que recordaba a ambos que también apagarán los móviles.

—Tú, Aitor, ¿me has oído?

—Que sí mujer, que no es la primera vez que estoy en televisión. —Rio el invitado de manera ostensible, algo forzado.

La directora paró de hablar para atender al pinganillo que tenía en la oreja y contestó con rapidez.

—Vale de acuerdo —le dijo al realizador asintiendo con la cabeza mientras se ponía en pie. En voz alta la directora de estudio intentó despejar el lugar—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Estamos a dos minutos de estar en el aire! —gritó con fuerza.

Los de maquillaje dieron los últimos toques a las caras de ambos protagonistas mientras *atrezzistas* e iluminadores supervisaban el lugar. « Un poco de color más difuminado en los pómulos para que no salgan excesivamente blancos y estará listo », se dijo el maquillador mientras golpeaba con suavidad su rostro.

—Deja ya de ponerme potingues, que voy a parecer un maricón —le espetó el protagonista del programa.

Enseguida sintió la incomodidad de la persona que tenía a escasos centímetros, y en ese mismo momento fue consciente de la metedura de pata.

—Yo lo soy y no tienes por qué decirlo de esa manera —cortó el maquillador con sequedad y rictus serio—. Estoy orgulloso de serlo —añadió con acritud.

—Lo siento, lo siento, no quería molestarte —se disculpó Aitor mientras se revolvía culpable por el exabrupto—. De verdad, no te lo tomes a mal —insistió.

El otro no contestó.

El realizador avisó por el pinganillo a la directora del plató de que quedaban treinta segundos. No podía haber nadie en el escenario que no fueran los protagonistas.

El maquillador del invitado hizo ademán de irse sin despedirse, pero se detuvo un instante.

—Cuando acabes te desmaquillo en el camerino —le dijo con extrema

frialdad mientras se perdía entre los numerosos técnicos.

« Joder, qué manera más puta de empezar », pensó el invitado mientras vio alejarse al maquillador. « Lo he dicho sin querer ». Pero nada más alejarse cambió de opinión. « Que se joda por pusilánime. A estos maricones no se les puede decir nada. Son como una mierda delicada ». Intentó olvidarlo mientras levantaba la mirada pasando por alto el incidente. Viendo el escenario perfectamente montado, con la pequeña mesa central de cristal y acero que le separaba de la periodista directora del programa, esbozó una sonrisa tensa.

Se oyó en el plató el aviso final.

— ¡ Todo el mundo fuera, por favor !

» Diez segundos. Silencio absoluto, por favor. SILENCIO.

» Cinco segundos, cuatro...

El director del plató, a las órdenes del realizador, gesticuló durante los últimos tres segundos con la mano en alto. Al llegar al final de la cuenta atrás bajó el brazo señalando a la presentadora y retirándose detrás de una cámara.

Casi al mismo tiempo se encendieron los letreros rojos de las tres puertas de acceso al plató. *On air*. Comenzamos.

— Muy buenas noches, queridos telespectadores, bienvenidos a una nueva edición del programa *Conózcalo*. Estamos como siempre en su cadena, la suya — dijo la presentadora señalando con el dedo a cámara —. Antena 3, su cadena amiga. Y la que les habla es su otra amiga, Silvia Santos. Estamos, como siempre, en riguroso directo. Son las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche — añadió mirándose un reloj Swatch de color naranja con el anagrama de la cadena.

El plató mantenía a las casi treinta y cinco personas necesarias para realizar un programa en directo pendientes de la acción en medio del gigantesco espacio. Cables y técnicos se enredaban en un caos ordenado. Focos y palabras revelaban al espacio lo que allí estaba sucediendo.

Silvia continuó.

— Y hoy, el personaje que vamos a presentar es uno bien conocido por los telespectadores. Tengo el honor de compartir con todos ustedes a un hombre que lo ha sido todo en el mundo de la cocina en los últimos años. Yo lo definiría como un comunicador nato, que a pesar de su juventud ha sabido meterse en el bolsillo a los amantes de la cocina, pero también al público en general. Señoras y señores, con ustedes, Aitor Zubillaga.

El letrero de aplauso se encendió con rapidez nada más oír el nombre. Una cámara barrió una de las bancadas donde se encontraba el público que daba palmas entre sonrisas. Las cincuenta personas que llenaban el aforo incluso se llegaron a levantar. De pie mantuvieron el aplauso más tiempo del permitido. El letrero se había apagado y fue Silvia la que tuvo que cortarlo levantando el brazo. En ese momento Aitor ya había abandonado su sillón para responder con los

brazos en alto y una amplia y sincera sonrisa de exhibición dental ante tales muestras de cariño.

—Dios mío, Aitor, no te quejarás del recibimiento. —Rio la presentadora cruzando las piernas mientras se echaba hacia atrás la melena castaña, que cayó como una cascada sobre su traje de chaqueta de delicado escote barco—. Creo que ha sido uno de los más calurosos que recuerdo en mi programa —añadió.

—Sí, es impresionante. Gracias —repitió Aitor varias veces inclinando la cabeza.

Los cuarenta minutos que tenían por delante hacían presagiar buenos momentos.

—¿Preparado? —afirmó más que preguntó—. ¿Quién es Aitor Zubillaga? —atacó la presentadora.

—¿Quién es? —repitió Aitor en tercera persona. Con la mirada perdida y sonrisa de medio lado emitió un hondo suspiro.

—Sí, cómo te definirías.

La primera pregunta lo había descolocado, pero solo por un instante.

—Un cuentista —contestó—. Sí, eso es, como un cocinero cuentista.

—A ver, ¿qué es eso? —preguntó Silvia.

—Sí, un cuentista de la cocina, una persona que empezó en la cocina porque no sabía hacer otra cosa. Me echaron de todos los colegios donde estuve, y estuve en cuatro. Nadie sabía qué hacer conmigo. Se lo hice pasar muy mal a casi todos los que me rodeaban. La *ama* todavía hoy me lo echa en cara. —Rio. Dirigiéndose a una de sus cámaras lanzó una sonrisa—. *Ama*, ya sabes que te quiero —añadió acercándose zalamero al ver que una de ellas se acercaba a su rostro.

Silvia sonrió y dejó a su invitado que siguiera contando cosas sin interrumpirle.

—Yo encontré en la cocina un cuento sobre el cual edificar mi vida —prosiguió—. Una actividad muy dura que te absorbe todo el día y parte de la noche. Y ahí vi mi hueco. Un sitio donde me sentía muy a gusto. Por lo menos era una actividad tan absorbente que no te dejaba tiempo para pensar en muchas más cosas. Vamos, que no te daba tiempo de pifiarla. Y ahí es donde encuentras tu lugar exacto, que es contar historias, cuentos de cocina a través de la televisión, sobre todo estando convencido de lo que dices y creando ilusiones entre los televidentes. Te conviertes en un charlatán de feria que vende una actividad cotidiana. La más habitual que un ser humano puede realizar: cocinar. La más común y la más necesaria. Cualquiera puede hacerlo. Sí, sí. Lo dicen en la película *Ratatouille*. ¿Te acuerdas de la escena? Cualquiera puede cocinar.

Como algunos otros detalles, esto estaba preparado y de fondo se vieron las escenas de la película.

—Lo dicen varias veces —prosiguió— de verdad, otras cosas por supuesto

que no, pero cocinar es un engaño. No tienes más que hacerlo. Yo cuento cómo cocinar. Soy un cuentista. Y lo hago de la manera más amena posible. Fijate Silvia —dijo incorporándose de su asiento—. Para mí la cocina ha supuesto entrar en un mundo que nunca hubiera podido imaginar. Y los comienzos fueron muy duros. Hasta conseguir un equipo tuve que compaginar el trabajo en el restaurante con las grabaciones, que al principio hacíamos en un pequeño set de cocina que me dejaba un amigo que montaba cocinas. Y en los comienzos me encontraba incómodo hablando a algo tan impersonal como una cámara, pero no tardé mucho en cambiar y autoconvencerme de que ella era una amiga, y con el tiempo me empecé a sentir muy cómodo en su compañía. Tardé bastante, pero desde que lo conseguí, todo fue sobre ruedas. Y contarle cuentos de cocina a esa cámara empezó a deleitarme. Pasó de ser simple diversión a pasión.

—Pero tú siempre habías visto cocinar en tu casa. ¿No te influía?

—Sí, pero nunca le había prestado atención. Veía a mi madre cocinar, pero como lo hacen millones de personas en sus vidas. Y además yo era un vago. Hasta no tener una edad un poco avanzada siempre me escaqueaba de todo y me iba de juerga con los amigos. —Sonrió—. Es verdad, era así. Siempre pensé que sería un desgraciado y lo mejor es que no me importaba lo más mínimo. Me hubiera ganado la vida en cualquier chiringuito trabajando de cualquier cosa sin darle más importancia.

Silvia rio abiertamente mientras miraba sus notas.

—¿Cuándo se produce ese cambio?

—Pues con un amigo, después de estar trabajando un año en la construcción llevando ladrillos de un lado a otro. Lo he contado muchas veces. Ver el trabajo físico extenuante tan de cerca creo que me hizo cambiar.

—¿Se podría decir que el peso del cemento cambió tu vida? —sonrió la presentadora.

—Sí, fue así.

—¿Tu programa de cocina te ha hecho mejor persona?

—Yo creo que sí. Tampoco excelente —sonrió—, pero sí. No es que antes fuera un monstruo, simplemente era un joven muy díscolo. Ahora tengo una mujer a la que adoro y dos niñas a las que quiero con locura, y no puedo dejar de verlas, ni separarme de ellas por más de dos días. Y soy feliz. La gente me para por la calle e intento contestar a todo lo que puedo y siempre con una sonrisa en la cara.

Todo iba sobre ruedas y el ambiente era distendido, pero Silvia le tenía guardada alguna sorpresa.

—Aitor, ¿cómo te sientes cuando en mitad de tus éxitos te acusan del *affaire* de la construcción de Itxasora en Almería?

Habían pactado que no se iba a hablar de ese tema, pero la periodista, en directo, saltándose el pacto previo, había logrado ponerlo incómodo. «Los

programas en directo son una puta ruleta rusa, no te puedes fiar de nadie», pensó Aitor décimas de segundo antes de contestar.

Con cara de circunstancias y haciendo acopio de fuerzas, cambió de posición en el sillón y poniendo expresión seria comenzó a defenderse con aplomo.

—Aquel asunto, como bien se demostró en el juicio, no fue más que una encerrona. Una inmobiliaria fantasma, Itxasora, me engañó y utilizó mi imagen para promocionarse. Un amigo que yo creí fiel resultó ser un auténtico sinvergüenza —se defendió el invitado—. Fue un intento de sacarme dinero. Con el tiempo me he vuelto más cuidadoso a la hora de elegir a los amigos. Lo que también descubrí en aquel momento fue que cuando estás arriba eres más vulnerable que cuando eres una persona de a pie. Cuánta más fuerza tienes, más expuesto estás a situaciones de peligro. Es una contradicción, pero es así. Si alguien quiere te puede hacer mucho daño y como conoce tu posición espera que cedas a sus pretensiones. Soy consciente del deterioro de mi imagen. Aquello me hizo mucho daño injustamente. Pero bueno, pasó hace muchos años y yo entonces era más joven y más incauto. Ahora no hubiera caído. El tiempo te va haciendo más previsor —concluyó en un intento de que Silvia cambiara la conversación.

La directora del programa de cocina de Aitor y asesora personal, Ainhoa Carreño, que se encontraba entre los técnicos de sonido del estudio viendo el programa por una pequeña pantalla, se removió inquieta en el asiento. Se ajustó las gafas en un movimiento instintivo de nerviosismo.

«Esta hija de puta. Esto no estaba en el guion. ¡Hostia!, luego no me voy a callar», masculló apretando con rabia los papeles que tenía entre las manos. «Se ha saltado a la torera todo lo que hablamos. Será zorra... Esta es una lista, me va a oír».

—¿Cuál fue el paso más importante que diste profesionalmente en la televisión?

Cuando constató que por fin cambiaba de asunto, Aitor respiró profundamente y notó que sus axilas dejaban de emanar ese sudor nervioso fruto no precisamente del calor. Contestó con rapidez.

—La colaboración con cadenas de habla inglesa. Poder hacer una versión de lo que aquí hacíamos en inglés nos abrió un campo que nunca hubiéramos podido imaginar. Ahora sí que me conocían en todo el mundo. Los idiomas son barreras que si se logran derribar desde la cultura, el respeto y el conocimiento pueden abrir campos de trabajo y de comunicación enormes.

—Y eso que, según cuentas, aprendiste inglés ya de adulto, lo que tiene un mérito añadido —le halagó la presentadora para suavizar el anterior ataque.

—Sí, me acuerdo que me costó dos años y fueron muy intensos, pero fue una buena inversión.

—Nos vamos a publicidad —interrumpió Silvia con delicadeza—, pero no se

vayan, que Aitor todavía tiene muchas cosas que contarnos.

Los letreros de *On air* se apagaron. Se oyó la voz de la directora de plató:

—Son cinco minutos. Que nadie se vaya lejos.

El realizador dio órdenes a los iluminadores para que cambiaran un par de focos que creaban sombras extrañas. Los maquilladores volvieron a escena y retocaron las caras de los protagonistas. Aitor miro al *backstage* de los de sonido buscando a Ainhoa. Cuando la encontró vio que se había levantado con cara de enfado. Le hizo un gesto muy sutil con la mano de que se tranquilizara. Ella lo miró fijamente mientras permanecía de pie desafiante. «Siéntate y tranquilízate», le dijo Aitor con la mirada. Ainhoa se sentó mientras oía la voz de la directora de plató instando a todo el mundo a abandonar el escenario.

—¡Un minuto! —gritó la directora con su carpeta en la mano—. Quiero a todo el mundo fuera de escena.

Durante el descanso publicitario Aitor había estado tan tenso intentando que su asesora Ainhoa no viniera a escena a montarle un numerito a la presentadora, que hasta que el maquillador no se retiró, no se dio cuenta de que no era el mismo que lo había estado acicalando al principio.

«Joder, no era para tanto», pensó.

Fue en el tercer y último descanso cuando las cosas se torcieron de verdad. Pero Aitor no se enteró. Sin embargo, sí fue consciente de que en el tramo final de la entrevista Silvia se mostró incómoda y de pasada volvió a mencionar el asunto de la inmobiliaria Itxasora.

Cuando terminaron, Silvia se dio media vuelta y se marchó sin despedirse, simulando una charla con la directora. Aitor la buscó entre la marea de personas que abarrotaban el estudio, pero no la encontró. Fue entonces cuando viendo acercarse a Ainhoa, ató cabos.

En ese mismo instante se acercaron más de seis personas a pedirle que firmara los libros, a lo que él accedió con sonrisa forzada. En cuanto pudo se libró de ellos, y en compañía de su asesora se despidió de los responsables del programa y salió de los estudios en dirección al aparcamiento. Se metieron en el Porsche Cayenne negro y cerraron las puertas. Se creó un micromundo. Un silencio ausente entre los dos. Oyeron el motor rugir poderoso mientras Aitor maniobraba para salir del recinto. Los cristales tintados proporcionaron más intimidad y aislamiento a la conversación.

—Esta tía es una perra, joder, lo sabía, lo sabía, me lo estaba imaginando, estaba teniendo una premonición —repitió Ainhoa.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —contestó ella.

—Venga, dime qué ha pasado, que en la última parte estaba ella muy distinta —insistió Aitor.

—Pues yo no he notado nada —cortó la mujer irónicamente—. ¿Has hablado

con ella?

—¡Que me digas qué ha pasado, coño!, ¿te crees que soy tonto, que no me doy cuenta de las cosas? ¿Qué ha pasado? —insistió el cocinero alzando la voz.

—Pasa que ya sabes que no me corto un pelo.

—Eso ya lo sé. De sobra. ¿Me lo vas a decir o vamos a tener un lío? Ha sido algo cuando ella se ha levantado en la última pausa publicitaria, ¿no? Creo que ha dicho que se iba al baño.

—Pues nada, que hemos coincidido —respondió Ainhoa.

—Venga, no me tomes el pelo, has ido detrás de ella. ¿Qué te crees? ¿Que no te he visto? ¿Y?

—Y... nada, pues le he dicho que no tenía derecho a preguntar sobre el asunto. Que lo habíamos hablado y pactado.

—Todo eso supongo que con tu natural educación y tono —afirmó socarrón el cocinero—. Y seguro que había más gente.

—Solo una persona más —se limitó a decir sonriendo de manera extraña.

Ainhoa calló de golpe. Ahuecó nerviosa su larga melena rubia y estiró su cazadora de cuero negra con tachuelas en las hombreras, subiendo el cuello como para protegerse de la conversación. Hizo lo mismo con las piernas, que recogió sobre el asiento.

—¿Y ella qué ha contestado? —El silencio de la mujer tensaba la situación—. ¡Que me digas qué coño te ha dicho! —gritó Aitor.

—¡Nada, hostia, nada! Le he pegado un par de gritos bien dados a ver si aprende —estalló Ainhoa incorporándose mientras echaba hacia delante el cinturón de seguridad—. Y se ha achantado, no te creas. Ya sé cómo hay que hacer estas cosas, ¿qué te piensas? ¿Que he empezado a trabajar en este mundo ayer? Sé cómo tratar a este tipo de genitza.

Ahora fue Aitor quien bajó el tono, sumiso ante la fortísima contestación de su asesora.

—Joder Ainhoa, eres la hostia, pero ¿no te das cuenta de que trabajamos para esta puta cadena?, ¿quieres que nos echen a todos? Joder, y luego irá con el cuento arriba y... un día tu carácter nos va a pasar factura, acuérdate de lo que te digo —musitó mientras aceleraba ya de noche por la carretera de salida de la Nacional 1 dirección Burgos. El vehículo cogió velocidad con rapidez. El motor rugió a los requerimientos rabiosos de su conductor.

El silencio entre los dos duró lo que tardó ella en darse cuenta de la velocidad a la que circulaban, 200 km/h.

—Sí, ve más rápido, a ver si nos matamos —exclamó Ainhoa con ironía y enfado sobre el murmullo sordo del vehículo.

Aitor se mantuvo en silencio sin contestar, pero enseguida levantó el pie del acelerador. Durante media hora ninguno de los dos se dirigió la palabra. Cuando llegaron a la altura del puerto de Somosierra, Aitor se acordó de su teléfono.

Disminuyó ostensiblemente la velocidad y desde su Samsung Galaxy mandó un escueto mensaje a su mujer Ana.

«Llegaré mañana a la mañana. Me quedo a dormir en Madrid, se ha hecho muy tarde. Me han liado, todavía estoy en los estudios. Dales un beso a las niñas de mi parte. Te quiero» .

Enviar.

Puso en silencio el aparato y lo dejó en la guantera. Pero volvió a mirarlo y lo desconectó. Se arrellanó en el cómodo asiento del vehículo. Puso la música un poco más alta y respiró hondo sintiendo en su interior el placer que le proporcionaba la conducción. Disfrutaba especialmente de noche, cuando el tráfico es menor. Torció la cabeza y mirando el perfil de Ainhoa, que mantenía el cuello de su cazadora a modo de parapeto, pensó que el acto de conducir era muy relajante. Un verdadero placer. El sonido del motor lo tranquilizaba. Las increíblemente potentes luces largas del vehículo iluminaban más allá de lo que su vista podía distinguir. Por un momento imaginó que era un faro alumbrando más allá de su interior.

—Venga, pararemos en el Landa Palace, en Burgos. A ver si nos dan de cenar. ¿Te apetece? ¿A qué hora tenemos rodaje mañana? —preguntó Aitor intentando romper el hielo que se había formado entre los dos. Pero enseguida se dio cuenta de que era demasiado pronto para eso.

—No sé, y a miraré luego en el Ipad —contestó ella, cortante.

A pesar de todo y aun a sabiendas de la respuesta, insistió.

—Míralo ahora y así...

—Lo miraré luego. No me apetece hacerlo ahora —cortó tajante la mujer sin dar lugar a más discusiones.

Adelantaban veloces por el carril de aceleración de la autovía mientras en el interior del habitáculo reinaba el silencio. A cincuenta kilómetros de su destino y pasadas casi dos horas, la conversación sobre el rodaje del día siguiente pasó a ser fluida. Ambos charlaron durante un rato sobre los detalles de los platos que el cocinero tenía que elaborar. Aitor tenía mucha empatía con sus empleados. En algún momento llegaron a reír acordándose del incidente con la presentadora. Él pensó en la capacidad que tenía Ainhoa de superar los enfados, y le gustó; al menos contrarrestaba y equilibraba los arranques de mal genio que podían crearle serios compromisos. Esa faceta y también su capacidad de trabajo, muy por encima de la media. Ainhoa era capaz de llevar y coordinar todas sus entrevistas, los planes de rodaje y todos los líos derivados de su trabajo. Y comiéndose más de un marrón porque las situaciones de estrés solían ser habituales. Y lo que era más importante: llevaba con él desde el principio. Aitor apreciaba la fidelidad de la gente que trabajaba para él. Ainhoa tenía estudios de comunicación, era clave en la organización de su mundo laboral y de su vida, lo que en sus inicios le vino muy bien a un iletrado como Aitor.

Ainhoa era una persona inteligente y fuerte. La combinación perfecta. Además su cuerpo atlético y su musculatura transmitían una imagen potente en todos los sentidos. El gimnasio era una actividad que en contadas veces se saltaba, estuvieran donde estuvieran siempre encontraba un hueco para enfundarse su chándal, recoger su melena con una goma y correr en la cinta o hacer pesas. A pesar de ello no perdía su imagen femenina. Su aspecto no mostraba los cuarenta y dos años que tenía.

Cuando, por fin, llegaron al inmenso palacete a la entrada de Burgos rayaban las doce menos cuarto de la noche. El cocinero miró a Ainhoa, que se había quedado amodorrada con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla del copiloto. La idea de comer un bocado de morcilla y un vino acorde le hizo sonreír. Cuando acabó de aparcar en batería quitó el contacto del vehículo. La mujer despertó al notar el silencio.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Aitor.

—Pues no te diría que no —contestó Ainhoa mientras se desperezaba y se quitaba el cinturón de seguridad—. ¿Pero a estas horas ya nos darán algo?

—Sí, tienen un retén de guardia y un poquito de morcilla bien fritita seguro que nos preparan...

El castillo se veía más imponente de noche. Las luces y sombras que dibujaba la hiedra convertían el edificio en algo mágico, perdido en el tiempo. Parecía como si los espíritus ancestrales mantuvieran a salvo el espacio de la cercana carretera. Atravesaron las arcadas empedradas y se dirigieron con sus bolsas a la recepción del hotel. Las almenas del torreón principal parecían vigilar a la pareja que se perdía en su interior.

La piscina climatizada abovedada y flanqueada por arcos fue una de las primeras imágenes que vinieron a la mente de Aitor en cuanto traspasó el umbral. «No creo que podamos usarla. Mañana saldremos temprano», reflexionó. Aquel castillo tenía aire de refugio de montaña, discreto y acogedor, a medio camino entre las dos ciudades tan frecuentadas por sus compromisos laborales. Era un remanso, una poza tranquila entre los rápidos en los que se había convertido su vida desde que comenzó su andadura en televisión.

—Buenas noches, señores. Bienvenidos —saludó el recepcionista.

—Hola. Algo de comer ya nos daréis, ¿verdad? —preguntó Aitor.

—Cómo no, por supuesto, señores.

—Yo no tengo hambre —apuntó Ainhoa.

—Un par de huevos con unos pimientitos y unos trocitos de morcilla, sí que tomaremos, ¿no?, y una botellita de un Rioja o un Rueda. Sí, no sé, una botella de Rioja, el Sir Cupani. ¿Te parece?

—De acuerdo, sí —contestó distraídamente la mujer mientras miraba el listado de mensajes entrantes de su móvil.

—¿No quieres nada más, Ainhoa?

—No, no, pero para mí un solo huevo —respondió la mujer sin levantar la cabeza de la pantalla del teléfono.

Aitor se volvió hacia el recepcionista.

—Y una habitación, claro.

—¿Dos camas? —preguntó el empleado del hotel.

—No, una grande. Danos la *suite*.

Vicente Parra se despertó a causa de la luz que se colaba por las rendijas de la persiana. Había dormido poco y mal. No le dolía la cabeza, pero el malestar era general. Cuando se cruzó con Françoise apenas compartió con ella unos escasos minutos de lecho y justo le dio tiempo a contarle la tardanza de su llegada a casa. Un asesinato. Se había metido en la cama y había puesto el despertador a las nueve para dormir apenas unas horas, pero su cabeza no le había dado semejante plazo. En cuanto terminó su primera fase REM, en la que durmió profundamente, no fue capaz de pasar a la segunda. A las tres horas y diez minutos ya estaba dando vueltas en la cabeza al terrible espectáculo que hacía ocho horas había presenciado: el cuerpo de una joven degollada.

Se incorporó y sentado en el borde de la cama, se frotó la incipiente barba. Por un instante se sintió abrumado por lo que le estaría esperando en la comisaría. El informe del forense, las pruebas que se habían llevado de la escena del crimen, los apuntes de la entrevista con la vecina, todo se mezcló en la cabeza del subcomisario mientras se levantaba y atravesaba el pasillo de la solitaria casa. Pensó en la soledad de la casa y en la sensación de vacío que reinaba desde que se había marchado su hijo Alberto, a pesar de que este venía con frecuencia a visitarlos. Sintió que para paliarla dependía de una persona —su mujer Françoise— y fue consciente de la fragilidad de la situación, de la vida. La presencia de su esposa, a veces abrumadora, otras reparadora, constituía el pilar de su vida, con la paradoja de que él era un experto en criminología, que lidiaba con la muerte a diario, acostumbrado a ver la soledad forzada por la violencia en padres, amigos, mujeres y maridos.

Delante del espejo del baño y con la espuma de afeitarse desapareciendo con rapidez de su curtida cara, intentaba que se desvanecieran los pensamientos negativos. Cuando terminó, estos estaban cada vez más diluidos en su mente. Se lavó la cara con agua templada y terminó de despejarse. Siempre dejaba pasar los primeros cinco o diez minutos desde que se levantaba para poner a girar las neuronas a máxima revolución.

Cuando llegó a la cocina se preparó un té, uno de los que su mujer preparaba con frecuencia. Leyó la referencia en la caja donde se encontraban los sobrecitos mientras daba pequeños sorbos a la infusión. Earl Grey Tea. Aromatizado con esencia de bergamota. Cada vez que soplaba para enfriarla, su fragancia se convertía en un pulverizador de la esencia del cítrico. Toda la cocina olía a bergamota. Ayer el olor en la casa de la asesinada era de vino derramado; alcohol mezclado con sangre con el hedor característico de esta última. La fetidez de la muerte flotaba por la estancia. «Opuesto a lo que estoy oliendo ahora», pensó. Cuando terminó de beberlo miró la botella de vino vacía que habían bebido la noche anterior, que se encontraba en una esquina de la mesa,

preparada para el reciclaje. Miró la etiqueta de nuevo. Olió su interior. El aroma era distinto, predominaba el alcohol y apenas quedaban efluvios. En algún sentido el olor que emanaba era similar al de la casa de Esperanza..., «no recuerdo su apellido —pensó—, pero de poco le sirvió el nombre». Su «esperanza» yacía apoyada en un sofá teñido del rubí del vino y el púrpura de la sangre y aquel bouquet era una mezcla parecida. De botella vacía. Igual que la enóloga: tendida y exanguinada, degollada como se hace con las botellas de buen vino. Y aquel símil le pareció una coincidencia. La botella de su vida había sido descorchada de la manera más cruel, con un puñal, o lo que fuera aquello que la noche anterior presupusieron que era el arma del crimen.

«Pero lo voy a adivinar», se dijo el subcomisario. «Esa hoz pequeñita la he visto en algún lado», se repitió a sí mismo. Cuando terminó de desayunar asió el teléfono y miró la lista de llamadas entrantes aunque no les hizo caso, en el trayecto hasta la comisaría iría ordenando ideas. Cogió la cazadora y saliendo a la terraza escudriñó las tomateras. «Este año han venido mejores —pensó—. No llueve. Vámonos».

Cuando llegó a la comisaría de la Ertzaintza aparcó el coche y subió a su despacho. En el descansillo se topó con el oficial Arkaitz.

—Buenos días, ¿has dormido algo? —preguntó solícito.

—Con la edad se necesitan menos horas de sueño, —contestó Vicente con una sonrisa—. Tenemos que reunirnos con cierta urgencia —añadió.

—Yo en cambio estoy zombi. Me voy a la máquina del café a chutármelo en vena. Estaré en tu despacho en una hora. Me han pasado un montón de datos, en cuanto los ordene, hablamos.

—No tardes —insistió el subcomisario—. Si puedes antes, mejor.

—Un café y en media hora estoy —repitió.

El subcomisario le observó alejándose camino a la máquina del café. Cuando llegó a su despacho encendió el ordenador y empezó a buscar imágenes relacionadas con puñales. Las fotografías pasaban delante de él, pero ninguna se ajustaba a lo que estaba buscando. Buscó puñal curvo. Buscó arma blanca curva. Buscó dagas, estiletos, facas, navajas. No, aquello no era una navaja. Puntilla es un instrumento más relacionado con la cocina y con los toros. Hoz, guadaña, falce, rozón. Las imágenes se sucedían. Todos los filos eran parecidos, pero no terminaba de llegar la imagen que estaba esperando. Cambió los términos de la búsqueda.

«Tengo un arma que presumiblemente es la causante de la muerte de la mujer, pero a lo mejor no interesa saber qué es exactamente. Igual es un objeto que el asesino tenía en su casa cuya utilidad no afecta a la investigación», meditó.

«No me lo creo. Casi todo tiene un porqué», razonó. Mientras seguía mirando en internet páginas de fotografías de todo tipo de estiletos y cuchillos se

oyó un golpe en la puerta.

—Aurrera —dijo el subcomisario.

Arkaitz venía en compañía del oficial de homicidios Jon Ander Echeberria. Ambos tenían cierto parecido: delgados, altos y con el pelo muy negro y corto. El más joven de los dos, Jon Ander, llevaba siempre una barba muy cuidada y cortita que le daba un aspecto muy interesante y atractivo. Arkaitz tenía una nariz pronunciada, que delataba sus orígenes vascos, y unos ojos bonitos, con una mirada embaucadora. Ambos eran unos jóvenes oficiales bien preparados en la Academia de la Ertzaintza de Arkautz, cerca de Vitoria. Se notaba claramente que Jon Ander era más joven que su compañero, no solo por su aspecto, también por su personalidad, desenfadada y simpática.

Traía este último una carpeta con todas las fotografías que pudieron tomar de la escena del crimen. Se sentaron ante la mesa del subcomisario y comenzaron a mirarlas una por una; sin embargo, antes de empezar Arkaitz apuntó.

—Un inciso, Vicente, después de registrar con minuciosidad toda la casa no encontramos su teléfono móvil. O no tenía, o alguien se lo ha llevado. Y lo que es aún peor, tampoco había ningún ordenador en la casa, ni fijo ni portátil.

—¿La casa tenía conexión a internet? —preguntó el subcomisario.

—Sí, porque en su habitación había una mesita de cristal con la conexión al lado. Otra cosa es que estuviera operativa; todavía no nos ha dado tiempo a averiguarlo aunque estamos en ello. Al mediodía nos lo confirman. Y además había entre los papeles de la mesa de cristal un hueco sospechoso, seguramente el de su portátil. Lo pensé, llamé al de huellas y este me lo confirmó. Destacaban en el cristal las marcas de los cuatro apoyos de goma que tienen los portátiles para evitar que se deslicen y usando sus polvos mágicos —sonrió—, aseguró que ahí había habido un ordenador. Asimismo comentó que por la separación entre las huellas podíamos saber el tamaño, pero era imposible saber la marca.

—Es decir, o ella se lo llevó a algún sitio y lo dejó olvidado...

—Está en poder del asesino —interrumpió el subcomisario—. Podría ser que en él hubiera algo que lo involucraba y decidió llevárselo o simplemente la víctima lo tenía en algún otro lugar.

—De ahí el nombre de portátil —añadió Jon Ander jocoso. Ambos le miraron con media sonrisa—. Perdón, perdón.

—¿Y el móvil? No lo hemos encontrado, igual no tenía —insinuó con cara rara el oficial Arkaitz.

—No vayas tan deprisa, sabemos que tenía o había tenido ordenador, pero dudo mucho que no tuviera móvil.

—En cuanto tengamos más datos trabajaremos en ello. Vamos a ver las fotos. El forense llamará a la tarde. No hemos conseguido averiguar si tenía familiares y la prensa ya está llamando a la puerta.

—Filtraremos lo que nos interese, no te preocupes por eso. Nosotros a lo

nuestro —puntualizó Vicente.

Jon Ander empezó a pasar fotografías del cadáver tomadas desde todos los ángulos. Había primeros planos de todo su cuerpo, planos generales de las habitaciones además de detalles de todo tipo, desde posibles huellas hasta libros de las estanterías. Más de cien fotografías. Incluso del descansillo.

—¿Tenemos los datos de su historia laboral? —preguntó el subcomisario sin levantar la mirada mientras observaba con mucho detenimiento las fotografías.

—Sí, ya las tenemos. Pero no era una trabajadora por cuenta ajena, era autónoma y eso nos retrasa aún más la investigación. Habrá que peinar sus movimientos a través de las facturas de los últimos años e indagar por ese camino.

—Sí, pues daos prisa —instó el subcomisario— que desde arriba ya he tenido una llamada para ver cómo vamos. Me estoy dando cuenta de que tenemos poca cosa. ¿Sabemos algo de la supuesta arma? —preguntó al ver la imagen de la pequeña hoz en una de las fotografías.

De repente tuvo un *flashback* que duró dos segundos, pero que al oficial le parecieron dos horas.

« Bienvenidos al curso de cata de vinos de la Vinatería de Gros. Mi nombre es Manu Méndez y soy el que va a dirigir la cata de los cuatro vinos que hemos seleccionado para el día de hoy. La cata durará una hora y en ella intentaremos distinguir sabores, aromas primarios, secundarios y un sinfín de detalles que nos irán susurrando caldos tan importantes como los que hemos traído » .

Alberto y su padre Vicente estaban en segunda línea delante de otros doce participantes con su cuaderno y su ficha de cata de vinos, prestos a rellenarla.

« Antes de nada quiero que veáis un video muy corto, de unos cinco minutos de duración, que se filmó durante el proceso de elaboración del primer vino que vamos a catar y es interesante por una serie de razones que luego explicaré. Comienza en la vendimia y acaba en el reposo del vino una vez elaborado. No os perdáis detalle. Voy a apagar la luz » .

Vicente se quitó las gafas de presbicia y se introdujo en las imágenes de la pantalla.

El video comenzó con unas vistas de los viñedos cargados de uvas a punto de vendimiarse. Una voz en *off* explicaba cómo se desarrollaba la acción a la vez que un periodista cámara en mano se metía a menos de medio metro de los vendimiadores.

« El racimo hay que cortarlo sujetándolo con la mano izquierda, con suavidad para no aplastar ninguna uva, mientras con la mano derecha se corta el raspón de un rápido movimiento con ayuda de un corquete. En el caso de personas inexpertas se recomienda el uso de tijeras de podar... » .

—Vicente, ¿se encuentra bien? —indagó Jon Ander con más curiosidad que

preocupación.

—Esto es un corquete —dijo el subcomisario volviendo de su lapsus y tirando la fotografía sobre el escritorio—. Ya me ha costado, ya, llevo desde ayer intentando acordarme de dónde había visto esto —añadió con cara de satisfacción.

Arkaitz y Jon Ander se miraron, pero fue este último el que preguntó.

—¿Un corquete? ¿Y eso qué narices es?

—Es una pequeña hoz que se utiliza para cortar el raspón en las vides. Ya está. Seguro —contestó ufano el subcomisario.

Ladeó el ordenador mientras tecleaba la palabra y los dos policías se acercaban a la pantalla.

Corquete.

Ambos admitieron lo obvio. La posible arma del crimen era una pequeña hoz que se utiliza para vendimiar. Las fotografías se amontonaban en la pantalla del ordenador. Incluso Wikipedia daba información sobre el instrumento en cuestión.

—En la RAE no viene esa palabra, pero en cambio sí gañivete —aclaró Jon Ander mirando la información en su móvil.

—Bueno, llámalo como quieras, pero quédate con esto —dijo el subcomisario—. Un utensilio poco común.

Un gañivete.

—Esperanza era enóloga y la asesinaron con el instrumento que da la vida al vino. El arma que separa al fruto de la tierra y lo une al hombre. El utensilio que rescata al efímero fruto y lo convierte en la esencia perpetua de un vino gran reserva —comentó enigmático el subcomisario.

El artífice de insuflar vida al vino en manos de un criminal, que le ha robado a su creadora la existencia. Y el ciclo se cierra. Ella vuelve a la tierra.

Un corquete.

El sonido del teléfono segó abruptamente su discurso. Mientras respondía los policías se sentaron de nuevo frente a su mesa, ambos atentos, escuchándolo con curiosidad.

—Sí —dijo—, pásamelo.

Vicente cogió distraídamente una foto del cadáver de Esperanza cubierto de sangre mientras esperaba la comunicación, que no tardó en llegar.

—Sí, buenos días, ¿cómo estás Koldo?

Jon Ander y Arkaitz levantaron la vista casi a la vez cuando oyeron el nombre.

Vicente solo se mantuvo al aparato alrededor de medio minuto y apenas articuló un par de frases de asentimiento.

—De acuerdo, a la tarde estamos. Un abrazo y muchas gracias.

El subcomisario colgó el teléfono con cara muy seria. La mirada inquisitiva de los dos policías se mantuvo durante un instante en el rostro del jefe, que se hizo

de rogar unos instantes.

—¿Era quién nos imaginamos?—inquirió Jon Ander.

—Sí, era Koldo Jáuregui, el forense. He quedado con él a primera hora de la tarde. Tiene ya casi todo preparado. Me ha adelantado un pequeño detalle. Bueno, no tan pequeño —rectificó. Sus ayudantes contuvieron la respiración—. Esperanza Moreno estaba embarazada.

Merche Atienza terminó de preparar el almuerzo: unos pequeños bocadillos de chorizo cocido espolvoreados con azúcar. Los acababa de cocer y aún emanaban vapor. Cerró los panes calientes y los puso en el centro de la mesa, al lado de unas tortas de aceite. Cogió de la alacena una de las botellas de vino que tomaban a menudo. Viña Sáenz reserva de 2012. Un vino de su propiedad de la cosecha de hace seis años. Abrió el armarito situado en una esquina de la cocina y hurgó hasta encontrar el abridor. Con habilidad desplegó la navajita dentada incorporada al sacacorchos e hizo una incisión alrededor del cuello de la botella, justo por debajo del gollete. Con ayuda de la punta retiró la cápsula de estaño de tono rojizo que cubría la parte superior de la botella, replegó la navajita y abriendo el sacacorchos por completo comenzó a introducir el serpentín de acero en el corcho. Cuando llegó al final se apoyó en el punto medio del resorte y sacó el corcho con facilidad hasta la mitad. Reubicó el soporte y terminó de sacarlo por completo.

Olió la parte del corcho que había estado en contacto con el vino, lo hacía siempre desde que conoció a su marido Julián. Se aseguró de que no hubiera notas aromáticas discordantes, se sirvió un poco en una copa y lo olfateó. Depositando la botella al lado movió la copa con energía. El escaso líquido contenido en la copa formó un pequeño torbellino mientras lo observaba al trasluz. Volvió a oler su interior y bebió un sorbo a la vez que introducía aire en su boca. Deslizó el caldo por el paladar y dos segundos más tarde lo tragó. Apreció el gusto aterciopelado y también sus matices aromáticos. Volvió a olerlo y miró la hora.

«Cada botella es un hijo y merece todo el respeto del mundo —pensó Merche—. Ellas nos han llevado a lo que somos hoy». Vacío lo poco que quedaba de la copa en el fregadero y volvió a mirar su reloj. Sabía que hacia las once y media aparecerían su marido y su cuñado por la puerta con ganas de hacer un alto en el camino; hoy venían de inspeccionar las vides.

La gran cocina formaba parte de la enorme mansión en que vivían, que se alzaba pareja a las instalaciones de elaboración del vino, apenas a trescientos metros de distancia. Marbil era una mansión de tres plantas y cada una formaba en sí misma casi un piso autónomo. El exterior era de color arcilla, muy sobrio. Las dos salas del ala que daba a las plantaciones tenían una gran terraza.

A la hora prevista aparecieron por la cocina los hermanos Sáenz, comentando lo observado en los viñedos. Cuando llegó Julián se acercó a su mujer y la besó con frialdad en la mejilla.

Ambos se sentaron a la mesa de madera que presidía la cocina. El sol estaba ya casi en el cénit y el calor, sin ser agobiante, dominaba el ambiente. Julián se acercó al termómetro colgado junto a la ventana trasera, siempre en sombra.

Marcaba veinticinco grados. Miró hacia fuera con preocupación mientras obsesivamente oteaba el cielo en busca de su color azul. Se dio la vuelta.

—¿Has vuelto a llamar a Esperanza? —indagó dirigiéndose a Merche.

—Sí, y su teléfono me da fuera de cobertura. Lo intentaré más tarde. De hoy no pasa. Esperanza ha de estar aquí, como muy tarde, pasado mañana.

—A la hora de comer seguro que la localizas. Y si no, llamas a Roberto, que siempre contesta al móvil.

«Nunca falla, siempre tiene cobertura y la batería cargada», pensó Julián adoptando un rictus serio.

Los hermanos dieron cuenta de los pequeños bocadillos que había preparado Merche. El vino estaba abierto desde hacía diez minutos y se había oxigenado lo suficiente como para poder apreciarlo en su totalidad.

—¿Dónde está Araceli? —preguntó Andrés.

—Tu mujer está en la bodega organizando el asunto de las barricas y las prensas. Me ha llamado y me ha dicho que viene ahora —contestó Merche.

—Creo que vendimiaremos en unos días. La uva está ya a punto. Está rolliza pero sin pasarse y con el dulzor ideal. Este año viene perfecta y el calorcito y el tiempo estable de estos últimos días van a dejarla muy preparada, —comentó Andrés volteando la copa de vino y mirando su color.

—La cuestión es que la temperatura no sobrepase los límites porque será entonces cuando tengamos problemas —analizó Julián en voz alta.

Se instaló un silencio tenso entre los tres, quebrado de improviso por el ruido de la gruesa puerta de madera al abrirse. Los goznes susurraron con reverencia y un breve chirrido. El sonido provenía del fondo y llegó a la cocina con un tono de nota grave. Araceli Martínez apareció en escena. Contaba con una presencia fuerte en todos los sentidos, debida en parte a su amplia sonrisa, una estatura superior a la media y marcada corpulencia. La media melena morena que enarbolaba desafiante, transmitía una imagen poderosa no exenta de dureza. Una camisa granate y los vaqueros remetidos en unas botas bajas de monte subrayaban el efecto. El sudor de su frente delataba la premura con la que había ascendido desde la bodega, un camino sin asfaltar de suave cuesta.

Saludó de manera rutinaria.

—Creo que llegaremos a recoger la uva en cuatro días. Pero acabo de leer en las previsiones del tiempo que va a subir la temperatura dentro de cinco días y pienso que deberíamos adelantarnos —dijo Araceli.

—Vamos a ver —contestó su marido Andrés—. ¿Has visto cómo está la uva? Julián y yo venimos de allí. La hemos probado y creo que estará lista para dentro de una semana. Yo opino que hasta entonces no deberíamos moverla.

—La vi ayer —contestó Araceli mientras se pasaba de una mano a otra el pañuelo con el que se había secado el sudor—, y creo que estará lista antes. Es un momento clave y no podemos dejarlo pasar.

—Pero eso no lo podemos saber con seguridad. Muchas veces se equivocan en las predicciones —aventuró Merche.

—Cada vez menos —contestó lacónica Araceli—. El exceso de calor a estas alturas de la temporada puede traer tormentas, y lo que es peor, pedrisco del bueno.

—Estate tranquila. En caso de que eso ocurra estaremos preparados y, dependiendo del calor, ya haremos lo que creamos oportuno. Siempre pasa lo mismo. Relájate —intervino su cuñado.

—No, no estoy tranquila. Voy a preparar todas las baterías y linternas por si tuviéramos que vendimiar de noche. Han dicho que las temperaturas pueden llegar a más de treinta grados durante varios días.

—Vale, vale, pero no creo que vaya a ser necesario. Estaremos preparados como siempre. Desde que estoy aquí lo hemos hecho así —la tranquilizó Merche.

—¿Habéis hablado con Esperanza?, ¿cuándo viene?

—No contesta —dijo Merche.

—Tendría que estar ya aquí. Desde aquel año en que se adelantó la vendimia, se decidió cambiar el protocolo y que ella se instalase aquí con varios días de antelación. Lo hemos hecho así desde hace tiempo, no sé por qué la dejaste marchar el otro día. Esperanza tendría que estar aquí. Para eso le pagamos, ¿no?

—La llamaremos, no te preocupes —insistió Julián—. ¿Quieres tranquilizarte? Y sabes perfectamente porqué la dejó irse.

Araceli se acercó a la mesa y sentándose sobre las rodillas de Andrés le arrebató el bocadillo con una mezcla de decisión y suavidad, mientras hacía lo mismo con su copa de vino.

—¿Te preparo uno? —preguntó su cuñada Merche.

—No, ya sabes que me gusta comer del de Andrés. Así le ayudo a mantener su figura. —Sonrió. Apuró su copa de vino—. Me gusta más el chorizo cuando le añades miel en vez de azúcar. Queda más cremoso y más sensual —dijo mientras la miraba sobre sus gafas de varilla fina.

—Yo prefiero con azúcar —replicó su marido mientras veía cómo le quitaba el móvil de entre sus manos.

Se conectó a internet a través de Mozilla y transcurridos unos instantes le enseñó la página del tiempo que había mirado.

—Ves, casi treinta y un grados para dentro de unos días. Con esa previsión de temperatura no podemos hacer más que vendimiar antes.

—No —contestó Julián—, eso ya lo veremos. Todo depende de cómo evolucione el tiempo. Todos los años pasa lo mismo, hasta casi veinticuatro horas antes no decidiremos.

—Sí, sí, Julián, pero las hectáreas que vamos a vendimiar son las de Verónica. Las más importantes, las dos hectáreas clave de nuestra bodega. Verónica Vid de Vides está considerada la marca de prestigio de nuestra casa. El buque insignia de

nuestra bodega. Si acertamos, si volvemos a acertar, conseguiremos una vez más mantenernos en lo más alto —añadió Araceli.

—Que sí, pero recuerda que son vides antiguas y delicadas. Muy protegidas del viento por su situación, lo que hace que su vendimia sea más uniforme. Por eso casi siempre conseguimos un vino de mucha calidad con esas hectáreas.

—Y si hace más calor del previsto ¿qué? —insistió Merche.

—Pues vendimiamos de noche. No sería la primera vez que lo hacemos —respondió Araceli—. No pasa nada.

—Hacerlo de noche es complicado y no creas que me hace mucha ilusión —comentó Andrés.

—Pero así el vino coge personalidad de la uva. Entra con menos temperatura. Y más si el día ha sido caluroso —apuntó Araceli.

—Vendimiaremos como siempre. No insistas Araceli. Siempre al llegar el momento se monta la discusión de todos los años —afirmó Julian.

—¿Cuántas personas tenemos preparadas?

—Treinta. Quince son las de siempre, pero hay doce nuevos. Sin contar las que van a desgranar que son diez más.

—¿Tantos? —señaló Julián.

—Sí, y algunos son los hijos de los que nos ayudan siempre. Ya sabes que prefiero más gente que alargar la vendimia más tiempo por diez míseros sueldos —argumentó Araceli.

—Vale, vale, ya sabes que cuando llegue el momento un veterano ha de ir con uno nuevo para que le vaya enseñando cómo se coge el racimo para que no rompa ni un solo grano y también mostrarle cómo se deposita la uva en los capachos. Y advertirles que las de Verónica Vid de Vides no van en capachos sino en cajas de cartón y no más de cuatro racimos por cada caja. Y que no se corten con los corquetes. ¡Ah!, y a qué altura del racimo han de hacerlo y que tengan cuidado de no dar golpes al tronco. En fin, lo de siempre.

—Y si hubiera que hacerlo por la noche habría que pagar más —insinuó Merche.

—Eso no importa. Estamos hablando del paraíso. Nuestras dos hectáreas más importantes —replicó Araceli.

—El vino que nos dio vida en medio de la muerte —añadió Andrés mirando al suelo.

Las dos mujeres y el hombre callaron ante el comentario. Un silencio espeso se palpó en el ambiente.

—Voy a bajar a la capilla —dijo Julián mientras desaparecía por el pasillo de salida hacia la escalera.

Todos miraron en silencio cómo se alejaba.

La mansión Marbil tenía una bodega pequeña en su interior, bajo tierra. La llamaban «la capilla». El padre la mandó construir en honor a su esposa

Verónica y las obras comenzaron el mismo año en que ella murió. Se horadó el suelo a la izquierda de la casa en dirección a los viñedos que llevan su nombre y se consiguió un espacio de doscientos metros cuadrados. Se reforzó la estructura interior con vigas de madera muy antigua.

El espacio acogía una gran cantidad de objetos muy variados; recuerdos, sueños y pesadillas se agolpaban en su vientre. Pero sobre todo una selección muy pequeña de todas las añadas; un museo privado con lo más especial de Bodegas Sáenz. Julián a veces pensaba que era el corazón de Marbil. Y efectivamente, el lugar tenía alma de motor. Un enclave sagrado celosamente resguardado de miradas indiscretas. El espacio de reuniones secretas donde se planteaban las grandes cuestiones.

Julián no bajaba mucho a «la capilla». El acceso era angosto y de paredes altas, similares al pasillo que lleva a la ciudad perdida de Petra en Jordania. Se acordaba de su visita a la ciudad legendaria. Allí la piedra arenisca discurría durante cientos de metros girando por recodos imposibles, adornada con dibujos intrigantes y luces cambiantes misteriosas. Recordó piedras milenarias dibujadas en colores hasta llegar a la ciudad y más adelante hasta el mismo tesoro.

El pasillo que daba acceso a la bodega de la mansión Sáenz era parecido. Obligaba a contener la respiración y generaba ansiedad y expectativas a partes iguales. Un lugar mágico, cargado de recuerdos. La escasa iluminación hacía de la estancia algo muy íntimo. Aquello solo estaba disponible para la familia. Era el cementerio vivo de las historias de sus miembros. El lugar al que se acudía a rezar, a pedir, a implorar, a veces a suplicar que la vida se detuviera, igual que el vino se detiene en el tiempo, igual que lo hace entre los viñedos. Los espíritus que habitaban el lugar eran los que bendecían las cosechas. Ellos cuidaban de las vides, las protegían de las inclemencias meteorológicas, drenaban el terreno cuando llovía demasiado y fertilizaban bajo el sol las hojas verdes.

Allí, en las entrañas de la tierra, el polvo se depositaba cariñoso y mudo sobre algunas botellas clave en la historia de la casa. La mayoría nunca se abrirían... Bordelesas, la botella normal de tres cuartos de litro, magnum, la de litro y medio y doble magnum se apilaban en una selección única. Añadas míticas que hablaban de recuerdos y trabajo. Del sudor de mucha gente que entregó su tiempo y su esfuerzo para que el sagrado zumo de la uva llegara a una botella y durara más que sus propias vidas. Barricas más llenas de recuerdos que de vino. Envases que hablaban de personas antes que de uvas. Añadas vivas ancladas en el tiempo, supervivientes del implacable paso de los años.

Cuando todos murieran permanecería en las botellas el pacto con los dioses y demonios, un pacto de inmortalidad, la huella eterna e indeleble de cientos de botellas con el néctar del placer envasado con cuidado, llenas de historias de lluvias torrenciales, de pedriscos inmisericordes, de sequías persistentes y de sueños. De muchos sueños.

«La capilla» servía de refugio a todo aquel miembro de la familia que lo necesitara. Y Julián lo necesitaba ahora.

Bajó las escaleras y sacó las llaves de las dos puertas que bloqueaban el acceso a la bodega. Dio dos vueltas de llave a la primera cerradura y encendió las luces del pasillo. Recorrió los metros que separaban la primera de la segunda puerta y la abrió, a la vez que encendía el interruptor que daba luz a la estancia. Una claridad suave invadió el espacio. Sus ojos lo analizaron. Todo estaba en su sitio. Avanzó lentamente hasta el centro y recorrió sin rumbo el lugar. La sensación nostálgica le superaba. Tocó algunas de las botellas que allí se almacenaban y llegó hasta un gran armario climatizado que antiguamente servía como almacén de puros. Lo abrió y notó una temperatura distinta y una humedad bastante más baja. Se acercó a unos álbumes que guardaba celosamente en una pequeña estantería. Cada uno de ellos estaba lleno de recortes de periódico de otras épocas. Unos pocos pertenecían a sus padres y a sus abuelos, de la época en que la casa era más humilde, anterior a las compras de terrenos que hizo su padre.

Julián pasó con parsimonia algunas de sus páginas, compuestas por noticias y artículos en los que se hablaba de los premios obtenidos en varios concursos a los mejores vinos de La Rioja y por las crónicas de la época sobre el primer vino Verónica que sacaron al mercado.

Los éxitos en el mundo del vino le sirvieron para conjurar a los espíritus ante la inminente —y temida— hora de la vendimia. Se subió las gafas y de pie siguió ojeando álbumes hasta llegar a uno con un punto rojo. Lo abrió y entre algunos papeles se dio de bruces con su madre, Verónica.

De repente.

Inesperadamente.

Un papel recortado y un poco ajado por el paso del tiempo.

La esquila en el periódico de la provincia *El Pensamiento Alavés*.

Verónica María de los Ángeles González de Sáenz

Falleció ayer sábado, 25 de enero de 1964.

Su esposo José Javier Sáenz, sus hijos Andrés y Julián Sáenz, su cuñado don Esteban Sáenz párroco de Labastida y demás familiares, ruegan una oración por su alma.

Los funerales se celebrarán mañana lunes, a las seis de la tarde, en la iglesia parroquial de Santa María de los Reyes, de Laguardia.

La familia no recibe.

Lo miró y lo sostuvo. Aquello lo retrajo al pasado, pero algo en su interior lo rechazó con rapidez. Ahora el ritual estaba claro. Su lado pragmático afloró: a «la capilla» se venía a rezar para que los vivos fuesen felices y tardasen un buen

puñado de años en reunirse con los muertos.

Cerró los libros, salió del antiguo contenedor de puros y se dirigió al final de la estancia. En la esquina había una mesa de madera muy oscura, de olivo, con vetas muy marcadas que testimoniaban el paso del tiempo. Encima de ella se alzaba una estatua de mármol de poco más de medio metro de altura de la Virgen del Pilar en actitud compasiva. A su lado una pequeña caja de plata labrada reposaba sobre un pequeño tapete blanco bordado. En su interior se guardaban los pendientes, en forma de racimo de uvas, de su madre Verónica. La reliquia más importante de la casa. El talismán de Marbil. Delante de la mesa dos reclinatorios invitaban a la oración.

Julián se acercó a la mesa y de su bolsillo sacó una pequeña caja de cerillas. Encendió las dos velas que flanqueaban la figura virginal. En unos segundos ambas fuentes de luz iluminaron tímidamente la escena. Se besó los dedos y tocó con ellos los pies de la Virgen y la cajita de plata mientras se arrodillaba con humildad. Las manos tocaron el suelo frío de mármol en un ritual de agradecimiento a la tierra. Juntó las manos y las apoyó en la parte superior del viejo reclinatorio. La madera crujió agradecida por el peso. El hombre comenzó a rezar.

«Virgen guárdanos de todo mal. Consíguenos una cosecha de la que mi madre se pueda sentir orgullosa». Los pensamientos y peticiones se sucedieron rápidamente, tal y como le venían a la cabeza. Durante unos instantes su mente se quedó en blanco. La llama de las velas oscilaba produciendo sombras en movimiento, pero era tal la calma que reinaba en el lugar que pasados unos minutos hasta el fuego de las velas pareció arder ajeno a su existencia; llamas paradas en el aire, inmóviles, absolutamente estáticas, como en una fotografía.

El movimiento de Julián al levantarse hizo que ambas flamas oscilaran tenuemente y volvieran del estado inerte en el que habían permanecido unos segundos. Se acercó a ellas y de sendos soplidos deshizo su existencia. El humo subió haciendo pequeñas espirales que desaparecieron en el aire.

Antes de salir de la estancia volvió a recorrer con la vista algunas de las botellas que allí se almacenaban y por un momento pensó en aquel lugar como una cárcel con botellas condenadas a la triste cadena perpetua de las tinieblas. No le gustó ese pensamiento y mucho menos verse como un carcelero de algo tan vivo como el vino.

Cuando salía se paró en uno de los rincones que formaban parte del ritual de la visita.

La estancia de los corquetes.

Clavados en la pared con un pequeño clavo se encontraban todos los corquetes fechados desde 1964 en el mango de madera. Uno por año. Cada uno de ellos pertenecía a una cosecha y se guardaba celosamente. Funcionaban como amuletos para que la siguiente vendimia fuese tan buena o mejor que la

anterior. Se usaban una única vez. Aquellas pequeñas hoces solo habían dado un corte. Solo uno. El que separaba la vid del primer racimo de uva con el que se desarrollaba el ritual de la familia y comenzaba la vendimia. Pasado ese momento se escribía en el mango la fecha y se guardaba junto a sus compañeros en un rincón de la bodega. Estaba terminantemente prohibido que aquel puñal curvo diese otro corte. En aquella pared no podía faltar ninguno. Y eran muchos los que se apilaban desde el techo hasta casi el suelo. Se acercó a ellos y tocó el último que habían usado. El de 2017. Un hueco parejo con un pequeño clavo dispuesto en la pared esperaba a su nuevo inquilino. «En unos días se ocupará», pensó. Notó la aspereza de la madera del mango y pasó sus dedos por el filo brillante y afilado de varios de ellos.

Aitor Zubillaga pasó el letrero que nombraba la población en la que estaba entrando. Hondarribia. Iba solo, Ainhoa se había bajado ante su casa en San Sebastián y él había proseguido hasta la suya a veinte kilómetros al este, en un pueblecito de pescadores y veraneantes situado a un kilómetro escaso de la frontera con Francia. Llegó a la puerta de acceso al *parking* privado de la casa y se tropezó con el portero, que lo saludó efusivamente.

—Me gustó su último programa, ese que hablaba de los mejillones. —Sonrió el hombre mientras bajaba la cabeza al reconocer el Porsche.

—Pues ya sabe, anime a hacerlos —contestó Aitor con sonrisa irónica mientras maniobraba en dirección a su plaza de garaje.

En cuanto aparcó entre las rayas que delimitaban su propiedad apagó el contacto y las luces del automóvil. Descendió y recogió el maletín de la parte trasera. Dio al pulsador de las llaves para cerrar el vehículo y este le respondió con un guiño de complicidad desde las luces intermitentes. Era casi mediodía.

Subió directamente desde el ascensor del *parking* hasta el tercer piso, que ocupaba toda la planta. Las llaves sonaron débilmente cuando abrió la puerta blindada de acceso a su casa. A primera vista se encontraba vacía. Miró por las habitaciones para cerciorarse de que Sandra no estuviera todavía de limpieza, pero después de una leve inspección concluyó que no había nadie.

Llegó a la habitación de las niñas. Estaba ordenada y con un leve aroma de perfume, un *bouquet* mezcla de vainilla, clavo y canela. Sensual y femenina. El rosa era el color predominante de uno de los armarios, decorado con sutiles dibujos en tonos acordes, muy tenues. Los peluches inertes ordenados delante de sus camas miraban con cara de felicidad peluda. Dos falditas perfectamente colocadas sobre la silla hacían compañía a las dos camisas a juego que se tendrían que poner a la vuelta de la ikastola. Después, acompañadas por su madre, irían a la academia, a recibir clases de piano de la amiga de su mujer. Con cinco añitos llevaban ya dos en clases que eran más divertidas que instructivas, pero que habían conseguido que ambas se interesaran en las teclas. Miró los zapatitos relucientes bajo la silla. Todo estaba en su sitio. Le gustaba que sus mujeres estuvieran bien atendidas. Todas.

Cerró la habitación y dejó la bolsa en su cuarto. En una esquina de la cama de matrimonio se tumbó sobre la colcha de tonos arena durante unos segundos. «Tengo grabación a las cuatro de la tarde. Todavía tengo unas horas», pensó recostado y con los ojos cerrados. Al cabo de unos instantes se levantó y salió al balcón de la casa. Contempló la bahía de Txingudi con la bocana de la ría delante de él, que lo separaba del territorio francés. El día estaba claro y las casas de Hendaya se podían observar con una nitidez inesperada en un lugar donde la bruma es más habitual de lo deseable. En la playa del fondo se podía ver algún

surfista que aprovechaba la época de mareas vivas. Olió el mar. Aroma de algas, de salitre.

Se oyó la puerta de la calle abrirse.

Giró la cabeza y vio la figura de su mujer Ana cargada con dos bolsas grandes. Oyó el sonido cotidiano de las llaves al caer en la vasija de barro que había a la entrada. Al llegar a la cocina Ana dejó los bultos que llevaba en las manos y resopló.

Aitor apareció sigilosamente a su espalda.

Ella dio un respingo.

—¡Joder Aitor!, qué susto me has dado. Creía que no había nadie en casa. Qué pronto has venido —comentó Ana mientras le daba un escueto beso en la mejilla—. ¿A qué hora has salido de Madrid para estar tan pronto?

—No, bueno, a las... siete más o menos. No había mucho tráfico.

—Un día de labor que no hay tráfico en Madrid... ¿me tomas el pelo? Y además, a las siete quiere decir que te has levantado a las seis. No me lo creo. —Sonrió de medio lado—. Tú para madrugar eres terrible.

—Bueno, es que tenemos grabación a la tarde y no quería ir directamente al estudio. Quería estar un rato tirado en el sofá.

—Ya —contestó Ana—. Ayer te llamé por la noche, después de leer tu mensaje, y tenías el teléfono desconectado. Fui a llamar al hotel de siempre de Madrid, pero luego se me hizo tarde. Te alojaste en el hotel Santo Domingo, ¿no?

—Eh, sí, sí —contestó distraído—. Es que estaba sin batería y no me había dado cuenta de que se había apagado. —Aitor se acercó a uno de los armarios y cogió una galleta de chocolate—. Pero ¿qué querías?

—Pues es que hoy tengo una reunión con los grupos del Máster de Coaching y no podía acompañar a las niñas al piano, te quería decir que las llevaras tú si no tenías grabación. Pero no te preocupes, esta mañana he hablado con Sandra y vendrá ella a llevarlas.

—Ah, muy bien, pero ¿llamaste al hotel Santo Domingo?

Ana sostuvo la mirada y tardó unos segundos en responder, queriendo mantener el suspense.

—No, porque pensé que si todavía estabais en el programa no habrías llegado y luego me metí en la cama y me olvidé de telefonar.

Aitor respiró aliviado sin dejar de sonreír mientras se sentaba a la mesa de la cocina emitiendo sonidos semejantes a palabras.

—¿Decías algo? —le preguntó su mujer.

—No, no, estaba pensando en la grabación de esta tarde —contestó evasivo mientras miraba su teléfono—. Me tienen que mandar el menú para que me vaya haciendo el esquema. No me gusta llegar al plató sin tener ni idea de lo que vamos a cocinar.

» ¿Qué has comprado? —preguntó señalando las bolsas.

—Un par de chupas para las niñas. Son muy bonitas —dijo la mujer mientras las sacaba de las bolsas—. ¿Te gustan? Y para el invierno les vendrán muy bien, son muy calentitas.

—Sí, sí, son muy bonitas.

—¿Dónde cenasteis ayer? —preguntó Ana.

—¿Eh?

—Que dónde cenasteis ayer, ¿estás atontado?

—No, joder, solo estoy cansado —contestó Aitor ganando tiempo para pensar.

Los ojos de su mujer le interrogaron.

—¿Y?

«Piensa, pero hazlo muy rápido. A toda hostia, por favor», se dijo.

—En el Street-kalera.

—No lo conozco —comentó Ana.

—Sí, es el que ha abierto Álvaro en la última planta de El Corte Inglés.

—Álvaro... ¿qué Álvaro?

—Sí, ¿no te acuerdas?, el que tenía el asador en Ondarroa que luego se fue a Madrid. Ha abierto uno muy *fashion* allí. Nos invitó a cenar. Estuvimos muy bien.

—Pero ¿eso no depende de El Corte Inglés? —preguntó la mujer.

—Sí, sí, claro —contestó Aitor tranquilo.

—¿Y esos no cierran a las diez de la noche?

—No, no... eh... eso fue al principio —titubeó—. Ya sabes, tienen que sacar pelas y ya lo abren toda la noche.

—¿Toda la noche? —insistió la mujer.

—Bueno, hasta las doce quiero decir. Llegamos justo y nos echaron rápido.

—Sonrió incómodo.

—¿Y fuiste solo? —preguntó la mujer frunciendo el ceño ostensiblemente.

—Con el productor del programa de Silvia. Jota.

—¿Con ese? —masculó Ana con desprecio—. ¿Y había mucha gente?

—A tope, te puedes imaginar —respondió automáticamente.

—¿Y qué comisteis? —insistió Ana.

—Los abrigos son muy claros —cortó Aitor.

—Sí, pero me han dicho que se lavan muy bien. A ver qué dice Sandra que es la especialista.

Ana volvió a mirarlo de refilón esperando la respuesta a su anterior pregunta.

—Unas minihamburguesas. Estaban cerrando y nos dio solo eso con un par de cervezas.

—¿Te has pasado a la cerveza?

—Es que hacía mucho calor. Ya sabes. Madrid.

—¿Y de qué eran las hamburguesas?

—De carne... de... morcilla con huevo.

—Qué moderno.

—Sí, sí, eran muy pequeñas. —Sonrió.

—¿Y nada más que eso?

—Ahora, ahora te cuento —dijo mientras se levantaba raudo dirigiéndose al baño.

Ana lo vio alejarse a lo largo del pasillo. Sus ojos se fijaron en su figura estilizada, pero con incipiente tripita y pensó que desde esa perspectiva no se le notaba.

Giró la vista hacia la foto de sus hijas gemelas que presidía la cocina y notó un sentimiento de diversión más que de desazón. La foto de las niñas estaba tomada por ella; se encontraban en el puerto de Hondarribia, en el espigón nuevo, apoyadas en una barca de madera al lado de la Cofradía de Pescadores.

Miró con desgana el libro de visitas de la consulta que dirigía desde hacía ya doce años. « Ana Zaldívar. Psicóloga clínica. Consulta de martes a jueves ». Comprobó los pacientes de la semana. Su prestigio había subido como la espuma desde que se casó con Aitor, pero mantenerlo tan alto y durante tanto tiempo era mérito exclusivo de su increíble profesionalidad. Una referencia en el sector.

Su pasión, mirar dentro de los demás para poder ayudar.

Después de vacilar durante un buen rato con su marido y lograr ponerle nervioso se sintió perversamente divertida. A veces pensaba que utilizaba a su marido para probar sus reacciones y aplicarlas a sus terapias de ayuda de pareja que sabiamente impartía. « Incluso tendría que darle parte de mis ganancias », sonrió para sí.

Cuando volvió del baño él preguntó:

—¿Viste el programa?

—No. Estaba contando un cuento, a las niñas quiero decir. ¿Fue bien?

—La presentadora me hizo una jugarreta y me preguntó por el asunto de Itxasmar. Se saltó a la torera lo que hablamos antes de empezar el programa. Esta es una hija de puta...

—Uy, qué pasa, el morbo vende. Lágrimas e insultos. Dos premisas claves para mantener el *share*. Si no, la audiencia se va al garete. Pero no creo que eso te cortara mucho a estas alturas. ¿Supiste salir airoso?

—Sí, creo que sí —contestó bajando la cabeza y torciendo el morro.

—Emergencias, buenas noches.

Las palabras sonaron con tono educado. Se oyeron varios ruidos inconexos, como si a la persona que llamaba se le hubiera caído el teléfono.

—Por favor, vengan rápido.

La voz de una mujer mayor sonaba entrecortada.

—¿Me puede decir su nombre y dirección?

—Vengan rápido.

—Señora, cálmese. Vamos por partes. ¿Cuál es su nombre?

—Asun. Asunción Palacios.

—Asunción, tranquilícese y podremos atenderla con rapidez. ¿Desde dónde me está llamando? ¿Desde su casa?

—Sí, sí, vengan rápido.

La anciana lo repitió obsesivamente, con una voz aguda y apenas audible. Su interlocutora del servicio de emergencias insistió.

—Tiene que darme su dirección y en cuanto me la dé, mandaremos a alguien.

La mujer balbuceó su domicilio.

—Bien... Una patrulla ya está en camino. Dígame ¿qué sucede?

El silencio como respuesta.

—Asun, ¿está ahí?

—Han matado a mi vecina, vengan deprisa.

La respuesta se oyó entre sollozos.

—Asun, ¿está sola?

—Sí.

—Tranquilícese y siga mis instrucciones. La Ertzaintza está a punto de llegar. Quiero que vaya a la puerta de la casa y se cerciore de que está cerrada. ¿Entiende lo que le digo? ¿Puede hacerlo?

—Sí.

—Puede levantarse, ¿verdad? ¿Está usted herida? ¿Se puede mover? Asunción, ¿pasa algo en su casa?, ¿hay fuego?

—No, no, estoy bien. Estoy yendo hacia la puerta. Ya la he cerrado con llave.

—Bien. Hasta que yo se lo diga no abra a nadie. ¿Me ha entendido?

—Sí, pero por favor, vengan rápido.

—Están llegando a su casa, mantenga la calma por favor. Ahora vuelva a donde estaba y acérquese al telefonillo del portal y cuando suene, será la policía. No corte esta comunicación, ¿de acuerdo? Yo voy a estar con usted todo el rato hasta que lleguen. Me llamo Beatriz y coordino las urgencias. Si está más cómoda siéntese en alguna silla que tenga cerca. Pero no me cuelgue. Si se encuentra mejor, ¿quiere contarme algo?

—Es mi vecina, está en un charco de sangre.

Los sollozos se oían con claridad y la angustia de la anciana se podía palpar.

—Tranquila. Estamos llegando. En un minuto la atenderán. Verá como llegan enseguida.

—Era amiga mía.

La voz apenas era audible.

—Asun, lo está haciendo muy bien. La policía me acaba de llamar, se encuentran en su portal. Va a oír el sonido del telefonillo en unos segundos. Es la patrulla de la Ertzaintza. Ábrales. ¿Está preparada?

Tras una breve comunicación entre emergencias y la Ertzaintza, sonó el timbre agudo del interfono, al que se superpuso el zumbido del portero automático abriendo la puerta.

—Ya está abierto.

—Muy bien. Ahora vaya a la puerta de la calle y en unos segundos estará allí con nuestros agentes. Escuche con atención, cuando les abra, me pasa la comunicación con el agente que aparezca primero. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Asun ya ha pasado. Tranquilícese. Ahora cuénteles a ellos lo que me ha contado a mí. ¿De acuerdo? No corte la comunicación, recuerde.

—Sí.

Se oyó el timbre de la casa, los cerrojos abriéndose y la voz de la policía.

—Gracias Beatriz.

La voz de la anciana sonó en un tono de agradecida despedida.

—Beatriz, soy el agente Igor, ya estamos aquí. Cortamos la comunicación.

Eskerrikasko.

Fue lo último que se oyó desde la profundidad de una voz masculina.

El subcomisario Vicente Parra paró el reproductor de sonido que estaba encima de la mesa, se recostó en el sillón del despacho de la comisaría y miró de soslayo a Arkaitz sin mediar palabra. Jon Ander se mesó la barbita y se mantuvo a la espera de algún comentario, pero los otros dos guardaron silencio durante unos segundos.

—¿Ha oído algo en especial? —preguntó Arkaitz.

—Por ahora no, pero siempre que se investiga —señaló Vicente—, se empieza por el principio, por la base, y esta es la nuestra —dijo empujando con un dedo el reproductor MP4—. Os he llamado porque tengo ya el informe del forense, con el que me he reunido hace una hora.

Los dos policías se incorporaron expectantes.

El Instituto Anatómico Forense del Juzgado de 1.^a instancia de la ciudad de San Sebastián se encontraba en la zona más baja de la ciudad, en los sótanos de la

población. Un espacio que se inundaba de agua y lágrimas a partes iguales cuando las inclemencias del tiempo y las de la vida se juntaban para teñir de sombras la existencia. Ocupaba la parte trasera de un antiguo y enorme edificio, formado por pisos de techos altos, que albergó en su época un antiguo hospital militar. Sus gruesas paredes también hablaron durante mucho tiempo de sufrimiento, aunque también lo hicieron de sorprendentes curaciones rayanas en el milagro. La combinación de la piedra arenisca y el cristal de la fachada y el nombre de la nueva plaza contigua contribuían a mejorar su aspecto aunque no lo conseguían del todo.

El inmueble se alzaba a la sombra de un viaducto, un centinela de perpetuos párpados abiertos, ojos ciegos de observar el espectáculo del tráfico. La vía principal del ferrocarril por donde circulaban vagones de tren cargados de indiferentes viajeros discurría entre la estación del Norte y el apeadero del barrio de Gros. Entre ambos se dibujaba una curva que abrigaba el edificio en un intento de apartarlo de la existencia cotidiana, alejada de la dureza de impartir justicia, de destripar a los muertos. Las escaleras del juzgado daban acceso al salón donde se celebraban las bodas civiles alejadas del boato de las religiosas. Apenas veinte escalones. Los recovecos oscuros del edificio contrastaban con el ruido constante, haciendo del lugar un espacio singular.

El subcomisario Vicente Parra pensaba en ello mientras se acercaba andando con paso decidido desde la calle Izueta; un descenso suave pero constante a los infiernos de la realidad con la que tan acostumbrado estaba a trabajar. Postales de la ciudad que no se enseña a los turistas.

Atravesó rincones sombríos, esquinas sin salida regadas por orines perpetuos, paredes de cemento negro salpicadas de churretes de grasa espesa de tren adornadas con algún grafiti anónimo en tonos azules y grises. Cámaras de seguridad para que los muertos se sientan más seguros rodeaban el perímetro vigilando, desde sus ojos de cristal, el caos reinante. Apenas terminó de atravesar el túnel que formaban las vías del tren se acercó a la puerta y se abrochó la cazadora, temiendo más frialdad dentro que fuera del edificio. Tuvo tiempo de mirar hacia arriba y aquello le recordó a Tokio: trenes pasando por encima y coches circulando en un plano superior. La imagen de cómic manga del espacio le hizo sonreír para sí. Y aquel pensamiento le hizo entrever algo de belleza entre la anarquía urbanística. Bajó la mirada y llamó al timbre. Cuando entró se tuvo que identificar con su placa. La persona que lo recibió lo acompañó unos metros hasta indicarle el lugar exacto que buscaba y que, a su pesar, tan bien conocía.

—Gracias, conozco el camino.

Antes de llegar ya pudo confirmar la sensación de frío que había previsto. Se apresuró, Koldo Jáuregui lo estaba esperando. Pero él no estaba en su despacho. Un ayudante le informó que estaba en la sala de autopsias y lo invitó a acompañarlo. Cuando entró, Koldo se encontraba terminando de inspeccionar

detalles del cadáver de Esperanza Moreno.

—No te doy la mano. —Sonrió el forense girando la cabeza y enseñando los guantes—. Espérame. En un minuto estoy contigo Vicente.

Vicente se quedó mirando durante unos instantes el cadáver de Esperanza. Tenía un aspecto distinto desde que lo vio en su domicilio. El olor era penetrante, fue lo que más le llamó la atención a pesar de haber oído la fetidez de la muerte tantas otras veces. El color gris del acero inoxidable que reinaba en la sala le añadía un plus de frialdad. Varias camillas se alineaban a lo largo de la pared con las neveras al fondo como si fueran frigoríficos de restaurantes siniestros.

—Salió un artículo hace poco en un periódico diciendo que los forenses ya no vais a tener que hacer las autopsias. Con una virtual será suficiente. Un aparato monstruoso tipo *scanner* que os evitará hacerlo —bromeó el subcomisario en un intento de buscar calor entre tanto frío.

—Sí, sí, lo leí —contestó el forense desde su posición—. Ojalá. Pero a mí me queda poco tiempo para jubilarme, creo que no lo veré. Y habrá que saber cómo es de eficaz y si, además de pasar el fiambre por la maquinita, no habrá que hacer lo de toda la vida. Resumiendo, más currelo —concluyó mientras hurgaba entre la muerte. Los dos guardaron silencio unos segundos—. El hecho de que me veas aquí no quiere decir que no tenga el informe —puntualizó el forense, puntilloso—. Estoy mirando un detalle que había pasado por alto y quería confirmar.

Vicente permaneció callado mientras observaba, a prudente distancia, cómo terminaba de sacar fotografías de algo en el cuello de la víctima. Cuando acabó, Jáuregui le ordenó a su ayudante que guardara el cuerpo y se dirigió al subcomisario.

—Vamos al despacho. Aquí no hay nada más que ver. —En cuanto entraron el forense lo invitó a sentarse. No le gustaban los preámbulos—. Como te adelanté, estaba embarazada. De ocho semanas. No termino de acostumbrarme a ese detalle, joder, no pasa muchas veces pero algunas sí, y es un tema duro —exclamó sacando el informe de una carpeta a la vez que se peinaba un mechón canoso hacia atrás—. Por lo demás lo evidente. Una hemorragia masiva y desbordante a nivel del cuello que casi la decapita, de hecho se aprecian claramente marcas en la base de sus cervicales que corresponden al arma homicida. La persona que lo hizo, la degolló a conciencia. Una herida mortal de necesidad.

Vicente apuntó algo en su libreta.

El forense dio la vuelta a varios papeles en silencio.

—La analítica es correcta —prosiguió—. En su sangre no había ni drogas ni alcohol excesivo y el resto de parámetros son normales. No había intoxicación de ningún tipo y sus órganos estaban sanos, acordes a una persona de su edad. En su estómago no encontré nada digno de reseña, solo restos de vino que corresponden

al que estaba tomando, pero en escasa cantidad.

—¿Podemos conseguir el ADN del padre de la criatura? Sería fundamental para la investigación —preguntó el subcomisario.

—Sí, de hecho he guardado mucho material del feto por si lo pudieras necesitar. He dicho un sí tajante, pero tengo que matizar una cuestión: tendríamos el ADN del padre si tenemos la muestra para poder compararla. Es decir, el ADN del feto lo tenemos que comparar con alguna huella de ADN, si no, no sirve de nada, es como la que deja el dedo.

—Sí, sí, claro. ¿Y si el padre no existe o ha desaparecido? —preguntó el subcomisario—. Entonces habría que buscarla, ¿no?

—Por supuesto. En ese caso con una muestra biológica, aunque fuera pequeña, nos bastaría. Si tuvieras un sospecho no sería necesario tenerlo físicamente. Una prenda de él podría valer. Un pañuelo o algo que hubiera estado en contacto con sus fluidos. También un pelo con raíz. —El forense lo miró con complicidad—. Parece que tienes a alguien, ¿no?

—Eso no lo puedo decir, y a sabes. —Sonrió Vicente—. Pero sí, saber quién es el padre nos ayudaría. No tiene porqué ser necesariamente el asesino, pero podría darnos pistas —apuntó el subcomisario.

—Hay un par de indicios que podrían ser interesantes. El primero es una fibra bajo la uña del dedo índice de la mano derecha de Esperanza, la única que aguantó su vano intento de defenderse; las demás están rotas. Es una fibra de color blanco que bien podría ser de alguna camisa o de un jersey —dudó—. Tengo que analizarla. No creo que fuese un jersey... o igual sí. Estos días no ha hecho frío. Si es de una camisa fina el atacante llevará unos buenos arañazos en alguna parte de su cuerpo, que bien podría ser... el antebrazo. Y el segundo...

El subcomisario levantó la cabeza al notar el matiz titubeante del forense. Sus miradas se cruzaron.

—De hecho era una de las cosas que estaba mirando cuando has llegado.

—¿Qué es? —inquirió Vicente.

—He mirado todo el cuerpo con mucho detenimiento, pero donde me he fijado más es, con toda lógica, en el cuello. Después de analizar los tejidos y las marcas en el hueso hioides y en las mismas cervicales, he llegado a la conclusión de que el corte se hizo de derecha a izquierda y al ser tan profundo, por detrás. Por delante es casi imposible porque la víctima se habría defendido y el corte hubiese sido muy distinto. Y como no he hallado rastros de que la mujer estuviera drogada o inconsciente, creo que fue por detrás. La persona que lo hizo la agarró por detrás, la sujetó por la frente y le seccionó el cuello de un solo movimiento muy hábil, casi seguro sentada en el sofá como estaba y con una rapidez increíble. A ella no le dio tiempo a nada. Probablemente, intentó zafarse pero solo consiguió partirse las uñas. E, insisto, la dirección del corte es de derecha a izquierda, lo que nos lleva a pensar...

—... que la persona era zurda —cortó el subcomisario.

—En efecto —confirmó el forense.

—Aproximadamente, el quince por ciento de la población lo es. No es mucho pero es algo.

—Más cosas —insistió Vicente a sus dos colaboradores—. Tenemos que ser rápidos y encontrar a su novio o descubrir algún cabo del que poder tirar.

—No hemos encontrado a ningún familiar por ahora. Tenemos las facturas de hace un año que nos llevan a una bodega como último lugar en el que trabajó.

—Vamos a repasar. ¿Qué es exactamente lo que tenemos? —preguntó el subcomisario con cara de preocupación.

—Hemos revisado toda la casa y no hemos averiguado nada jugoso. Te cuento: los padres de Esperanza murieron hace ya varios años y era hija única. No tenemos facturas que delaten actividades económicas reseñables este último año.

—¿De qué narices vivía esta mujer? —interrumpió el subcomisario.

—Espera, espera —continuó su ayudante—. De hecho la última entrada es de hace justo un año. Es decir... septiembre de 2017. Hemos ido al banco con el que trabajaba, por lo menos el banco que aparecía en sus facturas, puede que haya otro, pero eso lo desconocemos. En la cuenta corriente que hemos comprobado tiene una cantidad de... 2.538 euros —murmuró mirando uno de los papeles—. Una cantidad anodina que no indica nada en especial. Tenía sus cuentas al día con respecto al pago del alquiler del piso donde la encontramos —concluyó Arkaitz—. Hemos localizado al dueño del piso, al casero, y hemos estado hablando un rato con él. Ha sido gracioso.

—¿Cómo, gracioso?

—Digamos curioso. Un tipo repulsivo. Tenía teñido hasta el bigote. —Rio ostensiblemente Arkaitz. Los dos policías contuvieron la carcajada—. Llevaba un traje azul añil y una corbata que no pegaba nada y cantaba una barbaridad. Calzaba zapatos blancos, todo un cuadro. Y ha aparecido en bicicleta. Cuando hemos empezado a hacerle preguntas el hombre se ha puesto muy nervioso. Es una persona mayor. Me ha dicho que Esperanza le pagaba el alquiler en mano todos los primeros de mes; creo que se ha puesto nervioso por eso, no por el asesinato en sí. —Sonrió el oficial de medio lado.

—Estaba más preocupado por su pellejo que por lo que le había ocurrido a su inquilina —añadió Jon Ander.

—¿Habéis encontrado recibos que indicaran que le había pagado? —preguntó Vicente.

—Sí, estaban en una carpeta con todo lo de los bancos. Me he fijado que la firma del casero en los recibos es alucinante. Una puta raya. Sería imposible que

un grafólogo pudiera asociar esa... no se le puede llamar firma, a alguien en concreto. Pero bueno, encima, cuando se lo he enseñado, el tío ha dudado. ¡Qué caradura! Yo le he debido poner tal cara que el tío se ha asustado. Joder, son los recibos del alquiler de «su» casa. ¿De quién cojones iba a ser esa raya o firma? Al final ha admitido que ese garabato era suyo —explicó Jon.

—Eso es que le pagaba en negro —aseguró Vicente agarrando uno de los recibos que acababa de enseñarle Jon Ander.

—Sí, yo creo que tienes razón —corroboró su ayudante— porque el importe era bastante bajo para una casa de ese tamaño y en ese sitio. Quinientos euros. ¿No os parece muy barato para esta ciudad?

—Y otros tantos que le pagaba en B —insistió Vicente—. Seguro. Pero nosotros somos de la criminal. —Sus dos ayudantes sonrieron—. Es verdad. Si no es relevante para el caso no vamos a ser nosotros los que investiguemos fraudes —añadió el subcomisario levantando la cabeza—. Pero ojo. Esto significa que Esperanza tenía acceso a dinero negro y eso es otra cosa, igual nos puede interesar. Será difícil rastrearlo, pero podría ser una pista. ¿No habéis encontrado dinero en efectivo en ningún rincón del piso?

—No, y hemos mirado a fondo —contestó Jon Ander—. Encontramos en un cajón cuatro billetes de diez euros. Nada, vamos.

—De la Seguridad Social nos han confirmado esta mañana que estaba al día en el pago mensual del mismo —intervino Arkaitz—. Su vida laboral nos dice que la mujer ha estado trabajando siempre de autónoma. Y su última factura, la más reciente, nos sitúa en... Bodegas Sáenz, pero, repito, hace un año.

—¿Llevaría un año sin currar? —preguntó Jon Ander—. ¿Estaría en paro?

—Ni idea. Podría ser. ¿Dónde está la bodega?, ¿aquí en Euskadi?

—Sí, está en Laguardia exactamente. Esa zona, de escasos kilómetros cuadrados, la comparten Navarra, Euskadi y La Rioja. Pero esta bodega pertenece a Álava.

—Mejor —cortó el subcomisario—. Así no tenemos que salir de nuestra jurisdicción.

—Pues por pocos kilómetros —agregó el oficial Arkaitz desplegando un pequeño mapa—. Hemos estado mirando y está justo aquí —dijo señalando el lugar—. Y, además, es la población que aparecía en la gran fotografía que presidía la entrada de la casa de Esperanza.

—Es en este momento el único clavo al que agarrarnos que tenemos y se podría decir que está ardiendo —sentenció Jon Ander.

—Y el nombre de su novio —añadió el jefe.

—Sí, Vicente, pero es solo eso, un nombre. Roberto. Y no es un nombre muy habitual, pero tampoco extraño.

—Sí, e incluso puede ser que lo hubieran dejado hace meses y la vecina no se hubiera enterado de ese extremo.

—Efectivamente, también puede ser.

—Sí, pero también podemos tener ahí mismo al asesino —argumentó el subcomisario—. Tenemos el ADN del padre de la criatura que nunca llegó a nacer. Y si localizamos al tal Roberto..., igual tiene algo que contarnos. Es fundamental encontrar lo antes posible a esta persona.

—Pero no sabemos nada de él.

—Tenemos la descripción de la vecina Asun del tal Roberto.

—Sí, pero dijo que solo lo vio una vez y que apenas se lo presentó le dio la mano y se esfumó. Aunque también afirmó que si lo volviese a ver lo reconocería. Podríamos intentar hacer un retrato robot con los datos que nos dé la vecina —sugirió Arkaitz.

—Es una buena idea —contestó con ánimo Jon Ander.

—La descripción provendría de una persona mayor que ha visto a un individuo durante medio minuto hace casi un año, y será cuanto menos muy borrosa. Aunque nos contó que Esperanza le hablaba de vez en cuando de él nunca más lo volvió a ver. Es muy difícil. Y además —continuó— dijo que era alto y con barba. No supo decirnos ayer nada más. Y ya sabéis que hacer un retrato robot de un tipo con barba reduce las posibilidades de sacar algo en claro; si es frondosa los rasgos se difuminan y si se la ha afeitado después, sería aún peor.

—En cualquier caso tendremos que interrogarla, pues es la única persona que sabemos que ha visto al supuesto padre de la criatura que llevaba en su interior Esperanza. Así de sencillo. La muerta ya no nos puede ayudar más. Ha dado sus datos.

Los tres policías callaron durante unos segundos.

«Roberto, ¿quién eres?, y sobre todo, ¿dónde estás?», se preguntó el subcomisario.

—Vamos a ir por otro sitio —decidió el subcomisario—. Esta persona, el tal Roberto, es la clave. Pero vamos a cambiar de estrategia.

Ambos colaboradores se miraron conteniendo la respiración.

Arkaitz cogió de nuevo la libreta, recogió el mapa que había extendido sobre la superficie de la mesa de trabajo de su superior y lo miró expectante, adelantándose sobre la silla donde se encontraba.

La respuesta se hizo de rogar, manteniendo a sus jóvenes compañeros en espera.

Vicente con gesto adusto se incorporó sobre la mesa y señalando las fotografías de la escena del crimen dijo:

—Dame la foto de los carabineros.

Las luces de LIBRE RÍA estaban encendidas. El lugar donde se encontraba era una de las bocacalles del centro de la ciudad de San Sebastián y no soportaba excesivo tráfico de personas. La fachada de piedra daba fe de la edad del local en plena zona romántica de la urbe. La tienda era pequeña pero estaba muy bien aprovechada. Estanterías hasta el techo empapelaban el recinto exhibiendo lomos de libros de todos los colores y tamaños. El mostrador, con una vetusta caja registradora, se encontraba casi en la puerta de entrada. El local reclamaba imperiosamente una reforma. Se parecía a su dueño. Y él solía decir que le gustaba así, que fuera envejeciendo al ritmo al que él lo hacía.

« Total, cuando yo me muera la librería se venderá y el que venga nuevo que arree. No tengo a nadie a quien le pueda interesar mantener este negocio. Ni mi hijo, ni mi nuera, se harán cargo de ella », murmuró Martín mientras ordenaba una de las estanterías.

Cuando acabó se sentó en su taburete, se puso sus gafas, que colgaban en su pecho de una cinta azul fina, y prosiguió con su lectura. Dos personas ojeaban libros en la parte del fondo, en la sección de novelas, y llevaban un buen rato. El día estaba gris « como las ventas », pensó Martín cuando levantó la vista bajándose las gafas de lectura. Llevaba casi diez minutos imbuido en el libro que tenía entre las manos, *El manto de la época*. Se percató de que uno de los clientes se marchaba haciendo un escueto gesto de despedida con la cabeza; era un cliente habitual pero lejos de ser de los buenos. « Si cada vez que viniera me comprara algo estaría forrado », sonrió para sí. Calculó que incluso se podría haber leído varios libros a lo largo de sus visitas; alguien le había dicho que en las grandes superficies eso se deja hacer. Pero él siempre pensaba lo mismo: es como dejar entrar al cine y ver quince minutos de película gratis. « No es muy normal, cómo vamos a vender libros así », solía contestar. Bajó la cabeza y prosiguió con la lectura apenas unos instantes, los que tardó en oír la puerta de la calle que le avisaba con su leve y característico chirrido y que nunca se molestó en engrasar. Una sonrisa se instaló en su rostro.

Se levantó del taburete y dejó definitivamente el libro olvidando poner la marca para seguir leyendo. Nada más cerrarlo se dio cuenta de su error y chascó los dedos en señal de fastidio. Salió del mostrador y fue al encuentro de su nuevo cliente.

—Alberto, ¡qué alegría verte por aquí! —exclamó mientras le daba un beso en la mejilla.

—¿Qué tal *aitona*?, pues nada, que vengo a hacerte gasto antes de entrar a currar —contestó su nieto mientras le abrazaba sonriente.

—Hacia mucho que no venías —le contestó malicioso.

—Pero ¿qué dices?, si estuve la semana pasada...

—Sí, sí, tienes razón.

—Ahora estoy muy liado, y sabes el currelo que hay con el Festival de Cine. Cuando llegue el invierno empezaré a venir más. Cada vez tienes más libros —comentó girando la cabeza y mirando alrededor.

—¿Cómo que hacerme gasto? No será para ti, me darías una alegría —preguntó el abuelo.

—No, no, es para Amaia, es su cumpleaños el lunes que viene y a ella sí que le gusta leer. Necesito que me recomiendes un libro —rogó.

—No sabía nada de los gustos de tu novia —respondió el anciano sonriendo—, y menos que uno de ellos fuera la lectura. No se parece a ti —remató con sorna.

—Venga no empieces. El trabajo de cocinero no deja mucho tiempo libre —se disculpó.

—Eso son bobadas. En la mayoría de los casos, si quieres, puedes. A ver, ¿qué le gusta a tu novia? Eso sí sabrás, ¿no?

—Le gustan las novelas de detectives y asesinatos y esas cosas.

—Novela negra —contestó Martín—. Eso se llama novela negra.

—Sí, eso.

Ambos se fueron a la sección correspondiente y se perdieron entre estanterías. Al cabo de unos minutos ya habían elegido el regalo.

—Le gustará, es sobre un detective que descubre un asesinato y al final termina... espera, no te lo voy a contar —cortó su abuelo.

—Me lo puedes decir. —Sonrió su nieto—. Sin problemas. Será muy difícil que lo llegue a leer —añadió con sinceridad—. Me cuesta mucho meterme en algo que no esté dedicado exclusivamente a la cocina.

—Pues deberías hacer un esfuerzo, cabrón. Los libros son el origen, el mecanismo que pone en marcha y desarrolla la imaginación. Solo dispones de letras para dejar que esta vuele, pero el resultado puede ser prodigioso. Y además, los libros que no sean de cocina también te pueden ayudar en tu trabajo de cocinero.

Alberto lo miró pensativo antes de contestar.

—Sí, eso en la escuela de cocina nos lo decían a menudo, pero a mí me cuesta mucho meterme en las cosas escritas. Se diluyen en el tiempo y al final me dejan de interesar. Ya sabes que a mí, el cine es lo que de verdad me priva.

—Sí, ya sé, pero no tengo claro que sea cierto porque no concibo que te guste el cine y no los libros. Haz lo que te salga del rico pirulo —concluyó el abuelo—. Pero recuerda que el día que quieras te puedes llevar el que más te guste y si no lo has estropeado mucho, devolvérmelo y llevarte otro. Te lo he dicho un montón de veces —añadió. El anciano calló y le lanzó una mirada desafiante, no exenta de cariño, y volvió al ataque—. Y te recuerdo que debes saber, aunque solo sea por curiosidad, que detrás de una buena película, en muchísimas ocasiones, hay escondida una magnífica novela.

—Que sí abuelo, que me lo has dicho muchas veces. Tú ¿qué estás leyendo ahora? —se interesó su nieto.

—No te lo digo —comenzó a vacilarle su abuelo—. Si a ti no te interesa la lectura...

—No es muy difícil de adivinar, es ese que tienes encima de la mesa —concluyó su nieto.

—Sí, es ese —afirmó señalando la portada.

—Uno de la guerra, de tu época, y bien largo —dijo pasando las hojas y constatando lo gordo que era.

—A ver gilipollas, yo nací en el cuarenta y la guerra de aquí ya se había acabado. Pasé algo de la posguerra pero por fortuna era muy pequeño y no me enteré mucho. Y ese relato por ahora no es para ti, a pesar de tener algunas páginas de acción el fondo es muy denso; hay otros que hablan de lo mismo y son mejores. Si quieres te recomiendo uno para ti.

—Otro día, otro día —dijo sonriendo.

Martín se dispuso a envolver el libro con papel de regalo pero su nieto lo interrumpió con vehemencia.

—Déjame que lo envuelva yo, déjame —le conminó a su abuelo mientras se metía detrás del mostrador y agarraba una hoja de papel de regalo—. Tenemos un cocinero japonés en el curro que nos ha enseñado el origami. Vas a ver qué cosas más guapas se pueden hacer.

El joven comenzó a doblar el papel en pliegues asimétricos bajo la atenta mirada de su abuelo. Pasados un par de minutos el papel se encontraba preparado. En pocos instantes y tras varios titubeos el libro estaba envuelto.

—Vaya maravilla —musitó el abuelo.

—¿Te gusta? Nos ha enseñado esta pero nos dijo que sabía más de cincuenta formas de doblar. —Sonrió Alberto—. Estos *japos* son la hostia. No hay nada simétrico pero el resultado es increíble.

» Si quieres te lo dibujo en un papel y puedes empezar a envolver los libros de tus clientes así; con un esquema puedes hacerlo sin problemas. Te lo prepararé para mañana. ¿Vas a venir a cenar a casa de los *aitas*? Celebramos el cumple de Amaia.

—Sííí, supongo —contestó estirando la afirmación, absorto en el libro que llevaba envuelto en la mano y sin dejar de mirarlo desde todos los ángulos.

—Fenómeno. Pero me tienes que prometer que después vas a empezar a envolver los libros así, ¿vale?

—Bueno, no sé, ya no tengo mucha agilidad en los dedos, pero lo intentaré, eso te lo prometo. Tendré que entrenar.

—¿Cuánto te debo abuelo? —preguntó su nieto sacando la cartera que llevaba en el bolsillo delantero de su pantalón vaquero.

—Te lo regalo.

—Venga ya, que si no deja de ser regalo para Amaia, y pasa a ser mi regalo. Cómrame —le conminó su nieto con la boca pequeña.

—He dicho que te lo regalo, no que vaya a ser gratis, no te equivoques. Te lo obsequio con una condición: si la aceptas te llevas el libro por la cara, si no, me sueltas los 19,90 eurillos que vale el ejemplar.

El nieto frunció el ceño sosteniendo el libro envuelto. Miró a su abuelo intentando sopesar la apuesta.

« Con lo que cobro en el currelo será mejor que acepte... » , pensó el joven.

—Condición, ¿qué condición?

« Un día de estos debería decirselo », meditó el cocinero Aitor Zubillaga mientras bajaba las escaleras de su casa con las llaves del coche en la mano. Cuando llegó al vehículo metió en el maletero la bolsa que agarraba en la otra mano, en la que llevaba dos chaquetillas y dos delantales limpios, y condujo de manera automática durante veinte minutos a través de carreteras secundarias hasta llegar al lugar donde se ubicaba la productora de su propiedad. Usurbil.

« Sí, creo que ha llegado el momento », decidió durante el trayecto, aunque con escasa convicción. Este pensamiento lo había tenido ya otras muchas veces y siempre había acabado de la misma manera: diluido; deshecho y olvidado entre alguna grieta de su cerebro, que no terminaba de asimilar la situación. Había demasiados espacios vacíos que no terminaba de rellenar. Y lo que es peor, no quería hacerlo. En el fondo sabía perfectamente que era un cobarde, que la fuerza de las mujeres que lo rodeaban le superaba con creces y le hacía sentirse confortablemente débil y a sus expensas.

« Pero de esta vez no pasa », volvió a autoafirmarse mientras con la ventanilla bajada y el codo de su brazo izquierdo apoyado sobre ella recorría el paisaje alfombrado de verde que componía su trayecto hasta el lugar de rodaje. Una escena estática, congelada en su belleza jalonada de césped, árboles y humedad que él convertía en ágiles fotogramas en movimiento. A veces el paisaje parecía mirarlo con sorna, con el conocimiento de haberlo visto pasar innumerables veces con el mismo pensamiento recurrente, encerrado de la misma manera en su cabeza y en su coche negro. Al final la idea obsesiva de cortar con la situación de su matrimonio llegaba a formar parte del espectáculo en el que él mismo había convertido su vida y, curiosamente, se sentía aliviado. Era consciente de que la situación era delicada pero cómoda mientras nadie se alterara. Mientras nadie protestara. Y como nadie lo hacía, dejaba pasar los días en una sucesión de treguas encadenadas. Una existencia paralela donde todo era posible. Hacer equilibrios, maniobrar entre personas y a la vez sentirse bien. Pero al final no dejaba de constituir una vida virtual en la que se había encerrado voluntariamente aunque en ocasiones culpabilizase a los demás.

« Vivo demasiado rodeado de mujeres », reflexionaba a menudo. « Y yo no lo provooco. Soy así. Me gustan las mujeres y me gusta sobre todo la protección que me dan ». Fantaseaba con la situación y en algunas ocasiones estaba a gusto, sin embargo, en otras se sentía muy agobiado, aunque nada hacía de verdad para cambiarla, pues creía tenerla controlada.

« Y quién era él para deshacer aquello », pensaba. Sus niñas, su mujer y su madre parecían atarle para siempre a la misma conducta. Pero aquello no eran más que disculpas que se obstinaba en mantener, a sabiendas de su embuste, aunque nunca llegaría a reconocerlo conscientemente. La situación a la que

había llegado era un punto sin retorno que un día explotaría. La sola idea de tenerlo que contar a sus hijas pequeñas le destrozaba el corazón, y aún peor era hacerlo con su anciana madre; la rompería por la mitad, con lo que ella pasó para sacarlo adelante, cuando su padre se marchó con aquella tipa americana con la que llevaba varios meses saliendo a espaldas de su madre. Lo hizo un día frío de marzo cuando él no alcanzaba a tener más de seis años, y solo dejó, encima de la cama, una escueta carta tirada sobre la misma almohada en la que tantas veces había compartido carantoñas con su anciana madre. Explicó a su manera la situación, unas cuantas palabras vacías, impersonales.

Isabel:

Sé que no te mereces esto, pero el amor me corroe por dentro y he decidido marcharme con ella. No intentes buscarme. Me encuentro bien. Cuida de Aitor. Os llevaré siempre en el corazón.

No dijo más. Un folio envuelto en un sobre anodino blanco de estraza. Tres líneas escasas para dar carpetazo a un matrimonio que había durado diez años. Pocas letras para tantos minutos de esfuerzo. Poco papel para los innumerables besos de los que él fue testigo desde su corta edad.

La imagen de sus padres abrazados pronto quedaría en el olvido. Pasados unos años, cuando ya tenía una edad para entenderlo, su madre, en un increíble ejercicio de sinceridad le enseñó la misiva, con un escueto «para que veas lo valiente que fue tu padre». Nunca entendió por qué guardaba su madre aquel escrito, pero las letras del mismo se le quedaron clavadas en el corazón como una saeta. Igual ella la guardó solo para cuando llegara el día de poder enseñárselo a su hijo, sencillamente por eso. Aunque era un adolescente lo entendió, pero también se hizo más duro, y sobre todo subió a un pedestal más alto a su madre. Su padre no se había ido a trabajar al extranjero como en un principio le había contado su madre como mentira piadosa, no, su padre se había largado con una americana afincada en Miami que conoció aquí un estúpido día de verano y de la cual no sabe ni siquiera su nombre. Y de eso hace ya más de treinta años. «Nunca más supimos de él. No sabemos si todavía vive o ya murió. Si tuvo hijos con la mujer con la que huyó o si no duraron los dos juntos más de un mes. Nada. El silencio más absoluto».

A veces fantaseaba pensando que en el otro lado del Atlántico, en tierras americanas, tenía algún hermanastro o incluso varios. Y se imaginaba que al haber compartido padre tendrían un aspecto parecido, aficiones similares, y sería hasta bonito que un día todos se pudieran reunir. Porque curiosamente él no le tenía un odio especial a su padre. No. Su madre tuvo el valor suficiente para que él, su hijo, no notara la ausencia del padre. Y lo consiguió. Logró que la figura materna dominase su vida, fomentando un sentimiento de dependencia

agradable, que incluso le provocaba adicción. La protección femenina.

Pero Aitor a veces pensaba que su padre no fue tan cobarde como él imaginó. Tuvo el valor de romper con todo, meter dos jerséis y tres pantalones en una maleta como único equipaje y cruzar el charco en busca de su amor verdadero. Dejando todo a sus espaldas. Empezando de cero a los cuarenta años. Y ese pensamiento contradictorio le corroía por dentro y le impedía mover pieza en su situación.

No, su madre no se merecía tener que soportar una situación como esa, no igual pero si muy parecida, en la que su hijo deshiciera a su vez la familia que tanto le había costado construir. Volver a hacerla pasar por un trago semejante era una posibilidad que no contemplaba. Sería como obligarla a revivir la sensación de desamparo que sintió con el abandono de su marido. Y la imagen de sus gemelas aceptando cómo su padre comenzaba una vida nueva de divorcio y fines de semana de visitas alternas, le provocaba escalofríos. Era algo muy difícil de asimilar.

Le volvieron a la mente los esfuerzos que tuvieron que hacer para engendrar a las gemelas. Su mujer, Ana, tuvo que pasar por muchas pruebas de fertilidad, ya que pasados varios años ella no conseguía quedarse embarazada. Y eso le agrió el carácter y le hizo más dura de lo que siempre había sido.

Cuando por fin nacieron dirigió su atención hacia ellas, pero luego apareció su jefa de producción, Ainhoa, y la situación cambió. La mujer había sabido sacar su lado más lúdico y le había enseñado a mostrarlo en público. «Ambas, Ana y Ainhoa, se parecen en la fuerza interior que destilan, y en que las dos me soportan mis tonterías e infidelidades y saben jugar a un juego cruel a tres bandas o alguna más, si la circunstancia lo requiere. Lo cual sucede bastante a menudo», reflexionó.

«Y lo de Ana es peor porque creo que se huele algo, pues tonta no es precisamente el adjetivo que le cuadra. Pero no seré yo el que se lo diga», siguió pensando.

Cuando llegó al aparcamiento de los pabellones estacionó el coche en el único sitio que vio libre.

El terreno que ocupaban era de casi mil metros cuadrados, con un gran letrero en la entrada con el anagrama de su productora. EZCOM. Estudios Zubillaga Corporación Media.

Se encontró con Ainhoa, que lo saludó desde la distancia con la mano mientras hablaba por el pinganillo con alguien, sin dejar de mirar el Ipad que tenía entre las manos.

—*Arratsaldeon denori*, buenas tardes a todos.

Las luces del plató que iluminaban el fondo del escenario se encontraban todas encendidas, preparadas para la prueba de intensidad. La enorme cocina de madera en tonos suaves lucía limpia y brillante, ocupada por varias personas que

preparaban platos diversos. El fondo estaba decorado con imágenes a gran escala de productos, lo que ampliaba ópticamente el espacio. Las fotografías se cambiaban todas las semanas y en esta tocaba la de una majestática zanahoria, que cubría uno de los lados; en el otro, la de un higo abierto escogido por ser producto de temporada, de finales de septiembre. Apoyadas en una pared dos enormes fotografías de melocotones y de una gran sandía. Las de la semana próxima ya estaban preparadas, alineadas tras el decorado y envueltas en un plástico protector, a la espera de su turno: los impresionantes primeros planos de dos granos de uva cortados por la mitad enseñando las pepitas con la desnudez y sensualidad propias de un modelo en ropa interior.

Aitor saludó a un par de personas con una amplia sonrisa y se dirigió directamente a maquillaje.

Una vez en el camerino se sentó en el pequeño sillón ante el espejo y se observó con detenimiento. Lucía cansado, consecuencia de la noche anterior, pero a la vez se sentía contento. Las grabaciones de los programas de cocina seguían siendo su principal motivación.

—¿No hay nadie aquí?—preguntó a media voz girando la cabeza.

Por el raballo del ojo vio acercarse a la maquilladora con un tarro de crema en las manos.

—Buenas tardes Aitor.

Él la saludó zalamero observando con descaro su provocativo escote. Pero era tal la naturalidad con que lo hacía que Belén nunca se molestaba.

—Mirada al frente —dijo sonriendo mientras le empezaba a cubrir la cara con una fina capa de maquillaje, haciendo pequeños golpecitos rítmicos sobre el rostro con un disco maquillador—. No has dormido mucho esta noche por lo que observo. Ayer ya te vimos en Antena 3, estuviste muy bien. Y eso que Silvia es una presentadora complicada. Te voy a quitar estas incipientes ojeras para que salgas guapo —añadió la mujer cogiendo un tarro de la repisa—. Párpados abajo —ordenó con una sonrisa.

Aitor no contestó, simplemente se dejó hacer. Con los ojos cerrados sintió el toque suave de su maquilladora habitual y se acordó de lo borde que había sido el día anterior en la grabación en Madrid. Intentó olvidarlo. Respiró hondo, y de repente sintió el olor cercano y sensual de la colonia de Belén. Un aroma embriagador y sugerente. «Igual que su figura», pensó, mezcla del perfume y de los delicados efluvios de su cuerpo. Su aroma y su tacto lo envolvieron, haciéndole saltar todos los fusibles de placer escondido, todos los resortes de regocijo elemental. La combinación perfecta. Un *bouquet* que le hizo perder la cabeza sin remedio. Sintió también la piel de la mujer en contacto con la suya, con una cercanía que lejos de incomodarle le agradó. También olió su aliento, una delicada fragancia a menta y dentífrico que se deslizó por su nariz y encabrió su vello. Por un momento se imaginó junto a ella, haciéndole el amor

de manera suave y sensual. Rozando las curvas de su escote dejó volar su imaginación. Su melena y sus manos juguetonas no hicieron sino estimular sus ensoñaciones y durante largo rato se sintió relajado, en manos de una mujer, dejándose hacer. Por unos instantes abrió los ojos y al ver el cercano rostro de Belén le sonrió. Ambas miradas se cruzaron con más fuerza que nunca.

«Quieres dejar de soñar... —se ordenó a sí mismo—. Un día te van a leer los pensamientos» .

—Relaja la cara y cierra los ojos —le conminó Belén, ajena a sus fantasías, mientras terminaba de dar color sobre su rostro con la brocha Kabuki.

Y aquello fue como una invitación a seguir volando en sus brazos imaginarios. A seguir oliendo el perfume femenino. A disfrutar de los suaves golpecitos por toda su cara. Un oasis de placer en sus manos. En las de su maquilladora de siempre. Una mujer maravillosamente sensual. «Será un milagro que un día no le tire los tejos», pensó desde el séptimo cielo en el que se encontraba.

La visión se desvaneció con la rapidez con que se esfuma un sueño cuando oyó la puerta del camerino abriéndose y la voz de un hombre saludando en voz alta a los dos. Sin abrir los ojos notó cómo Alex cogía una silla y se sentaba a su lado.

—¿Qué tal jefe?

—Bien, un poco cansado pero bien.

—¿Te cuento?

—Sí, sí, claro.

—Hoy tenemos el día dedicado a los higos. Estamos en temporada.

«Vaya por Dios —pensó Aitor picaramente para sí—. Yo estoy todo el año en la estación de los higos» .

—Para el primer programa unos higos rellenos. Y para el segundo una tarta de queso con mermelada de higos.

—La que va horneada, ¿verdad? —preguntó Aitor— es bastante mejor que la que va con gelatina en el frigo.

—No te quepa la menor duda, jefe.

—¡Uy!, esa receta me interesa a mí —exclamó Belén.

—Pues vas a ver lo rica que está y lo fácil que es hacerla —le informó el cocinero.

—Pero ¿cuándo vais a hacer la famosa tarta de limón? —preguntó la maquilladora sin dejar de aplicar color en la cara de Aitor.

—No te preocupes, la haremos para algún programa de invierno —apuntó Alex.

—Bien, porque a mí me encanta —añadió la mujer con entusiasmo.

—Está prevista para comienzos de diciembre, con la llegada de los cítricos. Lo tengo que mirar en el programa pero estoy casi seguro —le dijo Alex. Hizo una pausa intentando recuperar la conversación con su jefe—. Vale, para los

higos rellenos ya tengo preparadas varias piezas de puta madre para que las enseñes, otras ya vacías, y las últimas preparadas para meter en el horno con su relleno y cerradas.

—Bien. ¿Tienes el relleno ya saiteado? —preguntó Aitor.

—Sí, y le he añadido algo de foie; está ya todo templado y listo para meter en el interior del higo. Lo vamos a hacer con cuatro cortes, ¿de acuerdo? Primero presentación de los ingredientes, después manipulación de los higos y presentación del relleno. El tercero consistirá en rellenar y preparar la vinagreta y...

Alex miró la pequeña escaleta y tardó unos segundos en seguir hablando.

—Espera, que me he dejado la escaleta del cuarto en la encimera... no, no, está aquí. Mostrar el plato metido en el horno y el paso final.

—Bien, de acuerdo.

—Para la tarta también cuatro cortes. Ya tengo preparada la tarta final y la masa quebrada ya amasada justo para que estires. Por otro lado todos los ingredientes por separado para enseñarlos: la mezcla del queso con la nata y el azúcar que se hornea. Y por último el zócalo de la pasta quebrada también ya está listo. Tienes aquí las recetas para que te las leas antes de entrar, pero también te las iremos enseñando desde el *teleprompter*, como siempre. Ah, y el pinganillo por si hubiera algún problema.

» Preguntas —concluyó Alex.

—Ninguna —contestó Aitor mientras abría los ojos—. ¿Estamos en tiempo?

—Sí, en quince minutos estamos.

—Por mí, listo —añadió Belén mientras se apartaba de él—. Recuerda que antes de empezar te tendré que dar un toque ya en escena. Nada nuevo —concluyó.

«Ojalá», asintió con la cabeza mientras lo pensaba, más allá de su sonrisa.

Belén se dispuso a recoger mientras los dos cocineros salían al plato comentando los últimos detalles.

Cuando llegó al escenario pudo observar con detenimiento todos los platos ya preparados. Los ingredientes en crudo brillaban exageradamente bajo la acción de la suave brocha de aceite de los ayudantes.

—No los pintes tanto que van a parecer artificiales. Un poco solamente —dijo Aitor.

Se ató el delantal por delante después de terminar de abrocharse la chaquetilla que le había entregado uno de sus ayudantes, mientras la gente del plato se afanaba por dejar a punto luces, decorado y *atrezzo*. Observó con curiosidad cómo la percha del sonido estaba ya preparada y las cámaras estáticas se mantenían en marcha probando los planos.

Se le acercó Ainhoa mientras daba órdenes por el pinganillo. Percibió nerviosismo en el ambiente, bastante más del habitual.

—Estamos en hora, ¿no?

—Sí, eso creo. En realidad, no sé —contestó ella.

—¿Qué pasa? —inquirió Aitor.

Ainhoa no dejaba de hablar por el interfono.

—¡Pues búscale, joder!, y si no, ¡mira en el *parking* a ver si está su coche! —dijo medio gritando mientras con el brazo sujetaba al cocinero para que no se marchara.

Aitor frunció el ceño y miró su fuerte brazo sujetando el suyo a la vez que miraba a su asesora y directora de programación.

—¡Pues habla con alguien! Localízamelo. Pero hazlo ya. ¿Me oyes? ¡Ya! Estamos a quince minutos. Ya no llegamos —gritaba Ainhoa.

» Estamos a quince minutos, ya no llegamos —repitió por el pinganillo—, ¡hostia! —gritó para sí misma.

Aitor la temía cuando empezaba a gritar y se acordó durante un instante de la pequeña bronca del día anterior en el coche, cuando salían de Madrid.

Hizo un gesto con las manos preguntando qué sucedía. Ella se apartó el pinganillo de la boca en un movimiento instintivo.

—Estamos fuera de hora. No podemos empezar a grabar.

—¿Cómo que no podemos grabar? ¿Por qué?

—Falta el puto cámara de la *stedycam*. No lo localizamos por ningún lado —se quejó con rabia.

—¿Roberto?

—Sí, tu protegido —contestó en voz baja y con expresión irónica.

—Pues esa cámara solo la puede llevar él —sentenció Aitor mirando los arneses de seguridad tirados sobre la mesa contigua.

Araceli Martínez bajó a los viñedos en solitario vestida con una cazadora muy ligera, no por el frío —inexistente— sino porque le resultaba cómoda por los innumerables bolsillos que tenía. Estaba anocheciendo y al salir de Marbil miró la temperatura. Excesiva para la época. Las nubes altas difuminadas en el horizonte pintaban a brochazos un paisaje de color naranja. El ligero viento sur atemperaba el calor pero todo hacía presagiar una nueva jornada aún más calurosa.

« Son solo pronósticos », pensó mientras con paso decidido se acercaba a las filas de vides. Llevaba encima una linterna, unas tijeras pequeñas, una libreta, un refractómetro, un peachímetro y el teléfono móvil. Anduvo unos minutos hasta llegar a las vides retorcidas y casi centenarias que componían las hectáreas que tenían reservadas para hacer el mejor vino de la hacienda, Verónica. Aminoró el paso y se detuvo unos instantes delante de la primera fila, la que estaba más expuesta al viento y daba los racimos más pequeños pero a la vez de sabor más intenso. Los viñedos siempre le provocaban una sensación de paz; incluso en este momento, el previo a la vendimia, cuando más se acumulaban el trabajo y la tensión.

Miró el pasillo central de las vides plantadas en vaso y se congratuló del tono verde dominante, que delataba la variedad de hierbas aromáticas que crecían alrededor y contribuían a la complejidad del sabor final de la uva. « Hace unos años —recordó la mujer—, era sinónimo de hectáreas de vides descuidadas por el dueño. El pasillo entonces tenía que estar libre de rastrojos y otras hierbas. Pero por fortuna eso ahora ha cambiado mucho ». Ellos tenían la teoría de que si había menta, orégano o simplemente césped, la vid crecería acorde con el entorno, aportando personalidad a la uva, transmitiéndose por lógica al vino que de ella saliera. Un cuidado biodinámico que generaba viñedos estables y armónicos. La mano del hombre en concordancia con la naturaleza. La menor intromisión posible para que el vino final fuese el resultado de la unión de dos inteligencias: la humana y la sabiduría ancestral de la tierra.

Araceli avanzó despacio entornando los ojos, pues la oscuridad era muy densa. Encendió la linterna y se dejó envolver por el olor del ambiente, deteniéndose para disfrutar de la fragancia que emanaba del suelo. Supo que las vides le hablaban, le susurraban al oído que estaban preparadas. Se volvió hacia una de las más antiguas y se agachó en cuclillas junto a ella. Su melena morena y suelta se mantuvo a la altura de las hojas. La brisa levantó su pelo y su mano acarició cómplice la copa del arbolito. Por un momento planta y mujer se mimetizaron. Deslizó sus dedos entre las hojas verdes y frondosas y enroscada sobre sí misma la acarició con el cariño con que se toca a la persona amada. Terminó por sentarse cruzando las piernas en el suelo y, como lo hacen las amigas, comenzó a contarle cosas en silencio, rodeada de oscuridad. Las luces de

Marbil parpadeaban en la lejanía de modo que apagó la linterna y la guardó en uno de sus bolsillos. Cerró los ojos, entró en comunión con el entorno y dejó su mente en blanco. Faltaban unos días para la vendimia y era su momento. Apenas se percibían sonidos, tan solo alguna cigarra ponía música de fondo, aunque lejana y casi imperceptible. Por un momento, Araceli se olvidó de su preocupación más inminente en forma de enóloga morena; de su marido y de su hijo Josu; de los toneles de la fermentación; de los bazuqueos concretos que se deberían dar en el momento oportuno; de los costaleros contratados; y del calor, el frío, los pedriscos y las barricas.

El tiempo se detuvo.

Cuando por fin abrió los ojos habían transcurrido unos minutos y la oscuridad era aún más profunda. Metió la mano en uno de los bolsillos de su cazadora y sacó de nuevo la linterna, iluminando la cepa. El deslumbrante foco proyectó sombras e imágenes irreales de modo que el centenario árbol adquirió dimensiones imposibles. Con delicadeza apartó algunas de sus hojas hasta iluminar uno de los racimos. Acercó su mano al que colgaba más cercano a ella y lo palpó, acariciándolo. Sacó las tijeras de uno de los bolsillos y con la habilidad propia de un cirujano cortó un grano de uva. Tenía que ser así, al azar, la cata había de ser ciega; si elegía las uvas más bonitas y gordas los datos saldrían sesgados. Sopesó el grano en su mano percatándose de su densidad y apoyando la linterna en el suelo lo envolvió en un pequeño pañuelo blanco. Se levantó y repitió la misma operación dos veces más en otras vides, guiándose por el haz de luz de su linterna. Cuando decidió que ya era suficiente se alejó tranquilamente de los viñedos en dirección a Marbil.

El exterior de la mansión desprendía una luz suave y levemente naranja, que provenía de las cuatro farolas situadas estratégicamente. Las paredes templadas aún retenían el calor generado durante el día. Se sentó en una de las siete grandes piedras que, pegadas a la pared, rodeaban la casa a modo de bancos individuales. Sacó el refractómetro y lo puso sobre su regazo. Extrajo de su bolsillo más amplio las tres uvas que llevaba envueltas cuidadosamente en su pañuelo, un sencillo trozo de tela que solo utilizaba para tal fin y que ella misma lavaba a mano, siempre con una gota de jabón neutro; lo solía aclarar en la pila del lavabo con agua tibia y luego lo dejaba secar sobre la barra de la ducha. Nunca lo metía en la lavadora con más prendas, pues era una parte importante del ritual: el pulcro paño blanco que simboliza la pureza de la nueva cosecha, el que purga los malos augurios para que la vendimia se haga en las mejores condiciones. Y tenía algunos rituales más. La casa estaba llena de amuletos, de pequeños símbolos que desde sus inexplicables sortilegios ayudaban a hacer el vino mágico: superstición y ciencia conjurados para alcanzar el éxito.

Araceli puso la libreta sobre la piedra y sobre esta el bolígrafo. Agarró la primera de las uvas y la aplastó con decisión pero también con dulzura entre sus

dedos. Desechó las primeras gotas, que cayeron al suelo. Cuando vio que procedían del centro del grano de uva acercó el refractómetro y depositó dos gotas sobre el cristal. Cerró la ventanita de plástico y las gotas se aplastaron entre ambas superficies. Se colocó el extremo del aparato en el ojo derecho aprovechando la luz de las farolas y vio la raya que marcaba los grados Brix, el nivel de concentración de azúcar que después se transformaría en alcohol. Anotó la marca 21,9º Brix. Repitió la operación dos veces más limpiando escrupulosamente entre cada medición las gotas anteriores. 21,4º y de nuevo 21,9º Brix, fueron los parámetros de los dos nuevos granos analizados. «Habrá que volver a hacer el proceso pero eso sería un tema del enólogo», murmuró. Anotó los tres y pensó que no faltaba nada para vendimiar. Después repitió la operación y midió el ph de las tres, anotando todo en la libreta. Cuando acabó se chupó los dedos y al notar el dulzor concluyó que con su dilatada experiencia no necesitaba de ningún aparato para decidir si la uva estaba ya lista para ser recogida o no. Las vides se lo susurraban al oído. Ni siquiera necesitaba probarlas y menos meterlas en ningún aparatejo.

Ella había nacido allí cerca, en el vecino pueblo de Labastida, a escasos veinte kilómetros de lo que ahora eran sus terrenos. Y desde pequeña, en su casa, una pequeña atalaya en mitad de la plaza del Olmo, había mamado no leche, sino zumo de uvas, a la sombra de la Ermita Fortaleza del Santo Cristo. Y se acordó de cuando corría calle abajo por la Subida del Olmo a recibir a su padre después de la vendimia. Había olido desde el alféizar de su ventana la fragancia imperceptible de la uva, y había jugado a pisarla, a quitar los sarmientos, a podarlos en compañía de su padre para hacer con ellos carne a la brasa que se impregnaría del olor de la leña al quemarse. Había visto el trasiego de los hombres ahora en los tractores, antaño con los animales, transportando la uva hasta las bodegas, pero siempre trabajando para los demás. Y desde que se casó con Andrés se sintió madre de todas las vides que alfombraban sus terrenos.

A Andrés lo conoció en La Ronda, una antigua festividad que se celebra en Labastida desde tiempos inmemoriales, en pleno diciembre, con hogueras repartidas por todo el pueblo. Allí, a la sombra del Puerto de la Herrera y entre castañas asadas guardadas en los bolsillos de su abrigo, el zurracapote circulando por su interior y con la capucha ceñida a su cabeza, besó por primera vez los labios adolescentes del que más adelante sería su marido. Un flechazo que duraba hasta la fecha. Y ahora se siente madre de su adolescente hijo Josu pero también madre y dueña de la tierra. Ahora saborea lo que de niña se limitó a observar mientras crecía en su interior la obsesión por las cepas, por las vides, lo que labró su personalidad hasta convertirla en una mujer dura pero a la vez justa.

Se mantuvo en silencio mientras mosquitos y algún abejorro se dejaban ver por las inmediaciones de las farolas, atraídos por la luz. El calor acumulado en las piedras empezaba a desaparecer y la temperatura descendió bruscamente, lo

que le hizo levantarse. Cogió el teléfono móvil y marcó un número que sabía de memoria.

La pantalla se iluminó y se pudo leer con claridad: Esperanza Moreno-Enóloga.

El teléfono estaba operativo y comenzó a sonar. Al cabo de diez tonos dejó de hacerlo y saltó el contestador.

Araceli habló en un tono educado pero firme.

—Esperanza, soy Araceli, no sé dónde te has metido, pero, por favor, llámame urgentemente. La vendimia es inminente. No sabemos nada de ti desde que te marchaste el miércoles y quedamos en hablar el viernes. Tengo los datos del azúcar y del pH de hoy ya listos. Tenías que estar ya aquí. Llámame por favor cuanto antes.

Cuando cortó la comunicación se quedó pensativa y volvió a llamar, esta vez a su novio Roberto.

La voz chillona de su cuñada Merche, llamándola desde el interior de la casa, la obligó a apartar el móvil de la oreja. Miró con preocupación a través de una de las ventanas y acelerando el paso se acercó a la entrada.

Se asomó por la puerta y pudo ver a su cuñada llorando delante de la pantalla del ordenador.

—Merche, por Dios, ¿qué ocurre?

Cuando Jon Ander llegó ante la puerta del despacho de Vicente llamó con los nudillos y se asomó sin esperar respuesta. Vio que su jefe estaba hablando por teléfono e hizo ademán de volver más tarde pero este con un movimiento de la mano le conminó a que entrase y esperase. Su conversación era intrascendente y la cortó enseguida mientras su ayudante se sentaba en una silla enfrente de él.

—Dime —le urgió mientras levantando la mirada observó que esbozaba una sonrisa de medio lado—. ¿Qué pasa? —insistió el subcomisario.

—Hay un señor que está hablando con Kai.

—¿Qué señor? —cortó volviendo la vista a los papeles.

—Es alto y de unos setenta años.

—¿Y? —respondió sin dejar de escribir.

—Ha venido a denunciar una desaparición, la de una persona que se llama Roberto.

El subcomisario levantó la mirada.

—¿Roberto?

—Está en su despacho. Me ha llamado Kai para que le avise por si le pudiera interesar estar presente.

—¿Tú qué crees? —dijo mientras guardaba los papeles.

Ambos se levantaron casi al unísono.

—Tú no entres —le dijo el subcomisario cuando llegaron a la puerta—. Si ve tanta gente no se sentirá cómodo. Luego hablamos.

—A ver si es nuestro hombre —comentó Jon Ander.

—Ojalá.

Cuando Vicente entró en la habitación la persona giró un momento la cabeza e interrumpió lo que estaba diciendo. Arkaitz le presentó a su jefe.

—Es el subcomisario Vicente Parra —le dijo—. Él se llama Benito Álvarez y ha venido a denunciar una desaparición. La de su hijo Roberto —informó mientras el subcomisario cogía una silla y se sentaba a su lado—. Lleva más de dos días que no sabe nada de él.

—No le importará repetir algunas cosillas, ¿verdad?

El hombre mayor de expresión lánguida vestido con camisa y jersey fino de color granate asintió con la cabeza mientras se echaba el escaso pelo gris hacia atrás. Su cara de preocupación mostraba restos de la última noche sin dormir. Unas ojeras levemente marcadas delataban el estado de ánimo. Se cruzaron las miradas en el corto intervalo que tardó el subcomisario en lanzar la primera pregunta.

—Dígame el nombre completo de su hijo, por favor.

—Roberto Álvarez Sampedro.

—¿Hace cuánto que no habla con él?

—Dos días.

—¿Me podría dar la descripción de Roberto?

—Sí, por supuesto. Treinta años cumplió hace un mes. Un metro ochenta y cinco más o menos. Pelo negro liso un poco largo. Complexión fuerte, es muy corpulento. Tiene los ojos marrones y usa lentillas. A veces se dejaba barba, pero ahora le da por épocas: en verano se la quita y en invierno se la deja. —Sonrió.

—¿Tiene alguna fotografía de él? —preguntó el subcomisario.

—Sí, he traído una —contestó mientras del bolsillo extraía un pequeño retrato de su hijo—. Es el de la derecha.

Vicente miró la fotografía unos segundos. Su ayudante se acercó. Ambos miraron el retrato de un hombre de unos escasos treinta años, alto y musculoso, vestido con una cazadora de color gris oscuro. Estaba en compañía de otra persona más baja con marcadas entradas en su cabeza. Ambos sonreían a la cámara. Parecía que estaban en un bar. Roberto cogía del hombro a su acompañante y los dos sostenían lo que bien podían ser sendos *gin-tonic*.

—¿Sabe quién es la persona que le acompaña? —preguntó el subcomisario.

—Un amigo de la cuadrilla, pero he hablado con él esta mañana y hace dos semanas que no lo ve.

—¿La foto es reciente?, si me permite la vamos a escanear para el archivo.

—Sí, quédese la si quiere. Es de hace dos años, pero está igual. —Sonrió el padre un poco más calmado al encontrar apoyo en los dos policías.

—No se preocupe, hacemos una copia y se la devolvemos. —El subcomisario dejó de tomar notas y se echó para atrás en la silla. Utilizando su tono más cercano y distendido comenzó a indagar—. ¿Qué le hace pensar que su hijo ha desaparecido?

—Bueno, habíamos quedado en vernos el jueves a la tarde para que me trajese unos papeles del coche que necesitaba y no apareció. Le llamé al móvil y no contestó. Me enfadé mucho —dijo quebrándosele la voz por primera vez—. Me fui a la cama pensando que se habría olvidado. Ahora daría cualquier cosa por volver a verle. Le prometería no enfadarme más.

—Esté tranquilo Benito, seguro que aparecerá. ¿Qué hizo al día siguiente?

—Le volví a llamar y de nuevo no contestó. Y fue entonces cuando me empecé a preocupar. Por la noche me fui a su casa y nadie me abrió. Y eso que estuve llamando más de diez minutos por si estaba dormido.

—En ese momento hacía veinticuatro horas que no tenía noticias de él, ¿es así?

—Exacto, y hoy al mediodía he vuelto a su casa y seguía sin contestar. Esta tarde me he acordado de que tenía grabación y me he acercado a su trabajo. Ahora vengo del estudio de grabación y me han dicho que han tenido que modificar todo el rodaje porque él no ha aparecido, eso ha sido el detalle final que me ha hecho venir aquí directamente.

—Han pasado cuarenta y ocho horas desde la primera vez que notó su ausencia —comentó Arkaitz.

—Eso es.

—¿Dónde trabaja su hijo?

—En EZCOM. Es cámara de los programas de cocina de Aitor Zubillaga.

—¡Hombre!, el famoso cocinero. ¿Desde cuándo?

—Hace ya cinco años que empezó con ellos y está muy contento. Maneja una especie de artillugio muy sofisticado: una *stadycamp*. Es una cámara que lleva atada al cuerpo. Y él por su complexión atlética la lleva muy bien.

—Sí, sí, ya la he visto alguna vez —contestó Arkaitz.

—¿Qué tal se lleva con su hijo?, señor Benito —preguntó Vicente.

—Bien, venía a cenar a casa todos los jueves, bueno, casi todos, desde que su madre murió hace ya tres años —contestó bajando la cabeza—. Era muy cariñoso conmigo, me hacía mucha compañía desde la muerte de mi mujer.

—¿Qué cree usted que ha podido suceder? Podría ser que simplemente estuviese en casa de un amigo o amiga, por ejemplo, y la juerga fuese de tal calibre que todavía no hayan despertado. ¿Alguna otra vez le ha fallado cuando quedaba con él?

—Un par de veces pero siempre me llamaba antes. Si había quedado con alguien, se disculpaba diciendo que le perdonara pero que no iba a poder venir por alguna causa... no sé, pero eso pasó en muy pocas ocasiones —dijo el hombre tapándose el rostro con las dos manos—. No sé, nunca me he visto en esta situación, no sé —repetió quebrándosele la voz por segunda vez—. Si es así empiezo a pensar que no conozco en absoluto a mi hijo. Antes alguna cosa de esas ya había hecho, pero en la juventud, ya sabe. Sin embargo, desde que está en la empresa de Aitor está contento y ganando bien. Se le veía muy a gusto.

Ambos policías se lanzaron miradas intuitivas, unidos por el mismo pensamiento, pero su visitante no se percató.

—¿Su hijo está casado, tiene novia o pareja?

—No que yo sepa. Había tenido pero ahora creo que no estaba con nadie. O por lo menos a mí no me lo dijo. Siempre tenía a alguna mujer cerca aunque nada serio; mi hijo siempre decía que el matrimonio no era lo suyo. Me han dicho que ahora andaba con alguna pero no me han sabido siquiera decir quién era.

—¿Sabe si su hijo consumía algún tipo de drogas? —preguntó muy serio el subcomisario.

—Un padre es el último que se entera si su hijo lo hace. Pienso que no —dijo el hombre meneando la cabeza.

—¿Ha llamado a alguien más preguntando por él aparte del de la foto? ¿Algún amigo, pariente o conocido para poder descartar que se encuentre con ellos?

—He llamado a su tía, mi hermana mayor, a la que a veces solía ir a visitar,

y me ha dicho que había estado con él hace un mes, pero que desde entonces no lo ha visto. Después he llamado a su amigo de toda la vida y me ha confirmado que estuvo con él la semana pasada en una cena pero no ha vuelto a llamar.

—Me va a dejar los números de teléfono de todas estas personas por si pudiéramos necesitarlas. Hágame una lista de los que usted crea que tienen relación con él. Todo aquel que considere que pudiera haber tenido un nexo de unión con su hijo. ¿Podría tener amistades complicadas?, o, no sé, frecuentar ambientes turbios, ¿entiende lo que le estoy diciendo, verdad?

El padre de Roberto asintió sin decir palabra. Tardó en contestar unos segundos que al subcomisario le parecieron excesivos.

—Que yo sepa no —sentenció muy despacio.

—Bien. Han pasado ya dos días y podríamos ejecutar el protocolo de desaparición. No estamos obligados a esperar ese plazo, ojo, simplemente se hace por prudencia —apostilló el subcomisario— porque en muchos casos por fortuna la persona aparece sin más. Insisto, ese plazo en la Ertzaintza se guarda por prudencia. Que si estaba con los amigos, que si se había quedado un día más en un sitio en el que no se le podía localizar... en fin, muchas situaciones a veces son de lo más pintoresco. Dejamos transcurrir cuarenta y ocho horas por precaución. Pero insisto en que si el caso lo requiere se puede activar el protocolo antes de ese plazo. En este caso ese tiempo ya ha pasado o sea que vamos a cursar la denuncia de desaparición de su hijo. Quiero que sepa, y con esto no pretendo darle esperanzas infundadas, que en un porcentaje digamos... alto, aparecen en un mínimo lapso de tiempo. Pero, repito, no nos vayamos a dejar llevar por el optimismo.

—Sí, el detalle de la ausencia en su trabajo es importante, nunca había faltado, me lo dijo el mismo Aitor Zubillaga. Se ha portado muy bien. Yo me he disculpado en nombre de mi hijo —dijo Benito en voz baja.

—No se preocupe, vamos a hacer todo lo posible por encontrarlo. ¿Se le ocurre algún detalle más que usted crea interesante y se le haya olvidado?

El hombre miró al suelo pensativo.

—Tiene un tatuaje en el brazo derecho, un dibujo de esos horribles, típicos de los tatuajes —afirmó con desprecio—. Representa un coche con llamas en la parte trasera y con una calavera al volante. Tiene otro en la pierna izquierda. Muchas veces va con bermudas para enseñarlo. —Sonrió débilmente el viejo.

—El de la pierna es... —preguntó Vicente con el lápiz detenido delante de su libreta.

—Pues algo parecido a un dibujo de esos. Creo que es un *skater*, también una calavera. Ese se lo hizo hace ya muchos años.

—¿Alguna cosa más?

—No sé, yo creo que está todo. Bueno, como curiosidad debo añadir que es zurdo, de hecho un día me contó que la cámara del trabajo está modificada para

que le sea más fácil usarla, tiene los soportes cambiados para que pudiera manejarla; por eso ayer tenían tanto follón en el plató donde grababan, creo que tuvieron que buscar otra cámara, eso me explicó Aitor muy amable. Cuando me fui me dio una palmada en la espalda diciendo que no me preocupara, que seguramente se solucionaría todo, que debía estar por ahí.

Arkaitz giró levemente la cabeza hacia Vicente cuando oyó el dato que acababa de aportar. Este lo vio por el rabillo del ojo pero no apartó la mirada de su interlocutor. El oficial volvió la vista hacia Benito pensando que no tenía que haber mirado a su jefe.

—Nos vamos a poner en marcha y en cuanto sepamos más cosas le llamaremos. Espero que sea muy pronto. Me ha dicho que no tiene la llave de la casa de su hijo, ¿verdad? —dijo el subcomisario.

—Ojalá. Si la tuviera ya habría entrado. Ojalá —repitió de forma automática el padre mientras levantándose le ofreció protocolariamente la mano al jefe y a su ayudante—. Buenas noches —fue lo último que dijo al atravesar la puerta.

Cuando el oficial despidió a Benito volvió al despacho de su jefe. Este le estaba esperando con una ligera sonrisa en la cara.

—¿Has pensado lo mismo que yo? —lo interrogó el oficial. Vicente asintió con la cabeza—. ¿Tú crees que es nuestro hombre?, ¿el novio de Esperanza?

El subcomisario no contestó, simplemente gesticuló con las manos antes de responder.

—El hecho de que se llame igual no nos dice nada, y zurdos hay en este país más de cinco millones, son demasiados para pensar en algo concluyente. Pero sí hay una cosa que el padre nos ha ocultado, creo que tú también lo has pensado, ¿no?

—Sí, que pudiera estar fichado —contestó el joven.

—Bien. Sí, yo también lo he intuido, igual es una tontería pero hay que comprobarlo inmediatamente.

Arkaitz salió del despacho y tardó veinte minutos en volver, cuando lo hizo traía varios folios en la mano.

—Tenías razón Vicente —le dijo mientras le pasaba tres folios grapados por la esquina derecha.

El subcomisario los miró con detenimiento. En la primera hoja vio por segunda vez una fotografía de Roberto, en la que aparecía bastante más joven que en la que le había enseñado su padre hacia media hora escasa.

«A un padre le es muy difícil recordar las tonterías de su hijo cuando en su juventud la cagó varias veces seguidas —dedujo el subcomisario—. Y más ahora que lo ve asentado en su trabajo y contento con lo que está haciendo y con una edad donde la posibilidad de madurar y superar el pasado es real». Por un momento se metió en la piel de aquel anciano que había venido en busca de su hijo desaparecido.

La idea de que su propio hijo Alberto se pudiera ver envuelto en una situación semejante lo golpeó durante un segundo con dureza, pero desapareció con la misma rapidez con que llegó. La visión de las dos fotos de Roberto lo obligó a centrarse.

De frente y de perfil. Con la regla de medición como telón de fondo. La carta de presentación que nadie desea. Las fotos databan de diez años atrás. 2008. Su altura se ajustaba a los datos que ya tenía el policía, un metro y ochenta y seis centímetros; su rostro era duro a pesar de su juventud, se apreciaba una sombra de barba. La fotocopia era en blanco y negro. Vicente pasó la página y revisó su historial.

Condenado a tres años de cárcel como integrante de una banda organizada que robaba motos para venderlas en el extranjero; en el juicio se condenó a tres personas más. Roberto recibió la pena más suave porque era el más joven y su abogado demostró que era el último mono de la banda, no el cerebro, él era el responsable de romper los candados y meter las motos en la furgoneta. «Normal, con veinte años, un incauto», pensó el subcomisario. Se encargaba de la parte más peligrosa de la operación: localizar las motos y levantarlas, incluso conseguir las llaves para acceder a garajes cerrados. Siguió leyendo. Cumplió un año y cuatro meses de cárcel. Salió con veintiún años.

—Esto pasó hace diez años —musitó Vicente.

—Pero no acaba ahí, lea la última página —le instó el oficial.

La última acusación era de hacía seis años y cambiaba ostensiblemente el cariz del asunto.

Condenado por maltrato físico y psicológico hacia su novia. Una sentencia de 2011 que acabó primero con una orden de alejamiento —se le condenó a no poder acercarse a menos de doscientos metros de la víctima— y después de dos denuncias más, con un año de cárcel. Una de ellas describía golpes en la espalda y varios bofetones y la otra un intento de estrangulamiento. La mujer era una menor de diecisiete años y los hechos ocurrieron en un pueblo de Lasarte donde vivían juntos desde hacía un año. La sentencia fue recurrida pero no prosperó el recurso y Roberto pasó en la cárcel otro año. La víctima padeció un síndrome de estrés postraumático junto con una fuerte depresión que precisó de tratamiento médico y psicológico. «Me agarró del cuello, me zarandeó, me abofeteó y me tiró al suelo», leyó atentamente Vicente en el informe. Salió de la cárcel en diciembre de 2011.

La última línea de la ficha policial daba algo de esperanza. Se le acortó la condena por buen comportamiento y terminó cumpliendo solamente nueve meses.

—¡Joder! —exclamó el subcomisario, que se echó para atrás en la silla y contuvo la respiración.

—¿Qué hacemos? —preguntó el joven oficial—. Esto nos da datos

significativos de...

—No muchos —cortó el subcomisario—. Sabemos que tuvo una juventud complicada pero esto pasó hace casi siete años, esta persona ya tiene treinta años y un trabajo estable y no tenemos ningún dato más que nos haga sospechar que ha vuelto a reincidir y menos aún que sea el asesino o la persona que estaba con la enóloga en el momento del crimen. Todo esto, claro está, en el caso de que este tal Roberto sea el que creemos que es.

—Pues yo creo que sí —afirmó Arkaitz.

El subcomisario le miró con una mezcla de incredulidad y curiosidad.

—¿Cuál es tu teoría?

—Yo creo que este es nuestro hombre y que después de hacer lo que ha hecho, asesinar por la razón que fuera a la enóloga, está acojonado y ha huido. Estará intentando cambiar de aspecto físico y perderse en este país o en otro. Habría que distribuir su foto a todos los aeropuertos y entre todos los miembros de seguridad del estado para localizarle en el menor tiempo posible.

—Creo que vas muy deprisa. —Sonrió el subcomisario—. Conectar a un desaparecido con el crimen de ayer es una simple posibilidad. Su nombre es igual y es zurdo, dos detalles que pueden ser casuales. No hay más. Pero sí es verdad que hay que intentar encontrarle lo antes posible para que nos dé información con la que podamos descartar hipótesis. Y esto último hay que lograrlo ya. De ser cierta tu teoría igual intenta salir del país. Vigilaremos y daremos aviso a fronteras y aeropuertos e incrementaremos controles en carreteras.

» Empezaremos por el principio, valga la redundancia. El padre ha dicho que no tenía la llave del piso de su hijo. Consigue la orden de registro en el domicilio de Roberto y vete por allí en cuanto puedas por si pudiera estar en su casa, simplemente desmayado o dormido o que se yo...

—¿Muerto?

El subcomisario miró a su ayudante y se encogió de hombros.

—Preferiría que no fuera así —contestó taxativo Vicente mirándolo fijamente—. Venga, ponte en marcha.

Alberto Parra salió de trabajar en el momento en el que dejaba de llover. Se olió las manos y el aroma a jabón de coco se filtró por su nariz, tranquilizándole. Había empezado a detestar el olor a pescado impregnando sus manos cuando terminaba de trabajar y aún más que el hedor se adhiriera al interior de los guantes de la moto. Era casi media noche y esperó un momento más, indeciso delante de la moto con la mochila abierta, mientras sopesaba si ponerse el pantalón de agua o no. El suelo se estaba secando en algunas zonas y decidió que no, mientras metía la llave de contacto para arrancarla. Se cerró la chupa hasta arriba a pesar de la agradable temperatura que hacía a finales de septiembre. Miró el mar a lo lejos, embravecido. Un fuerte oleaje levantaba nubes de espuma cada vez que rompía contra el espigón; de no ser por el piso mojado un suave viento sur invitaba a pasear. Olfateó el salitre y pensó en secar la moto cuando llegara al garaje. Se percató de que la avenida de la Zurriola estaba ya abierta al tráfico y que los últimos asistentes a la sesión de clausura de la película que se proyectaba dentro de la jornada final del Festival de Cine de San Sebastián prácticamente habían desaparecido. Las jovencitas, que vio apiñadas a la entrada cuando pasó en dirección a su trabajo a primera hora de la noche se habían marchado, y el escenario lo ocupaban un policía municipal retirando vallas y dos coches patrullas de la Ertzaintza. Hoy era la sesión de clausura y se notaba más ambiente en la calle.

Aceleró la moto y cuando pasó por delante observó todavía algún esmoquin y trajes de gala en las terrazas que rodeaban la sede oficial de la 66 edición del Zinemaldi, los cubos del Kursaal. El anonimato que le daba su casco con pantalla de gasolina le hizo sentirse durante unos segundos como invitado preferente al mundo de las estrellas. Aceleró y atravesó el puente de la Zurriola. Al llegar al boulevard pudo observar un ambiente festivo en las terrazas y más gente de la habitual deambulando. La escasa lluvia caída no había logrado quitar las ganas de tomar una copa a los allí congregados. Sintió algo más que frustración por no haber podido ir a la sesión de clausura paralela. La popular. La que tiene más ambiente. La que aplaude o abuchea los premios. Esa sesión tan especial que transcurre en el Velódromo de Anoeta, adaptado para la ocasión con una pantalla gigante que hace partícipe a toda la ciudad de lo que ocurre en la trajeada y selectiva sesión de clausura oficial en los cubos del Kursaal. En el recinto de los ciclistas se proyectan las mismas películas que cierran la edición desde su elitista sede central e incluso se recibe a los premiados, con veinte minutos de retraso para que estos reciban los aplausos repetidos ante una audiencia entregada. Hoy era la primera vez en su vida que no había podido hacerlo. Su trabajo no se lo había permitido. Intentó cambiar la fiesta con otro compañero cocinero pero al final no fue posible. «Fui un tonto —pensó absorto—, por no haberlo previsto con

más antelación. Las fechas las sabía desde hacía tiempo» .

A la altura del ayuntamiento inclinó levemente la moto y giró a la izquierda en dirección al barrio del Antiguo. Y en ese preciso instante se acordó de la edición del Festival de Cine de cinco años atrás. La de 2013. Cómo había asistido a esa sesión de clausura mágica donde a pesar de lo incómodo de sus asientos compartió con toda la gente de su cuadrilla, entre la que se encontraba Amaia, una tarde muy especial. En el Velódromo de Anoeta asistió al estreno de la por aquel entonces última película de Alex de la Iglesia, *Las brujas de Zugarramurdi*. Fue una noche mágica en la pantalla y en su vida. Asistieron el director y parte de los actores; la atmósfera que se respiraba contagiaba entusiasmo, complicidad, y a pesar de un sonido ambiental deficiente el momento fue único e irrepetible. «Después la película la podrás ver en cientos de ocasiones, en la televisión una y mil veces. Repetida hasta la saciedad en cualquier cadena. Pero haber asistido a ese estreno en compañía de más de tres mil personas entregadas, eso es algo que no se repetirá y quedará en la memoria como uno de los recuerdos más especiales de tu vida», se dijo Alberto.

«Lo de menos es la película, lo importante es el momento, retazos de felicidad que pasan fugazmente para extinguirse de inmediato. Fueron dos horas de magia a tu servicio. Irrepetibles. Unos minutos de misa pagana, de aquellarre virtual y real en medio de tiros, gritos y cánticos», recordó. Hacerse con las entradas había sido una odisea pero aquella misma mañana Amaia las había conseguido para toda la cuadrilla a través de un contacto que ella tenía. «Fuimos los doce, pero sobre todo me acuerdo tan bien porque fue el día en que nos enrollamos por primera vez», pensó sonriendo a través del casco. «Después de la película y de tomar varios cacharros por la parte vieja Amaia y yo nos perdimos por el puerto y acabamos en su casa, que aquel día estaba vacía», recordó con una pizca de añoranza.

Una jornada de conjunción de astros, de magia.

Veintiún años retando con descaro a la vida entre risas y morreos y aunque no había sido la primera vez para ninguno de los dos, lo pareció. Al igual que los protagonistas de la película, sus besos, su lengua y sus pechos se llenaron de magia. La reunión de lamias y brujas del bosque lanzó un conjuro que aún duraba.

Amaia llevaba ese día un pantalón de cuero y una chupa a juego y parte del pelo afeitado, calcado a una de las protagonistas del film, aunque luego reconoció que había sido un homenaje hecho a propósito partiendo de los tráilers que había visto semanas antes. Se había rasurado una pequeña zona del lado derecho de la cabeza que contrastaba con la larga melena que caía lacia y sugerente por el otro lado. Como buena aprendiz de bruja aquel día lo tenía todo preparado. Fue una emboscada de *sorgiña*, de lamia. Y de aquella jornada quedó un recuerdo imborrable. Alberto todavía podía sentir cómo ella lo agarraba por la cintura,

pegada a su espalda, subida a la moto pequeñita que tenían entonces: una Yamaha Yog que apenas dejaba espacio para ambos. Era una de las imágenes que llevaría para siempre grabadas; las manos de Amaia rodeándole con fuerza tras el primer beso cerca del puerto, cuando se escabulleron de la compañía de la cuadrilla entre cerveza y cerveza, entre botellón cañero y algún que otro porro.

La imposibilidad de vivir este año algo parecido le había incomodado más de lo previsto. Durante todo el servicio en la cocina no había logrado retirar de su mente esa sensación agri dulce de estar en el lugar equivocado. Y era la primera vez que le pasaba. La pasión por su trabajo seguía viva pero el deseo de vivir intensamente se había instalado en su interior y avanzaba con más fuerza según pasaban los años. Hoy habían dado de comer a mucha gente y la sensación del trabajo bien hecho le satisfizo, pero no como antaño. El sábado de clausura en el Festival de Cine era un fin de semana habitualmente muy animado y para él, muy importante. «La gente sale a ver si se tropieza con algún director o con algún actor. Y además marca el fin del verano y todos los donostiarras sabemos que los inviernos son duros y lluviosos. Por eso la sesión de clausura es el último eslabón del año para pasear, para dejar volar la imaginación e imaginar que estamos en el trópico. El verano en Donostia se acaba siempre con la magia del cine trasladándonos a otra estación», meditó.

Cuando atravesó la bahía de la Concha en dirección al barrio del Antiguo, las brillantes luces del entorno se reflejaban en la pleamar. Una vaharada de aire marino despejó la nariz y los pensamientos incómodos de Alberto. Cuando llegó a la playa de Ondarreta paró la moto delante de uno de los bancos del jardín que la rodeaba y miró la hora. Doce y media de la noche. Se percató de que el banco se había secado también y se sentó a esperar mientras miraba las ventanas iluminadas del restaurante. Mandó un mensaje escueto desde su teléfono móvil.

«Estoy aquí, ¿te queda mucho?».

La respuesta no se hizo esperar.

«Cinco minutos».

Aguardó su aparición mientras sacaba un cigarro y apoyaba la cajetilla encima de uno de los cascos que traía en la mano. Saboreó el aroma del tabaco mientras reflexionaba sobre la sensación incómoda que le había invadido tras perderse la sesión de clausura. Lo peor es que había estado trabajando en lo que más le gustaba: la cocina. Y el pensamiento entre calada y calada lo trasladó a la conversación que había mantenido con su abuelo Martín esa misma tarde. El humo hizo de visillo entre los pensamientos y el entorno.

«Quiero que leas este libro, es corto. Es la condición que te pongo para no cobrarte el libro que le llevas a tu novia», le dijo su *aitona* mientras le acercaba un ejemplar pequeño de portada blanca. «Se lee muy fácil», insistió. Y lo llevaba en la mochila disimulando el que había comprado para su novia.

El humo volvió a meterse en sus pulmones de la misma manera en que la

frase de su abuelo se le había metido en el cerebro.

« Y después lo comentamos », había añadido el abuelo.

Tardó más de los cinco minutos prometidos y cuando Amaia por fin apareció lo hizo resoplando y con una sonrisa pronunciada. Llevaba puesta una cazadora marrón y unos pantalones vaqueros. Venía atándose el pelo con un coletero.

—¿Qué noche más maravillosa! —dijo mientras lo besaba—. Siento el retraso, pero es que había unos petardos que no terminaban de irse. Se ha quedado la compañera nueva a cerrar. Me habían pedido y a la segunda ronda de *gin-tonic* y les quedaba un buen rato todavía. ¿Qué te pasa? Te veo con cara larga.

—No, nada. —Sonrió.

—¿Había mucho follón por el centro? —se interesó Amaia.

—Sí, algo —contestó él distraído.

—¿Qué película ha ganado?

—La canadiense. Creo que es la primera vez que gana un documental.

—¿La que vimos el miércoles pasado?

—Sí, esa.

—Bien, era buenísima y muy cañera. La del amianto. Me alegro, que se jodan, se la han metido los propios de su país. —Rio con descaro—. Venga, vámonos que estoy cansada, ha sido una semana bastante dura.

Atravesaron la ciudad en dirección a su domicilio, en pleno barrio de Gros. Ella lo abrazó desde detrás y de nuevo Alberto rememoró aquella ocasión en que lo hizo por primera vez, la sensación de libertad que sintió y que ahora se le escapaba. Guardó la moto en el garaje y una vez en casa se ducharon juntos y se acariciaron.

Él se instaló en la sala a ver la televisión, buscando algún programa al azar y, sintiéndose cansado, puso los pies encima de una banqueta. Ella lo esperó en la cama leyendo. Mientras lo hacía aireaba distraidamente su melena para que se secara. Cuando Alberto llegó miró la hora: las dos y media de la madrugada.

—¿A qué hora entras mañana a trabajar? —le preguntó desde el umbral.

—A las diez, mañana tenemos lleno y han cogido mesas en la terraza porque han anunciado buen tiempo. Los domingos con sol son terribles, ¿y tú?

—A las diez y media y tenemos a uno de baja o sea que mañana toca volar —dijo mientras torcía su expresión—. El lunes celebraremos tu cumpleaños, ¿no?

—Por supuesto —contestó Amaia interrumpiendo la lectura y dándole un beso en la mejilla.

Alberto fue a tumbarse en la cama pero volvió a levantarse sin terminar de hacerlo. Fue a buscar la mochila que había dejado en la entrada y tras esconder el regalo de su novia cogió el pequeño libro blanco que le regaló por la tarde su abuelo. Cuando entró de nuevo en la habitación Amaia estaba absorta en la lectura, pero levantó la mirada e intrigada al ver el libro dejó que se metiera en

la cama antes de indagar.

—¿Qué vas a leer? —preguntó, curiosa.

—Nada, esto —dijo enseñándole el libro blanco.

—¿Lo has comprado? Pero no es de cocina, ¿no?

—No, no, me lo ha regalado el *aitona*. Hemos hecho un pacto.

—¿Un pacto?

—Sí, me lo ha regalado a cambio... de que lo lea —mintió a medias.

—¡Qué suerte! ¿Y de qué va?

—Pues ni idea, te lo diré en cuanto me meta en él.

Antes de abrirlo observó que las tapas eran... raras. Estaba forrado y por fuera era simplemente blanco; un libro anónimo, de apenas ciento cincuenta páginas. Agitó sus hojas delante de su cara en busca de algo indefinido, en un intento ingenuo de que su rápido movimiento lo ayudase a comprender su interior.

Se arrellanó en la almohada y la recolocó. Amaia se acercó cariñosa, rozando con sus pies los de Alberto sin dejar de leer, inmersa en el mundo que le prestaba su lectura.

Alberto abrió el libro por la primera página y comenzó a leer.

—Si el sábado vuelves de Costa Rica, qué prefieres, ¿grabar el lunes, o el martes?
—dijo Ainhoa.

—No, no, el martes, dame un día más para reponerme. El *jet lag* me sienta fatal —contestó Aitor.

—Pero que dices, si viajas en primera, ahí no hay cansancio que valga. —Rio ella.

—No, de verdad, mejor el martes, estará todo el equipo más descansado —repuso el cocinero.

—Sí, ya sé lo que vas a decir. Supongo que ya lo habremos localizado para entonces —contestó Ainhoa con cara de desprecio mientras movía la cabeza—. Ya es la segunda vez que nos lo hace.

—Será por alguna chorrada —cortó Aitor intentando suavizar la situación.

—¿Una bobada que paraliza un rodaje con más de veinte personas esperándole, género comprado y demás? Venga... —se sinceró—, lo que hemos hecho esta tarde ha sido para salir del paso. Tú tienes una visión extraña de lo que es o no importante.

—Pero servirá, Ainhoa, no te preocupes. La gente no entiende. Verás como nadie se da cuenta de que en vez de hacerlo con la cámara de siempre lo hemos hecho con otra.

—Sí, pero así no se hacen las cosas. Competimos con series de cocina de todo el mundo donde todo está estudiado al milímetro y con bastante más presupuesto que el nuestro y esas cosas al final se notan. Puede que estos dos programas tengamos que repetirlos.

—¿Repetirlos? No seas exagerada, Ainhoa.

—Pues sí, ya veremos en el montaje cómo queda, pero algunos planos no los he visto muy claros. Tengo que revisarlos después en el ordenador para comprobar si pueden servir, porque no me fio un pelo —dijo, elevando el tono de voz hasta situarlo por encima de la música, a la vez que apuraba su copa.

Aitor la miró con una sonrisa mientras con la punta del dedo empezaba a jugar con las bayas de enebro que flotaban en su *gin- tonic*. Se chupó el dedo, pero ella no lo estaba mirando.

El volumen de la música de La GinTonería en pleno barrio de Gros había subido y el tono de las palabras, también. Eran las once y media de la noche y la esquina en que se encontraba el *pub* pasó a estar muy concurrida. El sonido de la máquina del anhídrido carbónico enfriando las copas de los combinados de diseño añadía unos decibelios a la estancia. La música de Delorean *As time breaks off* sonaba con fuerza. En la acera frente al local dos mujeres habían comenzado a bailar en un espacio mínimo entre dos mesas. Las luces tenues invitaban a ello. Aitor miró sus minifaldas y supuso que venían de la clausura del

Festival de Cine. Una acreditación en una de las cazadoras de uno de sus acompañantes lo confirmó.

Ainhoa obligó a Aitor a girar la cabeza con un dedo mientras daba un sorbo al combinado. Se lo quedó mirando con seriedad.

—Deja de apreciar la belleza —comentó socarrona—, y escúchame. —Aitor intentó besar sus labios pero la mujer se retiró hacia atrás—. Empiezo a desconfiar de Roberto. Cuando le localice le voy a leer la cartilla bien leída. No contesta ni da señales de vida y eso no me parece bien. Yo comprendo que puedas irte de copas pero no hasta perder la noción del tiempo durante varios días.

—No te pases Ainhoa, el chaval nunca nos ha fallado en los cinco años que lleva con nosotros, y hace su trabajo muy bien.

—Sí, cuando viene —contestó irónica.

—A este chaval lo que le pasa...

—De treinta años, joder, de treinta —cortó con decisión—, que de chaval no tiene nada. Por su culpa vamos a tener que repetir algunas tomas... Si es que el plano rellenando los higos teníamos que haberlo repetido ya mismo —murmuró entre dientes recordando el accidentado rodaje de la tarde.

—¿Me dejas hablar?

—Si ya sé lo que vas a decir, que si lo pasó mal, que si teníamos que darle una oportunidad, que si blablabla. Pues eso es lo que hemos hecho: darle una puta oportunidad. Pero me niego a darle tres. El año pasado falló una vez, tardamos casi dos días en localizarle y encima nos dijo que si los cubatas de la noche anterior... y no sé qué más historias estúpidas contó. Y esto tiene trazas de ser algo parecido. Tiene suerte de que no volvamos a grabar este mismo lunes sino el siguiente, cuando vuelvas de Costa Rica, porque si no, este vendría a trabajar con un careto de muerto que no te quiero ni contar.

—Venga, tranquila —le dijo apartándole la melena rubia con la mano.

—No, no, si yo estoy tranquila, lo único que le voy a decir a Roberto cuando aparezca es que el día de hoy se lo descuento de la nómina y está en puertas de que lo eche a la calle. Así de claro. A la calle y me busco otro. Que tú Aitor, a veces me haces pensar que trabajamos en una ONG: que si este era amigo de no sé quién, que era por hacerle un favor y a ver si le podíamos contratar, que me fiara de él... En algunos momentos tus prontos solidarios nos pasan facturas muy grandes. Señor altruista: tendrá que despertar de su nube en algún momento, ¿no?

—Haber estado en la cárcel de joven merece una segunda oportunidad —contestó lacónico.

—Sí y no —puntualizó la rubia—, que todos hemos sido jóvenes y hemos hecho barrabasadas y hemos tenido que organizar nuestra cabeza de manera racional porque no quedaban más cojones. No me vengas con esas. Me parece bien darle una segunda oportunidad pero...

—Pero hace muy bien su trabajo —insistió Aitor— y estoy contento de ver cómo una persona ha podido rehacer su vida simplemente por el hecho de haberle dado un trabajo.

—Que sí, que sí —afirmó Ainhoa—. Pero no me sirve que sea un virguero en su trabajo, hace falta además que cumpla con su horario y no deje tirado a un equipo de rodaje entero, y encima en sábado, una excepción que pocas veces hacemos. Que te crees, ¿que no he oído por ahí comentarios de algún compañero de trabajo? Todos currando el putito sábado por la tarde y el tal Roberto por ahí de fiesta.

—Eso lo habrá dicho la de *atrezzo*, que es más mala que arrancada —apostilló Aitor con amargura.

—Pues eso lo he oído no solo de ella, también de más gente —recalcó Ainhoa.

—Bueno, en eso algo de razón ya tenían; rodar un sábado es un coñazo para todo el mundo.

—No me toques la moral. Mira qué bonito. Si tú no estuvieras en Costa Rica toda la puta semana no lo tendríamos que haber cambiado —espetó la mujer airada.

Aitor puso los ojos en blanco sonriendo de medio lado.

—Ya sabes que si sale el contrato de San José nos va a llegar mucha tela.

—Y además te voy a decir una cosa —añadió la mujer ignorando el comentario—. En el programa mando yo y me gusta llevarlo a mi manera. Y si da la casualidad de que el protagonista de la película, el gran cocinero Aitor Zubillaga, se va de vacaciones, pues me veo obligada a cambiarlo todo.

—Eres una cabrona. De vacaciones... ¿por qué dices eso?

—Hombre, ya me dirás. Una semana para una jodida reunión... y además con el productor ese que tienes, que es más hijo puta que nadie. Y encima si sale el asunto voy a ser yo la que tenga que bregar con él.

Aitor rio con sinceridad.

—El pobre cae mal a todos. Tú a Jota lo tienes atravesado desde el principio y no sé muy bien porqué —insinuó Aitor.

—¿Por qué?, preguntas. Pues porque es un gilipollas y es casi seguro que, aún no sé cómo, se va a aprovechar de ti. Ya puedes mirar el contrato con lupa y pasárselo al abogado para que lo revise a fondo. Tú todavía no escarmentas de las que te lían, ¿no?

—Que sí, mujer, no te preocupes —murmuró Aitor conciliador mientras se acercaba a la melena de Ainhoa y le daba un beso detrás de la oreja. Ella se volvió a apartar para guardar las apariencias aunque la esquina del *pub* donde se encontraban era la más discreta—. Déjame probar tu *gin-tonic* —le susurró al oído.

Aitor dio un sorbo a la enorme copa balón de su acompañante, en la que

nadaban trozos de pomelo mezclados entre la ginebra y la tónica. Volvió a la suya y mantuvo en la boca una baya de enebro y un trozo de hielo. Masticó la baya entre los dientes mientras jugaba con el hielo y cuando sacó todo su jugo, se lo quitó de la boca, lo envolvió en una servilleta de papel y lo puso sobre el cenicero. Se acercó a Ainhoa y besó sus labios apartándole el pelo de la cara. Ella al principio lo rechazó pero luego se dejó hacer. Sintió la lengua fría del cocinero rozando con suavidad la suya, pidiendo refugio en su interior y reconoció el sabor del enebro extendiéndose por su boca. Ainhoa lo sujetó por la nuca y alargó el momento íntimo en que sus lenguas y el aroma de enebro se fusionaron llevando a ambos a una burbuja de placer entre tanto ruido. Ambos se soltaron unos centímetros y se miraron de cerca. Mezclaron sus alientos fríos con olor a ginebra y se volvieron a besar dulcemente. Sus lenguas se juntaron y retozaron. Ella volvió a su *gin-tonic* y encontró un trozo de vainilla abierto por la mitad. Se la enseñó seductora a Aitor y se la metió en su propia boca. La mordisqueó durante unos segundos entre sus dientes y se acercó para seguir jugando con su lengua. Los efluvios a vainilla aportaron una nota seductora al *bouquet* de colonia de la ginebra, originando una combinación insólita.

El paréntesis de caricias duró unos minutos más, los que tardó Aitor en sugerirle seguir el juego en su casa.

Salieron del *pub* de manera discreta, como habían entrado. Y siguieron besándose en el coche y en el ascensor de su casa y en la cama que presidía la habitación, situada junto a un gran ventanal que daba al río Urumea en plena curva de entrada al barrio de Loyola.

Sábanas arrugadas. Olor a sexo. Posturas increíbles. Camisas colgadas y perdidas entre el suelo y alguna silla. Susurros incontenibles. Caricias compartidas. La rubia melena de ella desparramada sobre su amante. El vello ensortijado del pecho de él enredado entre las uñas femeninas. Sus manos fuertes asiendo sus muslos. Sus lenguas regalando placer.

Y después el silencio sudoroso de dos cuerpos exhaustos.

Cuando Aitor se levantó, observó la figura desnuda de curvas sinuosas y bien proporcionadas de Ainhoa, tumbada de espaldas y semicubierta con una sábana. Por su tranquila respiración parecía dormida. Le pasó la mano por la espalda y ella respondió con un gemido apenas audible.

Se mesó el cabello mientras se acercaba desnudo a la ventana del apartamento.

Miró la hora: las dos y media de la madrugada.

Agarró el teléfono y marcó el número de Roberto.

Su teléfono estaba fuera de cobertura; no quiso dejarle ningún mensaje.

«¿Dónde estará este hombre? —dijo para sí—. Como no aparezca pronto tendré que intervenir para que Ainhoa no lo eche a la calle. Y el disgusto que se va a llevar mi mujer Ana cuando se entere de sus andanzas va a ser

morrocotudo. Prefiero no pensar en eso. Ya aparecerá. Seguro» .

—¿Qué?, ¿no contesta?—Se oyó desde el fondo de la gran habitación.

«Qué bruja es, ¿cómo sabe a quién estoy llamando?», pensó el cocinero girando la cabeza.

—Supongo que a estas horas no estarás llamando a ningún otro, ¿no?—añadió Ainhoa con sorna como si le hubiera leído los pensamientos desde la cama.

—¿Tú has llamado a su novia?—preguntó Aitor.

—¿A cuál de ellas?, porque ese cambia de novia más que un cangrejo de muda—respondió Ainhoa dándose la vuelta levemente.

Aitor resopló disgustado.

—A Esperanza—contestó a su vez en tono cansino mientras negaba con la cabeza.

La tensión flotaba entre los comensales durante la cena en Marbil, que se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Los cuatro miembros de la familia se removían inquietos, inmersos en un mar de dudas. El sobrio comedor, cuya seña de identidad era la gran chimenea ubicada en uno de los extremos y que en esa época del año permanecía apagada, se había convertido en el corazón de la mansión durante esa noche de sábado que daba paso a un domingo que se preveía complicado y muy negro.

—¿Dónde está Merche? —preguntó Araceli.

—Está en la habitación, ahora baja —respondió Julián.

Andrés miraba los papeles de la vendimia del año pasado; un informe firmado por la propia Esperanza. Pero no lograba centrarse.

El cuerpo sin vida de la enóloga yacía en el fondo de la mente de todos los presentes, con los consiguientes interrogantes marcados en sus miradas. Las noticias que corrían por internet eran escuetas y apenas clarificadoras. Esperanza no era una persona famosa, no obstante estaba empezando a serlo por las circunstancias de su muerte, porque por lo demás, no era sino una de las innumerables profesionales del país. Su trabajo a efectos del público era uno de tantos con los que ganarse el sustento. Pero la enóloga había sido cruelmente maldecida por una muerte despiadada, tan temprana como injusta, y se había convertido en noticia. Hallado el cuerpo sin vida de una joven en su domicilio de San Sebastián. Los primeros indicios apuntan a un episodio violento y a una herida por arma blanca. La Ertzaintza está investigando y en un principio solo se han dado a conocer sus iniciales, que corresponden a E. M. Más tarde se ha confirmado desde fuentes bien informadas que esas iniciales corresponden a Esperanza Moreno de treinta años, natural de Álava y con domicilio en la capital guipuzcoana desde hacía cinco años.

«Ni siquiera han dicho la profesión de ella», susurró Merche mientras leía por enésima vez la noticia en la pantalla de su portátil sentada en su cama. Una foto anodina del portal de su casa y poco más. Un epítafio que no hacía justicia a tanto conocimiento como albergaba en su interior aquella mujer. La fotografía rivalizaba con videos sorprendentes e imágenes que desviaban la atención de la noticia. Aquella era tan solo una más de la larga lista de sucesos que aquella noche atestaban el periódico digital, entre chismorreos absurdos y crónicas políticas sin más trascendencia que la noticia en sí misma. Aparecía en el *ranking* de las diez más leídas, pero de chiripa, justo la décima; interesaban bastante más las andanzas de los famosos. Mucho más importante era el medio desnudo accidental de alguno de ellos o los catarros de algún futbolista; cualquier cosa menos el asesinato de una persona desconocida. «En algún follón estaría metida», supuso Merche que sería el comentario de la gente. «En el fondo se

trata de dar una explicación lógica a la muerte violenta y de algún modo salvarte tú mismo de una situación parecida: a mí no me puede pasar eso, y yo no me meto en follones, yo estoy a salvo y seguro, y desde mi atalaya miro a los demás con distancia. Porque el olor, el *bouquet* del miedo, proviene justamente de pensar que no es así, que lo que le ha pasado a ella ha sido injusto y la lotería luctuosa te podía haber tocado aleatoriamente, simplemente por participar en esa ruleta que es la vida. Así de sencillo y así de cruel», pensó Merche Atienza mimetizada con las imágenes de la pantalla.

Acto seguido se levantó cerrando la tapa de su portátil y se acercó a la ventana de su habitación. Miró a través de ella los campos invisibles de uva en medio de una noche cerrada y oscura. Las lágrimas saltaron de sus ojos con el recuerdo de la enóloga. Una imagen borrosa, hablando de las vides, sonriendo desde su simpatía desbordante cuando le dijo por primera vez que había empezado a salir con un tal Roberto. Habían pasado casi tres horas desde que leyó la noticia, el tiempo que había necesitado para que la muerte de Esperanza calase dentro de ella. Respiró varias veces y se secó las lágrimas.

Cuando Merche volvió a abrir el ordenador observó que la noticia no había cambiado. «Qué triste —pensó con los ojos muy abiertos delante de la pantalla—. Qué poco interesa la muerte si no te toca de cerca; la existencia de una persona, dilapidada por alguna extraña razón, pasará desapercibida salvo para la gente que dependía de ella».

Y la familia Sáenz la necesitaba más que nunca, especialmente en el momento crítico de la vendimia, fue su conclusión.

Merche cerró definitivamente el ordenador y decidió reunirse con la familia. Bajó las escaleras que en forma curva daban acceso a la planta baja y entró en la enorme sala dividida en dos zonas: la gran mesa de comedor presidiendo la estancia en una, y en la otra dos enormes sofás de cuero color arena oscura.

—Venga, que es casi la una de la madrugada, siéntate —le instó Araceli—. ¿Estás bien? —le preguntó al verla aparecer con el pañuelo en la mano y los ojos levemente enrojecidos.

Merche asintió con la cabeza y se sentó al lado de su marido Julián. Su sobrino no estaba, probablemente a esas horas estaría ya durmiendo.

Andrés seguía pasando folios. Nadie se atrevía a empezar a hablar.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó al fin Araceli.

Ninguno de ellos respondió a su requerimiento.

—No hay mucho que decidir, estamos a muy pocos días de la vendimia y hay que agarrar el toro por los cuernos. Si Esperanza nos ha dejado tenemos que ser fuertes y solucionar nuestro problema nosotros solos —sentenció Julián—. No nos queda otra.

Merche se secó las lágrimas incipientes provocadas por el simple hecho de oír el nombre de la enóloga.

—Tenemos otra opción: llamar a otro enólogo. Conocemos a varios —opinó Andrés mesándose la barba.

—Eso no va a ser fácil —intervino Araceli—. Todos vendimiamos en un plazo muy parecido, no te creas que estarán disponibles para ti. Y que quieres que te diga, para traer a una persona de fuera que no tenga experiencia en esta uva prefiero hacerlo yo. Vamos, que *ni pa Dios* dejo a alguien que vendimie mis tierras. De eso ni hablar —argumentó con vehemencia. El tono de Araceli sonaba duro pero también serio y convincente—. Andrés, no sé qué miras en los informes de la vendimia del año pasado, no nos van a decir nada. La del 2017 fue la que fue y lo que tenemos que hacer es mirar hacia delante y cuidar con esmero toda la plantación durante los próximos tres o cuatro días, que es el periodo en que decidiremos si vendimiar o no.

—No, bueno, ojeo algunos datos para recordar cómo se hizo la del año pasado, Esperanza lo tenía todo anotado.

—Andrés, ¿cómo lo hacíamos cuando no estaba ella? —afirmó, más que preguntó, Araceli. El silencio se apoderó de los cuatro. Ella misma se respondió—. Pues lo hacíamos nosotros. Ahora tenemos además la herencia que ella nos dejó desde que empezó a trabajar con Bodegas Sáenz. Sus detalles nos ayudarán, pero poco más.

De nuevo el silencio.

—Cómo estará Roberto... —dijo Merche con frialdad—. Estará hundido.

—Venga, tenemos que ser fuertes. Ella hubiera deseado una cosecha maravillosa y eso es lo que vamos a hacer. Aunque solo sea por su memoria vamos a hacer una vendimia inolvidable —intervino Araceli.

Las palabras la consolaron y secándose los ojos respiró hondo.

—Sí, tienes razón —Merche prosiguió—. La cosecha de este año va a ser para ella. Un homenaje. No podemos hacer más que eso, que el vino que salga de esta añada sea inolvidable. Tenemos que prepararlo todo —dijo dirigiéndose a Araceli.

—Está todo dispuesto —intervino Andrés—. Pero yo preferiría una segunda opinión, hace más de cinco años que lo hacemos apoyándonos en un enólogo. ¿No os parece?

—Yo creo que no —cortó Julián—. Sabemos mucho más que una persona ajena que va a venir a qué, ¿a decirnos cómo se hacen las cosas?, nuestras cosas.

—No estoy diciendo eso. Simplemente, hablo de alguien que nos pueda ayudar.

—No, yo creo que no —cortó Araceli.

—Hay una opción intermedia —interrumpió Andrés. Le costó proseguir cuando su mujer, su cuñada y su hermano lo miraron interrogantes—. Podríamos llamar a Ernesto.

—¿Qué Ernesto? —preguntó Julián—. ¿El de Bodegas Milos?

—¿Estás perdiendo el juicio? —le espetó Araceli.

—Vamos a ver, ¿estás diciendo que llamemos a la competencia para que nos ayude a hacer el vino? —preguntó de nuevo el hermano menor—. Estás de broma, ¿no?

—No, no es solamente la competencia, es la bodega que de manera sibilina se ha dedicado a soltar en entrevistas que nuestro vino no está a la altura. ¿A esos quieres pedirles que su enólogo nos ayude a hacer el vino?, ¿a esos? Insisto, creo que tenemos que tranquilizarnos, porque de verdad Andrés, no creo que sea una buena idea —recalcó Araceli vocalizando en extremo la última frase.

—Podría ser una posibilidad —insistió tímidamente Andrés ante el pedrisco que le estaban lanzando su hermano y su mujer.

Julián, con cara muy seria, cortó con decisión:

—Eso no lo vamos a hacer Andrés. No. Sería un error muy grave. Desde Milos se han dedicado a calumniarnos muchas veces y cuando se enteren de lo de Esperanza nos darán el pésame, seguro que sí, pero también sonreirán socarrones. «Te jodes», pensarán sin dejar de alegrarse mientras nos dan la mano.

—No seas así —contestó Andrés.

—Es como te lo estoy contando. Parece mentira que no sepas lo que nos quiere la competencia —dijo Julián.

—Es como te lo está contando —apoyó Araceli—. No sé ni cómo se te ocurre decir eso.

—Solo intento buscar una salida al embrollo en el que estamos metidos. Nada más. Si alguien tiene una idea mejor que la diga —agregó Andrés, molesto.

—Lo haremos nosotros. Los nuevos depósitos funcionan de maravilla; las instalaciones son modernas y las cubas están preparadas. Cuando no estaba Esperanza lo hacíamos nosotros y te garantizo que no vamos a fallar. Hay que echarle dos narices. En cuanto recojamos la uva nos sentiremos más tranquilos.

—Si sabemos cuándo hacerlo —añadió con timidez el hermano mayor.

—Claro que lo sabremos hacer —afirmó su mujer—. Vamos a tranquilizarnos, no podemos perder la calma —concluyó mientras se levantaba.

—No sé cómo podéis hablar de vino con la muerte todavía caliente —murmuró Merche con la mirada perdida y los ojos rojos.

Los tres callaron unos instantes, tras los cuales Julián rompió el silencio.

—La tristeza nos ha invadido a todos pero tenemos que ser fuertes por la memoria de Esperanza, no podemos dejarnos llevar por el derrotismo, aunque todos lloremos su muerte sé que Verónica, nuestra madre, sabrá ayudarnos desde el cielo.

El silencio tomó cuerpo cuando oyeron el nombre. Todos se miraron sin mediar palabra.

—Ojalá su figura sepa protegernos en estas circunstancias —habló Andrés.

—Claro que lo hará. Vamos Merche, tienes que tranquilizarte —dijo su cuñada volviendo a su lado. Sus sollozos tensaban el ambiente—. ¿Te dejo una pastilla para dormir? —preguntó Araceli.

Su cuñada asintió con la cabeza sin decir palabra.

—Venga, tenemos que reponernos —animó de nuevo Julián—. Tenemos que ser fuertes, tenemos que superar esta situación; la historia de esta casa ha pasado por momentos más difíciles y todos nuestros antepasados están con nosotros, no vamos a defraudarles, tenemos que estar a la altura, vamos a hacer de esta cosecha algo muy especial —arengó el hermano pequeño.

Araceli lo apoyó.

—Vamos, no quiero ver a nadie triste, las cosas malas traen de la mano a las buenas. Mañana mismo decidiremos cuándo vendimiar y lo vamos a hacer muy bien. Llevamos el zumo de uva en las venas, no vamos a fallar porque algún desalmado haya hecho desaparecer a Esperanza.

Merche miraba a los presentes pero su mente estaba ausente. Con el pañuelo arrugado al lado de su nariz sus pensamientos volaban fuera de Marbil. Se acordó del día en que Esperanza vino por primera vez, joven y llena de vida con un pequeño maletín y las ilusiones puestas en demostrar que su brillante currículum no se lo había regalado nadie; con la melena moviéndose alocada en un día ventoso de invierno. Recordó aquella jornada de finales de enero. Cuando la vio llegar no se imaginó que Andrés hubiera contratado a una mujer tan joven para hacer este trabajo, siempre se había imaginado a un hombre en ese puesto. Se la contrató para que empezase desde abajo, llevando la poda de los sarmientos, siempre en compañía de algún miembro de la familia. Seducía con una sonrisa muy agradable; no era muy alta pero sí muy atractiva, con unos ojos de color negro azabache. Y simpática, trataba a todos con una exquisita educación. Tenía un porte parecido al de Verónica en la fotografía que presidía el salón: un aire fuerte y altivo, una mujer dotada de personalidad; poseía un imán. Era una joven que había sabido ver con claridad su profesión, tal y como lo contaba en numerosas ocasiones durante las charlas que mantenían cuando paseaban entre las vides. Esperanza era una empleada de Marbil pero en el transcurso de los años se hizo amiga de Merche, con unos lazos más fuertes que los que mantenía con ningún otro miembro de su familia. Alguna vez Merche incluso fantaseó con que fuera su hija, la que nunca llegó a tener. Y volvió a ver su melena negra como el día en que la vio por primera vez, acercándose en su coche hasta las puertas de la bodega.

Merche contuvo la respiración unos segundos, con la imagen de Esperanza detenida en aquel día de invierno, cuando se bajó del coche y contempló la casa con una mezcla de admiración y respeto. Las famosas Bodegas Sáenz la habían contratado. Ni en los más optimistas sueños se hubiera imaginado algo parecido. Ella la observó desde la ventana de la cocina y fue la primera en recibirla. Pero

ahora Esperanza estaba muerta. Merche mantuvo la mirada perdida ajena a la compañía en la que se encontraba.

—Llévate a tu mujer —ordenó Araceli con un gesto a Julián. Este se levantó con parsimonia y cogió de la mano a Merche—. Tienes pastillas en el armario de las medicinas, en la balda de abajo a la derecha. Dale una, dormirá mejor —instó la mujer.

—Pero una cosa está clara. No pediremos ayuda a nadie y menos a esos hijos de puta de Milos. Ni pensarlo —concluyó Julián mientras desaparecía por el quicio de la puerta sujetando el brazo de su mujer.

Araceli asintió con la cabeza mientras con la mano le indicaba que se marchara de una vez.

El matrimonio se quedó solo en la gran sala. Ambos se miraron con cara de preocupación.

—Yo solo intentaba solucionarlo, una cosa es la bodega y otra muy distinta Ernesto. El enólogo de Milos es una buena persona y nos conoce, igual quería ayudarnos. Pero hablar con mi hermano... cada vez es más difícil.

—Venga, deja de decir bobadas —cortó Araceli—. Lo vamos a hacer nosotros y no se hable más.

—Conociéndote, será así como dices —sentenció Andrés aceptando la situación.

Araceli se acercó a su marido y le besó los labios con cara seria.

—¿Lo dudabas?

Arkaitz y Jon Ander se acercaron a la farola para que su haz de luz iluminase el papel que su jefe Vicente les había dado. Confirmaron la dirección y llamaron al portero automático de la casa de Roberto. Nadie contestó. Insistieron dos veces más. El silencio de la calle se unía al del interior de la casa. Se miraron y se giraron hacia el cerrajero que los acompañaba.

—Tendrás que sacar el «abrelatas» —le conminó Jon Ander mirándolo de refilón.

Los dos policías se apartaron y el operario comenzó a inspeccionar la cerradura del portal.

—A estas horas igual hay alguien despierto y él nos puede...

—Está abierta —dijo empujándola—. Estas puertas a veces fallan. —Sonrió el experto.

Las tres personas se adentraron en el portal y cuando llegaron a la altura de los buzones miraron para cerciorarse de la dirección. Los dos policías notaron un aumento de la adrenalina cuando vieron el escueto nombre del desaparecido en letra pequeña.

Roberto Álvarez Sampedro.

Se miraron intentando buscar algo ilógico en la situación, pero hasta el momento todo era normal.

—Toca ejercicio —bromeó el cerrajero al percatarse de que no había ascensor—. Estas casas antiguas... —murmuró.

Subieron las escaleras despacio y mientras lo hacían la sensación de inquietud crecía con cada escalón que dejaban atrás. En un gesto instintivo, Arkaitz soltó el clip que sujetaba la funda de su pistola reglamentaria que llevaba en el cinto. Jon Ander se percató del movimiento e hizo lo mismo con la suya en un gesto apenas perceptible. Nada más llegar al primer piso el ciclo de la luz del descansillo les dejó a oscuras, para añadir un poco más de tensión a una situación que en principio no debiera tenerla. Pero ambos policías notaban cierta incomodidad en el ambiente. Arkaitz presionó el interruptor de la luz y el descansillo se iluminó por completo dejando a la vista el último tramo. La madera antigua de la casa crujió acompasada; el pasamano ajado guiaba la ascensión, su color gastado hacía juego con el lugar.

Arkaitz se acercó a su compañero mientras el cerrajero los observaba a cierta distancia. La situación se había tornado incómoda, como si no hubieran calibrado bien el alcance de la misma. Las pistolas reglamentarias de ambos policías, USP Compact 9 mm, estaban preparadas, pero ninguno de los dos sabía muy bien la razón objetiva de ello. La misión de encontrar a un hombre que pudiera estar relacionado con un asesinato les había puesto en guardia. «Estamos yendo demasiado lejos», pensó Jon Ander con frialdad. Simplemente iban tras el

rastró de una denuncia de desaparición; pensar en ello le resultó tranquilizador. La posibilidad de que ese hombre fuera la persona que estaban buscando en relación al caso de la enóloga no pasaba de ser una hipótesis y dos meras coincidencias: su nombre y su condición de zurdo.

El cerrajero había notado cierta tirantez pero no le había dado importancia y ascendía el último tramo de escaleras sin percatarse de que los otros se encontraban alerta.

«Vamos a ver si el desaparecido se encuentra en casa», pensó Arkaitz volviendo la cabeza hacia su compañero, buscando calmarlo con la mirada.

Llegaron al descansillo donde se hallaba el piso del cámara. Arkaitz se detuvo mirando a su alrededor y se dio cuenta de que había una ventana con barrotes que daba a un patio interior; desde allí se podían observar las dos viviendas, tanto la de la derecha como la de la izquierda. Ambas se encontraban apagadas, con toda lógica, puesto que era casi la una de la madrugada. Miró al cerrajero y pensó que ojalá no tuviera que hacer excesivo ruido para franquearles la entrada. La intempestiva hora provocaría con toda seguridad que algún vecino mirara con preocupación por la mirilla o directamente abriera la puerta, y ellos tendrían que empezar a identificarse y a dar explicaciones. Y eso no le apetecía nada en este momento.

Sacó la orden de registro que llevaba doblada en el bolsillo interno de su abrigo y la volvió a mirar. Releyó la dirección, la plegó y la guardó de nuevo.

Giró la cabeza y en voz muy baja se dirigió al cerrajero.

—Voy a llamar tres veces y si no contesta nadie tendrá que intervenir usted, ¿de acuerdo? Procure no hacer demasiado ruido.

—Yo creo que será fácil porque estoy viendo que es una cerradura antigua —contestó con tono amable—. Se lo confirmaré cuando la examine de cerca pero creo que no va a dar muchos problemas.

Arkaitz asintió con la cabeza y se acercó a la puerta despacio. Miró a través de la mirilla por si se atisbaba luz en el interior del piso, pero no fue así.

Acercó su dedo al timbre.

El sonido estándar de una campana se extendió por el rellano.

Esperó alrededor de diez segundos, que a Jon Ander se le hicieron muy largos.

El timbre zumbó en el silencio de la noche en el mismo tono.

El ertzaina esperó más de un minuto para dar el tercer y último toque. Volvió la cabeza negando en silencio la presencia de alguien en la casa.

Alguien vivo.

El descansillo se sumió en la oscuridad de manera repentina, atrapando a los tres en el juego del ciclo de luz. Jon Ander pulsó el interruptor y la oscuridad se retiró momentáneamente. Miró al cerrajero y se apartó de la puerta dejando campo libre al experto.

Este sacó una pequeña linterna e iluminó su campo de trabajo. Se arrodilló y empujó levemente con las dos manos la puerta para comprobar si estaba anclada por más sitios. El cerrajero abrió su pequeño maletín y escogió una llave de entre varios modelos que tenía agrupados en varios llaveros. Introdujo una pero no le gustó. Examinó la cerradura y comentó con voz apenas audible:

—Creo que será más fácil de lo que pensaba. La llave no está puesta, solo el pasador.

Rebuscó entre sus cosas y en unos segundos había sacado un trozo de radiografía del tamaño de dos cajetillas de tabaco colocadas en paralelo. Se notaba por el trazo irregular que estaba recortada por él, y por las rayas en la superficie que la había usado bastantes veces. Sacó un poco de jabón duro que pasó por ambas superficies antes de introducirla con habilidad en el escaso espacio que quedaba entre la puerta y el marco. La movió con un habilidoso vaivén.

El mecanismo tardó diez segundos en ceder con un chasquido sordo.

Jon Ander sonrió levemente al detectar el escaso ruido que había provocado su apertura.

Las bisagras chirriaron en tono agudo durante los escasos diez centímetros que recorrió la puerta al liberarse del pasador. La oscuridad en el interior de la vivienda era total.

El cerrajero se apartó.

—No toques nada, ni siquiera los interruptores de la luz—advirtió Arkaitz a su compañero—. Usted quédese aquí sin moverse.

El cerrajero obedeció con rapidez. Recogió sus escasos bártulos y se fue al extremo opuesto. Ambos policías sacaron sus respectivas linternas, empujaron la puerta hacia dentro y traspasaron el umbral.

El olor los sacudió. Un hedor a descomposición.

El pasillo de entrada a la casa estaba cubierto por una moqueta gris oscura y hacía más sigilosos los pasos de los dos policías.

—Hola, ¿hay alguien ahí?—habló Arkaitz en tono medio—. Hola Roberto, ¿estás aquí?—preguntó de nuevo el policía a un volumen un poco más alto aunque no excesivo. El silencio fue la respuesta—. Somos ertzainas—gritó.

El más joven sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo pero era una reacción que él identificaba como normal en una situación así. Se dio la vuelta y vio al cerrajero al fondo del descansillo con cara atenta. El pasillo del piso conducía a la sala, de la que partía otro breve pasillo flanqueado por tres habitaciones con las puertas cerradas. Los conos de luz de las linternas dibujaban formas inexistentes y añadían tensión al momento.

Antes de entrar en las habitaciones registraron la sala, de escasas dimensiones y con un televisor antiguo en el centro. Una ventana pequeña, con la persiana bajada casi por completo, daba acceso a la calle. Dos sofás de tela y algunas

fotografías en las paredes completaban la decoración. Todo muy impersonal. El tufo a cerrado se percibía claramente en esta parte de la casa, y se intensificó cuando abandonaron la estancia y se adentraron por el pasillo que daba a las habitaciones. Se volvió más fuerte y desagradable.

Ambos avanzaron en la oscuridad guiados únicamente por la luz de sus linternas. Al llegar al fondo del pasillo la claridad que se colaba desde el rellano había desaparecido del todo.

—Somos policías. ¿Estás aquí Roberto? —volvió a gritar Arkaitz.

El oficial se dio la vuelta y tocándose la nariz hizo un gesto de repulsión. Jon Ander asintió con la cabeza sin decir palabra.

El oficial Arkaitz abrió la primera de las puertas ayudándose de un pañuelo.

—¿Roberto, estás aquí? —repitió por enésima vez.

Una cama grande deshecha presidía la habitación. Había ropa puesta de cualquier modo sobre una silla; la colcha estaba en el suelo y un ordenador portátil cerrado en una mesa contigua a la ventana. La pestilencia había menguado aunque seguía notándose un ligero olor rancio. Lo mismo sucedió cuando abrieron la segunda habitación, amueblada con dos camas arregladas con pulcritud, cubiertas por colchas de color claro; encima de una mesilla lateral, dos cámaras de video y una pequeña cámara antigua de las que portaban carrete.

Pero el hedor arreció cuando se dirigieron a la tercera y última puerta.

Arkaitz, que caminaba delante, sacó instintivamente su arma de la funda y la empuñó con la mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba la linterna. El olor era penetrante.

Jon Ander imitó a su compañero, desenfundó su arma y retiró el seguro, que emitió un ruido seco.

El policía acercó su mano enfundada a la manilla y esta cedió con suavidad.

Los haces de sus linternas iluminaron el interior.

Hondarribia se encontraba desierta cuando Aitor Zubillaga llegó a su casa. El reloj del coche marcaba las cuatro de la madrugada. Entró casi de puntillas intentando hacer el menor ruido posible; las llaves tintinearón suavemente. Dejó la cazadora en una de las sillas de la entrada y después de ir al baño se detuvo en la habitación de las niñas. Se quedó observando cómo dormían: una de ellas se movió entre las sábanas provocando que su hermana gemela, en la cama de al lado, cambiara de posición casi a la vez. Pensó en un ballet bien coreografiado en un marco de color rosa y peluches alineados. Entornó delicadamente la puerta aunque sin cerrarla del todo. No le gustaba que sus hijas durmieran aisladas, solía hacer lo mismo con la puerta de la habitación contigua, que compartía con Ana.

De puntillas entró en el dormitorio y se deslizó entre las sábanas con la habilidad de un felino. A pesar de su destreza Ana lo notó y dándose la vuelta le pasó una mano por encima y murmuró algo parecido a un saludo sin abandonar los brazos de Morfeo en ningún momento.

—Estás helado.

Fue lo único que logró entender Aitor mientras cerraba los ojos y besaba su mano.

El cansancio se apoderó de él con la misma virulencia que un tornado. Tardó en dormirse menos de un minuto, lapso en el que respiró tres veces profundamente y aún le dio tiempo a soñar que su mundo no era un autoengaño y todo estaba en su sitio.

El silencio volvió a instalarse en la casa. Las tres mujeres dormían. Él velaba por ellas desde su imaginación.

Un ruido le despertó al día siguiente. Eran las ocho y media de la mañana. Los rayos de sol entraban por las rendijas de una de las contraventanas y Naiara e Idoia saltaban encima de la cama. Ana abrió los ojos antes que su marido pero intentó refugiarse tras las sábanas mientras las gemelas sonreían y botaban en una esquina de la enorme cama de matrimonio donde sus padres se refugiaban de tanta vitalidad a una hora tan temprana.

—*Aita, aita*, nos prometiste ayudarnos a terminar la casa de las muñecas. Falta por hacer la cama y una de las sillas de la habitación de los invitados —habló con voz aguda una de sus hijas con lo que a él le parecieron gritos ensordecedores.

Conseguido el cruel objetivo de despertar un domingo a sus padres a horas tan intempestivas ambas desaparecieron en dirección a su habitación. Aitor se revolvió entre las sábanas y miró la hora.

—¿Qué tal fue el rodaje ayer? —preguntó Ana.

—Bien, bueno un poco alborotado —contestó mientras se levantaba de la cama y se frotaba los ojos—. Luego te cuento.

Ella se dio la vuelta e insistió.

—¿Pasó algo?

—No, nada, que Roberto no apareció —farfulló evasivo mientras salía de la habitación.

Ana lo observó con los ojos entornados. Lo que acababa de decir le impulsó a levantarse de la cama y con cara de extrañeza se dirigió a la habitación de sus hijas. Aitor se acababa de sentar en el suelo mientras sus hijas ordenaban las piezas de la pequeña casa de muñecas que les habían regalado por sus cumpleaños. Naiara le trajo una de la piezas del respaldo de una de las diminutas sillas de la casita.

—*Aita* ese respaldo tiene un color muy raro, qué te parece si lo pintamos de verde.

—¿La silla verde? —preguntó Aitor sonriendo—. Como quieras. —Rio—. Pero primero vamos a terminarla, ¿no te parece? Pásame la cola pero con cuidado, no te manches.

—Vale —contestó Idoia—, pero esa es la habitación de ella, yo en la mía quiero que la cama sea de color madera y no blanca como es ahora.

—Pues a mí me parece muy bonita de ese color.

«Tendría que haberles comprado una casa a cada una», pensó Aitor.

—En veinte minutos desayunamos —ordenó Ana desde el quicio de la puerta.

—Sí, sí, *amacho*, luego vamos.

—Por cierto, ¿ya les habéis puesto nombre a las dos inquilinas de la casa? —inquirió su padre sonriendo.

—Sí, sí —contestó Idoia.

—¡Petra y Casilda! —gritaron casi a la par.

—¡Uy!, qué nombres más raros. —Sonrió su padre.

—Sí, sí, Petra y Casilda. —Rio Naiara—. Petra es la rubia y Casilda la morena —apostilló Naiara mientras con un mini peine cepillaba a Petra.

Transcurrió una hora que padre e hijas disfrutaron entre papeles pintados diminutos, risas y besos, sillas chiquitinas, mesas como cajas de cerillas, vestidos con faldas de colores y toda clase de objetos destinados a las dos habitantes mudas e inertes de la casa de las muñecas donde habitaba la imaginación de las gemelas.

La voz de la madre interrumpió el momento distendido.

—¡Venid a desayunar y luego seguid! —Se oyó desde el fondo de la cocina.

El tazón de Cola Cao humeaba entre tostadas recién hechas. La mantequilla estaba blanda y preparada para esparcir. La infusión de té verde reposaba muy caliente en la tetera y el zumo de naranja sin colar daba el toque de color a la mesa; las magdalenas sacadas del papel, abiertas por la mitad y tostadas por el lado plano aportaban el toque geométrico singular y la mermelada de ruibarbo despedía una fragancia ácida y melosa.

Cuando los tres aparecieron, Aitor traía en brazos a la más pequeña, Naiara, mientras su hermana mayor le conminaba a que hiciera lo mismo con ella.

—Solo la subo en brazos porque es la pequeña. —Rio su *aita*.

—Los privilegios de haber nacido seis minutos más tarde. —Sonrió su *ama*.

Idoia se hizo la enfadada y su padre accedió a pasearla en brazos mientras dejaba a su hermana encima de la silla. Le dio la vuelta a la mesa y la niña sonrió.

—¡Y ahora a desayunar! —ordenó su madre.

—¡Quiero un *muffin*! —dijo Naiara.

—Esto es una puñetera magdalena, no te confundas hija mía —respondió con suavidad su padre.

—Pues en la *ikastola* todos le llaman *muffin*.

—Pues eso es una magdalena y punto.

—La leche está muy caliente —replicó Idoia.

Su padre sacó la leche del frigorífico y añadió un chorrito en su tazón.

Cuando las niñas acabaron de desayunar volvieron a su habitación correteando.

—¿Vienes *aita*?

—Voy como un rayo pero primero tengo que hablar una cosita con la *ama* —comentó con una gran sonrisa—. Son solo cinco minutos —añadió.

Aitor la contempló mientras se alejaba. La niña se giró de nuevo y gritó:

—No tardes, que nos tienes que ayudar a hacer un sillón para Casilda.

—Voy enseguida.

Ana se levantó y comenzó a recoger la mesa. La pregunta no se hizo esperar.

—¿Qué le pasa a Roberto?

—No sabemos, ayer no apareció en el trabajo.

—Eso os pasa por cambiar los días de rodaje, rodar en sábado no es una buena idea —replicó con dureza—. ¿Ya se habría enterado?

—Sí, sí, seguro que sí.

—Bueno, tampoco es una tragedia.

—Espera, es que no te he contado todo. Cuando ya habíamos empezado a trabajar con una persona que le sustituyó, apareció su padre y en el descanso me preguntó por él.

—¿Apareció Benito en el rodaje? Hace mucho que no le veo —comentó la mujer.

—Sí, está igual y me contó que habían quedado para cenar el jueves por la noche y que desde entonces no sabía nada de nada de él.

Ana terminó de recoger y se sentó en la silla sin decir palabra.

—Cuando le dije que tampoco había aparecido por el *set* y que estábamos buscándole se quedó mudo. Bajó la cabeza y me dijo que iba a ir a la *Ertzaintza*.

La mujer lo miró con fijeza y después desvió la mirada.

—Desde que empezó a trabajar contigo solo le había visto en un par de ocasiones —contestó Ana con cara de preocupación—. Y andaba bien con vosotros, ¿no?

—Muy bien, en cinco años, salvo un día que faltó por una increíble juerga que me reconoció después, trabajó sin queja. Vamos nada, una nimiedad, y eso fue al principio. Llevaba los últimos cuatro años estupendo y desde que había empezado a salir con Esperanza mejor aún.

—Yo a su actual novia no la conozco.

—Yo poco, pero se encontraba muy bien; me lo dijo un par de veces él mismo. Se le veía asentado.

—Estará por ahí —comentó la mujer—, pero ya tres días me extraña —añadió cabizbaja.

—Sí, no sé, luego llamaré a Ainhoa a ver si lo han localizado —comentó el cocinero.

Ana hizo una mueca imperceptible cuando oyó el nombre, que disimuló quitándose el cabello de la frente. Se levantó y miró pensativa y algo triste a través de la ventana. Aitor se situó detrás de ella y la agarró por la cintura. Ella apenas se movió.

—No te preocupes, ya aparecerá —le dijo él.

Su mujer asintió con la cabeza sin decir palabra, sin embargo, su mutismo no duró mucho.

—Sí, pero me da mucha rabia, una persona por la que luché y ahora me hace estas cosas. Cuando me hice cargo de él estaba en la cárcel por lo de las motos y con veinte años mal cumplidos se lo merecía; se lo dije así de claro y él lo entendió. Era una persona muy receptiva, pero por desgracia también increíblemente fácil de manipular y eso fue su perdición. —Comió distraída un trozo de magdalena que una de sus hijas había dejado—. Y pudo dar gracias a que el abogado le supo librar de una más gorda. Pero es una persona buena, simplemente tuvo una combinación letal, diecinueve años y malas compañías, una mezcla explosiva. Lo que le pasó después se debió a la mala suerte de tropezarse con esa zorra niñata que le denunció por algo que no había hecho. Eso me lo dijo él de primera mano, y le creí y le creo. «Esta me ha denunciado porque me vio andando con una amiga suya y en vez de afrontarlo no se le ocurrió otra cosa que denunciarme por malos tratos», me contó con gestos y cara de credibilidad.

» Él me explicó mil veces que jamás le había puesto una mano encima, pero como ya tenía antecedentes se la metieron doblada. Después el tiempo me dio la razón, colaboró mucho en la cárcel y le acortaron la pena por buena conducta.

» Roberto fue mi primer trabajo después de licenciarme. El día que salió de la cárcel para mí fue como una victoria profesional contra los elementos; una

declaración al mundo de que esa psicóloga recién salida de la universidad tenía razón, que ese hombre no merecía pasar lo que pasó. A veces pienso que el destino, o la suerte, no sé, están escritos y los psicólogos no podemos más que aliviar o dulcificar algunas situaciones. —Se sentó y continuó hablando—. Bueno, todo esto y el apoyo de su padre Benito, que si simplemente hubiera llegado un poco antes, Roberto no se habría metido donde se metió. Pero en fin, ya sabes que hay que educar a hijos y a padres por igual.

—Eso siempre lo dices —musitó Aitor.

—Y cuando tú tuviste la maravillosa idea de contratarle, saltándote otras opciones, supe que era el empujón que necesitaba. Ahí me di cuenta de que definitivamente lo habíamos salvado. Fue muy generoso por tu parte —dijo la mujer mirando a su marido a los ojos. Aitor sonrió agradecido—. ¿Y habéis llamado a su novia?

—Tampoco contesta.

—¿Se habrán ido juntos?

—¿Adónde? Que yo sepa no tendrían nada de que huir.

—Eso no lo puedes saber con certeza, igual se había metido en algún lio —rebatíó la mujer.

—Yo no noté nada en él —dijo en voz baja el cocinero—. Su novia es enóloga y ahora supongo que estará muy atareada con la vendimia —añadió.

—¿En qué bodega trabaja?

—En Bodegas Saenz, en La Rioja. Roberto me contó que había ido a verla. Era la que salió en unos programas nuestros hace un par de años, ¿te acuerdas?

—Sí, sí, una mujer guapisísima.

La conversación se interrumpió durante unos segundos. La duda flotaba en el aire.

—Tengo que preparar la maleta, me vienen a buscar después de comer. Voy a terminar de ayudar a las niñas con la casa —dijo levantándose de la mesa.

Ana lo vio alejarse y meterse en el cuarto de las gemelas y se acordó de sus comienzos como psicóloga en la cárcel de Martutene. Justo en sus inicios, cuando su experiencia era todavía escasa; tal vez por eso le tenía tanta simpatía a Roberto. Él fue su primer paciente, el que le enseñó sin saberlo a crecer profesionalmente.

Para ella aquellos primeros años en la cárcel cuando ejercía de psicóloga fueron una locura. Aún recordaba lo duro que llegó a ser; un bofetón de realidad para una mujer atrapada en el reino más cruel de los hombres, el de una prisión. Y la cara de Roberto, apenas un joven con veinte años cumplidos intentando sobrevivir en la jungla de cemento que era aquel lugar. Sacarlo lo más rápido posible de aquel entorno fue su motivación profesional más fuerte. Y cuando consiguió una reducción de condena, Ana supo que había sido gracias a ella y a sus sabios consejos, al interés que puso en conseguirlo y en transmitírselo a

Roberto: convencer a las autoridades de que no había delito de sangre y su sitio no era ese. Aún se acordaba de la satisfacción que sintió cuando supo que lo iban a poner en libertad. Pero volver a la prisión por el asunto de aquella jovencita con la que se lió, eso fue mucho peor. « En interminables sesiones en la cárcel me contó una y otra vez que nunca le había tocado un pelo », pensó Ana con la mirada dispersa.

Aquel era el puesto de trabajo por el que había luchado desde que acabó la carrera de psicología, con su excelente currículum lo consiguió casi de inmediato. Y fue en aquella misma época cuando se casó con el cocinero.

« Ese nunca llegará a nada », repitió su madre hasta la saciedad. Y quizá fue por el coñazo que le dio y por querer llevarle la contraria por lo que se casó tan pronto. Pero enseguida supo que quedarse embarazada iba a ser bastante más complicado de lo que ella pensaba en un primer momento. Aquel primer año fue una cárcel real para ella y convirtió a Roberto en su obsesión, aunque en un principio creyó que no iba a ser más que una simple distracción para aliviar su gran pena interior, para asumir la imposibilidad de tener hijos. Y por eso se sintió tan cerca de su trabajo. Su lucha por la libertad de Roberto llegó a ser el motor que movía su vida: darle al joven la vida que ella no podía crear.

Durante aquella época Ana contuvo la respiración, apretó los dientes e hizo todo lo que estuvo en su mano para sacar a Roberto de la prisión. Y cuando por fin lo consiguió, su triunfo coincidió con la posibilidad de un nuevo tratamiento de fertilidad que con el tiempo dio sus frutos. Tiempo después, cuando tras muchas tentativas logró encarrilar su embarazo, Roberto ingresó por segunda vez en la cárcel. Y ella, embarazada de las gemelas, iba a visitar en la prisión a Roberto y a otros reclusos, en especial a él, saltándose todos los consejos que los médicos y la familia le hacían para que reposara; conduciendo el coche, camino de la prisión, sin importarle las críticas que recibía por ello. Y se sentaba en aquella silla estrecha de plástico azul del locutorio para seguir trabajando entre funcionarios y presos, pero sobre todo para apoyar a aquel desgraciado que por diversas circunstancias había entrado en una espiral de errores y mala suerte que no se merecía.

La presencia de él en la cárcel se había convertido en una obsesión que ella, la experta en los entresijos cerebrales, la diestra en el manejo de la personalidad y de las relaciones interpersonales, no controlaba. La profesional ducha en analizar sentimientos propios y ajenos era incapaz de reconducir su ofuscación en el caso de Roberto. Las advertencias de los profesores y catedráticos de la Facultad de Zorroaga, centro donde estudió, cayeron en saco roto y Ana no fue capaz de gobernar su obstinada implicación personal.

Y aquello también se lo avisaba su propio marido, que notaba ese celo extremo, esa inquietud crónica por lo que le sucediera a esa persona. « No es más que otro recluso de entre todos los que visitas en la cárcel », le repetía. Pero

aquella sensación de sobreprotección hacia Roberto la superaba, igual que lo había hecho anteriormente el sentimiento, que rozaba la tragedia, de no poder tener descendencia. Fue su época laboral y sentimental más convulsa: casarse con Aitor, empezar a trabajar en la prisión, y enterarse de que para tener hijos iba a tener que luchar bastante más de lo que en principio calculó; todo en el interior de una coctelera bien agitada a la que faltaba agregar el extremo celo con el que cuidó a uno de sus pacientes en el interior de la cárcel. Quizás una forma de evadirse tras verse casada con una persona de la que nunca estuvo demasiado enamorada. Pero ese es un sentimiento que mantiene en su interior y no le gusta que aflore.

« El destino a veces puede llegar a ser muy cruel », pensó Ana contemplando la mañana soleada del domingo desde el ventanal de la cocina. « Qué frágil es la vida y qué fácil puede llegar a ser a veces romperla », meditó.

Fue en el mismo hospital donde se enteró. Su marido Aitor, con cara alegre, se lo dijo. Le contó que habían sido tres los retoños que había parido: sus dos gemelas y un tal Roberto al que aquel mismo día habían puesto en la calle. Y en aquella jornada se le quedó grabado el sentimiento de madre que lucha por sus hijos contra la adversidad. Un aldabonazo de buenas noticias que a duras penas lograba asimilar desde su estado de postración tras el esfuerzo del embarazo algo más que complicado. Recordó que justo al día siguiente de la noticia y estando todavía convaleciente de la cesárea que le practicaron en el hospital, luchando con los puntos que le tiraban desde su vientre y bajo el estado de aturdimiento y cansancio general en el que se encontraba, la puerta de la habitación se abrió y apareció Roberto. Con el pelo muy corto y muy delgado. Desde su altura, postrada en la cama, le pareció más alto aún y le hizo sentarse en una silla al lado suyo. Y allí con su marido Aitor dándole la enhorabuena y sin apenas decir hola lo obligó a prometerle que nunca más iba a volver a estar en una situación así. Y él asintió con la cabeza. « Nunca más », le prometió con lágrimas en los ojos. Y no estuvo más de diez minutos. La felicitó por las gemelas y repitió que jamás volvería a pisar la cárcel.

En ese preciso instante su marido le dijo que hablase al día siguiente con él, que igual tenía trabajo para Roberto en EZCOM. Y después lo volvió a ver pero solo una vez más, cuando empezó a trabajar de cámara para el programa de Aitor después de haber asistido a un curso de imagen y sonido durante tres meses. Desde entonces su imagen se había ido difuminando de manera progresiva, con suavidad, dejando en su interior un poso amable y punzante a la vez. Ella supo madurar como profesional y aquello no volvió a pasar nunca. Su consulta de psicología en la calle Fuenterrabía de Irún era una de las más solicitadas y prestigiosas y ella siempre llevaba clavada en la frente aquel trance provocado por su bisoñez y la tremenda ilusión por hacer las cosas bien, con la vida laboral y la universidad tan cercanas como distantes. Desde entonces había

pasado por muchas situaciones pero la imagen de él entrando en la habitación la tendría para siempre grabada en su interior a fuego. Una de sus primeras victorias profesionales, a riesgo de dejarse la piel en el camino.

La cara risueña de Roberto se materializó en los cristales de su ventana, y recordó su figura en esa mañana de domingo con una sensación de extraña frialdad. Hacía mucho tiempo que no lo veía pero su marido le contaba algunos detalles de sus andanzas. No muchos pero sí los suficientes como para saber qué tal le iba a su primer paciente, el más duro y tal vez el más agradecido.

Volvió a la mesa y dio un sorbo al té que había perdido por completo su temperatura ideal.

¿Tendría algún problema con su novia y habría puesto tierra de por medio largándose con ella, o sin ella? ¿Sin decir nada a nadie? Y, ¿por qué iban a hacer una cosa tan absurda? ¿Quién era en realidad su novia?

El sentimiento de preocupación emergió de repente.

¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si sencillamente ha tenido un accidente y está tirado en una cuneta a la espera de que alguien le preste ayuda? El instinto de madre se activó de repente y las intuiciones escasamente científicas sobre la suerte y el destino, las premoniciones y los augurios, inundaron su cabeza.

¿Se habrá metido en algún lio de nuevo?, ¿con treinta años, trabajo y novia? «No quiero creer eso —pensó Ana apurando su taza—. No saben nada de él desde el jueves por la noche. Son casi setenta y dos horas. Son demasiadas».

Recogió la cocina y se dirigió a la habitación. Oyó de fondo las risas procedentes de la habitación de las gemelas mientras jugaban con su *aita*.

Vio la maleta medio preparada de su marido y terminó de hacérsela. Metió chancletas, bañadores y el traje más elegante, aunque muy fino, para la noche. Alguna corbata y camisas livianas para el calor. Cuando acabó se sentó ante el ordenador, que no conectaba desde el viernes, cuando terminó su jornada de trabajo.

«Miraré el correo —pensó—, y también algún periódico».

En cuanto se encendió, la pantalla azulada iluminó con suavidad la esquina de la mesa.

El correo no le dio más que noticias anodinas y mensajes que automáticamente eliminó.

No sucedió así con el periódico digital.

La voz de Ana llamando a su marido atravesó el pasillo con forma de eco y tono de preocupación.

Oyó los pasos de Aitor acercándose al cuarto.

—¿Qué pasa? —preguntó Aitor.

Ella no contestó. Se limitó a señalar la noticia sin decir nada.

Aitor agachó la cabeza y leyó el artículo con detenimiento. Su cara cambió de expresión, de indiferencia a ansiedad.

Cuando terminó de leer miró a su mujer con cara de susto.

—¿Cuántas enólogas habrá que se llamen Esperanza? —preguntó Ana.

La mirada del cocinero estaba perdida en la pantalla del ordenador. La noticia no mostraba la cara de la persona asesinada pero la imagen del portal le impactó como si estuviera viendo su rostro.

—Intenta llamar a Roberto otra vez, ¡por Dios localízalo! —exclamó Ana frenética y sacudida por unos temblores que estremecían su cuerpo.

Mientras miraba cómo Aitor marcaba con nerviosismo números en su móvil su imaginación se desbordó.

No pudo soportar pensar que la vida de Roberto se volviera a romper una vez más.

El miedo se apoderó de ella.

El sol brillaba en aquella mañana de domingo con una intensidad levemente superior a lo que se esperaba en el inicio del otoño. El verano estaba regalando unas migajas de calor que eran bienvenidas por las uvas. «Por la noche ha descendido la temperatura y el calorcito no muy intenso que se espera durante el día será bueno para la vid», pensó el adolescente Josu Sáenz recordando las veces que había oído decir esto a sus padres y a sus tíos, mientras conectaba su ordenador y activaba su enlace al juego que aunque antiguo todavía le molaba. Dota 2.

Casi al mismo tiempo que el joven se disponía a comenzar el juego, el teléfono sonó en Marbil rompiendo el silencio que habitaba la casa. Josu se levantó sin mucho interés y fue a contestar casi en cámara lenta. Cuando se acercó al teléfono se oyó la voz de su madre Araceli preguntando desde lejos:

—¿Es que nadie coge el teléfono?

—Voy, voy —contestó su hijo—. Marbil Enea, *digamelón*.

—Buenos días, soy Vicente Parra, subcomisario de la comisaria de la Ertzaintza de San Sebastián, quería hablar con Julián Sáenz.

Josu dudó si era una broma y sonrió, pero prefirió tantear.

—Mi tío no está. Si quiere... le puedo pasar a mi madre. Pero ¿usted es poli de verdad? —preguntó con un desparpajo inconcebible para su edad.

—Sí, lo soy, y hablar con tu madre me parece una buena opción —contestó al otro lado de la línea.

—Espere. —El joven atravesó la sala con la celeridad de un rayo. Cuando llegó a la cocina se acercó a su madre—. Es la poli, es la poli al teléfono, un tipo que pregunta por el tío Julián —contó el chaval con cierto grado de excitación—. Le he dicho que te ibas a poner —le conminó en voz muy baja y cara de susto mientras la agarraba del brazo y la arrastraba hacia el teléfono.

Araceli, sin inmutarse, dejó los informes de la vendimia que tenía entre las manos y se acercó al teléfono acompañada por el joven.

—Tú quédate aquí —le ordenó su madre.

Antes de coger el aparato le volvió a hacer un gesto con la mano para que se fuera. El joven hizo ademán de irse pero se mantuvo a la escucha fuera de la visión de su madre.

—Sí, ¿quién es?

—Hola, soy Vicente Parra, subcomisario de la Ertzaintza. Quería hablar con Julián, pero con Andrés también puede ser. Usted es...

—Soy Araceli, la mujer de Andrés. Julián es mi cuñado, su hermano. Ambos están en la bodega y por lo que estoy viendo no se han llevado ninguno de los dos el móvil. ¿Qué es lo que quiere?

—Bueno, quería hablar con ellos sobre un asunto.

Araceli se echó el pelo para atrás. Eso era lo que se estaba temiendo: « la vendimia a punto de empezar, sin enóloga y la poli preguntando cosas por aquí. Ideal », ironizó para sí misma.

—Es sobre Esperanza, ¿verdad? —cortó de manera brusca la mujer—. Nos enteramos ayer por la noche. Trabajaba con nosotros desde hace ya unos años pero no sabemos mucho más. Si quiere le puedo contestar yo a lo que usted necesite —concluyó en un intento de solucionar el asunto ella sola.

—Bueno, no es una cosa que quiera hablar por teléfono. Quería saber si a eso de la una del mediodía me podrían ustedes dedicar unos minutos. He preguntado por Julián pero el testimonio de su marido Andrés también podría ser interesante. Y el de usted, claro está. Y en principio cualquiera que pudiera tener relación con Esperanza. Yo estoy en San Sebastián y calculo que a esa hora podría estar en Laguardia. Les prometo que será breve.

Araceli intentó contener un resoplido. Tardó unos segundos en responder.

—No sé... de acuerdo. No hay otra posibilidad, ¿verdad?

—Pues no. Yo tengo que hablar con ustedes.

—Vale, de acuerdo, le esperamos.

—Bueno, pues a eso de las doce y media o una llegaré por ahí. Muchas gracias por su colaboración. Hasta dentro de dos horas.

Araceli colgó mientras hacía un gesto de fastidio. Enseguida se dio cuenta de la presencia de su hijo, que ya ni siquiera se ocultaba.

—¿Qué pasa? *Ama*, ¿qué le pasa a Esperanza?

—Nada.

—¿Llama la policía y no pasa nada? Tengo diecisiete años, no soy un niño y quiero saber lo que pasa —añadió con una decisión heredada de su madre—. ¿Por qué llama la policía? —insistió acercándose a ella. Esta volvió a resoplar mientras intentaba pensar cómo suavizar la noticia que le tenía que dar a su hijo.

—Te tengo que contar una cosa.

Josu abrió los ojos sin decir palabra alguna.

—Han encontrado muerta a la enóloga.

—¿A Esperanza?

A la madre le resonó en los oídos la expresión de su nombre en los labios de su hijo. Aunque su relación era más bien escasa, ella se alojaba en la misma casa y habían hecho amistad. Además su hijo era de los primeros de la clase y con toda lógica se enteraba de mucho más de lo que suponía.

—Sí.

—¿La han asesinado? —preguntó con una expresión mezcla de interés, repulsión y curiosidad.

—Creen que sí.

—Qué fuerte... y ¿le han disparado? —Volvió a la carga Josu—. ¿Y dónde está el cadáver?

—No sé nada más —respondió la madre.

—Pero ¿cuándo os habéis enterado? ¿Te lo ha dicho el poli ahora mismo?

—No, ayer a la noche ya lo sabíamos. Ha salido en las noticias.

—¿En las noticias?, ¡qué fuerte tía!, seguro que le han disparado.

—No me llares tía y no le digas nada a nadie. Nada —repitió su madre acentuando sus palabras—. Ni siquiera a tus amigos.

—No hará falta —contestó con aire de superioridad señalando el ordenador a lo lejos—. Solo con leer el periódico lo sabrán. ¿Y qué más saben?, ¿va a venir la poli aquí?, ¿qué necesitan saber, quién la ha matado?, ¿qué tiene que ver todo esto con nosotros, sospechan de alguien?

Las preguntas en cascada le abrumaron en décimas de segundo. Pero la última se le quedó enganchada en el cerebro.

—¿Quieres dejar de decir tonterías y callarte? —dijo la madre mientras cogía los móviles de su marido y su cuñado y se dirigía a la puerta principal de la mansión.

—Dime algo al menos *ama* —dijo el chaval levantando las manos.

—No sabemos nada, joder, deja de ponerte nerviosa. Vete a estudiar o a jugar o lo que te dé la gana y cálmate.

—Yo estoy muy tranquilo —contestó el hiperactivo joven abriendo los brazos de par en par.

—Estaré en la bodega, tengo que hablar con tu padre y tu tío. ¿Dónde está Merche?

—Creo que también está en la bodega, la vi salir hace media hora. Me dices que me calme, ¿y tú?

« Perfecto, todos en el mismo sitio », pensó la mujer mientras abandonaba la casa.

—Sí, estate tranquilo, vuelvo enseguida Josu. ¿Ok? —dijo levantando la mano y sonriendo forzosamente—. Si tienes hambre dile a alguien que te prepare... ¡qué narices!, vas al frigo y te buscas la vida —remató mientras salía de la casa.

En cuanto su madre desapareció el joven corrió hacia el ordenador y abrió el periódico digital, pero nada más empezar a leer sufrió una decepción pues se percató de que la noticia no ocupaba tanto espacio como él había imaginado: solo una esquina al final con una foto del portal donde había ocurrido el suceso.

Las pesquisas del asesinato de la enóloga Esperanza Moreno van por buen camino, según han informado fuentes policiales.

Siguió leyendo con atención durante un par de minutos más. En voz alta exclamó:

—¡Qué fuerte, tío, la han asesinado con un arma blanca! ¡La han acuchillado, tío!

Josu agarró el móvil y tecleó veloz buscando la agenda del teléfono. Tardaron en contestar casi el mismo tiempo que él tardó en marcar.

—¿Sí? —Al oír la voz demasiado grave para ser femenina y nada acorde con la que esperaba escuchar, titubeó. Estuvo a punto de cortar la comunicación pero al final optó por afrontarla—. ¿Lorena? —susurró.

—Está todavía en la cama, los domingos se levanta muy tarde. Yo soy Ernesto, su padre. ¿Quieres que la llame?

Josu no supo cómo reaccionar.

—No, no, no se preocupe la llamaré más tarde.

—¿Quién la llama? —inquirió la voz grave.

—Un amigo —fue lo único que acertó a contestar el joven.

Nada más colgar miró a su alrededor. Una corriente de aire frío surgida de no se sabe dónde atravesó el espacio produciéndole un escalofrío. Pensó en la habitación en que se alojaba Esperanza y sintió miedo. Estaba al lado de la suya. Y aunque a ella la habían asesinado muy lejos de allí la sensación fue inquietante.

Desde su marco colocado a la entrada de la sala, la imagen de su abuela Verónica pareció mirar a los ojos de su nieto.

Las paredes del convento devolvían el sonido tenue de las conversaciones de los curas comenzando la sobremesa.

La mirada de Esteban Sáenz parecía perdida. Nada más terminar de comer, apartó el cuenco con restos de natillas con galleta a un lado de la mesa, se lamió los labios y se los secó con la servilleta de cuadros. Respiró con lentitud y echó con torpeza la silla un palmo hacia atrás. Se metió la mano en el bolsillo de la sotana y rescató de su interior el calendario, ajado por los días en su compañía y cuyos bordes comenzaban a deshojarse.

Lo miró de cerca cerrando uno de los ojos y arrugando todo el rostro.

Pensó que este año los días estaban pasando con más lentitud que ningún otro. Sus manos nonagenarias llenas de surcos sostuvieron la cartulina y parecieron solidarizarse con sus esquinas.

Observó los días de octubre y el número que presidía el calendario. 2018.

« La llamada telefónica tiene que estar al caer », pensó. « No pueden hacerlo sin mí », se autoconvenció el anciano sacerdote.

La mano en el hombro de uno de los curas le hizo torcer la cabeza casi con sobresalto.

—Padre Esteban, hoy es domingo. Tiene que serlo —bromeó—. Si hay natillas de postre es que es el día del Señor —añadió.

Esteban volvió a meter el calendario sin decir nada, un poco molesto por la intervención.

—¿Qué pasa?, ¿está preocupado por la vendimia? —El sacerdote sonrió ausente—. Este año viene tarde, pero he oído que viene muy buena.

—Sí, pero hasta que se termine no se puede saber con certeza —contestó el anciano mientras se incorporaba con ayuda de su bastón.

—Ya verá como este año sale bien. Dios y a lo sabe.

—Dios solo sabe las cosas que le contamos —cortó alejándose con paso renqueante.

« Este viejo cada día está más intratable », pensó su compañero de convento mientras lo miraba alejarse por los pasillos de mármol gris que daban acceso a las celdas.

Cuando Esteban llegó a la suya cerró con llave la puerta y se arrodilló en el reclinatorio dejando con dificultad el bastón apoyado junto a la cama. Junto las manos y bajó la cabeza en actitud orante. Su frente se apoyó sobre las manos y permaneció durante unos minutos en completo silencio, que interrumpió con sus murmullos.

—Dios, tú conoces mi verdad y sabes que estoy en tus manos, solo te ruego que me dejes bendecir las viñas un año más.

Donostia-San Sebastián-Laguardia. Distancia 165 km. Tiempo aproximado dos horas y quince minutos, rezaba la pantalla.

El programa de carreteras, Vía Michelin, había trazado el itinerario virtual en apenas unos segundos señalando en el mapa la población de Laguardia y más concretamente las Bodegas Sáenz. Dos horas largas de trayecto, leyó en la pantalla del ordenador el subcomisario. «No sé si eso no es mucho para esa distancia, pero como es domingo igual no hay tanto tráfico —pensó—. Recomiendan ir por Vitoria, por el enlace nuevo que se coge un poco antes de llegar a Éibar y luego bajar hasta Miranda de Ebro y ahí meterse a mano izquierda, dejando la autopista, en el interior de La Rioja. Los últimos kilómetros hasta llegar a la bodega son carreteras estrechas y la velocidad media disminuirá».

El despacho del subcomisario se encontraba abarrotado de papeles. Vicente oyó cómo se abría la puerta e instantes después vio asomarse al oficial Arkaitz.

—¿Tienes unos minutos? —le preguntó.

—No muchos pero dame un momento y me cuentas. —En unos segundos Vicente recogió los papeles que tenía encima de la mesa y sin levantar la cabeza preguntó—. ¿Cómo fue el registro, Kai?

—De eso quería hablarte. Estuvimos los dos en su casa de madrugada. Jon Ander vendrá en una hora, me acaba de llamar. Bueno, pues el asunto es que llamamos y no respondió nadie. —Vicente terminó de ordenar y se dispuso a escuchar el relato de su compañero—. Nos dimos un buen susto.

—¿Susto?

Arkaitz sonrió con algo de vergüenza.

—¿Qué pasó?

—Tuvimos incluso que sacar las armas.

—Estás bromeando.

—No, no. Fue una situación estresante porque no sabíamos nada y desde el primer momento intuimos que Roberto estaba muerto y la peste que estábamos percibiendo provenía de su cadáver. Oía mal pero sin pasarse y calculé que si no llevaba mucho tiempo muerto ese sería el olor exacto. Pero por fortuna no fue así.

—Venga, explícate de una vez —le conminó su jefe.

—Pues como no respondía ni al portero automático ni al timbre de casa tuvimos que entrar con ayuda del cerrajero. Había un olor en casa un poco extraño. Al principio pensé que como la casa estaba cerrada era normal. Pero no. Luego nos dimos cuenta de que era un piso orientación sur y con los calores que ha hecho estos días se había concentrado el calor en su interior. Cuando fuimos entrando en las habitaciones fuimos descartando las fuentes del hedor

hasta llegar ante la que pensamos que era la puerta de otra habitación desde la que obviamente emanaba ese olor tan particular.

—¿Y?

—Era la cocina. La basura estaba abierta y olía muy mal.

—¿Mirasteis en la basura?

—Nos la hemos traído y la están analizando. Pero yo ya supe porque olía tan mal en cuanto miré en su interior. —El joven oficial hizo una pausa—. Cabezas y cáscaras de marisco. Había unas cuantas. Llevaban varios días, imagino. También había restos de pollo crudo y el olor era importante.

Vicente se incorporó.

—La basura no huele como un cadáver...

—Lo sé, lo sé, pero en aquel instante nos lo pareció a los dos.

—¿Qué más habéis visto en el piso de Roberto?

—Nada que nos haya llamado la atención. Nos hemos traído un pequeño ordenador que había en una de las habitaciones. Probablemente, le pertenece. También lo están analizando. La cama estaba sin hacer en una de las habitaciones y, sin embargo, la otra estaba ordenada. Bueno, había un detalle importante.

—Dime.

—Una foto igual a la que encontramos en la casa de Esperanza.

—¿La de Laguardia?

—Sí. Están analizándola pero creemos que es la misma.

Vicente se peinó hacia atrás con cara de preocupación.

—Sí pero eso no nos vale para relacionar a estas dos personas —aseguró.

—La foto tiene la firma de Esperanza. Parece una foto dedicada, igual que la que encontramos en su casa. Pero esta tiene una dedicatoria y además la firma. Están comprobando si es la de ella pero yo creo que sí. Nos lo dirán enseguida.

—¿Qué dice la dedicatoria?

—Te digo.

El joven oficial abrió la agenda y buscó entre sus notas.

« Para mi amor, dulce de uva madura, dulces tus besos» .

Por un momento Arkaitz se sintió ridículo recitándosela a su jefe y esbozó media sonrisa.

—Y la firma. Falta la confirmación oficial pero yo he visto las dos y son idénticas, utilizó distinto bolígrafo pero la mano fue la misma. Todo está escrito en una esquinita de la foto, la misma que colgaba en la casa de Esperanza — informó el oficial.

—Pero el nombre de Roberto no sale por ningún lado.

—No, simplemente estaba en su casa, si la llevásemos a otra bien podría estar dedicada a cualquier otra persona. No obstante, si podemos afirmar que ambos se conocían y casi con toda seguridad que eran novios, ¿no?

—« Casi con toda seguridad» —repitió parafraseando a su ayudante— que

este Roberto es el que estamos buscando, pero por ahora, nada más. Hay que descubrirlo antes de que se nos vaya a algún lugar en el que nos resulte muy difícil encontrarlo. Probablemente esté huyendo de nosotros. ¿Qué has hecho con el asunto de los carabineros?

—Bueno, estuve mirando por todas las grandes superficies y en todas me dijeron lo mismo: que ellos no tenían carabineros frescos...

—Es que es un producto poco habitual —interrumpió su jefe—. No son langostinos que se vendan congelados en cualquier lado. No. Es un producto muy concreto y los que encontramos en casa de Esperanza eran frescos y estaban listos para comer la noche del jueves. Tenemos que encontrar a quién los vendió buscando entre todas las pescaderías de Donostia.

—No me has dejado acabar, jefe. Tengo dos pescaderías que en la madrugada del miércoles compraron carabineros frescos en la lonja y los tuvieron a la venta el miércoles mismo y el jueves. Me dijeron que se vendieron bien a pesar del precio, pero en ninguna de las dos se acuerdan de a quién se los vendieron. Si recuerdan a algunos clientes habituales, pero todos eran señoras mayores. Nadie que nos pueda cuadrar.

El subcomisario resopló sin decir nada.

—¿Qué supondrá que sepamos quien compró los carabineros? —preguntó el oficial.

—En principio podríamos poner cara al comprador y demostrar que Roberto pudiera haber estado en casa de Esperanza aquella fatídica noche. Eso, claro está, si los hubiera comprado Roberto. También podría haberlos comprado ella misma, Esperanza, lo cual es lo más probable puesto que estaban en su casa.

—O bien una tercera persona —añadió Arkaitz.

—Claro, claro. Por eso necesito saber quiénes fueron las personas que compraron carabineros esos dos días.

Arkaitz bajó la cabeza. Sin mirarle interrogó:

—¿Alguna de las dos pescaderías podrían tener cámaras de seguridad?

—¿Lo dices por el precio del pescado? —replicó irónico.

—En caso de que no sea así bien podríamos investigar en algún banco cercano o caja de ahorro que esos sí las tienen.

—Eso tendrás que comprobarlo. —El subcomisario se pasó la mano por la cabeza—. De ser así no habría más que registrar las cámaras de seguridad de dos mañanas solamente: la del miércoles y la del jueves. Y esperar reconocer a alguien.

—Todo eso lo tengo que confirmar con Jon Ander, que fue el que me acompañó con el tema de los carabineros. Por lo menos tenemos las dos pescaderías que los vendieron.

—¿Algo más? —preguntó Vicente levantándose y recogiendo su cazadora del perchero—. Me esperan en La Rioja y tengo un tramo hasta allí. Venga, ponte en

marcha y no te olvides del ordenador de casa de Roberto: podría decirnos algo. Y lo de los carabineros, claro. Yo me voy a ver qué me cuentan en las bodegas donde trabajó por última vez la enóloga. Estaré aquí de nuevo por la tarde, por si hay novedades.

—Todo esto en caso de que tu apreciación, de que los carabineros que vimos en casa de Esperanza sean frescos, sea correcta —añadió Arkaitz con cierta socarronería y media sonrisa instalada en sus labios.

—Te aseguro que sí lo eran.

Ella se acercó a la estantería llena de libros que presidía el salón. Titubeó entre varios de ellos pero al final cogió el de siempre: un antiguo tratado de cocina ajado por el tiempo. La fecha de edición era de 1942, la primera, y su grosor delataba las numerosas horas de trabajo que se habían necesitado para su elaboración. Sus tapas estaban forradas con una tela gruesa con un bordado en medio que representaba a una mujer al lado de un árbol. Todo hecho a mano. Isabel se acordó del día en que su madre recibió el regalo de su padre justo cuando salió la primera edición y cómo nada más recibirlo se puso a cuidarlo y a mimarlo. También recordó que ella, con apenas seis añitos, la ayudaba con los hilos de colores para terminar de bordar el forro. Su madre se lo regaló a ella un año después de nacer su hijo Aitor; la mejor herencia que pudo recibir. Y ahora, a pesar de su edad y de algunas lagunas en su dilatada memoria, se acuerda claramente de ese día, con su hijo recién nacido y el libro de su madre en una esquina de la cocina ayudándole a elaborar las recetas para su retoño. Tocar la superficie del libro, áspera y con los colores ajados por el uso y el paso del tiempo la trasladaba a su infancia y a su juventud. Pero aquel libro de cocina a quien de verdad le recordaba era a su único hijo, Aitor Zubillaga.

Cuando entró en la cocina con el vetusto tomo en la mano pensó que para cocinar no lo necesitaba, no obstante le gustaba tenerlo cerca y sentir su presencia. Eran como dos viejos jubilados repletos de historias y sufrimientos, pero también de incontables alegrías y mucho trabajo. El libro y ella se miraron como dos ancianos al final de sus vidas, un ritual mil veces repetido que le daba la tranquilidad que necesitaba para cocinar, para ejercer de sacerdotisa y officiar el ceremonial de la comida. Desde la muerte de su marido lo hacía solamente para dos comensales, su hijo y ella, a los que más tarde se agregó su nuera, aunque desde que nacieron las gemelas eran ellas los comensales destacados. Cuando sus nietas venían de visita les mostraba el libro y les repetía que era el más importante de su biblioteca, que era un libro mágico, con vida propia. Ni siquiera los de su hijo, llenos de fotografías y colorido igualaban a aquel tratado en blanco y negro, el talismán que necesitaba para cocinar, aunque la mayoría de las veces ni lo abriera. Había advertido a su hijo Aitor que cuando ella muriera ese libro debería ser para sus nietas gemelas, no para él. Eso la tranquilizaba, pues sabía que el libro no desaparecería y su anhelo de que aquel tratado traspasase las barreras del tiempo se haría realidad. Eso y mirar la foto de su hijo que, de un tamaño considerable, presidía una de las esquinas de la cocina. Aitor posaba vestido de cocinero en uno de sus primeros programas de televisión y su mirada era cautivadora y zalamera.

Isabel rescató del fondo del frigorífico dos cebollas. Sobre la tabla de madera tan gastada como su propia piel las peló con parsimonia y después, con la

destreza que el tiempo le había otorgado, las fue picando en juliana, les añadió un ajo y medio pimiento verde cortado de igual manera e introdujo todo en una cazuela de acero inoxidable. Tras verter un buen chorro de aceite de oliva virgen extra lo revolvió con una espátula de madera, lo puso en el fuego medio de la cocina de gas, que a pesar de tener interruptor eléctrico ella encendía con una cerilla, y dejó que el guiso se calentara. El sonido del crepitar de la cazuela se dejó oír en la cocina, lo que atrajo la atención de la mujer que estaba en la habitación contigua, quien dejó de guardar ropa en el armario y se acercó.

—Isabel, ¿qué va a hacer? ¿Quiere que la ayude? —preguntó Vicky, la persona que impuesta por su hijo Aitor le hacía compañía por la mañana y algunas veces también por la tarde e incluso alguna noche, y se encargaba de que la anciana estuviera siempre bien atendida.

—No, no. Voy a hacer chipirones en su tinta por si vienen mis nietas — contestó con dulzura.

La muchacha no la rebatió, simplemente miró la encimera con aire de sorpresa.

—¿Ya tiene los calamares?

Ella tardó en contestar.

—Sí, los compré ayer a la tarde.

—¿A la tarde? ¿Dónde los tiene?, no los he visto en el frigorífico. —La mujer enmudeció unos instantes mientras Vicky se acercaba a mirar en el interior del aparato—. ¿Están limpios? —dijo mientras abría la puerta.

—Sí, sí, me los limpió José Mari, el pescadero.

La muchacha rebuscó entre todos los fríos estantes pero fue en balde.

—Yo no veo nada.

—Pues los dejé en la balda del pescado —afirmó con cara de extrañeza la anciana.

Pero Vicky enseguida confirmó sus sospechas e intentó restar hierro a la situación.

—Habrás pensado que los iba a comprar y al final no lo hizo. Aquí no hay nada parecido. No se preocupe, a veces a mí también me pasa —añadió sonriéndole—. Pienso que voy a hacer una cosa y luego no la hago y creo con seguridad que sí la he hecho.

La mujer se quedó desorientada mientras revolvió la verdura en la cazuela de manera distraída.

—¿Y qué hago con estas verduras?

—Nada, no se preocupe... podemos hacer..., una sopa de cebolla si le apetece.

—Pero era la verdura de la salsa de los chipirones —contestó con preocupación y cabezonería la anciana.

—Pues termine de hacerla, la guardamos en la nevera y mañana lunes

compramos unos chipirones y lo terminamos. ¿Le parece?

Isabel puso el fuego al mínimo sin dejar de ser observada en silencio por su acompañante.

—Cómo se me ha podido olvidar comprarlos —murmuró con desdén.

—No se preocupe, tampoco los necesitaba para nadie en particular, ¿verdad?

—No, pero me suele gustar tenerlos para cuando viene alguien. Los congelo y los tengo ya hechos. Y a Idoia y a Naiara les gustan mucho, y también a mi nuera y a mi hijo.

—Tranquila, termine la verdura y la dejamos ya preparada para mañana.

Nada más acabar de decirlo sonó el timbre del portero automático. Vicky respondió enseguida.

—Sí, le abro —contestó la joven—. Es su hijo —informó dirigiéndose a la madre—. ¿No se acuerda de que ayer dijo que iba a pasar?

Isabel no contestó y se fue a su cuarto para cambiarse de ropa antes de que llegara; dejó la bata vieja y ajada y la cambió por la nueva. Cuando salió de su habitación Aitor estaba entrando ya por el pasillo.

—*Kaixo, ama* —le dijo con una gran sonrisa mientras le plantaba un beso en la mejilla y la abrazaba zalamero—. ¿Qué tal estás?

—Bien, qué guapo te veo, ¿a dónde vas con este traje tan elegante?

—Me voy de viaje.

—¿Lejos?, no me gusta que te vayas muy lejos con los aviones esos. ¿Pero te vas con mis nietas?

—No *ama*, me voy por trabajo a Costa Rica. Las gemelas se quedan con Ana. Voy con un compañero de trabajo pero solo estoy una semana.

—¿Tampoco vas con mi nuera?

Aitor resopló con simpatía.

—*Ama*, que voy a currar —insistió.

—Pues no me gusta que te vayas tan lejos.

—Si eso está aquí al lado. No te preocupes. —Aitor se dio una vuelta por la cocina y entró haciendo como que olfateaba algo—. Huele muy bien, ¿estabas cocinando?

—Sí —intervino Vicky—. Está preparando la verdura para hacer chipirones que vamos a comprar mañana.

—Con bastante antelación, ¿no? —Sonrió su hijo mientras observaba que Vicky le hacía un gesto con la mano intentando decirle que luego le explicaría la situación.

—Y, ¿qué querías? —preguntó su madre.

—Nada, decirte adiós. Tengo un taxi esperando en la puerta. El avión sale a la tarde y tengo que ir hasta Madrid y desde allí a San José, la capital. Con el cambio de hora llego hoy mismo a cenar.

—¿Y con quién has dicho que vas?

—Con un amigo —contestó evasivo.

—Con qué amigo —insistió su madre.

Aitor contestó la verdad a sabiendas de la respuesta.

—Con Jota.

La respuesta no fue instantánea. Tardó unos segundos pero fue la esperada.

—Jota no es una buena amistad. No sé cómo sigues haciendo negocios con él, el día que escarmientos será tarde —respondió con contundencia la anciana.

—Venga no empieces, vaya memoria tienes para lo que quieres —dijo su hijo de modo distendido.

Su madre se sentó en la silla de madera de la cocina mientras Vicky se retiraba sigilosamente a seguir limpiando las habitaciones viendo el cariz privado que estaba tomando la conversación.

—Las amistades y las compañías son la clave para hacer algo en esta vida. Si tienes la desgracia de juntarte con las personas equivocadas te pueden llegar a arruinar la vida. Pero si la suerte te sonríe y son las correctas nunca te sucederá nada malo —añadió con total lucidez la anciana.

Su hijo se acercó. Le cogió la mano y se la notó fría.

—Venga *ama*, no te preocupes que ya soy mayorcito.

—Para algunas cosas eres todavía un crío.

—Un chaval que ha sabido crear su propio mundo, *ama* —dijo con cierta inflexión de orgullo.

—A veces pienso, no sé por qué, que vives en un escenario irreal donde todo gira a tu alrededor de manera natural, donde todo vive y nace por generación espontánea —dijo la madre de corrido y con desparpajo.

Aitor puso los ojos en blanco sonriendo.

—Pero no lo hago nada mal, ¿eh?

—No sé, no sé. Me gustaría creerte. Pero ya puedes andar con cuidado.

Aitor besó la mano de su anciana madre sin decir nada y al acercarse a ella vio con claridad los surcos de su piel, miles de sendas marcadas por el paso de los años, y pensó que desde su declive igual todo tenía más sentido de lo que pudiera parecer a simple vista: una madre cuidando y dando consejos a su único hijo. Notó la aspereza de su tacto y el olor a verdura que aún perduraba y valoró esa eterna protección que toda madre ejerce sobre su hijo y que con el paso de los años, lejos de disminuir, crece.

—Y además se me ha olvidado comprar los chipirones.

—A mí también se me olvidan muchas cosas —replicó Aitor intentando restarle importancia—. No te preocupes —concluyó levantándose.

—¿Ya te marchas?

—Sí, que me están esperando en el aeropuerto de Madrid.

—¿Cuándo has dicho que vuelves?

—El próximo domingo ya estoy aquí.

—Pues no dejes de venir a verme.

—Al día siguiente lo primero que haré será venir a visitarte. Te lo prometo.

La anciana lo acompañó hasta la puerta de la casa. A la breve comitiva de despedida se agregó Vicky.

—Que tenga usted un buen viaje —le deseó la joven.

Aitor se despidió desde la entrada del ascensor con la mano.

Una vez dentro se puso la gorra negra que llevaba en el bolsillo de la cazadora y las gafas de sol; una sencilla argucia para evitar que lo reconocieran por la calle. Mientras notaba el descenso del ascensor siguió acordándose de la conversación con su madre y ese mismo pensamiento siguió con él en el taxi que lo llevó hasta el aeropuerto de Hondarribia. Y también durante el corto vuelo hasta el aeropuerto de Madrid, y no logró deshacerse de él casi hasta el instante mismo de darle la mano a Jota en el punto de encuentro del aeropuerto.

—Qué pasa monstruo...

Ambos se abrazaron.

—Creía que no venías... venga, que vamos justos de tiempo. Hay que facturar pero ya. Te veo con cara de enfado, ¿me equivoco?

La llamada entrante al móvil de Aitor cortó la incipiente conversación.

—Sí, dime.

Jota observó que la preocupación de su acompañante aumentaba, reflejándose en su expresión, mientras hacían los trámites para sacar la tarjeta de embarque ante el mostrador de facturación. Aitor sacó su pasaporte y se lo dio a Jota sin dejar de hablar por el móvil, ajeno por completo a lo que estaba pasando a su alrededor.

—Tienen las Salas Vip pasando el Control de Aduanas. Una indicación de su ubicación está visible a mano derecha —les informó el chico de facturación—. Gracias por volar con Iberia.

—Muchas gracias —repitió Jota.

Nada más salir del mostrador colgó el teléfono, con su rostro mostrando una honda preocupación.

—¿Qué sucede?

—Nada, una liada de última hora. Pero esta de especial intensidad —contestó el cocinero, resoplando—. ¿Has leído el periódico esta mañana? —Jota asintió con la cabeza—. Una mujer que han encontrado muerta.

—Sí, claro, en el barrio del Antiguo, y a lo he leído, ¿la conocías?

—Trabajó con nosotros hace un tiempo pero además era la novia de uno de los del equipo de rodaje. Fueron pocos programas. Una morenaza pequeñita y guapísima y además con una personalidad increíble.

—Ostras...

—Sí, pero lo peor es que el novio está desaparecido. Era el cámara de los programas de cocina, Roberto, alguna vez ya te he hablado de él. No vino al

rodaje de ayer y nadie sabe dónde está.

—Sí, sí, ya me acuerdo, os llevabais muy bien. ¿Y con quién hablabas?

—Con Ainhoa. Está intentando localizarle pero no sabe nada, me ha dicho que sigue sin contestar al teléfono.

—Bueno ya, pero qué piensas... ¿que pudiera estar involucrado en lo de la mujer?

—Joder, no sé. Tu mujer o novia o lo que sea aparece muerta, asesinada y tú tendrás algo que decir, ¿no? Es que Roberto no aparece por ningún lado. Era un chico majo que curraba bien y no me creo que se haya cargado a su novia y haya desaparecido.

—Si está intentando huir del país igual nos lo encontramos por aquí —dijo mirando a su alrededor.

—Joder Jota, no te tomas nada en serio. Cuando aparezca, que seguro que aparece, va a estar hecho polvo, y es una persona delicada y muy especial para mí. Le quiero mucho y me da rabia tener que irme fuera y estar pendiente del teléfono. Seguro que vuelve esta tarde y se encuentra con la liada porque le pillaré la poli por banda y empezará a interrogarle y este es un chaval muy especial. No sé si quedarme —terminó de hablar el cocinero mirando la tarjeta de embarque.

Jota cambió la expresión rápidamente. De la broma anterior no quedó ni un atisbo.

—Venga, no me vengas con hostias, que tenemos que cerrar un contrato de un porrón de dinero por hacer cien programas para la televisión costarricense. Estate tranquilo que desde allí lo controlamos todo con el teléfono. Unas horas de viaje y verás cómo aparece y explica lo que tenga que explicar a la policía.

—No sé, no sé.

—No me jodas Aitor, que lo de Costa Rica es muy serio.

Aitor bajó la cabeza y avanzó en la cola del control de pasaportes. Estuvieron un rato sin hablar hasta que pusieron en su sitio todo lo que les habían obligado a quitarse en el arco de seguridad de acceso a las terminales de embarque del aeropuerto.

Avanzaron por los pasillos del aeropuerto Madrid-Barajas-Adolfo Suárez arrastrando sus pequeños equipajes de mano en busca de la puerta de embarque. Los interminables pasillos de la terminal, jalonados de letreros de colores, se convirtieron en un túnel cromático en la mente de Aitor.

—Quedan menos de veinte minutos —comentó Jota.

El cocinero no contestó. Y cuando lo hizo fue para detener con el brazo a su acompañante.

—Espera un instante.

—¿Qué pasa? Venga, que perdemos el avión.

Se dio la vuelta, retrocedió unos metros y buscó entre las tiendas que

acababan de pasar. Cuando la encontró se bajó la gafas de sol y le indicó con la mano que se acercara. Jota obedeció con cara de resignación y sorpresa, pero enseguida sospechó qué era lo que quería.

—Cómprame una botellita de Shalini y que te la envuelvan para regalo. Costará unos trescientos euros. Luego te los devuelvo.

—Decididamente vamos a perder el putito avión. ¿De qué?

—Shalini.

Jota frunció el ceño.

—No te preocupes, la dependienta seguro que lo sabe.

—¿Te das cuenta de lo que nos jugamos si perdemos este vuelo?

—Pues entonces date prisa, no hay nadie en este momento —exclamó subiéndose las gafas y bajándose la gorra—. Te espero más adelante, venga, rápido. Si voy yo me reconocen y tardare más.

Aitor se alejó mientras observaba en la distancia y sin perder detalle cómo una señorita se acercaba a Jota y lo atendía con una sonrisa.

Vio también cómo le hacía oler el perfume y su amigo asentía más por prisa que por convencimiento. Tardó más de lo previsto y tuvieron que apretar el paso por los pasillos de la terminal. Cuando llegaron a la puerta de embarque ya estaban entrando y en la cola de acceso quedaban unas veinte personas, pero la parte reservada a los de primera clase se encontraba vacía. Pasaron a lo largo del *finger* y entraron en el gigantesco avión. Mientras se acomodaban en el sillón cama del asiento número 1-A y 1-B una azafata les ofreció algo de beber antes de despegar. Fue entonces cuando Jota le pasó el paquete envuelto con un papel de regalo y un lazo en la parte superior del frasco alargado. La fragancia del perfume se coló en el ambiente.

—Hueles muy bien. —Sonrió Aitor socarronamente.

—¿Yo? Ah sí, es porque la chavala del Duty Free, que por cierto estaba como un tren de buena, poco menos que me ha obligado a olerlo poniéndome un poco en la muñeca. Y no veas, era una entendida. Me ha dicho que tenía toques de cilantro, nerolí y otro nombre muy raro. No me acuerdo cómo ha dicho...

—Ylang-ylang.

—Eso... que no tengo ni idea de que es... —admitió con una sonrisa.

—Es una planta que también se llama flor de Cananga. Ese perfume es muy especial, algo fuera de lo normal. También tiene toques de sándalo, nardo, vainilla y almizcle. Y no sé si también tiene flor de Tiaré, de eso ya no me acuerdo. La nota principal creo que es nerolí. No sé si me confundo pero creo que es así.

—¡Coño! ¿Y cómo sabes tanto cabrón?

—¿No te acuerdas de que hace tres años tuvimos un perfumista en los programas de cocina? Lo incluimos como complemento para aprender a aromatizar algunos postres y también cocina salada. Llegamos incluso a salir en

una revista, *Sandro Carrere, perfumista, y Aitor Zubillaga, cocinero, añan su trabajo para aromatizar su vida*, o algo así ponía en la portada; además a Sandro le encantaba este perfume y hablaba mucho de él en el programa. Pues ahí fue. De qué iba a saber yo en otro caso todos estos rollos.

—Por cierto, me debes trescientos noventa euros del frasco en cuestión. —Y nada más decirlo Jota lo miró con aire pícaro—. Eres un hijo puta —le soltó Jota a bocajarro—. Ya sé a quién se lo llevas..., a...

—Hay que tener todo controlado —lo cortó el cocinero sonriéndole—, todo, totito. Ya te imaginas a quién. Tengo que reconocer que hasta llegar aquí no me había acordado.

La azafata les interrumpió cuando se volvió hacia ellos trayéndoles sendos *whiskies* Cardhu Single Malt de 12 años.

Cuando esta se retiró brindaron por el viaje recostados en sus desmesurados butacones. El comandante de la nave avisó por megafonía interior que el despegue era inminente.

Aitor sintió la fuerza del avión que aceleraba con decisión, elevándole mientras giraban sus pensamientos desordenados. Miró distraído por la ventanilla cómo las cada vez más pequeñas calles de Madrid se juntaban con las escasas nubes que salpicaban el cielo y cómo la tierra le abandonaba durante las siguientes diez horas. En su cabeza se mezclaron los aromas de vainilla, pero también los de sándalo y el del cuero de su Porsche Cayenne, y la fragancia sensual del almizcle y el neroli y la imagen de su madre Isabel y sus chipirones virtuales, sus gemelas y su casa de muñecas, su jefa de producción con su melena rubia, sus programas de televisión, el enfado del maquillador gay de Madrid y de nuevo su jefa Ainhoa y los gintonic con el *bouquet* de enebro y el roce de las lenguas y los interrogatorios de su mujer Ana, el refugio de Landa Palace, los higos del rodaje y su fiel escudero y cocinero Alex, y también su maquilladora golpeándole con suavidad el rostro. Y de nuevo su madre, cada día más mayor y con más lagunas en su interior, y el perfume Shalini y sus innumerables lios de todo tipo. Pero había un pensamiento que a cada minuto que pasaba se ampliaba en su memoria:

«¿Había asesinado Roberto a su novia Esperanza? ¿Habría huido? ¿Estaría en algún apuro y no sabría nada de esto? ¿Era una buena persona o le pesaría todo su pasado? ¿Por qué querría matar a su novia? ¿Y si ha tenido un accidente? ¿Dónde narices está? ¿Dónde?». Las preguntas se sucedían en su mente.

El cocinero dio dos sorbos a su copa y se quitó la chaqueta de su elegante traje. Sus antebrazos y bíceps desarrollados quedaron al descubierto bajo la camiseta, que mostraba el dibujo de un huevo frito, de Kukuxumus. Se arrellanó apoyado en uno de los gruesos reposabrazos de su butaca.

Las escasas horas de sueño de la noche anterior le empezaron a pasar factura, provocándole una paulatina modorra. Al cabo de unos minutos sintió,

medio dormido, cómo la azafata le cubría con una manta delgada, y de nuevo le recorrió el cuerpo la sensación placentera de protección femenina.

Jota miró la escena con curiosidad. Con su bebida en la mano izquierda sonrió a la azafata ante el detalle. Apuró su *whisky* y sacó su iPad para empezar a trabajar.

La fragancia del *whisky* cercano a su mano fue lo último que sintió Aitor antes de caer profundamente dormido.

—Conduzca recto durante 6 kilómetros hasta Briñas. En la rotonda coja la tercera salida hacia N-232-A. Continuar en A-124. Travesía de Labastida.

El navegador le habló con la voz femenina característica. Él no dejó de mirar la pequeña pantalla a hurtadillas mientras el paisaje le llamaba con tanta intensidad la atención que no podía dejar de mirarlo absorto. Desde que había entrado en La Rioja había tenido la sensación de encontrarse en una tierra mágica y misteriosa donde se elabora un producto que desafía las leyes naturales del paso del tiempo; donde el reloj parece detenerse indeciso dudando entre avanzar hacia delante o hacia atrás; un lugar tocado por la leyenda de los vinos magistrales. Y él estaba allí para añadir un ingrediente especial a la receta: la sangre de una persona que trabajaba allí, o que por lo menos lo había hecho en algún momento de su breve existencia.

Un ritual cristiano diseñado al revés: el vino convertido en sangre.

Cuando dejó atrás Labastida, el subcomisario Vicente Parra redujo la marcha, disminuyó ostensiblemente la velocidad y comenzó a acercarse hacia San Vicente de la Sonsierra.

El día era algo caluroso para ser finales de septiembre pero la suave brisa que soplaba dulcificaba la temperatura. El ertzaina bajó la ventanilla del vehículo y dejó que el viento circulara por el habitáculo. Apoyó su nuca en el reposacabezas y por un momento se sintió de vacaciones visitando una tierra que no pisaba desde hacía bastantes años. Llevaba ya varios kilómetros viendo viñedos verdes henchidos de uva. También había observado una actividad nada usual para ser un domingo al mediodía; gente con tractores, cuadrillas de personas paseando por los pueblos a la espera de la orden de recoger la uva, y algunos empleados de bodegas husmeando entre las vides y tomando catas de las uvas. Aunque no lo sabía con certeza supuso que había más coches y furgonetas de lo habitual en las cercanías de las entradas a las bodegas. Había llegado en plena temporada y eso le hizo pensar que no sería el mejor momento para hablar de asesinatos. «Ningún momento es bueno para hablar del horror que el ser humano puede llegar a originar», pensó. Respiró profundamente y después de pasar por San Vicente de la Sonsierra avanzó unos kilómetros hasta llegar a Samaniego. Nada más atravesarlo se paró en un recodo de acceso. Desde su interior observó el valle imponente pintado con tonos dorados y anaranjados en el cielo y verdes de todos los matices en el suelo, que transformaban el paisaje en un cuadro, una explosión de color en una perspectiva parecida a la de la fotografía que tenía la enóloga en su casa.

Vicente salió del vehículo y vio en la lejanía la población que sabía con certeza que era Laguardia. La única vez que había venido por estos lares fue en compañía de su padre Martín cuando era niño. No se acordaba de demasiados

detalles pero sí de una mañana en una bodega de unos amigos de su padre y de unas patatas a la riojana en un enorme puchero y sobre todo de un porrón, un enorme porrón del cual todos bebían. No había platos y todos se acercaban con cucharas de palo en la mano, daban cuenta de las patatas y también de los chorizos, todo mezclado con pimentón, que daba al guiso fuerza y empaque, y degustaban alguna alegría riojana que para su corta edad picaba demasiado. Parte de sus antepasados se encontraban en La Rioja pero en el pueblo situado más al oeste: Foncea, un pueblo muy pequeño, casi en la frontera con Burgos. Allí nacieron sus abuelos, los padres de Martín, y por ese motivo volver a sus orígenes le produjo sensaciones encontradas. Visitar su tierra era un placer pero hacerlo en estas circunstancias le daba un plus de inquietud nada agradable.

Miró el reloj y vio que tenía margen hasta la una del mediodía. Había venido por la autopista a una velocidad muy por encima de la media pensando precisamente en detenerse unos instantes para hacer lo que estaba haciendo, recrearse viendo la tierra de sus ancestros. A pesar de que nunca había sido una prioridad, siempre lo tuvo en mente como una de las cosas pendientes de hacer cuando tuviera un momento. Y ahora que se estaba acercando a la edad de su jubilación esa idea se le pasaba por el pensamiento con más frecuencia que antes.

Se puso la mano en la frente a modo de sombrilla para evitar la fuerza del sol en sus ojos. Giró ciento ochenta grados sobre sí mismo. Delante de él, a apenas veinte metros de distancia del borde de la carretera, se alzaban las vides puestas en espaldera, alineadas por cables de acero; estos apenas se distinguían entre las abundantes hojas y racimos que colgaban a ambos lados. Más al fondo se podían divisar otras hectáreas cultivadas en vaso, retorcidas sobre sí mismas. Se podía apreciar a simple vista que eran más antiguas.

Vicente respiró el perfume que procedía de tanta vegetación controlada y decidió meterse en el coche y seguir su camino. Al acercarse aún más pudo observar Laguardia. Calculó que la foto del pueblo que había en la casa de la enóloga estaba hecha más o menos desde el mismo sitio en el que se encontraba él ahora. Pero ni siquiera disminuyó la velocidad, quería llegar a las Bodegas Sáenz cuanto antes. Era la una menos cinco de la tarde y la mujer virtual que lo acompañaba lo avisó.

—*Está usted llegando a destino.*

La entrada al lugar estaba vallada con una gran verja de color verde oscuro. BODEGAS SÁENZ, rezaba un discreto letrero nada ampuloso en una esquina de entrada. Debajo y mucho más pequeñas, tres uves casi enlazadas. VVV. Llamó al interfono y se identificó simplemente con su nombre.

—Soy Vicente Parra, he quedado con Julián Sáenz. ¿Me puede abrir?, por favor.

Los portones se abrieron con solemnidad y lentitud. La entrada dibujaba en la

tierra sin asfaltar una leve curva con algunos peñascos en ambos lados que dificultaban la visión. Pero nada más atravesarla y notar cómo se cerraban de nuevo las enormes puertas a su espalda, el subcomisario se dio de bruces con la realidad; hectáreas y hectáreas de viñedos cargados de hojas y uvas hasta donde alcanzaba la vista se erguían desafiantes a pesar de su pequeño tamaño. La visión le hizo casi detenerse. El coche estuvo a punto de calarse. Creyó estar en una máquina del tiempo. Ante sí, y preparadas para pasar a manos del hombre, esperaban toneladas de uvas que iban a componer la cosecha del 2018, lista para la recolección. Ante sí el origen de una de las bebidas más antiguas del mundo: el vino. Y llegaba en el momento crítico en el que se había de tomar la decisión de vendimiar. En unos días, igual mañana mismo, las uvas derramarían su zumo para dar vida al vino.

« Igual que Esperanza —pensó—. Derramar sangre y zumo de uva» .

Aceleró el coche mientras el reloj del salpicadero marcaba la una en punto del mediodía.

Las instalaciones de la bodega se encontraban en medio de los viñedos. En sus puertas observó gente entrando y saliendo. Dos tractores y varios coches aparcados delante delataban la intensa actividad que bullía en el interior. Algunos trabajadores estaban esperando y miraron el coche del subcomisario sin prestar demasiada atención. A medida que avanzaba empezó a vislumbrar dónde estaba situada realmente la casa de la familia Sáenz: detrás de la bodega, a unos trescientos metros de distancia en un pequeño alto y rodeada de viñedos. Se dirigió hacia allí por un camino de tierra bordeado de hierbas. Al llegar se percató de que la casa tenía nombre. Marbil. De nuevo, justo debajo y en tonos más oscuros, tres letras. VVV. Ante la casa se hallaban dos coches aparcados, una ranchera y un vehículo más pequeño.

Vicente estacionó su coche junto a los otros y se bajó del vehículo. Miró a su alrededor. Desde la pequeña atalaya donde se encontraba la mansión se podía contemplar la panorámica. Los viñedos ejercían de guardia pretoriana de Marbil. También la bodega parecía estar a su servicio, custodiándola desde un nivel inferior del terreno. La mansión reinaba imponente sobre todo cuanto la rodeaba. Al fondo se alzaba el pueblo de Laguardia, en un alto, rodeado de murallas de piedra protegiendo su interior. Pero Marbil no necesitaba piedras, apenas unas vallas. Sus únicos guardianes eran las vides, algunas de ellas centenarias.

Bordeó la casa y levantó la cabeza para observarla mejor. Terrazas y balcones con barandillas de hierro forjado conferían a la mansión un aspecto formidable. Siguió caminando, dobló la esquina y se acercó a la entrada. Por el raballo del ojo intuyó movimiento en una de las ventanas. Levantó la vista hacia ella de forma un poco brusca y casi al mismo tiempo la cabeza que le estaba observando desapareció, pero no con la suficiente rapidez como para no ser vista. La cortina osciló suavemente delatando su presta retirada. « Juraría que era un

joven», pensó el subcomisario. Llamó a la puerta gruesa de madera y esperó. Una vez más las tres uves mayúsculas, que en este caso eran de bronce, destacaban por su estilizado diseño, ancladas en el centro de la puerta. Insistió una vez más. Y una tercera. Hasta que por fin oyó la cerradura abriéndose.

—Buenos días, soy el subcomisario de la Ertzaintza, Vicente Parra.

Araceli Martínez se identificó y le ofreció la mano a la vez que se la secaba con un trozo de papel.

—Discúlpeme, estaba cocinando. Es que estoy sola.

«Bien, la primera en la frente», pensó el ertzaina. Dudó en preguntarle por la persona que había visto en la ventana pero prefirió no hacerlo. En principio no significaba nada.

—Necesitaba hablar también con Julián y con... Andrés —dijo mirando su libreta.

—Tendrían que estar ya aquí, enseguida llegarán, supongo. Están en la bodega, ya sabe, preparándolo todo para la vendimia, que es inminente. Pero siéntese por favor, siéntese —le conminó la mujer—. Le puedo ofrecer un café, o mejor, un vino de nuestra bodega. —Sonrió cortés.

—No se preocupe, no quiero nada. Voy a intentar ser lo más breve posible. Sería interesante que su marido y su cuñado viniesen para empezar cuanto antes.

—Sí, sí, están al llegar.

—Bueno, si le parece, puedo empezar con usted. —Sin contestar, Araceli se sentó enfrente suyo, al lado de la chimenea, y se cruzó de brazos. Vicente sacó su pequeña libreta y anotó algo con el lápiz—. Se habrán enterado por las noticias del asesinato de Esperanza Moreno, ¿verdad?

En un primer momento Araceli asintió con la cabeza, mientras su cuerpo seguía a la defensiva tras sus brazos cruzados.

—Solo sabemos lo que están publicando los periódicos. ¿Han encontrado ya a la persona que lo hizo?

—Creemos que sí.

—¿Le han localizado? —soltó de improviso la mujer.

El subcomisario levantó la cabeza sin saber muy bien a qué se refería, pero no le dio tiempo a aclararlo. La puerta principal se abrió y Araceli se levantó rauda; lo mismo hizo el subcomisario. Andrés y Julián entraron y se acercaron. Araceli los presentó y los cuatro tomaron asiento en torno a la mesa de madera.

—Ya saben el motivo de mi presencia —comenzó de nuevo el subcomisario. Los tres asintieron. Vicente hizo una pausa—. Me gustaría hablar con todos los que la conocían. Falta su mujer, ¿verdad? Me gustaría que estuviese aquí. Su nombre es... Merche Atienza, ¿correcto?

—Sí, pero va a tener que ser en otro momento —contestó Julián—. Está muy afectada y ha tomado una pastilla. En este momento está descansando. No me gustaría molestarla.

Vicente torció el gesto. « Bueno, de momento, vas a tener que tirar con lo que hay —se dijo—. Pero hay que hablar con todos». Anotó el detalle en su bloc y prosiguió.

—¿Desde cuándo trabajaba Esperanza con ustedes?

—Hace cinco años —contestó con decisión Araceli.

—¿Cómo la contrataron y a través de quién?, ¿cómo llegó ella a esta casa, a esta bodega?

—Nos la mandaron de la Universidad de La Rioja como licenciada en Enología a través de un conocido. Tenía un expediente brillante.

—¿Quién contactó con ustedes?

—Un amigo que tenemos en dicha universidad nos la recomendó. Se llama Javier y trabaja allí como profesor desde hace muchos años.

—¿Siempre han tenido enólogo?

—Desde hace ya más de diez años. Los últimos cinco con ella. Antes hacíamos las cosas más artesanales —añadió Julián—. Pero ahora o controlas todo el proceso de elaboración o estás perdido. La competencia te come.

—Ella nos ayudaba durante todo el año, pero ahora era cuando más la necesitábamos. En la vendimia —apuntó Araceli.

—Bien, como sabrán, la hemos encontrado muerta en su piso de Donostia y...

—Pero ¿quién ha podido hacer una cosa así? —volvió a preguntar Araceli.

—Estamos investigando, pero todo indica que estamos muy cerca de encontrar a la persona que lo hizo. —Los tres miraron con atención al subcomisario. Él prosiguió con seriedad—. Pero no puedo decirles nada más. Lo que sí quiero es que me hablen de Esperanza. ¿Cómo trabajaba ella aquí?, ¿con quién se relacionaba?, ¿qué horarios tenía?, ¿se relacionaba con otras bodegas?

—Ella era autónoma, básicamente trabajaba aquí con nosotros. Pero a veces daba conferencias y dirigía catas, por eso mantenía su estatus de autónoma —añadió Araceli.

—¿Cuánto tiempo pasaba aquí?

—Depende, ella podía pasar aquí dos semanas seguidas con nosotros. Luego volvía a su casa de Donostia y pasaba el fin de semana o más tiempo, en función de cómo fuese aquí el trabajo. En la época de poda, en invierno, podía estar más tiempo allí en Donostia que aquí. Dependía mucho de cómo se organizase ella. Sea como fuere siempre estaba pendiente de las vides.

—¿Ella dormía aquí o en algún hotel? —indagó el subcomisario.

—Sí, aquí, en una de las habitaciones del primer piso. En la más alta de la casa. Decía que ver desde allí arriba los viñedos cuando se levantaba le inspiraba —comentó Araceli.

—¿Cuándo fue la última vez que durmió aquí?

—El martes a la noche, el martes a la noche —repitió Araceli pensativa—. El

miércoles a primera hora salió de aquí —recordó—. Fue la última vez que la vimos con vida. —Cuando se dio cuenta de ese detalle se sintió triste y calló durante unos segundos. Tragó saliva y continuó—. Se despidió después de desayunar aquí conmigo. Me hubiera gustado darle una despedida mejor —se quejó—. Fue una persona muy útil para nosotros. Su trabajo nos hizo ser mejores.

—¿Esa habitación que ha nombrado la utilizaban más personas?

—No, era su habitación —contestó rápidamente Araceli—. Por fortuna en esta casa hay muchas pero ella siempre que venía usaba la misma. Incluso la tenía ya puesta a su gusto con algunas cosillas.

—¿Le importaría que viese esa habitación? Desde la última vez que la usó, ¿alguien ha tocado algo? —preguntó Vicente.

Araceli se hizo la sorprendida pero no se negó.

—Sí, no hay problema. Yo no he tocado nada. Ella misma hacía su cama y yo entré el miércoles y cerré la ventana que siempre abría para ventilar cuando se iba. No se cambiaron las sábanas porque ella volvería este viernes y se habían cambiado la semana pasada. Luego si quiere subimos y le echamos un vistazo.

—Bien. ¿Con quién se relacionaba aquí aparte de ustedes?

—Con nosotros, básicamente. Con el jefe de la bodega y con la gente de los laboratorios también, pero era una relación de trabajo, puramente profesional. Pero sobre todo con nosotros.

El subcomisario anotó en su agenda ese extremo y lo dejó con una interrogación por si más tarde pudiera necesitar su testimonio.

—¿Entre ellos estaba bien considerada?

—Sí, la apreciaban mucho, era una persona simpática y muy cercana —contestó Julián.

—¿Creen ustedes que Esperanza pudiera tener enemigos?

El silencio se hizo en la sala y los tres se encogieron de hombros al mismo tiempo, como en una coreografía de ballet perfectamente sincronizada.

—Yo creo que no, aunque nunca puedes saberlo. ¿Ustedes piensan que la mataron porque intentaban robar en su casa? —preguntó Araceli.

—No puedo contestar a esa pregunta —cortó el ertzaina— solo podemos afirmar que las investigaciones van por buen camino y que esperamos tener resuelto este crimen en breve. —El subcomisario miró su agenda y volvió a la carga—. ¿Alguien que por alguna razón quisiera hacerle daño?

—Mire subcomisario —contestó Araceli—. Los únicos perjudicados, aparte de su familia, somos nosotros, porque a veinticuatro horas de la vendimia nos hemos quedado sin enóloga, ¿qué le parece? Igual tendría que mirar por ese camino.

El subcomisario cogió el hilo y tiró con suavidad.

—Ustedes se llevan bien con sus empleados, con las otras bodegas...

—Todo lo bien que se pueda uno llevar con la competencia. —Sonrió Julián gesticulando a la vez—. Aquí todos peleamos por hacer el mejor vino. Como en todos los lados —se justificó.

—¿Saben si Esperanza tenía novio?

El sí y el no de Araceli y su cuñado Julián se cruzaron en una misma respuesta enigmática. El subcomisario puso cara de sorpresa y ellos se disculparon. Pero Vicente volvió a hablar.

—Esperen, esperen —cortó con sonrisa forzada—. Explíquense, porque se contradicen.

—Esperanza salía con una persona allí en Donostia. Se llamaba Roberto.

—Pero no era una relación muy sólida —rebató Julián—. Yo creo que lo habían dejado, ¿no? O medio dejado, eso me pareció entender. Igual es que yo uso la palabra novio para una relación más estable y en ese caso no lo terminaba de ver. Sí es cierto que andaba con este tal Roberto pero esporádicamente, me pareció a mí.

—Era una relación de hacía ya más de un año y según me contó a mí estaban muy bien —insistió Araceli—. De hecho ella se fue ese miércoles porque le apetecía estar con él y celebrar su cumpleaños, aunque no fuera el día exacto porque coincidía con su trabajo aquí.

—¿Se fue para celebrar el cumpleaños de su novio? —preguntó interesado el subcomisario.

—Sí, esa era la razón por la que le permití marchar —contestó Julián—. No me gustó pero cedí porque tú me lo pediste —dijo dirigiéndose a su cuñada—. Ojalá no le hubiera dejado —se lamentó—. Pero de todas maneras a mí nunca me pareció que ella estuviese enamorada de él.

—¡Y tú qué sabes!, yo hablaba mucho con ella y no es esa la impresión que me llevé de sus conversaciones.

—Bueno, pues igual entre mujeres os diríais otras cosas que yo desconozco —cortó Julián secamente.

El subcomisario observó con curiosidad e interés el pequeño rifirrafe entre cuñados.

—¿Qué saben de su novio o medio novio?

—Trabajaba en la televisión. Detrás de las cámaras, quiero decir. Era técnico de imagen o de sonido o de algo, pero no me pregunte con más detalle porque no lo sé. Una vez me enseñó una foto de él —concluyó Araceli—. Era alto y guapo y tenía una barbita muy interesante. ¿Han hablado con él?

El subcomisario dudó en decir la verdad y lo sopesó durante unos segundos. Ya traía la respuesta preparada a la previsible pregunta y la contestación iba a ser una mentira, pero en el último momento y viendo cómo había transcurrido la conversación prefirió cambiar la falsa respuesta por la verdad.

—No lo hemos localizado por ahora —contestó secamente—. ¿Ustedes tienen

idea de dónde o con quién podría encontrarse? —interpeló el ertzaina levantando la vista.

Sus interlocutores negaron con la cabeza con un gesto de extrañeza.

La tensión se hizo palpable y Vicente esperó sus reacciones.

—Piensan que Roberto tiene algo que ver —tanteó Araceli—. Lo suponía —añadió decidida.

—Espere, espere, simplemente aún no lo hemos localizado, de ahí a decir que el novio tiene algo que ver en la muerte de Esperanza es cuando menos un desatino; creemos que aparecerá enseguida y nos dará su versión de los hechos. Por ahora no hay más —afirmó zanjando el tema. Vicente respiró un par de veces y volvió a insistir—. ¿Algún lugar en el que Esperanza les hubiera comentado que solía encontrarse con su novio?, aparte de su casa de San Sebastián, claro está.

Los tres volvieron a expresar ignorancia, al igual que antes. Pero esta vez Araceli entró de lleno en el tema y aventuró una opinión.

—Su novio no era una buena persona.

El subcomisario se incorporó bruscamente como respuesta a tan interesante apreciación.

—¿Qué le hace pensar de esta manera?

—Una vez vino con un moratón. Yo creo que ella estaba muy colgada de él. Roberto, según me contaba Esperanza, es un hombre con imán para las mujeres.

Los dos hermanos miraron a Araceli sin decir palabra.

—Eso decías tú —le dijo su marido Andrés interviniendo por primera vez—. A mí me dijo otra cosa, que se había tropezado en la bañera de su casa.

—¿Y tú le creíste?

—Pues yo sí. Pero ¿ella te lo dijo? ¿De verdad te contó que su novio le había pegado?

Araceli tardó en contestar y lo hizo de modo ambiguo:

—Tenía toda la pinta de ser cierto.

—Y además esto fue hace un tiempo y no volvimos a hablar del asunto ni vimos más indicios de que hubiera vuelto a suceder una cosa así —concluyó Andrés.

El subcomisario terminó de escribir anotaciones.

—Bueno, yo estoy acabando y me gustaría preguntarles si se acuerdan de algún detalle sobre Esperanza que pudiera ayudarnos. Aparte de su dedicación a su profesión. Alguna cosa que ustedes recuerden.

Los tres se miraron entre ellos y no supieron qué decir.

«No parece que estos tengan intención de contarme muchas más cosas», pensó Vicente.

—A ustedes les pasaba Esperanza una factura cada dos meses, ¿es correcto? ¿Ustedes tienen las del último año?

Todas las miradas se centraron en Julián.

—Sí, tendría que comprobarlo con las chicas de administración pero en principio estarán guardadas todas las facturas. Este último año seguía trabajando con nosotros, ahora en octubre nos pasaría la de los dos últimos meses. La correspondiente a los meses nueve y diez: septiembre y octubre.

—Bien, le llamaremos el lunes desde la comisaría para confirmar ese extremo.

—De acuerdo, cuando quiera —contestó Julián.

—¿Le importaría enseñarme la habitación donde se alojaba Esperanza? —preguntó el subcomisario levantándose y dando por terminada la pequeña reunión.

—Sentimos no haberle ayudado mucho —dijo Julián solícito—. Si necesita algo más, solo tiene que llamarnos, gracias por lo que está haciendo. Ojalá esto termine cuanto antes. Nosotros volvemos al trabajo, si no le molesta.

El subcomisario asintió y los tres hombres se dieron la mano educadamente mientras Araceli acompañaba a Vicente escaleras arriba.

Los hermanos Sáenz se alejaron por el fondo de la sala sin hablar entre ellos. Vicente les observó marcharse. Al llegar a la puerta de salida Andrés salió el primero y esperó a Julián, quien volvió la cabeza hacia el *ertzaintza*. Se cruzaron las miradas por unas décimas de segundo antes de desaparecer cerrando la puerta con un ligero portazo.

—¿Me acompaña? —preguntó Araceli.

Antes de empezar a subir el subcomisario se fijó en la decoración sobria de la casa y sobre todo le llamó la atención la espectacular zona central, desde donde partía la imponente escalera. Pero el retrato fotográfico de una mujer le llamó aún más la atención: vestía ropa de trabajo y tenía las mangas de la camisa arremangadas; se apoyaba en una esquina de lo que parecía ser un carro cargado con la uva recién cosechada. La larga melena negra le caía sensual medio recogida por el lado derecho. Vestía pantalones y unas pequeñas botas *chirucas* y sonreía a la cámara con una pose mezcla de soberbia y dulzura que cautivaba. En la mano izquierda sujetaba un corquete, y la sombra fuerte que proyectaba su silueta denotaba un día soleado. El subcomisario contempló absorto la imagen como si lo que viera no fuera una mujer sino una diosa. En el ángulo inferior, una escueta frase —«Verónica. Septiembre de 1963»— situaba la escena.

Araceli intervino al darse cuenta.

—Es la madre de mi marido. Nuestro mejor vino está dedicado a ella —informó.

Vicente asintió sin decir palabra. La fotografía cautivaba al que la miraba.

Mientras subía se apercibió de la suntuosidad de los escalones de mármol gris y la curva que dibujaba la escalera dominando el hall, desde donde partía. Al

llegar al primer piso tuvo que andar unos metros hasta ver el segundo tramo de escalera que llevaba hasta la segunda planta.

—Son tres plantas —le explicó Araceli—; en realidad son cuatro si contamos una bodega que tenemos en la casa que se encuentra bajo tierra; la llamamos «la capilla». Aquí están las habitaciones principales, la mía y de mi marido, y las de Julián y Merche, y también la de mi hijo Josu.

Al pasar junto a la puerta de una de ellas se oyó hablar muy bajo a alguien, un murmullo casi imperceptible. No supo identificar si era un hombre o una mujer la persona que hablaba.

También se percató de unos pasos rápidos sobre el suelo de madera y una puerta cerrándose con suavidad, pero el subcomisario no fue capaz de ver a nadie.

A medida que ascendían el último tramo de la escalera la temperatura iba subiendo. El rellano final daba acceso a cuatro puertas.

—Es la habitación que usaba Esperanza —dijo señalando la más cercana—. La puerta de al lado da a un baño y las otras dos son habitaciones de invitados pero bastante más pequeñas.

Araceli abrió la puerta de la habitación y dejó entrar al subcomisario. El cuarto era muy grande, con dos camas en medio y un sofá de cuero negro en uno de los lados frente a un televisor. En el otro costado había una mesa con tres cajones y una silla de despacho.

—Es casi un apartamento —comentó Vicente.

—Sí. La puerta que ve al fondo es un pequeño baño. Si no fuera porque no hay cocina se podría denominar así.

El subcomisario avanzó hasta llegar a la ventana desde la que se veía la bodega al fondo, y en primer plano y rodeándolo todo numerosas vides. Las paredes estaban forradas de madera clara y daban al conjunto un aire muy acogedor. El subcomisario tocó la pared más próxima.

—La madera es muy agradable. Tiene algo de entrañable, de cercano.

—Sí, toda la casa está hecha de igual modo. El suelo tiene un tono distinto, es de roble. En el armario —dijo Araceli abriendo una de las hojas—, todavía hay ropa de ella.

Vicente se acercó y miró en el interior pero no observó nada de interés. Volvió sobre sus pasos. Encima de la mesa destacaba un marco de acero sencillo y elegante que le llamó la atención. Se acercó y lo cogió. La fotografía protegida por el cristal era idéntica a las que había en la casa de Esperanza y en la de Roberto. La población de Laguardia se erguía al fondo de un paisaje imponente. La misma instantánea, bastante más pequeña que las que había visto antes, pero esta vez sin dedicatoria.

—Ahora que lo veo me doy cuenta de que se me ha olvidado decirselo: Esperanza era muy aficionada a la fotografía, tenía varias cámaras. Siempre que

podía estaba sacando fotos de las vides y de paisajes. Decía que le gustaría enseñárselas a su hijo si algún día tuviera alguno. Enseñarle lo que su madre hacía cuando era joven.

El subcomisario levantó la vista de la fotografía al oír el detalle pero no dijo una palabra.

La mujer respiró profundamente y permaneció en silencio.

—Ahora no podrá hacerlo —murmuró añadiendo—: A nosotros nos dedicó una foto grande de la casa que hizo un atardecer y la tenemos enmarcada a la entrada de la capilla.

—Si no le importa voy a abrir los cajones del escritorio —dijo el subcomisario.

—Sí claro, lo que usted quiera.

El subcomisario empezó a abrirlos con calma. En el primero, un refractómetro y un peachímetro; a su lado un libro grande lleno de pósts y anotaciones. Lo cogió con las dos manos: *El vino Uva a Uva. Enología de las variedades de uva y sus maridajes*. Editorial Everest. Lo abrió y pasó las hojas; había docenas de anotaciones hechas a lápiz y multitud de subrayados. « Un libro muy trabajado », pensó.

—Era una persona muy aplicada en su trabajo —comentó Araceli—. Aquí hay más libros de ella —dijo señalando una estantería corrida de una sola balda en uno de los extremos de la estancia.

Vicente miró y asintió sin decir palabra. Volvió a dejar el tomo en el cajón y abrió el segundo; una cámara de fotos compacta, dos tijeras, una grapadora y un par de lápices, gomas de borrar, tacos de pósit y casi una docena de bolígrafos. Cuando llegó al tercer cajón sintió que los ojos de Araceli se le clavaban en la nuca.

—Ahora acabo señora —dijo el subcomisario.

—No se preocupe, tómese su tiempo.

El ruido de la madera deslizándose por los toscos raíles le recordó por un instante a un telón abriéndose.

En su interior reposaba una agenda de trabajo de mediano tamaño del año en curso, de cuero marrón. Los números 2, 0, 1 y 8 resaltaban en dorado. A su lado un disco duro de la marca Toshiba, de tres terabytes.

—Es su agenda de trabajo —explicó la mujer—. Siempre iba a todos lados con ella. Y lo otro será donde guardaba sus cosas; no lo había visto nunca, y o de eso no entiendo. Ya ve, tenía algunas cosas aquí, pero no muchas.

El interior de la agenda estaba dividido en días, uno por página, y se encontraba repleto de notas, la mayoría a lápiz; parrafadas sobre lo que había hecho o sobre lo que no debía olvidar e incluso opiniones y cometarios. El subcomisario lo ojeó por encima pero no quiso entretenerse en ninguna. Durante unos instantes dudó si sería un diario más que una agenda, dada la cantidad

exhaustiva de anotaciones que había. Pero la fecha del jueves pasado era muy exacta. Y demasiado golosa como para no detenerse a leerla.

Cumpleaños de Roberto día 1 de octubre pero celebramos el jueves. Me encargo yo de la comida. Acordarse de llevar algo de comer que le guste mucho. Unos carabineros estarían bien. Y alguna lata de ventresca. Y algo de vino. Si puedo, un VVV.

Vicente cerró la agenda. Y meditó sobre la coincidencia; la fecha del cumpleaños era la misma que la del cumpleaños de Amaia, la novia de su hijo Alberto. La cena que tenía preparada para esa noche, qué casualidad.

—Me voy a llevar la agenda y el disco duro y también la cámara de fotos. Se lo devolveré en cuanto lo hayamos analizado.

Araceli asintió con la cabeza.

Ambos bajaron las escaleras y antes de llegar al hall principal se oyó salir de la habitación a alguien que bajaba a todo correr. Cuando llegó a su altura los dos giraron la cabeza.

—Hola —dijo con desparpajo.

—Es mi hijo Josu, creo que ya se conocen —terció su madre.

—Sí, hemos tenido una breve charla por el teléfono. —Sonrió el subcomisario —. Encantado de conocerte en persona —le dijo mientras le estrechaba la mano. Los ojos del joven denotaban fascinación por el policía.

—La tendré informada, se despidió. Adiós Josu —le dijo mirándolo a los ojos. Este sonrió como única respuesta.

Cuando salió eran casi las dos de la tarde y el calor apretaba con decisión aunque una pequeña brisa atemperaba el ambiente. Salió del recinto con la ventanilla bajada. Por el retrovisor observó cómo madre e hijo conversaban mientras veían desaparecer el coche; aceleró y se perdió en la carretera. Paró en un restaurante al cabo de media hora. Unas chuletillas asadas al sarmiento precedidas de una ensalada con hongos a la plancha, fueron su comida. De postre, un flan de café muy cremoso. Por la ventana del local todavía se veían las vides en hilera.

Sorbiendo el café tuvo la sensación de que tendría que volver.

Muy pronto.

El teléfono sonó en modo vibración. Creyó notarlo en la parte derecha de lo que pensó que era su cazadora pero no lo supo con certeza; estaba volviendo en sí y le costaba saber dónde se hallaba. Pero el aturdimiento se le estaba disipando con mucha rapidez. Justo el lapso de tiempo que necesitó para ser consciente de la situación.

Su catarro le impedía respirar y la cinta americana que sellaba su boca rodeando con varias vueltas su cabeza estaba literalmente ahogándolo. Hizo un gesto de dolor al notar los pelos de la parte trasera de su cabeza atrapados en el pegamento.

La oscuridad era total.

Intentó incorporarse en un momento en el que se sintió con fuerzas pero el reducido espacio le hizo volver a la realidad de manera brusca. El golpe que se dio en la cabeza cuando hizo ademán de incorporarse provocó que el cuerpo cayera de nuevo sobre su costado izquierdo.

Lo intentó de nuevo una y otra vez hasta que asumió la realidad.

Estaba encerrado en el maletero de un coche.

No sintió las manos atadas delante suyo, pero sí le dio tiempo a empezar a recordar lo que había pasado.

Un acelerón del coche se lo impidió, enviándolo con brusquedad a la parte posterior del maletero y golpeándose con fuerza en los riñones contra uno de los salientes de la parte interior de las luces de posición del vehículo. Intentó gritar de dolor pero la implacable cinta en su boca retuvo sonidos, saliva y esperanza de salir vivo, a partes iguales. A causa del dolor sintió un fuerte mareo que le hizo perder el sentido de nuevo durante unos segundos. Las náuseas lo invadieron pero intentó tranquilizarse. Un vómito en esas circunstancias sería una muerte segura.

Volvió por un instante la calma y se tocó con ambas manos fuertemente unidas con más cinta americana, el enorme chichón que tenía en la cabeza. Las bajó tratando de tirar a tientas de algún extremo de la cinta pero no lograba encontrarlo. Se dejó llevar por la desesperación y de repente le vino a la mente la imagen de su agresor, pero enseguida se percató de que el coche se detenía. La lucha que mantenía en su cerebro intentando recordar por qué estaba allí lo mantenía demasiado ocupado como para intentar evaluar la situación en la que se encontraba.

La confusión reinaba en su interior.

Desconocía por completo cuánto tiempo llevaba dentro. Palpó sus pantalones mojados y a pesar de su taponada nariz percibió el conocido y acre olor de la orina. Los sonidos exteriores le avisaron de que se avecinaban cambios.

El coche se detuvo por completo. Oyó a alguien bajarse del automóvil.

Creyó oír cercanos chapoteos en el agua mientras su imaginación se

desbordaba. « ¿Estamos en el mar? », se preguntó. Intentó gritar pidiendo auxilio pero fue inútil. Estaba mareado y la sensación de oscuridad y encierro resultaba desconcertante. Sintió que alguien se volvía a introducir en el interior del automóvil. Estaba aterrorizado pero era plenamente consciente de su complicada situación. Hacía cinco minutos que había recobrado el conocimiento y volvió a intentar separar sus manos, pero la cinta americana que las recubría estaba muy apretada y rodeaba sus muñecas en forma de cruz, lo que reducía al mínimo sus posibilidades de escapatoria. Sin embargo, su instinto de supervivencia le echó una mano cuando más lo necesitaba.

Tumbado sobre un costado y dentro de la escasa movilidad que le daban sus manos, trató de asir el comienzo de la cinta americana. Segundos antes lo había intentado a tirones pero enseguida se dio cuenta de la clase de atadura que unía sus manos y supo que de esa manera sería imposible soltarse. Cuando al fin notó el comienzo de la tira se percató de lo ancha que era y de que tirar de ella hacia arriba en esa posición iba a ser muy complicado. El sudor le recorría el cuerpo y creyó que la humedad le podría ayudar. Tiró un poquito de la punta y logró que parte de la cinta se despegara.

Paró un instante para escuchar el extraño chapoteo.

« Estamos a orillas del mar », pensó de nuevo con temor; sin embargo, el silencio contradecía esa impresión. Resopló fuertemente intentando retirar la máxima mucosidad de sus fosas nasales y aliviar de esta manera la única vía disponible para respirar. A duras penas lo consiguió. Respiró lo más hondo que pudo y volvió a la carga con el extremo de la cinta. El trozo que había retirado era pequeño pero eso lo animó a pensar que podría conseguirlo. Con la lengua había humedecido parte de la goma de la cinta que ceñía sus muñecas y con ayuda de sus dedos había conseguido retirar por completo la que tapaba su boca. Cuando terminó de hacerlo abrió la boca desesperado y aspiró todo el aire que pudo. Lo repitió varias veces seguidas. La situación había mejorado ligeramente de modo que recostó la cabeza sobre la moqueta del maletero y se tomó un breve descanso. La boca era una ayuda fundamental para tirar con fuerza de la cinta que rodeaba sus manos pero la cruz que le habían hecho tenía varias vueltas y pensó temeroso que aunque finalmente lo consiguiera le llevaría un tiempo.

Y no sabía de cuánto disponía.

Intentó hacerse una composición de lugar y lo primero que le vino a la cabeza fue su teléfono.

Llamar por el móvil. « Debo terminar rápido para intentarlo », pensó.

Pero cuando interpretó por el sonido que venía desde el interior del coche que alguien retiraba el freno de mano, intuyó que debía darse mucha prisa.

Ahora un trozo largo de la cinta colgaba entre sus muñecas, por lo que con cada vuelta era un poco más fácil despegarla. Con la boca siguió desenrollando y retirando las innumerables bandas adhesivas que le rodeaban las muñecas. Era

un trabajo contrarreloj. Sintió una catástrofe inminente cuando notó que el coche se movía lentamente sin el motor arrancado.

« Lo está tirando por un barranco », pensó desesperado.

Fue en ese preciso instante cuando empezó a gritar, notando que apenas le quedaba una vuelta para soltar sus entumecidas manos.

—¡Socorro, estoy aquí adentro! —gritó tumbado como se encontraba.

Volvió a gritar con fuerza en dos ocasiones más pero decidió centrarse en lo que estaba haciendo, presuponiendo que no habría nadie en las inmediaciones que pudiera deshacerse de la persona que lo intentaba asesinar.

El traqueteo del coche le avisó de que se movía con más rapidez. El balanceo retrasaba su intento de escapar. El vaivén se hacía cada vez más pronunciado.

« Va a tirar el coche por un barranco », se repitió a sí mismo.

—¡Dios mío! ¡Socorro! —chilló desesperado.

El coche seguía deslizándose mientras cogía velocidad.

En el mismo momento en el que logró deshacerse de las ataduras, el coche chocó violentamente, pero a la vez de manera dulce, contra algo que le proyectó contra la parte delantera del maletero.

El sonido del agua le confirmó que estaba en el mar. Estaba en una playa, se imaginó. Con un último esfuerzo sacó el teléfono del bolsillo de la cazadora y presionó la tecla de llamada a emergencias. La pantalla emitió una escueta luz mientras comenzaba a llamar, sin embargo, el tenue resplandor duró solo un par de segundos, los que tardó en caérsele de las manos.

Sintió pánico cuando notó el agua fría entrando rápidamente por las ranuras del maletero. En unos segundos se encontró con el agua cubriéndole casi por completo. Intentó desesperado mantener el teléfono encendido pero fue imposible: el agua había apagado el sistema operativo del aparato con la misma rapidez con que lo haría con el fuego de una vela. Tragó agua y el sabor de la sal le confirmó el sitio donde estaba: el mar. La escupió apresuradamente mientras palpaba algo similar a un destornillador nadando en el fondo del maletero inundado. Lo empuñó con fuerza con la mano izquierda unos instantes antes de que el agua lo acabase de cubrir.

« Tengo diez segundos para abrirlo —se dijo con temor—, ni uno más » .

El agua que le taponaba los oídos lo transportó a un mundo silencioso. La antesala de su muerte.

Intentó abrir la puerta con el destornillador, haciendo palanca, arañando con rabia y golpeando apresuradamente, pero había llegado tarde. Intentó dar una patada cambiando su posición mientras en la brusca maniobra perdía el único instrumento que le hubiera podido sacar de allí. Puso todo su empeño en levantar la chapa que lo apesaba pero bajo el agua todo parecía ralentizarse y su fuerza se diluía entre burbujas de terror. Sus pulmones se colapsaron entre pensamientos inconexos. Entre brumas pudo ver a los participantes de los buenos y malos

momentos de su vida. Los primeros le sonrieron con bondad; los segundos con ironía y un « te lo dije » plasmado en su rostro. Todo en una fracción de segundo mientras el coche se sumergía en las aguas frías de algún lugar ignoto.

Su vida se apagaba en el maletero de su propio coche y, sin embargo, el tiempo se detuvo. No era más que un espejismo, segundos dilatados en el tiempo que parecieron durar horas.

El coche de segunda mano que compró dos años atrás iba a ser su tumba y — caprichos del destino — sin estar él al volante.

La escena quedó congelada en el interior del coche. En su mente murieron los últimos pensamientos: la cinta adhesiva, su móvil apagado por efecto del agua y un destornillador desplazándose entre las aguas; la camisa y el jersey arrojando su cuerpo inerte... Sus ojos y su boca permanecieron muy abiertos en un intento de captar el inexistente aire. Semejó un cuadro de ballet de figuras inmóviles, flotando en el más absoluto silencio.

Pasados cinco minutos un observador todavía hubiese podido apreciar pequeñas burbujas saliendo desde las profundidades del lugar en que se encontraba sumergido el vehículo.

Diez minutos más tarde la superficie del agua era de nuevo una lámina plateada en la que se reflejaba el sol de primera hora de la mañana.

Los pasos de la persona que había empujado el coche reverberaron en los árboles circundantes, alejándose y quebrando con su movimiento algunas ramas y el último suspiro de su víctima.

Entre chasquido y chasquido, silencio.

—Oye, oye, ¡que son las tres y media pasadas! ¿Qué pasa? —le espetó el joven jefe de cocina Alberto Parra secándose las manos con un trozo de papel.

—Yo lo que me mandan, chaval. Es una mesa de seis y el jefe la ha dejado entrar —contestó el *maitre* después de encogerse de hombros y dejar la comanda sobre la mesa de trabajo ya limpia.

—Pero ¡si estábamos llenos! Tenemos todas las reservas hechas. ¿De dónde han salido estos? —preguntó Alberto.

—Hemos doblado, una mesa sin reserva. —Se oyó decir mientras se alejaba en dirección al comedor.

—Cagüen en todo. —Gruñó—. Esperad, esperad —gritó el jefe de cocina a sus compañeros—. No recojáis del todo que ha entrado una mesa.

Los cruces de miradas y los resoplidos se sucedieron furibundos. Las bayetas amarillas dejaron de menearse a ritmo caribeño de fin de jornada bailando sobre la encimera de acero inoxidable que brillaba con momentánea pulcritud, y pasaron a interpretar el famoso vals lento titulado: prórroga de trabajo impune. Un Alberto contrariado respiró hondo mientras comenzaba a cantar en voz alta un aria extra de enredo en seis actos; entreacto de cocineros que volvían a sacar las tres tablas de cortar que hacía apenas unos minutos acababan de recoger.

—Marchan seis menús degustación.

—¡Seis medias de jayos!

—¡Seis medias de ostras pachuli!

—¡Seis medias de bola de sardina!

Le siguen...

—¡Seis medias de atún café!

—¡Seis medias de pichón pepita!

Para terminar con:

—¡Seis medios limones negros y seis medios flanes Damocles!

—¡Oído! —contestaron al unísono todos los allí presentes.

«Hostia, con tanto seis hoy no salimos antes de las seis y no me va a dar tiempo de preparar la cena del cumpleaños de Amaia —pensó—. Voy a llamar a la *ama* para que me vaya avanzando algo de la cena». Alberto observó cómo todos los cocineros se ponían en marcha para sacar, antes que toda la retahíla de platos que acababa de nombrar, los aperitivos. Seis pipanlletes y seis *champiñones*.

El móvil sonó en casa de una Françoise amodorrada. Miró la pantalla con extrañeza al ver la referencia de su hijo.

—Dime Alberto. ¿Pasa algo?

—*Ama*, acaba de entrar una mesa y no sé a qué hora voy a salir. ¿Me puedes ir adelantando trabajo para la cena de la noche?

—¿Qué quieres que te haga?

—Vete vacian... no, solo vete pochando toda la verdura del *txangurro* que es lo que más tarda.

—¿Quieres que también te los cueza?

—Vale, pero acuérdate que después de cocerlos se queden patas arriba para que no se les vayan los jugos. Y la verdura. Vamos a ser cinco ¿verdad?, porque el *aitona* vendrá, ¿no?

—Eso dijo, sí, cuenta con él pero no descartes nada, ya sabes lo imprevisible que es. Pero no creo que el problema vaya a ser tu abuelo, más bien el *aita*, que se ha ido esta mañana a La Rioja y me acaba de llamar que ya está de vuelta pero que primero tiene que pasar por la comisaría, aunque espera llegar a la cena.

—Vale, vale. Pues nada, tres cebollas no muy grandes, medio puerro, un ajo y medio pimiento verde. Todo muy picado con algo de aceite de oliva y a fuego suave. Que te quede muy pochado y oscuro pero sin quemarse.

Su madre asintió con la cabeza a la vez que hacía un gesto irónico de comprensión.

—Sí, sí, lo de siempre. No te preocupes.

—Yo en cuanto pueda voy para allí.

—De acuerdo. Un beso.

Su madre se mantuvo en el sillón y miró la hora. Las cuatro de la tarde.

« En media hora me pongo a prepararlo todo », pensó la mujer.

Puso el despertador para esa hora y terminó durmiéndose delante del televisor mientras pensaba en la cena de su hijo, pero también en la clase que tenía que dar al día siguiente en la escuela Kunsthall de Irún, donde trabajaba e impartía sus clases magistrales dedicadas al arte de las antiguas culturas centroamericanas. Y mañana tocaba en concreto arte iconográfico mesoamericano. La figura barbuda de Seler y la de Panofsky, artífices de técnicas de reconocimiento iconográficas, se entremezclaron con cebollas y *txangurros* mientras su cuerpo se abandonaba al relax de su momento preferido del domingo: la siesta. Pero antes de amodorrarse del todo notó cierta soledad, lo que le hizo posponer su desconexión con el mundo real. Al final se acordó de que había cerrado con llave la puerta de la casa. Lo que le había contado su marido Vicente sobre el asesinato de una mujer joven en la ciudad, ayer mismo, le había metido el miedo en el cuerpo.

Los párpados de Françoise terminaron cerrándose.

Alberto bajó la visera de su casco.

Arrancó la moto y se alejó por la avenida del Kursaal. Miró el reloj situado al lado derecho del velocímetro. Las seis de la tarde. Pensó en la cena del cumpleaños de Amaia. Primero tenía que pasar por su casa para coger el regalo de su novia, una especia que tenía reservada para uno de los platos, y una vajilla

especial en forma de roca volcánica para presentar el pescado. Bacalao en sal era un buen nombre para el plato. Si gustaba incluso intentaría meterlo en el restaurante, con la aprobación de su jefe claro, pensó esperanzado el joven. Y también unos bombones con forma de cereza que había elaborado tres días antes: un interior de tarta de limón con toda su potencia ácida combinado con un exterior graso pero muy fino de un chocolate mono varietal muy aromático de República Dominicana. Y después a casa de sus padres a terminar de cocinar para, sobre las nueve o nueve y media, poder dar de cenar a todos los allí presentes. E igual su padre no llegaba a la cena.

Iba con retraso por culpa de la mesa de última hora. Y él por lo menos se había ido, pero los camareros todavía seguían allí, pensó Alberto extrapolando la situación a la de su novia. Apenas tardó unos minutos en hacer el recorrido, su casa estaba al lado. Estacionó la moto debajo de casa y subió raudo. Recogió todo lo que había pensado y en unos instantes estaba de vuelta montado en su Ducati en dirección al barrio de Amara, donde se encontraba la casa de los *aitas*. Durante la breve carrera pensó que su trabajo por primera vez en su vida le estaba superando.

El casco salvaguardaba sus pensamientos con la misma dulzura y protección con que lo hacía su gente más cercana. En los casi diez años dedicados por entero al mundo de la cocina nunca había tenido esa sensación, o al menos no de esta manera. Muchas veces había sufrido cansancio y problemas en su trabajo, también mientras estudiaba en la escuela de cocina, pero esta vez notaba que era algo distinto. Con casi tres décadas de vida había conseguido un estatus más que notable. Ser jefe de cocina de un restaurante poseedor de una estrella Michelin con menos de treinta era, sin duda, algo especial. Y se había ganado el respeto de todos sus compañeros de trabajo, que al principio vieron en él un tipo demasiado joven para una responsabilidad así. Él lo había notado y había tenido que ejercer con dureza de jefe para hacerse con el control de ese micromundo estresante que es una cocina en pleno servicio. Se lo había ganado. Y para ello había tenido que trabajar muy duro. Prácticamente sin horarios, con dedicación plena a todo cuanto sucedía en ese mundo que por otra parte él adoraba, que llevaba en la sangre y en la mente. Pero había sido durante este final de verano cuando había sentido por primera vez algo diferente. Ayer sábado, cuando salió por la noche y pasó ante la sede de la 6ª edición del Festival de Cine que acababa de terminar sintió dudas por primera vez. Volvió a recordar aquella gala de clausura en la que comenzó la relación con su novia, y el hecho de no poder disfrutar ya más de una de sus aficiones predilectas no le había gustado nada. En el transcurso de la vida se van modificando las preferencias y aunque él estaba convencido de su profesión, había dudado con tanta intensidad que acabó convencido de que una herida se había abierto en su interior. Cuando en el servicio de la mañana había llegado esa mesa fuera de hora y su jefe la había dejado pasar, volvió a sentir

algo parecido. Y cuando llamó a su madre pidiéndole ayuda para preparar la cena que tenía prevista para el cumpleaños de su novia, había notado que la herida se había hecho un pelín más grande. Mientras llegaba a casa de su madre le pareció que las calles estaban vacías y su mundo se había hecho un poco más pequeño. Con treinta años no debería sufrir ese tipo de asfixia.

« No quiero que mi trabajo sea mi cárcel », concluyó.

« La cocina tiene que ser mi libertad. La que consiga en mi vida será la única que tenga y la única que podré disfrutar o malgastar. Y eso será con seguridad una decisión exclusivamente mía. Sacarle provecho o desperdiciarla entre cuatro paredes de hastío para ganar un sueldo que me convierta cada día que pasa en prisionero de mí mismo, no puede quedar en manos del destino. No quiero tampoco ser recluso de mi sabiduría. La que me obligue a vivir confinado para sobrevivir » .

Esa cadena de pensamientos no le estaba gustando nada. Se consoló durante unos segundos recordando el brillante expediente del que ya hacía gala considerando su juventud, un listado de estudios y conocimientos superior a la gente que le rodeaba. Pero apenas duró unos segundos, los que tardó en llegar al aparcamiento que se encontraba debajo de casa de sus padres, con el estadio de fútbol de Anoeta al fondo. Ese domingo no había partido y el barrio parecía bastante vacío. Alberto se acordó del libro que le había regalado su abuelo Martín. Aunque las emociones negativas habían aparecido una hora antes, cuando salía de trabajar, pensó que la breve lectura le había ayudado a emprender su camino en una dirección determinada. Y eso que no había leído más que una veintena de páginas, pero varias frases del libro se habían quedado enganchadas a su memoria desde anoche y le habían invitado a meditar. Incluso las había anotado en algún sitio. Y aunque no le habían quitado el sueño por el cansancio físico acumulado a lo largo de todo el verano, muy fuerte en cuanto a trabajo, sí se habían instalado en una esquinita de su cerebro que las estaba procesando. Un libro extraño, sin título, y lo que era aún más desconcertante, sin autor. De apenas ciento veinte páginas. Se sintió bien pensando que esa noche, en la cama, quizá después de hacer el amor con Amaia, volvería a leer unas páginas más. La historia de un tataranieta de esclavos en la América del siglo XVIII. Nunca hubiera imaginado que algo tan breve y tan alejado de sus intereses le hubiera podido llegar a interesar.

Una vez candada la moto dejó la mochila en el suelo y su mente volvió a funcionar reflexionando sobre comportamientos ajenos. ¿Por qué le había dado su abuelo precisamente ese libro? ¿Su padre llegaría a cenar o el terrible asesinato de la enóloga, que había salido en todos los periódicos, le tendría tan ocupado como para ausentarse de una cena familiar? « A mi padre, tan metódico y cada vez más ausente, nunca se le ocurriría dejar algo suelto si sabe que antes lo puede solucionar », pensó. Y por un momento, mientras subía con las llaves en

la mano en el ascensor, pensó en las ocupaciones de su padre y en la vida de su abuelo y también en la de su madre. Llegó a sentir el trabajo de todos ellos unidos y supo que a pesar de tener los mismos problemas o incluso peores que los suyos, se solidarizarían con él. Profesores de arte, policías, librerías, cocineros y camareras se sucedieron en su imaginación prisioneros, produciéndole la misma sensación carcelaria que había tenido en el trayecto desde su casa. Pero al llegar al descansillo miró el reloj y se sintió un poco más animado. Tenía un par de horas para limpiar el *txangurro* y cocinar el pescado. También tenía que recoger unas croquetas de jamón muy especiales; el centro de las mismas era una pequeña bola de melón muy dulce de final de temporada. Se lo había pedido su padre, que en unos años había pasado de ser un adicto a la comida de supervivencia a base de sándwich, comida rápida y refrescos, a un verdadero *gourmet* que sabía apreciar tanto la comida elaborada como los vinos y, lo que es más, distinguirlos. Se acordó del curso de cata de vinos al que asistieron hace unos años. Nunca se hubiera podido imaginar que su padre cambiara tanto en tan poco tiempo. A él, el curso le había venido muy bien. A su padre, no lo sabía seguro, pero igual también le había servido de algo, especuló Alberto Parra mientras abría la puerta de la casa de sus *aitas*.

—*Ama, kaixo*, ya estoy aquí —gritó mientras con el tacón cerraba la puerta de un portazo.

—Vaya mochila más grande llevas —le dijo su madre mientras besaba en la mejilla a su hijo.

—Va fenómeno para la moto. Tiene buena capacidad y es impermeable. ¿Has hecho todo lo que te he pedido?

—No, he hecho más. —Sonrió su madre siempre positiva—. He recogido las croquetas.

—¿Lo habrás hecho bien? Que sino luego se abren y...

—Oye, oye, ¿tú te crees que tu madre la francesa no sabe hacer croquetas?

—Sonrió mientras acompañaba a su hijo a la cocina—. ¿Cuándo vendrá Amaia?

—He hablado con ella antes de salir del restaurante y me ha dicho que hacia las nueve. Que iba a pasar por casa primero.

—Pero bueno, ninguno de los dos trabajáis mañana lunes, ¿verdad?

—No, no, lunes, ya sabes, el domingo de la hostelería.

—Eso que tienes por delante —replicó su madre—. Ninguno de los otros tres comensales pueden decir lo mismo. —Sonrió con dulzura, rezumando empatía.

Alberto asintió con la cabeza pero no dijo una palabra. La visión del marisco le distrajo la atención.

—Vaya pinta que tienen los *txangurros* —dijo Alberto.

—No me han costado caros. A seis euros el kilo y estaban vivos. Los dos son hembras y sopesándolos, están llenos. ¿Te ayudo a limpiarlos?

—Sí venga. Voy rompiendo la cáscara de las patas y tú te ocupas de ellas y

yo del cuerpo. —Los sonidos que producía el pequeño martillo resquebrajando el exoesqueleto de los animales añadieron un ritmo violentamente gastronómico al momento—. La violencia de la supervivencia. —Sonrió dirigiéndose a su madre.

—Yo diría más la violencia de la supervivencia transformada en placer. Esto tiene poco de lo primero y mucho de placer dionisiaco. —Su hijo volvió a sonreír mientras seguía golpeando rítmicamente—. Al fin y al cabo es vuestra filosofía. Trasformar la comida de necesidad en puro placer. Lo que haces tú en el restaurante, ¿no?

—A costa del trabajo de mucha gente —contestó con rapidez y sin dejar de golpear.

La respuesta le sorprendió pero aún más el tono en que lo hizo. Françoise paró de hurgar en el interior de las pinzas del *txangurro* y lo miró. Él se sintió observado y respondió dejando lo que estaba haciendo.

—¿Qué? —Fue lo único que preguntó Alberto con cara medio seria medio cómica, mientras su madre no dejaba de mirarlo.

—Nota cierto tono de desilusión... —advirtió su madre.

—Sí, hemos pasado de la esclavitud de las cadenas a la del placer —respondió sonriendo de medio lado—. No sé si eso es mucho avance.

—Nunca te había oído despotricar así de tu trabajo..., porque lo estás haciendo, ¿no?

—El verano ha sido un poco cabrón —se limitó a contestar—. No te preocupes *ama*, es eso nada más. Mi trabajo me encanta. Me vuelve loco, me apasiona —exageró el joven de manera tan evidente que resultó incluso falsa.

Siguió golpeando con fuerza las patas hasta que el caparazón se resquebrajó con un chasquido, producto de una violencia desmedida. Salieron disparados pequeños trocitos de cáscara que salpicaron el frontal de la encimera. Durante unos segundos Françoise recordó lo que le había contado confidencialmente su marido acerca del asesinato de la enóloga y se lo imaginó parecido a la escena a la que estaba asistiendo con su hijo. Restos del *txangurro* desparramados a su alrededor, igual que la descripción de la muerte de Esperanza: salpicaduras de sangre por todas las esquinas. El ritual de la comida y también el de la supervivencia. «Matar para sobrevivir —caviló ella—, a costa de los demás».

—No la pagues con el animalito —advirtió la madre al observar cierta saña en la actitud de su hijo.

—Si no, no se abren —replicó.

—Sí, pero si les das tan fuerte sale una arenilla del caparazón que al final se queda en la carne y luego se nota al comer.

Su hijo paró de hacerlo y la miró con condescendencia.

—En eso tienes toda la razón —contestó mientras terminaba de golpearlo, aunque esta vez con más suavidad.

El sonido del teléfono cortó la conversación. Ella tardó en cogerlo mientras se

secaba las manos.

—Sí, soy Vicente.

—Hola, ¿cómo te ha ido?

—Tengo una reunión ahora con mi gente. Hace un par de horas que he llegado a la comisaría pero creo que llegaré bien para cenar. No creo que me alargue más aquí.

—¿Cómo va lo de la enóloga?

—Ya te contaré —contestó lacónico.

—¿Cómo ha estado la visita a la bodega?

—Buscando los orígenes —dijo en tono serio y evasivo—. Casi con total seguridad, tendré que volver.

—¿Sí?

El subcomisario asintió con gesto de preocupación a pesar de que su mujer no podía verlo.

—Creo que saben más de lo que me han contado. Hay algo misterioso en ese lugar. Pero también mágico —añadió—. Esa tierra atrae.

Josu Sáenz se afeitó los cuatro pelos que tenía a modo de barba efébrica. Se acercó la axila a la nariz y apreció la fragancia de Loewe 7 que emanaba. Cuando terminó de acicalarse se contempló en el espejo y decidió que en general se gustaba y, salvo por algún grano de pubertad que adornaba todavía alguna parcela de su cara, se vio bien. Salió del baño, cogió el teléfono móvil y atravesó la sala. Miró por la casa y dio un par de voces.

—¡*Ama* me voy, vendré luego!

Nadie respondió a pesar de repetir la frase varias veces. Finalmente envió un whatsapp al teléfono móvil de su madre Araceli.

«Voy a salir, vendré luego a cenar», rezaba el escueto escrito.

La Yamaha 125 rugió desde el garaje lateral de Marbil. Cuando bajó la cuesta y pasó a la altura de la bodega vio actividad pero prefirió no fijarse demasiado. Las enormes puertas se cerraron automáticamente tras de sí cuando salió. Condujo durante dos kilómetros escasos parapetado por el carenado de su moto hasta el lugar del encuentro secreto: una arboleda discreta cercana a la población de Nabaridas, a apenas un kilómetro de distancia de la calle del Tesoro donde ella residía. Aparcó la moto en las inmediaciones de uno de los fresnos más grandes que se alzaban en el lugar y se sentó sobre la hierba a esperar. No pasó mucho tiempo hasta que vio aparecer una moto en la lejanía. Una pequeña nube de polvo delataba su presencia en el camino sin asfaltar. Cuando se fue acercando comprobó que era la vespa de color azul de Lorena. Esta saludó desde la distancia y cuando llegó la alineó junto a la de Josu. Desde la carretera se hacía muy difícil distinguirlas, y menos aún teniendo en cuenta la zona de árboles en la que se encontraban, tras la hondonada que formaban los fresnos y la ladera. Él se levantó y esperó a que llegase a su altura. Su figura delgada se silueteó en el paisaje a medida que se acercaba. Llegó con sus botas bajas de color negro, su pantalón también negro y una cazadora beige. La pulsera que llevaba en su muñeca derecha estaba diseñada a base de uvas diminutas entrelazadas; en la izquierda un curioso Swatch con el dibujo de dos vides y uvas marcando las horas. El racimo completo eran las doce y presidía la esfera.

El beso que intercambiaron fue solo un prolegómeno, un sonido delicado, preludeo casto de la batería de arpegios que vendrían después. El anaranjado atardecer como marco a sus abrazos, sentados sobre la cazadora de él, bajo la sombra protectora del fresno; las caricias infinitas cargadas de complicidad mientras se miraban a los ojos con la ternura de la juventud; las lenguas compartiendo saliva y pasión y los toqueteos impregnados de calor otoñal prestado del verano que acababa de irse. Las sonrisas duraron la eternidad que los dos niños con cara de adolescentes necesitaban. Y también los «te quiero», tan sinceros como inocentes, tan simples como intrincados. Y los susurros en los

oídos mientras entrelazaban sus manos, asiendo la verdad absoluta de su amor de niños grandes. Y la timidez vencida por el aroma de sus cuerpos mezcla de colonia y nerviosismo. Y el corazón latiendo pulsiones de amor. Y el tiempo transformado en sus mentes desde el comienzo del estío, dilatado hasta la sensación eterna de haber encontrado la persona por la que darías tu vida adolescente. La respiración entrecortada cuando surge Cupido, implacable, lanzando sus certeras saetas de devoción y penitencia, flechas que hieren sin sangre a los amantes. Y el paisaje, lleno de espacios y recovecos cómplices, prestos a ocultar la intimidad necesaria para el encuentro.

Y por fin el silencio llegando suavemente, como si estuviera pintado.

Ni siquiera la melena de ella se movía. Dos figuras enlazadas y suspendidas en el tiempo que se negaba a correr, a deshacer con su avance el instante de amor sincero.

Durante unos minutos el óleo que los jóvenes habían pintado en el paisaje fue el centro del mundo. Sus manos entrelazadas detuvieron el movimiento hasta que la realidad, en forma de luz crepuscular, se impuso. El sol descendía rápidamente hacia el horizonte.

—¿Te ha dicho algo tu padre? —preguntó él rompiendo la calma.

—Nada. No me ha comentado nada.

—No tenía que haberte llamado —dijo Josu lamentándose—. Me pareció tan fuerte lo de Esperanza que no lo pensé.

—Es igual, algún día se enterarán o se lo diré yo.

—Sí, ya lo sé, esto parece Romeo y Julieta —murmuró Josu sonriendo mientras besaba los labios de su compañera.

—En mi casa no lo sospechan y cuando se enteren no creo que les guste. Alguna vez ya les he oído despotricar de vuestras bodegas y a veces también de tu padre Andrés. Creo que os odian. ¿Qué se dice en tu casa de lo de la enóloga? —preguntó Lorena.

—No sé, a mí me están contando poco, pero creo que la que peor lo está pasando es mi tía Merche. Ayer la oí llorar varias veces desde su cuarto.

—En mi casa también han estado hablando de la enóloga pero como están con lo de la vendimia no le han prestado mucha atención. Y las conversaciones entre mi padre y los dueños de Bodegas Milos las he oído a medias cuando él los ha llamado. Estaba preocupado. Es lógico —añadió la joven— los dos eran enólogos y pertenecían a la Asociación de Enólogos de La Rioja y mi padre la conocía.

—Qué fuerte. El periódico dice que la han acuchillado. Y que el novio está desaparecido.

—¿Era con tu tía Merche con quien más relación tenía? —indagó Lorena.

—Pues yo creo que sí, pero no lo sé seguro. A mí no me dicen nada pero creo que sí. Es la que peor se lo ha tomado. Mis padres van a su bola y mi tío Julián,

desde lo de Esperanza, no ha dejado la bodega ni un solo momento mirando algo de las cubas y llamando a mucha gente.

El pitido apagado de un mensaje entrante en el teléfono móvil le hizo desviar la atención y soltar la mano de Lorena. Su madre Araceli contestaba al aviso que le había mandado su hijo al salir de casa.

Vale, pero estate localizable en todo momento porque la vendimia es inminente y recuerda que tú eres el más joven de la familia.

Cuando terminó de leerlo se sintió por primera vez en su corta vida extrañamente orgulloso de ser un Sáenz. De pertenecer a una de las familias más importantes de la zona. La que produce uno de los mejores vinos. El VVV. Y él, al ser el único descendiente de la saga, era clave para que la bodega siguiera adelante. Desde que tenía uso de razón recordaba los rituales de la vendimia que debía protagonizar, y los llevaba en su sangre. Involucrar a los más jóvenes en la cosecha suponía garantizar su continuidad en el futuro, había oído comentar a sus padres en más de una ocasión y aunque al principio no lo entendió, sí lo hizo a medida que fue haciéndose mayor. Por un instante pensó ufano que la cosecha de este año dependía de nuevo de su presencia, pero esa sensación se transformó en incomodidad imaginando la posible reacción de su madre cuando se enterase de que estaba saliendo con Lorena, la hija del enólogo de su competencia más directa. Bodegas Milos. Y también le preocupó la reacción que pudiera tener su tío Julián, que incluso a veces le daba más miedo que su propio padre, Andrés.

Guardó el móvil en el bolsillo de la cazadora y miró a su novia adolescente. Lorena le sonrió desde la cercanía pero respetó la confidencialidad del mensaje. Solo cuando su novio terminó de leer apoyó la cabeza en su hombro.

—Es la señora Araceli —le explicó Josu con una inflexión de voz divertida—. Mi madre es una pesada. —Sonrió.

—Mi padre también lo es —añadió la joven.

Ambos se volvieron a besar.

—Yo me voy a ir pronto de casa —dijo Lorena—. A Vitoria a estudiar. Alquilaré un piso. ¿Me visitarás?

—Claro —contestó distraído el joven bajando la cabeza—. Yo igual también me voy pero en este momento no puedo; Marbil es para mí algo más que mi casa —añadió misterioso y con la mirada perdida—. Flota en el ambiente una tensión como nunca antes había sentido —afirmó el joven con expresión preocupada. Lorena le escuchó con atención—. Hoy he estado en la habitación que ocupaba Esperanza cuando se quedaba en la casa.

Su novia puso cara de extrañeza.

—¿La enóloga tenía una habitación para ella? —Esperó un tiempo y ella misma se respondió al ver asentir a su novio con la cabeza—. Bueno, eso es

normal viviendo fuera. Si mi padre viviese lejos también la tendría en la bodega Milos —dijo la joven.

—Me he llevado una cosa de su habitación antes de que viniera la Ertzaintza —soltó el joven.

Lorena miró a su novio fijamente.

Cuando el oficial Jon Ander Echeberria llegó a EZCOM el lugar estaba desierto. El aparcamiento de la entrada, con capacidad para más de treinta coches brillaba bajo la luz amarillenta del atardecer. Solo vio un vehículo y eso lo tranquilizó. Un pequeño Smart de color azul aportaba el toque cromático diferente a tanta superficie gris de asfalto. La conversación con la jefa de producción había sido extraña. Lo había citado como única opción en los estudios de grabación en domingo y eso le había parecido raro. Ese sitio tan apartado no le gustó desde el principio. Reinaba una sensación de aislamiento, de incomunicación y abandono, pero no por las instalaciones, que eran modernas y sólidamente construidas sino por el entorno solitario que lo rodeaba. Los pabellones industriales vacíos de actividad le resultaban incómodos, inquietantes, aunque hubiese una razón lógica siendo festivo.

Estacionó el coche justo al lado del único habitante del *parking*. El coche azul que supuso que pertenecería a la persona con la que había quedado citado. Bajó despacio y miró alrededor. Se dirigió a la puerta principal mientras observaba las numerosas cámaras de seguridad que rodeaban el perímetro, tanto del aparcamiento como del edificio principal. Llegó a contar hasta seis pero no descartó que pudiera haber más. La del interfono se encendió e iluminó la cara del oficial cuando este llamó.

—Soy el oficial Jon Ander Echeberria de la Ertzaintza. Estoy buscando a Ainhoa Carreño. He quedado con ella.

Del interfono surgió un gruñido ininteligible a la vez que se abrió la puerta de madera gruesa con un zumbido. En el interior el ertzaina tuvo que llamar de nuevo, dado que una vez atravesado el escudo recibidor se interponía otra puerta de cristal que funcionaba como segunda barrera. Esta vez el zumbido sonó sin necesidad de llamar al segundo timbre.

En el segundo recibidor, mucho más amplio, destacaba un mostrador grande de mármol que se encontraba vacío. Llegó hasta él y observó los letreros que indicaban con flechas la ubicación de las distintas áreas de los estudios. Todos en tres idiomas: castellano, euskera e inglés. Despachos, estudio 1, estudio 2, producción, salas de edición, camerinos, salas de control de audio y video, posproducción, control de realización y varios letreros más indicaban las direcciones de aquel no tan pequeño laberinto de imagen y sonido. Los pasillos que se podían divisar a derecha e izquierda tenían las luces apagadas y estaban completamente vacíos, sumidos en un silencio incómodo. La escasa luz del atardecer entraba por alguna de las ventanas pero ya no lograba abrirse paso al interior.

« Estos sitios grandes y desiertos me dan mal rollo », pensó el policía.

Esperó durante un tiempo que se le antojó excesivo. La puerta que daba a un

lateral del pasillo se abrió y asomó por ella Ainhoa. Vestía una camisa negra que contrastaba muy bien con su melena rubia, pantalones oscuros, y botas negras con tachuelas en la zona trasera. Su complexión fuerte acentuaba su altura lo que hacía imposible que pasase desapercibida. Una sonrisa muy profesional recibió a su anfitrión.

—Buenas tardes, soy Ainhoa, la jefa de producción de toda esta «película» —se presentó sonriendo forzosamente—. Disculpe las molestias, estoy adelantando trabajo y como todavía me queda bastante he preferido que se acercara a los estudios. Ya sé que en domingo es raro.

—No se preocupe, para mí es igual un sitio que otro y si a usted le es más cómodo... —contestó el policía con amabilidad.

Ambos se estrecharon la mano. Ella lo invitó a entrar en su despacho y le ofreció el sillón que tenía delante. Se sentaron casi al mismo tiempo.

—Usted dirá oficial. No creo que le sirva de mucha ayuda lo que yo le pueda contar —comenzó la mujer a la defensiva.

—Bueno, ya sabrá cuál es el motivo de mi visita, como le he comentado por teléfono quería hablar con usted por el asunto de la desaparición de Roberto Álvarez. Trabaja para ustedes, ¿verdad?

La mujer asintió sin palabras.

«Tendré que tirar de la caña de pescar con el nailon acerado y atarme los arneses a la butaca de pesca si quiero sacarle algo a esta mujer», pensó elertzaina.

—¿Desde hace cuánto?

—Cinco años, más o menos.

—Bien, ¿qué podría decirnos de Roberto que nos ayude a encontrar su actual paradero?

—Un trabajador más, nadie especial —contestó rápidamente Ainhoa.

—¿Tuvieron algún problema con él durante este tiempo?

—No.

—¿Cómo llegó hasta ustedes?

La pregunta le hizo incorporarse.

—No recuerdo bien —mintió—, pero creo que era conocido de Aitor. Y estuvo a prueba un par de semanas y se le terminó contratando. Insisto, nada de particular.

—¿Se adaptó bien al trabajo?

—Más bien nos adaptamos nosotros —contestó la mujer con ocurrencia—. Como era zurdo tuvimos que cambiar todos los anclajes de la cámara que manejaba. Es un aparato muy complejo el que él llevaba. Perdón. Lleva.

—¿Con quién se relacionaba aquí o fuera?

—Aquí con todo el mundo, pero sobre todo con los de imagen y realización, somos mucha gente. Fuera de aquí no tengo ni idea. Tendría sus amigos, supongo,

pero yo no los conocía.

—¿Se llevaba bien con sus compañeros?

—Sí, sí, con todos, con casi todos —rectificó de manera natural.

—¿Perdón?

—Sí, bueno, este era un tipo muy abierto y muy echado para adelante. Pero había veces en que era complicado de llevar. Tenías que saber cómo hacerlo. — El oficial la miró con fijeza intentando que continuara la historia—. Se ponía muy nervioso a veces y al principio nos falló en un par de ocasiones pero sí es verdad que en los últimos años había estado muy bien con nosotros.

—¿A qué se refiere con que les falló en el trabajo?

—Faltó en un par de ocasiones.

—¿Cuál fue el motivo que alegó?

—A mí me contó una historia extrañísima, que se había puesto enfermo, que no había podido telefonar, en fin... y luego supimos, porque se lo contó a Aitor directamente ya que con él tenía más confianza, que todo había sido una juega mayúscula que terminó con Roberto dos días grogui en casa de unos amigos en no sé dónde.

—Eso pasó hace tiempo. ¿Se acuerda cuántos días faltó?

—Sí, me acuerdo. Fueron dos días. Y lo repitió al año siguiente. Pero también es verdad que hasta la fecha no había vuelto a pasar.

—Faltar dos veces al trabajo, eso sería motivo de expulsión. ¿Podría ser que la historia en este caso se hubiese repetido? ¿Que esté en casa de unos amigos y aparezca mañana?

Ainhoa bajó la cabeza y asintió sin comentarios.

—Ojalá, pero son muchos días, ¿no le parece? —añadió la mujer.

—El jueves trabajó con normalidad, ¿notó algo en él que le pareciera extraño?

—No. Estuvo como siempre. El jueves entraba a trabajar un poco más tarde, sobre las once creo recordar; grabamos dos programas y se marchó de aquí hacia las cuatro de la tarde, más o menos.

—Este es el último lugar en que fue visto del que tenemos referencia. ¿Cómo venía aquí?

—Tenía un coche de color gris plata. Antiguo. Creo que era un Opel Astra de hace muchos años.

—Tienen cámaras de seguridad por todo el perímetro del edificio, ¿correcto?

—Ella asintió—. ¿Se marchó solo o podría haberse ido con alguien?

—No lo descarto, no todo el mundo tiene coche y a veces se comparten. Si alguien te pide que le lleves, siempre se accede. Sí, hay varios que no vienen en coche, pero no son muchos. Yo sé que el ayudante de sonido no tiene porque más de una vez lo he acercado yo a su casa. Y tampoco la maquilladora.

—¿Durante cuánto tiempo guardan las grabaciones?

—No lo sé seguro, pero creo que un mes.

—Necesitaría las grabaciones de ese día en concreto, y hasta que esto no se aclare tendrá que informar a la empresa de seguridad que gestiona el tema y decirles que guarden todas las grabaciones que tienen hasta el momento y que no borren nada. Esto lo tiene que hacer ahora mismo —le conminó el oficial Jon Ander.

Ainhoa buscó en la agenda del teléfono el número de la empresa de seguridad y asintió. El oficial anotó alguna cosa más y levantó la cabeza.

—Antes ha dicho que la persona con la que más confianza tenía era Aitor. Supongo que es Aitor Zubillaga.

—Sí, es el cocinero y propietario de toda esta empresa.

—¿Cuándo podríamos hablar con él?

—En este momento está de viaje. Está en Costa Rica preparando un programa para la televisión de allí. Se ha ido este mediodía y no volverá hasta el próximo domingo.

—Bueno, pero tendrá un teléfono de contacto allí —insinuó Jon Ander.

—Sí, claro, llegará a las cinco de la madrugada hora de aquí. Mañana por la tarde podrá hablar con él.

Cuando terminó de escribir sus notas el policía preguntó:

—¿Usted tiene idea de dónde podría encontrarse Roberto? Ya sabe, en casa de algún conocido, de alguna amiga, de alguien que trabaje con ustedes, no sé...

La mujer negó con la cabeza.

—Era un empleado. De su vida privada sé bien poquito —añadió Ainhoa.

Jon Ander la miró con cara de incredulidad.

—Bien, no le molesto más —dijo levantándose de su asiento y agregando—: Le recuerdo que necesito con urgencia las imágenes de las cámaras de seguridad del último día que estuvo aquí Roberto. Cuanto antes. Necesito confirmar que no se marchó solo.

—No lo descarte, porque a esa hora hay bastantes personas, aunque no todas, que acaban su jornada laboral —indicó la mujer.

—Y otra cosa, necesito los nombres y teléfonos de las personas que trabajan aquí y no tienen coche —demandó el oficial.

—De acuerdo, le haré llegar una lista. —Ambos se dieron la mano. Ainhoa lo miró alejarse—. Le abriré las puertas desde aquí dijo la mujer en voz alta.

Cuando llegó al *parking* el oficial se paró delante de su coche y miró las cámaras de seguridad. Se percató de que estaban bien orientadas y prácticamente abarcaban todas las esquinas del estacionamiento. Por el rabllo del ojo le pareció que la sombra de la mujer con la que había estado hablando lo estaba observando. Se giró y la vio con claridad a través de uno de los estores. No se saludaron pero ambos supieron que se habían visto. Entró en el vehículo y se alejó rumbo a la comisaría. La noche se le estaba echando encima.

Ainhoa se quedó contemplando desde su despacho cómo se alejaba el coche. Cuando desapareció de su vista se mantuvo estática durante un par de minutos, pensativa. Finalmente, cogió el teléfono y marcó un número desde su agenda.

La respuesta no se hizo esperar.

—Ana, soy Ainhoa Carreño.

Hacía demasiado calor para ser principios de otoño.

Todo está inundado y me preparo para la muerte, que ya me ha tomado en sus brazos. La noto dentro de mí, igual que la humedad que penetra en lo que queda de mi cuerpo inerte. Me dejo mecer por el agua fría mientras juguetonas burbujas cosquillean cruelmente mi piel arrugada. Siento el roce de los pegotes de barro adheridos a las paredes con olor a gasolina, mi vida suspendida en el interior de este ataúd de metal. Desprovisto de mi herencia. Recuerdos de las motos que robaba para deambular por los parajes divertidos de mi juventud, con los amigos que yo creía que me ayudaban a sentirme bien. Una existencia vivida a trompicones; retazos de cárcel cerrada, tropezones contra barrotes oxidados. Me he muerto con las imágenes de mi padre y entre los dedos la cámara zurda. Flotando entre mis manos el dinero maldito. La mierda del dinero.

Noto el corazón detenido y la boca muy abierta y las dulces y a veces crueles miradas de Esperanza entre sus vides e imagino la botella de vino seccionando su cuello, cubriéndolo de sangre.

Pero ahora el jersey blanco se ha vuelto muy pesado y mis ojos tienen tacto de plomo y miran hacia ningún lado. Porque el cerebro ya no tiene actividad, pero sí sensaciones y yo sigo experimentando amor y odio en lo más profundo de la materia que se extingue. Nunca más podré sonreír a quien quiera posar para el ojo escondido de mi cámara. Floto estático al igual que mi cámara retratando en la oscuridad la amalgama de agua, orina, grasa, barro, polvo y suciedad. Me desplazo ingrátido entre las hojas empapadas de un mapa olvidado. Indolente espero la muerte con la que comparto habitáculo. Pero sé que la que ahora habla es ella; lleva dentro de mí varias horas y la recibo sin sudor ni nerviosismo.

Cuánto he temido este momento. Me lleva con ella. Tan a menudo la tenté que llegué a ser su compañero de juegos.

Cuando Jon Ander Echeberria entró en la comisaría su compañero Arkaitz Urdampilleta le hizo un gesto para que se diese prisa. Este respondió con otro de asentimiento mientras se sentaba ante su mesa de trabajo. Recogió los papeles que tenía encima de la mesa y respiró durante unos segundos intentando poner en claro la información sobre la pareja de moda, Roberto y Esperanza, ella asesinada y el desaparecido, que desde la madrugada del viernes tenían en su poder. La reunió en un portafolio, se la colocó bajo el brazo y se levantó en dirección al despacho del subcomisario Vicente Parra.

Cuando llegó ya se encontraban en su interior sus compañeros. Ambos estaban situados delante del ordenador que presidía la mesa de Vicente mirando su pantalla con interés. Tocó en la puerta medio entornada.

—Adelante, acércate —le conminó su jefe sin dejar de mirar la imagen que le ofrecía el computador.

Jon Ander se unió a ellos.

—¿Qué es esto?

—Las cámaras de seguridad de un banco situadas al lado de una de las pocas pescaderías donde el jueves por la mañana se vendieron carabineros frescos. Las han estado analizando esta mañana. Nos han resumido las imágenes que nos interesan —explicó el subcomisario.

Jon Ander se acercó y de pie observó las imágenes que eran de una calidad considerable. Desde el banco les habían informado que hacía un año que la entidad había cambiado todo su sistema de seguridad, lo que incluía cámaras de seguridad fijas de alta resolución en dirección a la puerta exterior que daba directamente a la calle. Esta barría por completo la estrecha acera.

Y era verdad. La calidad de las imágenes llamaba la atención por su nitidez. Los tres callaron ante la selección que les habían hecho sus compañeros informáticos de los instantes más interesantes. «Las mejores jugadas», pensó Jon Ander, sin embargo, no se atrevió a hacer el comentario. Claramente, se podía observar una persona que a todos los presentes les resultó familiar. La imagen de Esperanza Moreno. Por primera vez desde que empezó el trágico embrollo los policías habían logrado resucitar virtualmente a la protagonista del horror en el que se había convertido el caso. El video mostraba a Esperanza respirando y moviéndose, aunque era la muerte disfrazada de vida. Su figura menuda pasó muda ante ellos, con el telón de fondo de los ruidos de la calle.

La vieron primero cruzando por delante y hacia la izquierda de la pantalla. Vestía una cazadora muy ligera y pantalones vaqueros. Llevaba un bolso muy pequeño en bandolera, sin nada en las manos. Se distinguía perfectamente que era ella porque al llegar a la altura de la sucursal bancaria se detuvo un momento para dejar salir a una mujer mayor que abandonaba la entidad y giró la cara

hacia la cámara. Pareció como si quisiera dedicar a la lente sus últimos momentos. Su melena oscura y su figura pequeña y proporcionada resultaban muy atractivas. En un gesto muy femenino se echó hacia atrás el pelo y desapareció de la imagen. El reloj interno de la cinta del banco marcaba las diez y catorce minutos de la mañana, con diecinueve segundos. El intervalo en el que salía ella apenas duraba tres segundos. Cuando volvía a aparecer avanzaba en dirección contraria y esta vez no se paró, ni se cruzó con nadie más. Entre ambos momentos había un intervalo de diez minutos y se veía claramente cómo llevaba en su mano derecha una bolsa de plástico blanca, lo que bien podrían ser los carabineros. En el borde de la imagen, a punto de desaparecer y casi fuera de campo, se cambiaba de mano la bolsa y se recolocaba el bolso en bandolera. El tráfico de gente pasando por la acera la hizo pasar desapercibida. El sonido de los coches y de la gente tampoco aportó nada reseñable.

Los tres volvieron a ver las imágenes. La figura de la enóloga pasó por delante de ellos varias veces. La mujer se volvía a peinar su melena ajena a las miradas de los tres policías. Su cazadora la envolvía y de nuevo miraba a la cámara. El subcomisario apretó el botón de pausa y durante unos instantes la cara de Esperanza se detuvo, pero a la vez cobró vida y los miró a los ojos.

«Hola, soy yo, sí, sí, la enóloga que estáis buscando. Pero no os puedo entregar nada más que mi presencia, mi melena negra y mi mirada simpática y amable dejando pasar a una señora; y mi expresión satisfecha pensando en unos carabineros que voy a comprar para celebrar por adelantado el cumpleaños de mi novio. Pero sí os puedo decir que estoy feliz. Muy feliz. Estoy embarazada de unas semanas y ya noto en mi interior sensaciones que nunca antes había sentido, y por eso estoy pletórica. Y este año vamos a hacer una cosecha que será épica, que será una de las grandes añadas del siglo. Y se la dedicaré a mi futuro hijo al que pienso hacer muchas fotos para que cuando sea mayor sepa quién fue su madre y a qué se dedicaba. Y repito, estoy feliz, nada malo puede pasar en este instante magnífico en el que me encuentro.

» El viernes volveré a mi tierra porque la vendimia es inminente, solo me he escapado unos días de mi trabajo porque quería estar aquí y volver a hacer el amor con él porque estoy que me salgo y quiero decirle que estoy embarazada. En la gloria infinita. No temo a nada ni a nadie. Soy la reina del mundo. Mi gente me respeta. Sé cuándo la uva está lista para ser recogida. Tengo un don mágico para elaborar el mejor vino del mundo y trabajo para los mejores. Este año VVV se va a salir. Es mi año. Voy a conseguir el mejor vino en la mejor añada. Algo en mi interior me dice que va a ser así. Mi inmensa felicidad me lo lleva susurrando desde hace tiempo, me hace flotar. Cuando el niño nazca le enseñaré su tierra y cuando pueda probarla le daré la primera fruta que saboreará en su vida. Podéis estar seguros, señores policías, de que será una uva seleccionada por mí. La más hermosa que encuentre. De las centenarias vides que dan VVV» .

Los tres ertzainas se quedaron absortos ante el fotograma del cercano rostro de Esperanza en el momento preciso en el que miraba a la cámara. Se la veía con una claridad y nitidez sorprendente. Probablemente, era la última imagen de la enóloga viva. Y aquello parecía un brindis de despedida, tal vez le hubiera gustado chocar las copas de su adiós con su vino preferido. Con toda seguridad, de haberlo sabido, hubiera deseado que lo último que pasase por su destrozada garganta fuese el elixir de la vida convertido en vino.

Y estaba en manos de los policías destruir toda esa historia tan ideal como irreal. Destrozar el cuento de hadas en el que creía encontrarse la enóloga y construirlo de nuevo sobre la dura realidad. Sobre su asesinato a sangre fría ante una copa de su caldo preferido. La exterminación de una persona inocente. Porque tenía que ser inocente. Nadie podía merecer algo así por mucho mal que hubiera podido causar a su alrededor. Y ella tenía una mirada sincera. A los tres se lo parecía.

—En el informe que nos han pasado —empezó a exponer Vicente—, no aparece en ningún momento el tal Roberto, nuestro desaparecido. Los informáticos lo han buscado exhaustivamente con las fotos de referencia.

» Y deben tener razón porque yo nunca había visto una calidad de imágenes como estas.

» Ella va a hacer la compra de los carabineros sola. No sabemos nada más. Habéis hecho un buen trabajo pero ha resultado no ser tan útil como esperábamos. Bienvenidos al trabajo de la policía —dijo recostándose sobre la butaca—. Todavía no tenemos a Roberto en la escena del crimen... En caso de que estuviese, claro.

» Vamos a hacer recopilación de datos —dijo el subcomisario cambiando de tema.

—¿Qué tal te ha ido en la Laguardia? —preguntó Arkaitz.

—Bien, he estado en la bodega esta... Sáenz, donde ella trabajaba, y yo creo que he averiguado cosas interesantes pero dependiendo como vaya la investigación igual tendríamos que volver, depende, no sé.

Con algo de suspense, arrastró con el dedo una libreta sobre el cristal de la mesa de su despacho.

—¿Qué es esto?

—Su agenda de trabajo —contestó Vicente enigmático.

Cuando Jon Ander la abrió se le pasó por la cabeza lo mismo que al subcomisario cuando la vio por primera vez.

—Joder, parece un diario. Aquí hay anotaciones para dar y regalar.

—Efectivamente. Hay que leerla con detenimiento y ver qué puede tener escrito que nos pueda interesar.

—Joder es como un libro —añadió Jon Ander tocándose la barba mientras le echaba una ojeada—. Las anotaciones de trabajo terminan el miércoles, pero

hay más notas escuetas en los días siguientes: recados y cosas que tendría que hacer después del fatídico día. Pero donde hay información y frases enteras es en los días anteriores.

—Yo le he echado un vistazo y parece que esta mujer escribía en la agenda lo que tenía que hacer en días sucesivos y cuando ya habían pasado escribía comentarios sobre lo sucedido —explicó el subcomisario Vicente—. Pero es aleatorio. A veces no escribía. Hay muchas páginas sin anotaciones. No es muy lógico, a veces escribía y a veces no.

—Puede ser, habrá que leerlo en profundidad. Y además tiene una letra típica de mujer muy redondita y muy legible. Eso facilitará las cosas —añadió Jon Ander.

—Bueno, pues ya sabes. A por ello.

—El último día había quedado con su novio para celebrar por adelantado su cumpleaños.

—Sí, lo he leído. Pero ese dato no sitúa necesariamente a nuestro desaparecido en el escenario del crimen. Y no hemos encontrado nada que indique que estuvo en el piso a pesar del exhaustivo registro en el domicilio de la enóloga.

—No, nada, y en el piso de él tampoco nada significativo. El ordenador estaba lleno de películas pirateadas y por la fecha del disco duro, nos han dicho los informáticos que el aparato era relativamente nuevo. De hace unos seis meses. Y después también he encontrado algunas fotos de ellos dos juntos. El ordenador de la enóloga, que también buscamos en el piso de Roberto por si pudiera estar allí, sigue sin aparecer. El que encontramos en su casa es el de Roberto, lo sabemos por toda la información que hemos encontrado en relación a su trabajo: nominas, técnicas de manejo de cámaras de video, en fin, todo lo relacionado con su profesión. Si queréis miramos las fotos.

Arkaitz abrió su portátil y enseñó parte de la información recogida del ordenador de Roberto. Los dos compañeros se acercaron y vieron pasar las fotos con detenimiento.

—Esta es la foto que está fechada más tarde. La última que subió al ordenador, en concreto la semana pasada y que en mi opinión nos dará una imagen muy aproximada de su aspecto actual. Mirad.

En la foto se podía observar a Roberto con barba de una semana. Estaba distinto a como salía en la primera que vieron y que les enseñó su padre Benito. En esta otra se encontraba en lo que parecía un estudio de televisión cogiendo del hombro a una mujer. Ambos sonreían con sinceridad, la curva perfecta que dibujaban sus bocas mostraba que no mentían, que la sonrisa no era falsa. Se les veía a los dos contentos. Él portaba unos arneses de cuero rodeando su torso, que lo cruzaban de forma singular.

—¿Qué lleva encima?

—No lo sé, podrían ser las sujeciones para anclar la cámara a su cuerpo.

—Sí —dijo Vicente—, es eso.

El detalle daba a su portador un aspecto de gladiador romano que aumentaba aún más su corpulencia. La mujer le pasaba el brazo por detrás y su mano izquierda asía una de la cinchas de cuero grueso que cruzaban su pecho. Ella era bajita y llevaba la melena recogida.

—¿Qué lleva en la mano?

—Parece una gasa redonda y blanca pero parece que en el centro pierde color, ¿no?

—Sí, de las que se usan para maquillar o desmaquillar —añadió Arkaitz.

—Sí, creo que es un disco que se usa para quitar los potingues que te ponen en la cara para dar buena imagen ante las cámaras.

—Entonces, ¿quién será la mujer que lo acompaña?, ¿la maquilladora?

—Alguien que trabaja con él —aseguró el subcomisario—. ¿El fondo de la foto te recuerda al lugar en el que acabas de estar? —preguntó Vicente mirando a Jon Ander.

—Solo he estado en el despacho de la jefa de producción. Y eso parecen los sets de grabación —contestó Jon Ander—. Atrás está oscuro pero se pueden adivinar estructuras de madera de decorados, ¿no?

—Podría ser —respondió Arkaitz.

Los tres policías intentaron retener la imagen de los dos.

Pasaron varias fotos más pero no les dieron importancia. Había muchas, con bastante gente y de tiempo atrás.

—Vamos a quedarnos con la más reciente para intentar averiguar quién era —decidió el jefe—. Y esto es fácil. Se la mandas a la jefa de Roberto por correo electrónico y que te diga a ver si la conoce. Y bueno, ¿cómo te ha ido con la tal... Ainhoa?

El joven oficial resopló.

—Sí, Ainhoa. Los pabellones industriales inactivos me producen sensaciones poco agradables, parece una bobada pero es así. O sea que la entrevista no fue fantástica, que digamos.

—Cualquiera que te oiga no diría que eres policía. —Sonrió Arkaitz.

—Bueno, no he dicho que tuviera miedo, simplemente que son sitios que no me gustan. Y en cuanto a la tía, muy esquiva. No me dio buen rollo desde el principio, pero sin más, no podría decir que fue borde pero casi. Y con una presencia física que imponía. Estaba trabajando en domingo y sola en todo el enorme edificio. Me ha dicho que Aitor Zubillaga, el cocinero, se encuentra fuera, de viaje, y hasta la semana que viene no regresa. Y que no sabe nada de nada. Le he sacado que Roberto estuvo trabajando hasta el jueves a las cuatro de la tarde y se marchó en su coche. Que no observó nada extraño y la grabación del programa de cocina transcurrió con normalidad. Y ha echado pestes de la

grabación del sábado en la que tuvieron que sustituir a Roberto de mala manera. Se ha cagado en su puta madre, palabras textuales. Yo le he seguido preguntando y, como es un sitio un poco apartado, he hecho hincapié en saber quién fue la última persona que estuvo con él; le he pedido la lista de las personas que no tienen coche por si alguna de ellas le hubiese acompañado. No será difícil saberlo porque el *parking* del estudio está plagado de cámaras de seguridad. Ya he pedido las grabaciones, mañana las tendremos —concluyó Jon Ander.

—Bien. Y si por un casual no vemos las imágenes, simplemente preguntando a sus compañeros podríamos saberlo.

—Sí, claro. Él tiene un coche antiguo que es con el que va a trabajar —añadió Jon Ander.

—Sí, tenemos la matrícula y el coche no se encuentra en el garaje. Lo he confirmado hace un par de horas con su padre, Benito. La plaza de garaje era propiedad de su padre, hemos entrado y el hueco estaba vacío —informó Arkaitz.

—¿Podría haber tenido un accidente de tráfico y estar tirado en alguna cuneta? —preguntó Jon Ander.

—Por ahora puede ser cualquier cosa —contestó el subcomisario con cara de circunstancia.

—¿Qué tenemos del teléfono de ambos?

—Mañana nos dan los movimientos de los dos. Son de distintas compañías. No tenemos ninguno de ellos pero sí sabemos sus números y a través de ellos sabremos datos.

—Los necesitaríamos ya —instó el subcomisario.

—Volveré a llamarles —contestó raudamente Arkaitz—. Por cierto, me han mandado los análisis del vino que estaban bebiendo en el momento del asesinato de Esperanza. Es VVV. He estado investigando sobre la bodega y sobre este vino en particular. Un vino muy caro y exclusivo. Lo hacía ella. Es de Bodegas Sáenz que no solamente elabora ese. Hay otros dos: Viña Araceli y Bodegas Sáenz Heredad. Y creo que incluso un par más. He estado informándome y VVV está considerado un mito. Una leyenda de la enología. —Vicente y Jon Ander le miraron con atención—. Uno de los vinos que más se valoran en el mercado dependiendo de las añadas. El que estaban bebiendo no era antiguo pero sí muy valioso. He leído que el vino se elabora seleccionando las uvas una por una. Las dejan macerar enteras y si se les rompe alguna al sacarla del hollejo la rechazan y la destinan a otra de sus no tan exclusivas. Hacen solamente unas dos mil botellas que numeran a mano y firma el dueño de la bodega de su puño y letra. Un tal Julián Sáenz.

—Pues tardará un rato en firmarlas —soltó Jon Ander.

Vicente asintió cuando oyó el nombre.

—Julián es una de las personas con la que he estado hablando esta mañana —añadió el jefe.

—Y lo más divertido es que casi no se encuentra en el mercado. Está todo vendido de antemano: a restaurantes y a particulares rusos, japoneses, mexicanos y chinos. No sé si será verdad, pero alguna de las añadas se sitúa en el mundo de las subastas millonarias y se rumorea que hace exactamente tres años, en una casa de subastas londinense muy conocida se llegó a pagar más de trescientos mil euros por una botella, doble magnum VVV de 1964 —explicó Arkaitz.

Jon Ander se encontraba absorto en la agenda de la enóloga y pasaba las hojas con detenimiento pero cuando oyó la cifra se incorporó de un salto sobre su asiento sin decir palabra.

—Cuando acabemos sigues leyendo —dijo el jefe dirigiéndose a su subordinado. Este cerró la carpeta con rapidez—. Sí, por algunos vinos puede llegar a pagarse una barbaridad debido a la excentricidad de alguien que quiere tenerla en su bodega. Y la mayoría de las veces simplemente por el placer de enseñarla, no para beberla; solo para demostrar que es de su propiedad. También por la sensación de tener un fragmento inmortal de historia entre las manos.

—Yo eso no lo he entendido nunca. Cómo te puedes llegar a gastar esa pasta... —opinó Arkaitz.

—Es difícil entender las aficiones del vecino. Yo no entiendo por qué tú te gastas el dinero en viajar a ver los partidos de fútbol de tu equipo por Europa —agregó Vicente—. Y tú en cambio no entenderás por qué yo lo invierto en ir a grandes restaurantes. O tú, que te vas a coger olas a sitios muy lejanos porque dices que son las mejores olas del mundo. Es normal. El valor de las cosas es el que tú quieras darles. Una botella de vino vale lo que tú estés dispuesto a pagar por ella. Es muy sencillo.

Sus compañeros asintieron con la cabeza. Arkaitz siguió hablando.

—Todas las copas contenían el mismo vino y el derramado por la alfombra y el sofá así como el que quedaba en la copa rota también era el mismo. Todos los restos pertenecían a VVV del 2014.

—Qué desperdicio —musitó Jon Ander.

Sus compañeros le miraron de reojo y él hizo un gesto de callarse. Durante unos segundos nadie habló.

«Y desperdiciarlo para asesinar a una mujer, la que puede dar vida —pensó Vicente—. Derramar el vino máspreciado para segar con crueldad la vida de una persona enamorada de su trabajo. Una combinación de horror y placer derramada sobre la madera de aquel piso. La sangre destinada a crear vida, qué premisa más cristiana» .

—Había más botellas en la casa y casi la mitad eran de Bodegas Sáenz. Pero no había más VVV. Era la única botella. Las demás eran otras denominaciones de la misma bodega —terminó el oficial Arkaitz.

—Mañana a primera hora nos reunimos para ver en qué hemos avanzado. —

Ambos asintieron con la cabeza—. Recordad las tareas. La agenda de trabajo de la enóloga; reconocer a la persona de la fotografía, que parece una compañera de trabajo, y ponerse en contacto con ella; los móviles de ambos: mirar sus movimientos e identificar las llamadas que hicieron los dos y también las que recibieron; terminar de revisar el único ordenador que tenemos, que es el de él; comprobar el listado de la gente que no tiene coche y pudiera haber estado con Roberto cuando este asistió al trabajo por última vez. Las cámaras de seguridad del *parking* de EZCOM también nos serían útiles. Y no os olvidéis del disco duro que he encontrado en la habitación que tenía Esperanza en Marbil y de la cámara de fotos, aunque esta última creo que estaba sin tarjeta de memoria. La traje por si había algo en el propio disco duro de la cámara.

—Sí —contestaron al unísono.

—Igual podría haberle asaltado alguien en el *parking* —aventuró Jon Ander.

—No sé, no sé. Todos los aeropuertos y controles tienen la foto de Roberto. Espero que este tipo no se nos escape.

El silencio duró unos segundos.

—Yo voy a hacer que cotejen el ADN del feto con el de Roberto a través de su padre, Benito, o de alguna prenda que podamos conseguir de nuestro desaparecido amigo. Recuerdo que me habéis dicho que estaba la cama sin hacer y las fundas de almohadas con saliva son una buena reserva de ADN. Pero eso nos llevaría bastante más tiempo que si le encontramos a él directamente — argumentó el subcomisario.

Los tres ertzainas se miraron con fijeza, enmudeciendo al imaginar al pequeño nonato del tamaño de una alubia, pero del que ya podía distinguirse algún detalle.

Solo Vicente habló.

—No sé cuándo voy a decírselo a su padre Benito. Se pondrá muy triste. Podría haber sido su nieto. Pero eso hasta que no lleguen las pruebas no podemos confirmarlo.

Vicente se acercó a su casa y miró el reloj de muñeca. Eran las nueve y media de la noche del domingo 30 de septiembre y Donostia respiraba un calor fuera de lo normal para estar a las puertas de octubre. El año 2018 había sido extremadamente frío en invierno y el verano un poco más caluroso que la media.

Abrió la puerta del descansillo y percibió en el ambiente un aroma que deseó que saliera de su piso. Jugando con las llaves en su mano, a medida que se acercaba a la puerta se iban materializando sus esperanzadoras sospechas. Y cuando esta cedió a los requerimientos de su llave, el bofetón de aromas en su nariz lo acabó de confirmar. La cerró y avanzó por el pasillo hasta la cocina guiado por el olor que su nariz captaba. Su mujer se acercó y lo besó en los labios mientras su hijo Alberto le recriminaba la hora de llegada.

—Son las diez menos cuarto, íbamos a empezar sin ti.

—No seas mentiroso que la protagonista está aún por llegar —replicó mientras buscaba raudo ratificar la información en los ojos de su mujer. Esta se afirmó con la cabeza.

En ese mismo instante sonó el telefonillo interior del portero automático. Françoise abrió y terminó de poner la mesa.

—¿Qué tenemos de menú que huele tan bien? —preguntó el subcomisario.

—Lo irás viendo a medida que te lo vaya dando. Es una cosa muy sencilla.

—Me dan subidón tus cosas sencillas —bromeó su padre.

—¿Dónde está tu abuelo?, ¿todavía no ha venido? —preguntó extrañado.

—Está en la sala leyendo —dijo su mujer.

Vicente entró en la sala y vio a su padre sentado leyendo un grueso libro.

—Buenas noches *aita*.

El anciano levantó la cabeza y saludó mientras cerraba su lectura.

—Hola Vicente. ¿Has estado trabajando hasta ahora?

—Sí. Tenemos mucho lío.

—¿Es por lo de la enóloga?

—Pues sí. Nos está dando un buen quebradero de cabeza.

—Sí, no se habla de otra cosa en esta maldita ciudad. ¿Tenéis algo o a alguien entre manos?

El oficial contestó evasivo, como siempre que le hacían preguntas relacionadas con su trabajo.

—Sí, tenemos algo pero tampoco es mucho. Está siendo un caso complicado.

—Ya. Pues y a podéis daros prisa porque las opiniones son muy críticas.

Vicente prefirió no contestar a tan cruda afirmación porque sabía que era verdad. Lo que se decía en todos los medios de información cercanos era preocupante. Nada más terminar la reunión con sus compañeros había ojeado

periódicos digitales y sus comentarios eran meramente especulativos. « No hay que hacer mucho caso de lo que escribe la gente —pensó—, pero estos reflejan el sentimiento general; que si había una banda organizada que cometía asesinatos por encargo; que si era una venganza... Y eso que solo he leído los primeros. Una mujer joven asesinada, absurdamente degollada, no es buena publicidad para nadie. Ni para la imagen de la ciudad y menos para los que habitan en ella» .

—Qué libro tan gordo estás leyendo.

—Es de hace unos años —contestó Martín distraído.

—¿Cómo se titula?

—*El corazón helado*. Es de Almudena Grandes. De hace ya once años. Esta es la edición de bolsillo y está muy bien. Algunos pasajes son increíbles. Lo había ido dejando y mira por donde es de esos libros que no debes dejar de leer. ¿Quieres que te lo pase cuando acabe?

—Vale.

—¿Qué estás leyendo ahora?

—Lo mío es novela negra, ya sabes.

El abuelo lo miró con sorna.

—No dejas nunca de trabajar, ¿eh?

Su hijo emitió una risilla forzada como respuesta.

—Es un libro de hace cuatro años. *El aroma del crimen*. Me lo pasaste tú, ¿te acuerdas?

—Ah sí. Ese era el que transcurría entre restaurantes, en el mundo de la gastronomía.

—No me adelantes nada *aita*, por favor.

—Vale, vale. No digo nada. Recuerdo que era sencillo pero bueno.

Se oyó la puerta de la casa abrirse y padre e hijo escucharon la cariñosa felicitación de Françoise a la novia de Alberto.

—Creo que ya estamos todos —dijo Vicente dejando a su padre en el sillón.

—Felicidades Amaia —fue el sencillo saludo acompañado de dos besos que recibió del padre de su compañero.

—Disculpareis el retraso, he salido muy tarde del trabajo. Todo el mundo quiere aprovechar el calorcito que nos está regalando el otoño y la terraza se nos ha llenado hasta los topes.

—Venga no importa, vamos a cenar. ¡Martín!, ¡te estamos esperando! —gritó Françoise.

Cuando este llegó felicitó a Amaia con dos besos.

—Ya sabes, que cumplas por lo menos los míos y que seas muy feliz hasta conseguirlo.

—*Aitona*, ¿siempre has felicitado de la misma manera?

—No, no, así solo lo puedes hacer si tienes cierta edad como yo. Si no, es un poco forzado. —Sonrió Martín—. ¿Qué tenemos de menú? —añadió.

—Es sorpresa. Sentaos, que empezamos.

—Sí, yo tengo hambre —dijo el abuelo.

En cuanto estuvieron sentados todos los miembros de la familia, Alberto comenzó a sacar los platos. De primero, unos higos rellenos de foie con trocitos de avellana que hacían contraste y complementaban la mordida. Los acompañaba una vinagreta delicada de cáscara de yuzu muy cítrica y perfumada a la vez que ácida, ideal para levantar el conjunto. No era fácil conseguir yuzu pero a veces podía llevarse a casa productos inusuales que llegaban al restaurante.

—¡Por Dios, qué bueno está esto!, ¿y solo has preparado dos higos por barba?

—Tranquilo abuelo, que luego hay más cosas y si os llenáis con el primero no querréis probar el resto. ¡Ostras, el vino! —exclamó de repente Alberto—. Lo he puesto en el frigorífico un rato porque en esta casa hace un poco de calor y me ha parecido que le sobran un par de grados. Espero no haberme pasado.

Se dirigió a la nevera y sacó una botella magnum.

—¿Qué es eso? —indagó desde la distancia su novia—. No lo veo bien. ¿No será un VVV?

—No, no, a tanto no llegamos. —Rio Alberto—. No gano tanto dinero en el restaurante.

Alberto empezó a descorcharla con cuidado, dejando a la vista el gollete. Los cuatro miraban en silencio la operación. Su padre se quedó mirando con excesiva fijeza cómo pasaba a su alrededor la navajita del sacacorchos. La similitud fue tan grande que Vicente tragó saliva y cerró los ojos por unos segundos. Incluso el ruido del filo contra el vidrio le pareció más agudo de lo que era habitual. La botella, con el capuchón del cuello degollado, se mantuvo erguida sobre la mesa esperando a que su hijo extrajese el corcho.

—Pero dínos qué es, no nos tengas en ascuas —le instó su madre.

—Es un mágnun, no una bordelesa; el envase en el que mejor se conserva el vino. Con un litro y medio el vino se guarda mejor que con la medida normal de tres cuartos de litro.

—Eso ya lo estamos viendo. Venga, al grano —ordenó su abuelo uniéndose a la expectación en torno a la botella.

—Tendríamos que haberla abierto antes para que se fuera oxigenando —comentó Alberto.

—Ya no hay vuelta atrás. Ábrela de una vez —instó con pragmatismo Françoise.

—¡¿Nos quieres decir que es?! —soltó el abuelo perdiendo la paciencia.

—Viña Araceli del 2013. VA. El segundo vino más importante de las míticas Bodegas Sáenz.

—Es un vino alucinante —exclamó su madre sin dejar de mirar absorta la botella.

—Sí, sí, pero es un Bodegas Sáenz. Tú estás majara —le dijo su padre—. ¿Cuánto te ha costado eso?

Françoise cruzó una mirada con su marido mientras intentaba restar importancia al comentario.

—Tiempo y dinero —respondió su hijo poniéndose a dar unos pequeños pases de baile mientras la cogía y enseñaba la botella al respetable—. Tiempo porque no la encuentras en cualquier lado y dinero..., por razones obvias. Tiene, ni más ni menos que 98+ puntos Parker. Es la hostia. La puntuación más alta dada a un Rioja, sin ser la primera marca de la bodega en la historia de los puntos. La del VVV sería aún mayor.

—¿Está a la temperatura adecuada? —preguntó Amaia.

—Yo creo que sí —dijo a la vez que ponía la mano sobre la superficie de vidrio. Pero no contento con eso, sacó con rapidez de uno de los cajones un termómetro. Los cuatro comensales miraban ahora en silencio la determinación del joven. Pegó algo que parecía un trozo de plástico al cristal de la botella y en un par de segundos obtuvo la información que necesitaba—. Está en su punto. Marca..., diecisiete grados. Perfecto. Ahora se abrirá y se oxigenará en la copa. Es un vino para morir.

Se acercó a la mesa y comenzó a escanciar el preciado caldo. Y fue entonces cuando, al acercarse a su padre y servirle en su copa, la etiqueta de Viña Araceli provocó un cortocircuito en la mente del subcomisario. Y cuando terminó de servir su copa, la sensación fue aún más fuerte. Por unos segundos recordó el largo día que había tenido y como colofón a la inquietante jornada de trabajo se encontraba con una mueca burlona del destino. Una premonición como para dejarlo, momentáneamente y sin una explicación lógica, con la carne de gallina. Una voz en su interior pareció decirle: «Para que no te olvides de la enóloga tumbada en un mar de sangre, abierta su garganta como si la hubieran descorchado en un ritual macabro; la melena oscura coloreada por su propia melanina y los taninos del vino; rígido su cuello como un corcho negro, la postura imposiblemente cruel. El escenario de un vino mortal. El del vino más caro y prestigioso que se pueda encontrar en este país». Y su imaginación voló hasta la esquiva Araceli porque vio su nombre en la etiqueta, escrito sobre la silueta de la casa, pequeña pero con el tamaño suficiente como para reconocer que era Marbil. La mansión de los Sáenz le sonrió de manera mágica, casi burlona.

Todos los invitados miraron sus respectivas copas al trasluz. Bebieron casi al unísono un sorbo de vino después de olerlo en profundidad varias veces y agitar levemente la copa para apreciar los aromas secundarios del caldo. La escena recordó a un ballet acompasado. Retuvieron el vino en la boca y metieron aire al mismo tiempo para apreciar lo mejor del zumo de uva; una maniobra fácil y sencilla para cada uno de ellos que, sin embargo, hubiese provocado toses en los no iniciados.

—Está increíble —susurró Amaia desde el ímpetu de su juventud rompiendo el silencio.

—Tiene una lágrima alucinante. Un verdadero llanto se pega a las paredes de la copa. —Sonrió Françoise—. Tiene toques de vainilla y algo tostado —agregó la mujer—. Y el color rubí con matices teja es increíble —afirmó mientras contemplaba la copa que contrastaba con la superficie blanca del mantel.

—Está fenómeno, pero tampoco puedo decir más —sentenció el abuelo apurando su copa—. A mí me gusta comer pero sin tanta hostia. Vosotros estais pirados con el asunto del yantar. No sé de quién será la culpa si de Françoise o de Alberto, pero antes Vicente no era así.

Alberto miró cómplice a su abuelo.

—En la etiqueta dice que no está filtrado y que por eso puede tener algún poso —leyó Amaia.

—Ahora no filtran a no ser que por alguna extraña razón sea estrictamente necesario —explicó Alberto.

El segundo plato consistió en un *txangurro* gratinado sobre una crema muy ligera de coliflor y anises que daba al conjunto un perfume sutil. Muy caliente.

—Este plato, a pesar de que el cumpleaños no es el tuyo, lo decidimos incorporar Amaia y yo porque sabemos que te gusta mucho, *aitona*.

—Queridísimo nieto —dijo Martín exagerando el tono—. Este plato es de lo mejor que tienes en tu repertorio. Está riquísimo. No soy un entendido pero entre todos me estais contagiando. La fuerza del marisco combinada con la delicadeza de los anises es alucinante.

Cuando terminaron Alberto sirvió el bacalao fresco salado diez minutos por él mismo. Una curiosa técnica para realzar el pescado fresco. Rápida, sencilla y muy resultona. El pescado presentado sobre una vajilla de sal hecha por el propio Alberto. Y después unas malvices guisadas el día anterior, con un puré de pera Williams y canela que enlazaba en aromas con la de la cassia del postre: una torrija de mango con el aroma de la corteza en cuestión. Y para rematar la cena los bombones de cereza. Fue entonces cuando abrieron la botella de cava rosado Freixenet Elyssia Pinot Noir a siete grados y brindaron por la protagonista. Las burbujas de espumoso desaparecieron con la misma rapidez con que llegaron a la fría copa aflautada. Cuando terminaron con los dulces llegó el momento de los regalos. Tres paquetes. Uno de Alberto, otro de Françoise y de Vicente y un tercero del abuelo Martín.

« Este último no lo tenía previsto » , pensó Françoise.

Amaia agradeció los presentes con una sonrisa.

—Este es el nuestro —dijo la francesa señalando el paquete más pequeño.

Cuando Amaia lo abrió, el collar de plata con una pequeña esfinge azteca reflejó suavemente las luces halógenas de la cocina.

—Tú, *ama*, siempre barriendo para casa —comentó Alberto risueño.

—¿Te gusta? —preguntó Françoise.

—Me encanta. Las figuras aztecas son increíblemente bellas. Muchas gracias —contestó Amaia con un ligero sonrojo en las mejillas—. Es precioso. *Eskerrikasko* —repitió— *egitan*. —Se levantó y se dirigió hacia el espejo que había a la entrada de la casa. Situada ante él se colocó el collar en el cuello para comprobar el efecto.

—Bueno, ¿no vas abrir los demás regalos? —gritó Alberto.

Cuando volvió a la mesa abrió los otros regalos: dos libros. El primero titulado *El celador incorpóreo*. El otro un poco más gordito llevaba por título *Herencia ósea*.

—El segundo es el mío —aclaró el abuelo—. Pero primero tienes que leer el que te ha regalado Alberto. Forman parte de una trilogía. Y la autora es de aquí, de Donostia. Novela negra pura, verás cómo te gustan.

—Muchísimas gracias a todos. De verdad —dijo la joven mientras ojeaba ambos volúmenes.

—Martín, usted tiene una profesión que me da envidia —añadió de sopetón Amaia mientras sostenía los libros en la mano.

—Vale, pero no me trates de usted. Yo solo lo utilizo cuando alguien conocido me cae mal, para distanciarme de esa persona, para poner un muro protector —apostilló el anciano.

Los otros tres componentes de la mesa le miraron con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Desde cuánto hace que tienes la librería? —insistió en el tema la joven.

—¡Uy!, ya no me acuerdo —contestó Martín mientras apuraba la copa de cava. Su lengua se soltó ayudada por el vino y las burbujas—. A ver, pues ya va a hacer casi... La inauguré cuando Vicente tenía tres años y eso fue en 1968 y han pasado ya cincuenta años. Joder a qué velocidad va el tiempo. Tengo la sensación de haber pasado mi vida entre esas cuatro paredes. De hecho si he viajado tan poco ha sido porque entre esos muros me he sentido tan bien y he viajado tanto con la imaginación que apenas me ha hecho falta coger un avión. —Sonrió el anciano. Amaia se quedó mirándolo con admiración—. Y antes —prosiguió Martín—, vendíamos muchos libros, vivíamos bien de lo que daba la librería pero ahora eso se ha acabado. Tampoco importa ya porque las necesidades a mi edad son mínimas. Ni pago hipoteca, ni tengo coche, y al trabajo voy andando. Y tampoco compro libros. —Rio de manera ostensible—. Los leo y los vuelvo a dejar en su sitio. Pero me niego a rendirme. Mientras pueda seguiré yendo allí cada mañana aconsejando a los que entren y haciendo migas con ellos. Es mi vida.

—¿Y cómo se le ocurrió montar una librería? —preguntó Amaia.

—Pues porque tenía dinero. Mi madre me lo dejó con una condición: que estudiase en la Sorbona una carrera. Cuando acabase podía hacer lo que quisiera

con él.

—¿Estudiaste en la Sorbona de París?

Los tres miembros restantes de la familia asintieron con sus cabezas sin decir palabra.

—Lo has contado muchas veces —dijo su nieto.

—Yo no lo he oído nunca —cortó con interés la joven.

—Pues sí, fue una cabezonería de mi madre pero fue así. Y yo accedí sin ser muy consciente de nada. Se lo agradezco mucho. Es lo más importante que hizo por mí. Incluso más que dejarme dinero para montar la librería. La pena que tengo dentro es que tu abuela —dijo dirigiéndose a su hijo Vicente—, no llegase a ver la librería abierta. Murió apenas tres meses antes de inaugurarla. Llegó a conocer incluso el local pero... Fue muy triste por tan poco tiempo.

—¿Y cómo era París en aquellos años? —insistió Amaia.

Martin resopló antes de contestar.

—Yo me fui un par de años antes del famoso 68, pero ya por entonces aquello bullía de actividad; por todas partes te encontrabas con pintores, escritores y filósofos. —Sonrió—. Fue una época muy bonita.

—¿Qué carrera estudiaste?

—Filosofía y letras, entonces se llamaba así.

—Y ¿por qué una librería?

—Por convicción plena —contestó el anciano tajante—. No hubiera sabido hacer otra cosa. Los libros son la base de todo. Todo el conocimiento del mundo empieza desde un papel. Incluso las películas esas que tanto aprecias —dijo dirigiéndose a su nieto—, muchas tienen como base un buen libro. —Alberto se lo quedó mirando sin decir palabra—. Y los comienzos fueron difíciles, no te creas —continuó el anciano—. Yo casi desde que empecé tenía un doble fondo hecho con un falso tabique donde escondía los libros.

—¿Escondías los libros! —exclamó Amaia.

La joven se iba animando según el anciano le iba dando información.

—En aquellos años había que andar con mucho cuidado y las librerías éramos un punto caliente para los *secretas* que controlaban todo. La primera vez que vinieron fue al poco de inaugurar, por el asunto del letrado.

—¿El nombre de LIBRE RÍA? ¿Ese?

—Sí, siempre se ha llamado así. Me dijeron que estaba mal puesto. Que como el letrado estaba compuesto por letras sueltas que formaban la palabra sobre una especie de raíles, tenía que tener cuidado porque parecía que la r la i y la a, se habían descolocado. Y yo me hacía el loco, claro: «Habrà sido el viento o algún temblor». Les contaba unas cosas que ahora pasado el tiempo no sé cómo no terminé mal. Y tú me ves allí, subiendo a una escalera de madera con un destornillador y ajustando y juntando las tres letras, que se suponía que se movían solas. Un cuadro. Y claro, en cuanto se largaban yo volvía a subir y las

volvía a separar. Y si volvían les decía: « ¡Es que esta semana ha hecho un viento...! » .

Amaia rio abiertamente.

—Es que claro, en aquellos años las palabra « libre » o « libertad », o cualquier derivado que tuviera esa raíz, eran tabú. Era la palabra prohibida. Y yo veía de vez en cuando pasar de nuevo a los *secretas*, que miraban hacia arriba y hablaban entre ellos. Un día en que volvieron otros que no eran los de siempre les conté que como era una calle estrecha, desde el ángulo del comienzo de la misma se veía el letrero mejor así que si estuvieran muy juntas. Y aquello les convenció —terminó el anciano riendo abiertamente.

A esas alturas la joven estaba roja del ataque de risa. Y el abuelo también. Los demás los acompañaban sonriendo, a pesar de conocer la historia.

—El caso es que como estaban obsesionados con el letrero de marras no hacían caso a los libros que aquí estaban prohibidos y que yo distribuía a los clientes de confianza que me los pedían. Tenía contacto con librerías de París que conocí en la época en que viví allí, a los que les gustaba mucho ayudarme. Uy, te ríes, pero era así. Yo nunca tuve ningún problema pero en algunas ocasiones me la jugaba. No era broma.

Amaia se secó las jocosas lágrimas con un pañuelo de papel que había sobre la mesa.

—¿Y qué libros tenías en ese zulo..., intelectual? —preguntó la joven mientras volvía a reír abiertamente.

El abuelo estaba en la gloria siendo el centro de la reunión y viendo cómo la joven y guapa novia de su nieto le prestaba más atención que los otros tres miembros de su propia familia.

—Era surrealista. Ya no me acuerdo, pero seguramente cualquiera que estuviese relacionado con los dos temas prohibidos: la política, y por supuesto, el sexo. Había muchos. Los tratados marxistas, los poetas prohibidos como Miguel Hernández... Los libros de Herbert Marcuse estaban prohibidísimos, pero si coincidía que el tipo no lo tenía en la lista, podía tenerlo en las manos y no te decía nada. Fíjate, hasta con el libro del Arcipreste de Hita, el *Libro de buen amor*, había que andarse con cuidado. Aquello sonaba peligroso. Y era un desmadre. Aquí podían prohibirlo pero igual en otra capital podías encontrarlo sin problemas. —Rio Martín.

—¿Y cómo hacías para venderlos? —intervino Alberto.

—Hombre, generalmente eran gente que conocías. Yo desaparecía unos segundos en el zulo, mantenía a tu abuela al cargo y sacaba ya el libro envuelto. Ninguna persona sabía de qué ejemplar se trataba. Anécdotas que ahora las cuentas y no te las creen. Una vez me acuerdo de que vino un tipo solo que me pareció sospechoso. Me preguntó con retintín si esto era una « libre ría » y si tenía *El manto de la época*. Un libro complicado de aquellos años. Y yo si lo tenía, pero

como no había visto nunca antes al individuo, no lo vi claro y no me atreví a vendérselo, así que me hice el loco. Le dije que no. Y el tío insistió. Pero le dije que no podía conseguirse. No volvió pero estoy convencido que aquel tipo vino a pillarme.

—Esta última parte no la conocía —dijo su hijo Vicente.

—Nosotros tampoco —añadieron su nieto y su nuera al unísono.

El abuelo jugueteó con la copa de champan vacía y dejó vagar la mirada.

—Los libros son mi vida y sus historias, las mías —sentenció el anciano. El abuelo se había convertido en el alma de la velada. La recién estrenada edad de Amaia quedó eclipsada por el relato del patriarca—. ¿Te está gustando el libro que te presté? —le preguntó a su nieto Alberto.

—Pues sí, casi lo he acabado. Es corto pero muy curioso. E incluso me ha dado una posible idea para un plato. El plato del Fufú me pareció muy interesante. No lo conocía. Y tampoco sabía que se hacía con ñame y cassava.

—Estos chavales jóvenes piensan que la cocina se encuentra solo en los libros de cocina y no en las novelas —dijo Martín dirigiéndose a su hijo y a su nuera.

—¿Qué libro es ese? —preguntó Françoise.

—Es un libro raro. No tiene autor y parece que estuviera escrito pensando en una edición de pocos ejemplares. Es una cosa extraña. Y antigua —contestó su hijo Alberto.

—Es mi tesina —afirmó Martín.

Todos los presentes levantaron la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? —espetó su hijo resoplando.

—Y ¿qué es una tesina? —inquirió su nieto con cara de extrañeza.

—Bueno, en aquel tiempo era obligatoria si querías conseguir la licenciatura. Ahora ya no. Era un trabajo realizado sobre algún tema relacionado con lo que estabas estudiando.

—O sea, una tesis —dijo Alberto.

—No, no. Era parecido pero de menor extensión y calado que una tesis —matizó Françoise.

Todos los miembros de la mesa miraron al anciano que sonreía sin decir nada. Ante la insistencia Martín se incorporó y pidió un poco más de cava. Alargó el trago al sentirse observado.

—¿Quién te editó esto? —preguntó Alberto.

—Nadie, lo hicimos nosotros mismos. Compañeros de la Sorbona con los que me llevaba bien. Tiramos veinte ejemplares con una especie de multicopista. Y con las ideas de aquel tiempo decidimos no ponerle ni autor ni título. La sabiduría no tiene dueño.

—¿Y eso?

—Pues bobadas de la época. La copia que le entregué al catedrático tenía mi nombre pero cuando la leyó y me la devolvió rehicimos un poco el texto y

quitamos el título y el autor. Le gustó mucho y me puso un sobresaliente. Era un profesor que estaba pirado, pero no más que nosotros. —Rio con ganas.

—¿Y qué título le pusisteis para enseñársela? —preguntó la joven.

Martín sonrió a todos y retuvo la frase unos segundos. Los allí presentes dudaron si se había olvidado o quería añadir unas pequeñas dosis de suspense.

—*Esclavo de tu memoria.*

La cara de Amaia mudó de la sorpresa inicial a la sonrisa de complacencia.

—Un título precioso —dijo inmediatamente—. Yo lo hubiera mantenido, no lo hubiera quitado.

—Sí que lo es —confirmó Françoise.

Martín se sintió a gusto haciendo públicos, por primera vez, parte de sus secretos. Y continuó complacido.

—No, no, no. El título, fuera. —Rio el anciano—. Entonces éramos unos radicales. « El conocimiento debe ser del pueblo. Nadie nos obliga a ser más que otro. Todos somos iguales y debemos tener acceso a la cultura gratuita y anónima ». En fin, no os aburro con los rollos que nos creíamos a pies juntillas en aquella época.

—Joder *aitona*, cada día que pasa me sorprendes más.

—Pues aprovecha, que ya no queda mucho tiempo. —Rio de nuevo el abuelo.

—¿Y qué hiciste con los demás libros?

—El único ejemplar que me queda es el que estás leyendo tú ahora.

—Joder qué responsabilidad. ¿No tienes ninguno más, abuelo?

—No, no.

—Pues habría que hacer una copia, ¿no? —preguntó el joven.

—No. Si se pierde es que se tenía que perder —contestó con seriedad Martín—. Cuando acabamos la carrera colocamos un puesto en la puerta de la universidad y...

—¿Los vendisteis? —inquirió Amaia.

—¡Qué dices!, los regalamos. La cultura debía ser gratuita. Chorradas de entonces —resopló—. No duraron mucho. Nos pusimos en una esquina y al que se acercaba y se interesaba por el libro, se lo dábamos. De hecho, el que tú tienes —dijo mirando a su nieto—, es además un ejemplar exclusivo. Es el único que se hizo en español. Lo traduje yo mismo y lo encuaderné antes de deshacernos de los anteriores, que estaban todos en francés.

Vicente escuchaba atónito la conversación sin mediar palabra. Las revelaciones de su padre habían logrado distraerle por completo de sus pensamientos.

—Creo que voy a terminar de leerlo con más ganas —concluyó Alberto después de escuchar la historia que había contado el anciano. Este a su vez quitó hierro al tema.

—Es una historia sencilla, por supuesto inventada, pero perfectamente posible, sobre una persona de raza negra que después de nacer y vivir en Estados Unidos va en busca de sus orígenes a una zona de África donde secuestraron a sus antepasados.

—Sí, Hilberto —dijo su nieto.

—Que no es más que un juego de palabras con la raíz de la palabra libertad en francés. Liberté —aclaró el anciano.

—Qué bonito —opinó Amaia.

—Yo quiero leerla —dijo Françoise tras un breve silencio.

—Yo también —dijo Vicente en tono más bajo.

—En cuanto acabes el libro me lo pasas —se unió la joven.

—Se lee fácil, tiene apenas ciento y pico de páginas. Resulta muy emotivo cuando viaja por primera vez a su tierra y...

—No cuentos nada más que todos los aquí presentes queremos leerlo —cortó su madre.

—Buscar en los orígenes es la clave para entender el comportamiento humano —sentenció Martín.

—La frase con la que empieza el libro es preciosa. La tengo apuntada aquí —dijo Alberto.

Al anciano le sorprendió gratamente que su nieto hubiera anotado la frase con la que abrió aquella tesina tanto tiempo atrás, convertida por las circunstancias en una suerte de incunable. El joven miró en su cartera. No la encontró. Se levantó, rebuscó en su cazadora y volvió con ella en la mano, con una sonrisa en su rostro. La leyó en voz alta, con entonación y cierta expresión de orgullo:

«Las personas necesitan conocer su pasado para ser libres. De otro modo, siempre serán esclavos de su presente» .

Cuando el subcomisario Vicente se metió en la cama eran ya las dos de la madrugada. Con los ojos cerrados y la mente casi en blanco por el cansancio del fin de semana, la investigación del crimen de Esperanza, quedó durante esa noche en suspenso.

Desde el fondo de su conciencia escuchó una verdad incuestionable: la distancia tan grande que le separaba de su padre Martín. Y lo lejos que siempre había estado.

Pensó que recuperar la proximidad ahora sería casi imposible, o que simplemente había llegado tarde.

Aitor y Jota salieron del despacho de la productora. Era lunes y el calor del mediodía de San José los golpeó como un bofetón de humedad y bochorno tropical. Cuando dejaron atrás el edificio se abrazaron eufóricos. No era para menos. Jota llevaba en la mano un contrato que los unía a la televisión estatal durante los próximos dos años a cambio de cien programas de un cuarto de hora de duración por el módico precio de sesenta mil euros por programa. Y los beneficios generados por los patrocinadores así como los derechos de reproducción en otros países iban aparte. Se llevarían un buen pellizco. Y para empezar enseguida, un poco antes de las Navidades.

Ambos se pusieron las gafas de sol y se subieron en una limusina de los estudios.

—Al hotel Fairmont San José, por favor.

El vehículo no tardó en atravesar las calles de la capital costarricense a pesar del tráfico reinante.

—¡Qué bien!, todo ha salido bordado —se exclamó Aitor.

Jota asintió mientras miraba distraído las calles de la hermosa ciudad de San José aunque sin dejar de apuntar detalles de la reunión en su iPad. Ahora la ciudad aún le parecía más bonita.

—En cuanto llegue me voy a echar un ratito en una hamaca junto a la piscina —dijo Aitor suspirando mientras se apoyaba en el reposacabezas del impresionante vehículo en el que viajaban. Y primero voy a llamar a Alex.

—¿Quién es Alex? —preguntó Jota.

—El cocinero que se encarga de las grabaciones. Ya lo conoces.

—Sí, sí, ya sé quién es.

—Él diseña todos los platos y quiero que se encargue de organizar aquí el equipo, el diseño y todo eso. El día anterior a nuestra partida me dijo con toda ceremonia y misterio que quería hablar conmigo.

—¿Y?

—Pues nada, me pidió por favor que me acordase de él si salía esto de la televisión costarricense. Que le apetecía un montón organizarlo y pasar una temporada aquí. Y cambiar de aires.

—¿Y qué le dijiste?

—Al principio no me gustó la idea porque él controla todo el tema gastronómico de EZCOM, allí en casa, y claro, tendría que sustituirlo. Y además se lleva bien con la jefa, Ainhoa, lo cual es algo a tener en cuenta, porque la jefa es como es —dijo mirándolo y enarcando las cejas sobre sus gafas de sol.

Ambos rieron abiertamente.

—¿Y al final qué?

—Pues nada. Le dije que sí. Que contaría con él si esto salía. Y ahora le voy

a llamar para darle la buena nueva. Se va a poner muy contento.

—Aitor, eres un puto pedazo de pan. —Sonrió Jota.

—Yo creo que es egoísmo —dijo riéndose—. Cuanto más contenta tenga a la gente que trabaja para mí, más efectiva será. Así de simple. —Rio con descaro.

Al llegar al hotel la limusina se detuvo ante la puerta del llamativo vestíbulo del establecimiento. Las fuentes de agua que rodeaban la entrada alcanzaban una altura considerable. Una persona les abrió la puerta y ambos notaron la diferencia de temperatura entre el calor de la calle y la fresca del interior. El aire acondicionado hacía descender la temperatura drásticamente conforme se internaban en el edificio.

Los rayos del sol atravesaban los cristales del enorme hall del hotel con inusitada fuerza. El frío que dominaba en el enorme espacio ganaba la batalla al astro en cuanto a grados pero la brillante luz solar desmentía la impresión de gelidez y recordaba a los visitantes que se hallaban en una zona tropical.

—¿Lo celebramos? —preguntó Aitor a su acompañante con gesto de complicidad.

—Vale, nos cambiamos y nos vemos en la piscina. Yo tengo que hacer unas cuantas llamadas telefónicas. No creía que lo querían tener ligado tan pronto. En cuestión de mes y medio como mucho, tenemos que estar de vuelta aquí. Hay que organizarlo todo.

—Perfecto, y yo también haré un par de llamadas. Seguro que Roberto ya ha aparecido. Estoy convencido.

—Seguro que sí, estate tranquilo, allí ya está anocheciendo y probablemente mientras hemos estado en el avión ha aparecido. En España serán las ocho de la noche. Es buena hora para llamar.

Ambos se despidieron citándose media hora más tarde. Cuando Aitor entró en la *suite* se quedó mirando las frutas de cortesía, el champán frío y los pequeños pasteles de crema y chocolate que se acumulaban en una esquina de la antesala de su inmensa habitación. Se tiró en la cama tamaño gigante y se quitó la camiseta. Estiró el brazo y cogió el teléfono. Marcó el número de su domicilio. El aparato tardó en dar la señal de línea pero cuando lo hizo apenas tardaron dos tonos en contestar.

—Hola, soy Idoia Zubillaga, ¿quién es? —sonó una voz tan aguda como repipi e infantil.

—Soy el *aita*. ¿Qué tal estás?

—*Kaixo aita*. Me iba a ir a la cama —contestó mientras se oían de fondo los grititos de su hermana demandando el auricular para ella.

—¡Déjame lo he cogido yo antes!

—Déjale un momento a tu hermana Naiara —le dijo su padre intentando controlar la situación en la distancia—. Y luego hablamos tú y yo.

—Vale de acuerdo.

Aitor oyó cómo Idoia amenazaba a su hermana para que estuviera poco rato.

—¡Solo un momento! ¡Y luego me lo devuelves!

—*Aita, aita* —dijo su hija Naiara excitada—, he terminado de pintar la habitación de Petra.

—Qué bien. ¿Y de qué color la has pintado?

—Rosa.

—¿Y has terminado de hacerle la camita?

—Sí, está casi acabada. Ahora le estoy haciendo una almohada.

—¿Y le vas a poner también manta?

—Sí, para que no pase frío.

—¿Y la muñeca de tu hermana?

—Es Casilda y le está haciendo una bañera, la mía es Petra. *Aita*, ¿cuándo vas a venir?

—Pero si acabo de llegar —contestó su padre riendo—. Enseguida, a finales de esta semana y a estoy de vuelta.

—¿Y qué me vas a traer?

—Será una sorpresa. No seas impaciente. Venga, pásame a tu hermana.

Esta se puso de nuevo con rapidez.

—Bueno Idoia, cuidado con el color que escojas para pintar la habitación de Casilda. Tiene que combinar con las paredes del resto de la casita.

—Sí, casi la he acabado, está quedando muy bonita. Me ha ayudado la *ama*. ¿Cuándo vuelves?

—Enseguida. No te preocupes, que para cuando termine la semana estoy allí de vuelta —repitió el cocinero—. Y ahora pásame a tu madre.

Se oyeron las vocecitas de las niñas chillando desde su habitación hasta que, por fin, la voz calmada y profunda de Ana respondió desde el otro lado de la línea.

—Hola Aitor, ¿qué tal el viaje?

—Bueno, cansado, pero he dormido muy bien. Estamos en un hotelazo de ensueño. ¿Qué novedades tenemos? ¿Ha aparecido este?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y Aitor pudo sentir cómo se transmitía la tensión desde un lado a otro del océano.

—Yo no sé nada nuevo.

—Le dije a Ainhoa que te llamase si había novedades.

—Aquí no ha llamado nadie —mintió Ana—. Será que no las hay.

—Intentaré localizarla y si se sabe algo te llamaré de nuevo.

—Yo me voy a meter en la cama en una hora. Aquí son casi las nueve —respondió cortante—. He tenido un lunes ajetreado.

—¿Estás bien?

—Sí, algo cansada pero nada más.

—¿Se sabe algo de Esperanza, han pillado ya a alguien?

—Los periódicos no están diciendo nada nuevo. ¿Has firmado el contrato?

—Sí, sí, ya te contaré. Con unas condiciones muy buenas.

—Me están llamando las niñas, que hoy están de un empachoso inaguantable.

Te voy a dejar.

—Vale —dijo Aitor—. Te quiero.

—Adiós —contestó Ana secamente.

La escueta conversación con su mujer le dejó una sensación de distancia mucho mayor que las más de ocho mil millas náuticas que separaban la ciudad de San Sebastián de la de San José. Contempló el teléfono con aire dubitativo. Las horas transcurridas se sumaron de repente al de por sí agotador *jet lag* y sintió cómo el aire acondicionado le provocaba carne de gallina, mezcla de cansancio y de miedo. La mente le jugó una de las suyas y por unos instantes vio a Roberto tal y como estaba el último día de trabajo que compartieron. El estúpido jueves pasado, filmando unas espinacas con bechamel que acompañaban a un lenguado en una versión más ligera de una receta mítica: el lenguado florentina. Vio a Roberto nítidamente frente a él, moviéndose a su ritmo, sin perder uno solo de sus gestos: picando la verdura, montando la salsa holandesa, fileteando el pescado. Era tan real que casi podía tocar su barba de una semana, su desmedida corpulencia, sus grandes dedos cambiando el enfoque del teleobjetivo. Y sentir su respiración cercana mientras los arneses de su complicada cámara le abrazaban el pecho con la misma intensidad con que lo debieron hacer los brazos de su novia Esperanza cuando hacían el amor en su casa; la misma Esperanza que encontraron sin vida y que ahora yacía muerta en la mesa de algún tanatorio extraño. Quizá ya enterrada. Y aquella visión le recordó también la primera vez que vio a Roberto cuando acababa de salir de la prisión. Con su juventud interrumpida y el paso por la cárcel dibujado en su rostro, en su pelo corto, en la ausencia de barba y en su lívida delgadez. Muy diferente a su imagen de los últimos años, desde que estaba a sus órdenes en su empresa EZCOM.

Por vez primera desde que empezó el asunto tuvo la sensación de estar equivocado y pensó cerrando los ojos, sentado en la esquina de la enorme cama, que Roberto bien pudiera estar muerto en alguna cuneta, o en algún lugar de difícil acceso o en casa de un desconocido o..., acribillado a balazos en un despiadado ajuste de cuentas por haberla pifiado en algún trabajito anónimo. O, en este último caso, tal vez había utilizado sus ahorros para poner un océano de por medio y perderse para siempre en algún lugar remoto. En aquel mismo momento supo que igual Roberto no volvería a aparecer nunca. Que pasaría a engrosar esas crueles estadísticas de gente que, sin explicación lógica alguna, nunca más vuelven a aparecer. O que simplemente jamás lo encontrarían con vida.

Ninguna de las dos opciones le pareció tranquilizadora de modo que, tumbado en la cama *king size*, volvió a marcar mecánicamente en el teclado del teléfono,

en un intento de disipar los oscuros pensamientos que estaban calando con fuerza en su estado de ánimo. Desde el otro lado de la línea la voz de una mujer respondió casi al primer tono.

—Hola.

—Te oigo fatal, ¿quién eres?

—Soy Aitor.

—Hola, hola, voy a moverme hacia el balcón a ver si mejora la cobertura.

—¿Ainhoa?

—Sí, ahora mejor.

Fue directo.

—¿Sabemos algo de nuestro cámara?

—Nada de nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Y además ha estado la policia por aquí.

—¿Cómo?

—La policia, joder, la Ertzaintza, ¿de qué te extrañas? —bufó la mujer dejándose caer en el sofá de su casa—. Un policia joven estuvo tocándome la vaina y haciéndome preguntas. Un pesado. Parece ser que la última vez que se vio a Roberto con vida, que tengamos constancia, fue el jueves a la tarde cuando terminamos de trabajar, a eso de las cuatro. El dichoso Robertito no solo no viene a currar, sino que además altera mi agenda de currelo. Lo que me faltaba por ver.

—¿Por qué dices con vida?

—Quería decir la última vez que se le vio.

—¿Y?

—Pues nada, el tipo me estuvo preguntando si Roberto se fue solo o acompañado por alguien. Si se llevaba bien con sus compañeros. Indagó cómo venía al trabajo. Y sobre todo con quién se fue. Para mí que están convencidos de que tiene algo que ver con el asesinato de su novia. Hombre, yo también sospecharía de un tipo que se ausenta después de que hayan matado a su novia, ¡qué quieres que te diga! Me parece de lo más normal.

—No se sabe nada —musitó preocupado el cocinero.

—Este era una cabra loca y cuanto más tiempo pasa más me convenzo de lo que digo. Esto no es una borrachera del quince como las anteriores. Casi han pasado cinco días desde que desapareció y mañana tenemos rodaje de planos de apoyo para uno de los programas de la BBC. Aprovechando que tú no estás le he llamado y su teléfono sigue diciendo lo de apagado o fuera de cobertura. Pero ya está decidido. No vuelvo a telefonarle. Se acabó. Punto y aparte. Mañana hablaré con las de administración para que lo echen y cuando aparezca le damos el finiquito y adiós, hasta siempre. Digas lo que digas lo he decidido así. Y no me pienso echar para atrás. Punto pelota. El que lo sustituye y ya está avisado; mañana martes a las diez de la mañana grabaremos exteriores con él y a Roberto que le

den. Y además en caso de que apareciera tampoco podría trabajar porque supongo que tendrá que hablar largo y tendido con la Ertzaintza.

La verborrea arrolladora de su jefa le causó un efecto demoledor y la constatación de que lo tenía todo bajo control le produjo un sentimiento contradictorio, de alivio e irritación. En un plis plas ya había solucionado el problema: tenía un experto en manejo de cámaras en su puesto y a Roberto, en caso de que apareciera, lo mandaría a la comisaría a dar las explicaciones que tuviera que dar. Ainhoa era de una eficacia abrumadora. Si el cámara se había metido en problemas, que arrease, que ella tenía un equipo que dependía de su eficacia y esta era un arma que sabía blandir con habilidad y también con seguridad.

Aitor no supo qué responder. Roberto acabaría en comisaría y mañana mismo sus estudios EZCOM funcionarían con normalidad a las órdenes de Ainhoa Carreño. Esta se lo había resumido así de simple. «Y si no aparece, pues nada. Me acaba de decir que el nuevo cámara es tan eficaz como el anterior», pensó Aitor perplejo. A rey muerto...

—¿Has hablado con mi mujer?

—No —mintió Ainhoa.

—Vale, si sabes algo me llamas a la hora que sea o me dejas un mensaje. O si no la llamas tú, que Ana está un poco apurada por lo de Roberto.

—No te preocupes, está todo bajo control. Y olvídate de Roberto. ¿Has firmado el contrato?

—Sí, sí, y en las condiciones que pactamos. Ya te contaré.

—Sí, porque habrá que organizarlo todo. ¡Qué bien!

—Venga, un beso por debajo de la ropa —se despidió el cocinero.

—Otro para ti..., en la oreja cariño, y no hagas mucho el golfo, y si lo haces, aprende cosas nuevas y luego las probamos en la cama —contestó la mujer en un tono distendido por primera vez desde que había empezado a hablar con él. Una frase amable y picante, que dejó un buen sabor de boca en la mente de Aitor.

En cuanto colgó se puso el bañador con intención de bajar a la piscina pero antes, con el albornoz colgado sobre el hombro derecho, hizo una última llamada, local en este caso.

El teléfono dio rápidamente señal de llamada y la contestación desde el otro extremo no se hizo esperar.

—Dígame.

—¿Carol?, soy Aitor Zubillaga.

—¡Aitor!, ¿dónde estás?

—Estoy aquí en San José, tu ciudad.

—¡Como no me has avisado que venías! Ahora estoy trabajando.

—No me ha dado tiempo, ha sido un viaje imprevisto. Me marchó el sábado

a la noche. Pero no te preocupes, yo también estoy trabajando ahora —contestó mientras contemplaba a través de la ventana de su habitación la piscina azul que brillaba rodeada de palmeras—. ¿Podemos quedar esta noche para cenar? —agregó el cocinero.

Durante unos segundos la conversación quedó en suspenso.

—¿Estás ahí Carol? —preguntó Aitor con sorpresa.

—Sí, sí. Vale. A la noche quedamos para cenar.

Él colgó con una sensación extraña tras la escueta conversación.

La tarde se deslizó entre los zambullidos en la piscina y la degustación de ceviche de róbalo y un filete de huachinango hecho a la brasa, con la piel brillante y anaranjada. Al anochecer se encendieron las pequeñas antorchas que iluminaban la elegante terraza del hotel y con la luna redonda y brillante como testigo llegó un daiquiri de Cacique Guaro, con hielo hasta el borde, y después otro. Acomodado en una hamaca Aitor disfrutó de la brisa de la noche tropical refrescando levemente el ambiente y antes de la cena terminó de discutir con Jota los detalles del contrato. Tras la llegada de Carol, pidieron una ensalada de mango y rúcula salpicada de maíz morado como acompañamiento a una carne gruesa y jugosa hecha en la parrilla, que repartieron con equidad entre los tres. Y ya en la intimidad de su lujosa habitación, la educada conversación se transformó en apasionado encuentro y la delicada piel mulata de Carol, desnuda sobre la cama de la *suite*, se convirtió en refugio provisional de la mente y el cuerpo de Aitor mientras los besos de la mujer aceleraban el corazón del cocinero. El deseo poderoso y jadeante que duró más de media hora dejó paso a la respiración acompasada de la consumación del amor. La melena morena de Carol rozaba el hombro desnudo de Aitor y este jugaba con ella, distraído, con la mente en blanco.

—Te he traído una cosa —dijo.

La mujer levantó la cabeza y lo miró con cara de sorpresa.

—Está en el alféizar —aclaró, señalando una de las múltiples ventanas que rodeaban la *suite*.

La mujer se separó suavemente del cuerpo de su compañero y, totalmente desnuda, se dirigió hacia el rincón señalado. Él levantó la vista y observó la silueta de la hermosa mujer alejándose con donaire, la piel canela despertando de nuevo en él una punzada de deseo. Carol se quedó estática junto a la ventana, su rostro animado por una sonrisa mientras abría el regalo.

—¡Es Shalini! —exclamó en voz alta ampliando su sonrisa—. ¡Qué pasada!

Desprendió el plástico con suavidad y se quedó mirando la caja. Aitor se acercó a Carol, la estrechó entre sus brazos y besó sus pechos desnudos mientras ella destapaba el frasco.

—¡Qué delicia! —susurró dejándose envolver por la fragancia y las mimosas caricias de su amante.

Depositó un par de gotas sobre su muñeca izquierda y las olisqueó con los ojos cerrados. El *bouquet* del perfume inundó la estancia y los cuerpos, blanco y moreno, se juntaron de nuevo. El sudor se acabó mezclando con los efluvios del perfume.

Eran casi las dos de la madrugada cuando cubiertos por un edredón blanco fino de textura sedosa comenzaron por fin a hablar.

—Mañana la gente de la televisión nos lleva de excursión para conocer el parque de Tortuguero. Estaré allí hasta el jueves. ¿Cenamos esa noche?

—Tortuguero es una preciosidad. Verás qué sitios más espectaculares. Qué playas, es una locura. Es mi tierra, la conozco bien —dijo la mujer en tono suave.

—Pero cuando vuelva cenamos, ¿no? —Carol no contestó—. Voy a tener que volver, con el nuevo contrato, cuatro veces al año y estaré como mínimo veinte días cada vez. Ya no va a ser como los dos años anteriores. En cada ocasión grabaremos unos veinticinco programas más o menos. Tres diarios de lunes a jueves, y los demás días nos dedicaremos a hacer turismo por este bendito país. —Sonrió Aitor—. Me han dicho que el parque del volcán Arenal es un sitio idílico y que hay un lugar en su falda con aguas termales muy calientes. Y que la península del golfo de Nicoya merece la pena visitarse.

Carol asintió sin contestar. Se limitó a mirarlo a los ojos mientras se ponía una camiseta y se tapaba con el edredón.

—Igual tendríamos que alquilar un apartamento en algún sitio, ¿qué te parece? Así tendríamos más tranquilidad. Si quieres podrías buscar alguno bonito y yo te enviaría el dinero para pagarlo. Pero que se vea el mar, eh. Para mí eso es muy importante. En España siempre tengo que tener el mar cerca. —Sonrió de nuevo.

Carol asintió en silencio y se incorporó. Prendió un cigarrillo y exhaló el humo con parsimonia.

El cocinero la miró con aire de decepción.

—Vamos a hacer una cosa —prosiguió—. ¿Por qué no dejas el trabajo ese y te incorporas a la plantilla que vamos a formar para el equipo de grabaciones? Te pondríamos un buen sueldo y te podrías encargar de llevar la dirección del programa. Tus estudios de periodismo te vendrían bien para dirigir el equipo. ¿Qué te parece?

Carol no contestó. Dejó escapar de su boca el humo denso del tabaco, que ondeaba etéreo entre sus labios brillantes y sensuales, mientras se echaba la melena hacia atrás.

—Este jueves no voy a poder venir.

—Tienes cara de tristeza. ¿Ese día tienes trabajo? No te preocupes, igual cuando acabes, o al día siguiente.

—No, no.

—Me tendrás que contar algo. No te entiendo, ¿no quieres estar conmigo?

—El jueves cojo un avión y comienzo a trabajar fuera.

El cocinero utilizó un sacacorchos virtual para seguir extrayendo palabras a su amante.

—¿Adónde vas?

—Lejos.

—¿No quieres verme más? —preguntó con inocencia mientras le pasaba los dedos por la mejilla—. Ella se apartó un instante.

—No tenía que haber venido —dijo Carol.

—¿Qué sucede? —inquirió con sorpresa el cocinero—. ¿Estás enfadada por algo?

—No es eso..., pero igual sí es eso.

—Yo me marchó el sábado a la noche. Pero te puedo esperar un día y nos vemos cuando vuelvas.

—No volveré en mucho tiempo.

Aitor se sentó desnudo en el borde de la cama, dándole la espalda. Se puso las dos manos en la cabeza. El silencio se hizo denso y duró un par de minutos, que se hicieron muy largos para ambos.

—Voy a casarme —dijo ella finalmente.

Aitor reaccionó con aparente indiferencia pero su interior se revolvió con un brusco vaivén.

—¿Con quién? Con aquel payaso que me contaste la última vez que... —Carol se levantó y comenzó a vestirse sin decir nada—. Perdona, perdona, perdona —exclamó el hombre levantándose de la cama y acercándose.

—Sí, voy a casarme —repitió con decisión mirando la enorme y cercana figura de su acompañante a la vez que se recolocaba el sujetador y terminaba de vestirse—. Y no tienes porqué llamarle payaso. Lo siento, perdona —se excusó—. Tengo treinta años y quiero tener hijos y, sobre todo y más importante que todo eso, realizarme como persona. He encontrado al que creo que me va a hacer feliz y he decidido cruzar medio océano para conseguirlo.

Aitor la miró con una mezcla de sorpresa y pena. Sus palabras eran idénticas a las que en su momento pronunció su padre cuando abandonó a su madre. La frase piqueteó en su cabeza y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Sí, tú y yo llevamos unos años viéndonos, y qué esperabas, ¿que estuviera sentada aguardando a que el príncipe encantado español viniera a hacerme el amor un par de veces al año?, ¿a que me trajese regalos y viviera una vida paralela a la de su casa a miles de kilómetros de aquí? No, eso no va a suceder porque yo lo voy a impedir. Entre los dos ha habido mucha complicidad. Acuérdate de que yo incluso llegué a viajar a España y estuvimos una semana maravillosa en Sevilla y tú me prometiste de todo, pero de aquellas promesas solo queda una ráfaga de viento de verdades a medias y egoísmo falso.

» Solo hay un mundo Aitor, y una sola vida que vivir, y yo pienso disfrutarla con él, no contigo. No para recibir las migajas de amor que te sobran de tu otra vida. La decisión está tomada. Él tiene una casa en California delante del mar y me voy a vivir con él, a casarme con él —agregó en tono punzante—. Nuestros encuentros se han acabado. Estás asistiendo al final de nuestra relación. —Carol miró por la ventana y repitió—. No tendría que haber venido, no tendría que haber venido.

—Y ¿por qué has venido hoy, por qué hemos hecho el amor?

—Porque soy una débil y una imbécil y tú para mí has supuesto mucho. Yo he creído en ti pero esto no puede ser y ahora que tú vas a tener que venir más a menudo, este año va camino de convertirse en un espejismo, una quimera absurda que terminará cuando tus programas se acaben. Un año de pantomima que no hará más que alargarlo todo.

—Yo te puedo dar hijos —dijo Aitor en un ejercicio de suicidio ante la presión. Nada más terminar de decirlo se sorprendió a sí mismo y bajó la cabeza al ver la ridiculez que acababa de soltar.

La mujer lo miró con una sonrisa mitad burlona mitad sorprendida.

—Yo, además de un padre, necesito un marido —contestó lacónica—. Hijos los puedo conseguir con cualquiera.

A Aitor le sorprendió el tono de voz tranquilo y a la vez despectivo con el que hablaba la mujer.

—Y te agradezco estos encuentros —añadió dulcificando el tono—. De verdad. Los guardaré en mi corazón, pero yo necesito a un hombre que esté a mi lado cuando lo necesite, no como tú, que solo apareces cuando decides venir a San José por motivos de trabajo. Yo al principio soñé con que dejarías a tu mujer y te vendrías a vivir aquí. Me lo llegaste a insinuar en varias ocasiones. Pero el tiempo ha pasado y tú no tienes ninguna intención de hacerlo. Se ve a la legua. Y yo me he enamorado de otro y hoy he accedido a venir porque tú para mí has sido una persona muy importante, de la que he aprendido mucho, pero la historia ha llegado a su fin. Y no he tenido valor para decírtelo antes, para contarte que desde pasado mañana mi vida va a cambiar de forma radical. Ya no puedo esperar más. A partir del jueves yo viviré mi vida y no tendré que esperar a nadie. Mi cama estará llena, no vacía.

—¿De verdad te has enamorado?

—¡A ti que te importa eso! Voy a tener estabilidad y eso es suficiente. Y el amor puede llegar, quien sabe. El amor es una mierda que se puede inventar si tú quieres. ¿Qué pasa?, ¿tú estás enamorado de tu mujer?

Aitor bajó la cabeza mientras afirmaba de forma leve y muy poco convincente:

—Yo voy a hacer que mi relación sea estable. Es un gran tipo y solo imaginarme lo que pensaría de verme aquí contigo a menos de una semana de

casarme con él, se me pone la carne de gallina —dijo la mujer resoplando.

—Eso en el caso de que funcione.

Carol lo miró con profundo desprecio.

—Sí, claro, por supuesto, simplemente espero que mi futuro marido no sea un crápula como tú, que te acuestas hasta con la niñera —respondió la mujer con media sonrisa y mucha sorna.

Aitor torció el gesto cuando oyó la última frase. Pero no se enfadó, era tan cierto como que los dos se encontraban en la *suite* de uno de los mejores hoteles de San José. Una verdad absoluta. Las confidencias en caliente suelen pasar elevadas facturas.

Aitor, completamente desnudo, se acercó a la mujer que ya se encontraba vestida y hasta con el bolso en la mano. La situación se había tornado incómoda para los dos. Apenas dos horas antes ambos estaban desnudos uno encima del otro. Ahora de pie, ella vestida y preparada para partir, él desnudo y con la mirada perdida. El contraste en su apariencia era un fiel reflejo de la situación. Ella se acercó y le dio un breve beso en los labios.

Aitor la vio alejarse. Cuando llegó a la puerta de la *suite* ella se volvió e hizo adiós con la mano. Él se había acercado unos metros pero mantuvo la distancia.

—Que seas feliz.

Ella sonrió y contestó.

—Espero que tú también.

Tras el portazo la estancia se sumió en un silencio abrumador.

Aitor reflexionó que la madrugada de la nueva jornada le había preparado la primera sorpresa desagradable del viaje. Y se temió que no vendría sola.

En España serían las ocho de la mañana. Aitor pensó en que ya estarían trabajando. Cuando se metió en la cama quitó el aire acondicionado de la *suite*. El encuentro lo había dejado frío por fuera y por dentro. Las palabras de Carol le trajeron a la mente la imagen de Sandra, la primera niñera de sus hijas, allí en su casa de Hondarrribia. El recuerdo resucitó en su memoria un episodio incómodo y casi olvidado. «Solo pasó una vez», se dijo, y casi se convenció.

Aitor miró el alféizar de la ventana desde la cama y vio el frasco de Shalini. Pensó en llamar a Carol para decirle que se lo había olvidado. Pero no lo hizo porque ella pensaría que era una excusa para que volviera. Se levantó y lo cogió, dirigiéndose con él en la mano hacia el cuarto de baño. Observó con detenimiento el envase cristalino y sin pensarlo dos veces lo abrió y vació el contenido entero del frasco en el lavabo. Miró, con una mezcla de extrañeza, tristeza y algo de sadismo, cómo el perfume se iba escapando por la encimera de cristal y después por los desagües hasta desaparecer por completo. Dejó el frasco vacío en una de las estanterías mientras el *bouquet* de las notas de ylang-ylang y nerolí se expandía por el cuarto de baño. A su nariz llegó una vaharada tan intensa que por un instante pensó que podía llegar a marearse. Pero disfrutó

del momento contemplando hipnotizado las curvas sensuales del frasco, vacío de contenido y, sin embargo, exhalando todavía un fuerte aroma. Y pensó en la escena de despedida entre su querida Carol y él.

Controlaba su vida aunque tal vez no tanto como creía. Por un instante pensó que la crónica de su existencia era como el frasco de Shalini en este momento: la fragancia de un gran perfume que embriagaba a todo el que se acercara, emanando de un frasco hermoso pero vacío y carente de contenido.

Cuando por fin volvió a la cama la *suite* entera olía a Shalini. La visión de la piel canela de Carol volvió a su mente. Cerró los ojos y se entregó a su cansancio, que lo recogió con dulzura meciéndolo entre las sábanas, retirándose a un costado del lecho tan inmenso como extraño.

Antes de caer en manos del dios del sueño vio la imagen del desaparecido Roberto, lo que le hizo revolverse inquieto a izquierda y derecha.

Sobre todo cuando tuvo la extraña premonición de que en unas horas tendría noticias de él.

Vicente Parra se encontraba desayunando en la cafetería Irubi próxima a su casa. Sobre la pequeña mesa, un café con leche con un poco de canela en polvo espolvoreada por encima de la espuma y un cruasán abierto por la mitad y pasado por la plancha, el toque que daba a la superficie una tonalidad dorada y crujiente. Con parsimonia volcó una cucharadita de mermelada de ruibarbo sobre la masa hojaldrada y la extendió con el cuchillo. Cerró las dos partes y ayudándose con los cubiertos empezó a comerlo a pequeños trozos. Paladeó la mezcla de la mantequilla con el dulce y también apreció su temperatura. Pasó las hojas del periódico y se cercioró de que fuese el del día, 2 de octubre de 2018, martes. Comenzó a hojearlo lentamente hasta llegar a la sección que le interesaba. La noticia le hizo detener el brazo. Se resituó las gafas caídas con la punta del dedo índice y leyó:

Se sospecha del novio de la enóloga Esperanza Moreno, como posible autor del asesinato de la mujer. Se desconoce por ahora su nombre y al parecer se encuentra en paradero desconocido.

También se ha filtrado que la fallecida, aunque residente en el barrio del Antiguo desde hace años, era originaria de la población de Huércanos en La Rioja y trabajaba como enóloga para la afamada Bodegas Sáenz sita en Laguardia.

«Ya están los periodistas haciendo elucubraciones», pensó el subcomisario mientras sorbía el café. «Parece que todavía no se han enterado de que fue degollada, si no lo habrían publicado con todo lujo de detalles». Terminó de leer la noticia y se quedó pensativo hasta que una sombra se acercó a él desde un lateral. Hasta que no lo tuvo encima no se percató de su presencia.

—Buenos días Vicente.

El subcomisario levantó la mirada y vio a su compañero Jon Ander. Lo miró con cara de extrañeza.

—Vaya, ¿qué haces aquí? ¿Qué sucede?

El joven se sentó en la silla contigua.

—Acabo de hablar con Arkaitz y me ha dicho que no contestabas al teléfono y como sabía que vivíamos cerca me ha pedido que pasase por la cafetería donde habitualmente sueles desayunar, a ver si te encontraba.

—Sí, hace ya unos añitos que lo hago aquí. Hornean los mejores cruasanes de mantequilla de toda la ciudad. Los hacen abiertos y a la plancha, aquí es donde los hacen de miedo. —El subcomisario miró su teléfono y observó que en efecto este se encontraba apagado—. Tienes razón, se me ha olvidado encenderlo —comentó mientras presionaba el botón de encendido del dispositivo—, ¿qué

sucede? —preguntó levantándose—. Vámonos, tengo el coche ahí mismo y me lo vas contando por el camino.

Mientras salían observó el tráfico denso de las primeras horas de la mañana. Ambos se metieron en el coche y comenzaron a hablar.

—Ayer estuvimos todo el día con el ordenador de Roberto y todavía no hemos encontrado nada significativo —comenzó Jon Ander—. Sigo revisando la agenda-diario de la enóloga pero no encuentro nada en especial. Cuanto más leo más me convengo de que era eso, simplemente una agenda, aunque sí es verdad que hay anotaciones personales como la última cita con Roberto. Y me da la impresión de que hay algo que nos puede ayudar. Y luego Arkaitz me ha dicho algo de los teléfonos de Roberto y Esperanza y que fuésemos rápido a la comisaría.

—¿Algo más?

—Sí, no sé si es una tontería pero hay un detalle que he encontrado en la agenda que igual es significativo. A ver qué te parece. —Vicente lo miró con expresión interrogante—. He contado cuatro hojas arrancadas.

—¿Y no están dobladas y metidas entre otras páginas de la agenda? A veces suele pasar eso.

—No, no, ya lo pensé y estuve revisando hoja por hoja por si pudiera estar doblada por algún lado. Faltan cuatro días. Y yo creo que no es habitual que se arranquen las hojas de una agenda, ¿no?

—Bueno, tampoco sería tan raro que por alguna razón las hubiera separado. Igual las necesitaba para una urgencia o para dejar una nota a alguien y en ese momento no tenía folios a mano.

—Son seguidas. Faltan cuatro días consecutivos. ¿Puede significar algo?

Vicente no contestó. Avanzaba despacio y con la ventanilla bajada por el corredor que discurre paralelo a la playa de la Concha, en dirección a la comisaría del Antiguo. La marea estaba baja y se podía observar a gente corriendo por la arena mojada. La temperatura había descendido y la luz clara de la primera hora de la mañana anunciaba un típico día de principios del otoño, fresco y despejado de nubes. El mar de la bahía de la Concha se encontraba en calma y tenía un color azul verdoso. El cielo brillaba en consonancia.

—No lo sé, Jon Ander, no lo sé. ¿Qué fechas son exactamente?

El joven echó mano de su agenda y rebuscó entre las últimas anotaciones.

—Faltan los días 29, 30 y 31 de julio y 1 de agosto del año en curso, es decir, el 2018.

—¿Cuándo encontramos el cadáver?, el viernes de madrugada y el forense dijo que llevaba veinticuatro horas muerta. El jueves era día...

—Día 27, jefe. Me di cuenta de que faltaban las hojas porque tratándose de cuatro seguidas saltaba a la vista y además el que lo hizo no se esmeró demasiado. Había restos de las hojas arrancadas. Lo miramos con una lupa pero

también se podía observar a simple vista. Y hemos encontrado dos huellas. Una de Esperanza y otra de un desconocido.

—Eso no nos sirve de nada —cortó el subcomisario—. La agenda la encontramos en la habitación que ocupaba en su lugar de trabajo en Bodegas Sáenz, allí en Laguardia, y no en su casa de Donostia, que es donde se produjo el asesinato. La huella puede ser de cualquiera. Y en principio no probaría nada. ¿El cajón donde estaba guardada la agenda tenía llave?

—No me fijé. Pero era antiguo, así que igual sí. Puede que esa agenda no estuviera siempre allí.

—No sé —respondió Vicente—. Igual la olvidó ese día.

—O también podría ser de la persona que arrancó las hojas de la agenda —contestó Jon Ander—, que, por alguna extraña razón, no quería que viésemos lo que estaba escrito en esos papeles.

—O lo pudo hacer también la propia Esperanza porque se arrepintió de ver escrito algo que en un momento especial llegó a escribir y de lo que posteriormente dudaba, de modo que simplemente las arrancó y las tiró.

—Yo he supuesto que si la agenda estaba en Marbil las páginas arrancadas estarán en posesión de alguien que viva en esa casa.

—No necesariamente. ¿Y si lo hizo la propia Esperanza? —preguntó Vicente.

—Tengo la corazonada de que el asunto está en Marbil aunque el cadáver apareciera en su casa de San Sebastián —concluyó Jon Ander.

—Suposiciones sin base —argumentó el subcomisario.

El joven negó con la cabeza en silencio.

—Lo sé, lo intuyo.

—Aquí curramos con hechos y pruebas reales no basándonos en sospechas de película de misterio ni intuiciones de pitonisa. ¿Tenemos noticias de fronteras o de controles de carretera o de aeropuertos?

—Todo el mundo está intentando localizar al dichoso Roberto, pero sigue sin aparecer. Por ahora nada —contestó su ayudante.

Ambos policías llegaron a las dependencias de la Ertzaintza cercanas a la playa de Ondarreta. Cuando subieron al segundo piso, donde tenían los despachos, lo hicieron en silencio y antes tuvieron que pasar los controles de seguridad con las acreditaciones de cada uno. Al llegar a la puerta de su despacho el subcomisario saludó a Arkaitz, que lo estaba esperando en la puerta.

—Lo siento, tenía el teléfono apagado —se disculpó antes de empezar a hablar.

Los tres entraron en el despacho mientras se encendían las luces que iluminaban la estancia. Jon Ander entró el último y cerró la puerta. Vicente se quitó la cazadora y se sentó en frente de sus dos compañeros.

—¿Qué tenemos tan urgente?

—Los teléfonos.

—¿Y bien?

—Desde el operador de telefonía me han estado mareando hasta que me he tenido que poner un poco firme. Al principio se excusaban diciendo que no podían facilitarme este tipo de información. Dándome largas. Al final he tenido que coger un coche patrulla e irme a sus dependencias. Seguían alegando que tenía que llevar una orden firmada por ti. En fin, una panda de gilipollas, pero al final me lo han dado todo.

Vicente y Jon Ander escuchaban atentos.

—Curiosamente —prosiguió Arkaitz—, el número de la enóloga no tiene nada de especial. Un porrón de llamadas, bueno, tampoco tantas, a los números previstos. Al móvil de su novio, a los fijos y móviles de la gente de Bodegas Sáenz, a Julián, a Merche y a Araceli. La última llamada a las nueve y cinco minutos de la noche del mismo jueves. Más o menos dos horas antes de que la asesinaran y efectuada a Roberto desde su casa. O por lo menos al móvil de Roberto. Dura cuarenta y seis segundos. Muy corta. Antes también hay llamadas a números relacionados con su trabajo, como a una empresa que se dedica a exportar barriles de roble ruso y americano.

—O sea que podríamos decir que la última persona que habló por teléfono con Esperanza fue su novio —dijo Jon Ander—. Por lo que podemos deducir que le estaba esperando.

—Pero cuidado, simplemente eso no lo sitúa en el lugar del crimen —replicó Vicente—. Pudo decirle, por ejemplo, que no podía ir.

—Pero en su agenda decía que iba a cenar con su novio —protestó Arkaitz.

—Que fuese a hacerlo no significa que lo hiciera realmente. Eso un buen abogado te lo rebate con sencillez. Tenemos unas sospechas abrumadoras de que Roberto estuvo con ella la noche del crimen, pero en absoluto la certeza. En un juicio eso te lo desmontan como un castillo de naipes. Con un simple soplido. Y de ahí a decir que la asesinó, va un tramo enorme porque sencillamente podía haber más gente en la casa.

—Era una cita romántica para celebrar el cumpleaños de Roberto. Puesto por escrito por la propia Esperanza en su agenda.

—Sí, sí, pero no deja de ser una elucubración. Había quedado con él... pero ¿y si en vez de aparecer él llegó otra persona que fue la que la asesinó?, ¿eh? —rebatía el subcomisario.

Sus subordinados callaban atentos ante las palabras del subcomisario.

—Yo personalmente estoy convencido de que fue él, Roberto, que por alguna extraña razón que por ahora desconocemos quiso deshacerse de Esperanza. Pero debemos demostrarlo con algo más de lo que tenemos hasta ahora entre manos. Desde su móvil la última llamada se la hizo a Roberto, de acuerdo. Y eso no demuestra nada.

—Y por la localización que me han dado desde la empresa de telefonía desde

su propia casa. O sea, suponemos que lo estaba esperando —agregó Arkaitz.

—Si pudiéramos saber lo que le dijo —murmuró Jon Ander.

—Sí, nos ayudaría, pero igual tampoco sería del todo definitivo. Yo te llamo diciendo que voy para tu casa y luego no aparezco. Así de sencillo. No es muy lógico pero podría ser. —El silencio reinó entre los tres; sin embargo, no duró mucho—. Y del teléfono de Roberto, ¿qué tenemos?

—Bueno, aquí está lo verdaderamente jugoso. En el número de teléfono de la cámara no se registran llamadas desde la última que recibió, que es la de Esperanza. El teléfono de Roberto hasta la fecha ha recibido algunas llamadas pero solo ha vuelto a hacer una llamada más. El viernes a primera hora. Ni el teléfono de ella ni el de él vuelven a emitir ni recibir llamadas, salvo una. Y te recuerdo que no ha aparecido ninguno de los dos aparatos.

Vicente y Arkaitz lo miraron con ansiedad.

«Los muertos no hacen llamadas pero sí los desaparecidos —pensó el subcomisario—. Sí, en caso de que el teléfono de la muerta esté en posesión del asesino o simplemente lo haya echado al mar o...».

—¿Salvo una?

Arkaitz depositó un papel con el anagrama de la compañía de teléfonos en una esquina.

—Es una llamada de emergencia hecha al 112.

Los tres policías contuvieron la respiración.

—Esto de aquí abajo es la localización geográfica de la llamada —explicó el oficial Arkaitz señalando la información en el papel.

—¿Tenemos la grabación de emergencias?

—Sí. Y casualmente atendió la llamada la misma persona que estaba al teléfono cuando se produjo la llamada de la anciana vecina de Esperanza, Asunción, la que descubrió el cadáver de la enóloga. ¿Te acuerdas de la conversación que oímos aquí?

—Sí, sí.

—Ayer por la noche estuve hablando con ella y me dijo que se produjo a las 7 horas 59 minutos, justo antes de dejar ella su turno. Una tía súperamable.

—¿Y?

—Nadie habló. Solo se registró el origen de la llamada. Cuando la chica del 112 contestó la llamada se cortó. Pero se consiguieron las coordenadas de localización. Desde hace un tiempo hay un protocolo en el 112 para registrar los datos de todas las llamadas entrantes aunque nadie hable o hayan sido confusiones. Estas son las de la última llamada efectuada desde el teléfono de Roberto —dijo Arkaitz enseñándoles el papel que tenía entre las manos.

Teléfono origen de la llamada: 666718809.

Nombre del usuario: Roberto Álvarez Sampedro.

Llamada entrante. Teléfono de emergencias 112.

Hora de la llamada: 7 horas 59 minutos 13 segundos.

Fecha de la llamada: viernes, 28 de septiembre de 2018.

Duración de la llamada: 0.01 minutos.

Geo localización VRTF300.

42° 33'00" L N. 42 grados. 33 minutos. 0 segundos. Latitud Norte.

02° 34'59" L W. 2 grados. 34 minutos. 59 segundos. Longitud Oeste.

Geo Localización VRTF300.

42° 32'18" L N. 42 grados. 32 minutos. 18 segundos Latitud Norte.

02° 33'49" L W 2 grados. 33 minutos. 49 segundos Longitud Oeste.

—Me la han dado así —comentó el oficial. Las dos primeras corresponden al núcleo de población más cercano al lugar desde el que se produjo la llamada. Y las dos finales, son el lugar exacto desde donde se telefoneó. Desde la empresa de telefonía nos han asegurado que con los nuevos satélites de geolocalización hay un margen de error de más o menos dos metros.

El subcomisario reaccionó con un gesto de interrogación.

—Y corresponden a...

—La población de Laguardia, la primera.

—¿Y la segunda?

—La segunda, según el mapa, es una zona situada a un kilómetro de allí, rodeada de viñedos. Lo hemos comprobado y nos da un lugar muy preciso: Laguna de Carravalseca.

Vicente miró el papel con los datos y lo sostuvo en la mano. Por unos instantes estaba viajando mentalmente a sus orígenes en La Rioja.

—Esto significa que hay que ir allí.

—Lo sabía. ¿Qué podemos encontrar? —preguntó Jon Ander con cara de triunfo.

—No lo sé. Igual nos da una sorpresa. No obstante, no te hagas ilusiones.

—Pero una llamada hecha el viernes pasado no revela nada acerca del paradero actual del autor, aun en caso de que sea Roberto —argumentó Arkaitz.

—Sí y no. Sí, si es una llamada irrelevante y en tono distendido para ir al cine con tus colegas, esa la puedes hacer desde cualquier sitio. No, si la haces al número de emergencias. Si llamas es porque te pasa algo a ti allí mismo o has visto a alguien en apuros o das parte muy nervioso del típico accidente de tráfico o de lo que sea. Cualquier cosa, pero en ese lugar exacto. Tú no llamas a emergencias para dar parte de un suceso que ha tenido lugar a cien kilómetros de distancia.

—Y si se cortó fue por algún motivo.

—La razón probablemente nunca la sabremos pero es evidente que hay que ir allí en el menor lapso de tiempo. Igual no hay nada pero tenemos que

cerciorarnos. Tú, Kai, te quedas aquí. Y tú, Jon Ander, y yo, salimos en diez minutos. Llama a alguna unidad de allí por si los pudiéramos necesitar.

—¿Qué podríamos necesitar?

—Igual un helicóptero —respondió el subcomisario.

Cuando salió del despacho Vicente siguió mirando los datos de telefonía pero su imaginación había viajado más lejos.

—Jon Ander, ¿de cuántas semanas estaba embarazada la enóloga? —preguntó el subcomisario.

—De ocho semanas, creo recordar.

—Sí, eran ocho semanas.

Ambos se miraron durante unos instantes.

—Coincide con las fechas de las hojas arrancadas de la agenda de Esperanza.

Merche Atienza entró con decisión conduciendo su pequeño Peugeot 208 en la explanada de la parte posterior de Marbil. Las ruedas traseras del vehículo patinaron un poco sobre la gravilla del lugar. Cuando la mujer bajó miró a su alrededor y no vio ninguno de los coches que habitualmente dejaban fuera. Se acercó medio corriendo al enorme garaje de la casa y entró. Pulsó el interruptor y entornó los ojos intentando distinguir algo en la oscuridad antes de que los fluorescentes se encendiesen. La Yamaha 125 de su sobrino Josu era el único vehículo que se encontraba allí, en una esquina y tapada con media sábana, como le solía gustar aparcarla para que el polvo del verano no se depositase sobre ella. Volvió sobre sus pasos dejando semiabierta la entrada al garaje y acercándose a través de la puerta principal entró en la cocina. Una de las muchachas que trabajaban a su servicio la saludó con respeto.

—¿Has visto a Araceli, a mi marido o a Andrés?

—No, contestó la mujer sin dejar de pelar las patatas para la comida; se han ido justo después que usted. Creo que el único que está en casa es Josu y estará durmiendo. ¿No estarán en la bodega?

Para cuando la mujer levantó la vista, Merche había desaparecido de la estancia. Justo al salir, miró el reloj de pared del hall y agarró el teléfono móvil que había olvidado cuando salió a primera hora de la mañana. Eran las nueve y media del martes 2 de octubre de 2018. Se oyó el portazo de salida. Miró a su alrededor y bajó a paso ligero en dirección a la bodega. El sol comenzaba a aparecer por la línea del horizonte. El tramo final de la escasa distancia entre Marbil y la bodega lo hizo casi corriendo.

Cuando llegó a las oficinas una de las secretarías le informó que Araceli se encontraba en la zona en que reposaba el vino antes de ser embotellado: la enorme sala de las barricas. En cuanto entró volvió a sentir una vez más un respeto casi místico por el lugar. Como si fuera la primera vez. Quizá las circunstancias vividas en los dos días anteriores predispusieron su mente hacia una especial hipersensibilidad. Le sucedía a menudo pero en ese momento lo percibía intensamente. Bastante más de media hectárea de terreno excavado bajo tierra y con una altura de más de siete metros se extendía ante ella; ninguna columna aparente atravesaba el recinto. En su interior se almacenaban más de 900 barricas de roble americano, francés y ruso; en cada una de ellas 225 litros de vino de distintas añadas; todo numerado por filas de hasta cuatro toneles de altura. El olor a madera de la estancia era lo que más le gustaba del lugar. Eso y su magia. Y también la tranquilidad que emanaba. El reposo del vino para que adquiera los tonos y los aromas que la madera le confiere. Regular la temperatura de manera natural en su justa medida. Y todo bajo tierra, enterrado de la forma más ceremonial que pueda haber, para que luego el preciado líquido

resucite con la transparencia de la botella.

A pesar del nerviosismo que la consumía, Merche no pudo por menos que pararse unos instantes y observar absorta la belleza que la rodeaba. Una pasarela de metal, casi en el tejado, atravesaba la estancia de lado a lado preparada para que las visitas pudieran observar la enorme sala sin perturbar en exceso el reposo del vino. Por un momento Merche también pensó que este lugar podría ser una alternativa para que los restos de la enóloga, Esperanza, reposasen para siempre. Sus cenizas en una urna y esta en una esquina, serían un homenaje a lo que ella nos enseñó. Bajo tierra. Un enterramiento en toda regla. Y el lugar emanaba paz, « la misma quietud que alguien robó a Esperanza », pensó. Miró entre la filas de los barriles y a lo lejos pudo vislumbrar, por fin, a Araceli. Se acercó a ella apresurada, como mensajera que lleva noticias frescas a su destinatario. Esta la vio acercarse y se percató enseguida de la angustia que traía en su mirada.

—¿Qué sucede? —le preguntó inquisitiva.

Las dos mujeres se enfrentaron en silencio. Merche tragó saliva y recuperó el aliento tras la carrera que había hecho desde la mansión hasta la bodega.

—Bodegas Milos —dijo cuando pudo hablar.

—¿Qué pasa?, tranquilízate —le ordenó su cuñada Araceli.

—Acabo de pasar por la carretera que linda con sus viñedos.

—¿Y?

—Están vendimiando desde las primeras horas de la mañana.

Araceli no contestó. Estaba rígida y sujetaba en su mano unos papeles relacionados con el control de la pequeña cuba de fermentación preparada en exclusiva para hacer el VVV.

—¿Y? —volvió a repetir desafiante—. Lo que hacen estos gilipollas me la trae al paio —espetó finalmente con ganas.

—Pero Araceli, no te das cuenta de que vamos tarde, que debemos ponernos a recoger la uva enseguida. ¿No es el momento de hacerlo?

—Depende. Hoy he mirado las vides. Antes de que amaneciera he estado testándolas y me parece que les falta un pelín; esa nimiedad que nos hace distinguirnos de los demás —contestó con confianza y unas gotas de arrogancia.

—Pero ellos tienen vides similares a las nuestras. La situación es casi la misma.

—¡Quieres calmarte! Ante todo estate tranquila. Me da igual que estos prepotentes de Milos recojan su puta uva. Con el calor que se espera que hará hoy no van a andar bien. Me da igual lo que hagan. Yo sé cómo está nuestra uva y sé perfectamente cuándo vamos a recogerla. ¿Entendido?

—Pero ¿eso significa que ya has decidido cuándo lo vamos a hacer? —preguntó Merche.

—Sí, ya lo he decidido. —Araceli miró su reloj y sonrió con sensación de control absoluto—: Dentro de doce horas exactamente. Ni un minuto más, ni uno

menos. Acabo de convocar a todo el mundo para las nueve de la noche. Dos grupos. Uno a la noche para vendimiar VVV y mañana ya podremos empezar con VA.

—¿Estás segura?

La respuesta llegó en forma de mirada. Y su cuñada pensó que esta podría haber atravesado un muro de metal.

—Bodegas Milos siempre se precipita. Si ellos vendimian, nosotros esperamos. E insisto, me da igual lo que hagan. Nosotros a lo nuestro. No te pongas nerviosa. Que ellos vendimian, nosotros esperamos —repitió—. El fresco de la noche nos va a venir muy bien. Este año va a ser increíble, ya verás.

—Pero dentro de doce horas —insistió Merche—, serán más o menos las diez de la noche.

—Sí, voy ... vamos, a vendimiar de noche. ¿Y?

Merche la miró con recelo.

—Nunca hemos vendimiado de noche.

—Pues este año lo vamos a hacer. Y además eso es mentira. Se ha hecho en dos ocasiones. En el 64 y en el 70. Y las dos coincidieron con las mejores cosechas. Y que conste que no lo hago por eso. Simplemente, creo que unas horas más de sol le vendrán muy bien a la uva. Lo tengo todo anotado. El nivel de pH y los grados Brix. Todo encaja para esta noche.

—Pero tú no lo has hecho nunca, en el 70 acababas de nacer —le dijo Merche.

—Sí, pero me es igual. Tampoco es tan complicado. Se organiza bien y se pone luz. Ya lo tengo todo preparado. Y solo vendimiaremos la parte de VVV. Las demás vides están bien preparadas para mañana o incluso pasado mañana. Y no te preocupes. Recuerda que esos de Milos siempre empiezan antes y jamás alcanzan la calidad de nuestros vinos. —Sonrió Araceli intentando tranquilizar a su cuñada.

—No sé si Esperanza aprobaría esto —murmuró Merche.

Araceli se acercó colocando su cara a menos de treinta centímetros de la de su cuñada y la sujetó con los dos brazos. Las dos mujeres dibujaron una única silueta de sombra sobre la madera de las barricadas apiladas en la gran estancia. Por unos instantes los cientos de metros cuadrados del lugar se transformaron en un confesonario donde las dos mujeres se enfrentaban a sus diferencias y a sus demonios. Los efluvios que exhalaba la madera del roble de las barricadas aposentadas en el enorme espacio resultaban sumamente agradables y la escasa luz daba al lugar una sensación mágica. El silencio circundante hizo más verosímiles las palabras de Araceli:

—Mira Merche, Esperanza está muerta. ¿Te enteras? M u e r t a. Y tenemos que tomar decisiones nosotros solitos. ¿Me entiendes? Nosotros sin ayuda de nadie más. Hasta su llegada lo habíamos hecho así y siempre nos mantuvimos en el

nivel de leyenda que significa VVV. No vuelvas a nombrar a Esperanza hasta que hayamos terminado de recoger la cosecha. ¿Me has comprendido? —repitió—. Bastantes nervios tenemos para que la imagen de una muerta venga a meter más presión de la que ya tenemos. Y, además, en todo caso sucede lo contrario: Verónica nos está ayudando. El ritual se está repitiendo. La madre de nuestros maridos y Esperanza cuidan de nosotros.

Merche la miró suspicaz, sintiendo su respiración muy cerca de su cara. Notó su aliento caliente y denso. Las lágrimas asomaron tímidamente en los ojos de Merche y enseguida descendieron en forma de pequeños ríos desbordados desde el manantial de su órbitas. Asintió con la cabeza con movimientos repetidos.

—Tranquilízate Merche —dijo en un tono más relajado mientras abrazaba a su cuñada—. Vete a Marbil y tómate alguna pastilla. Ya verás como todo va a salir bien. —La mujer se separó mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo—. Te lo dije el otro día Merche —insistió Araceli—. Esperanza estaría orgullosa de que esta añada vaya a ser la mejor del siglo. Lo presiento. Pero todavía no ha nacido. Esta noche se va a producir el alumbramiento y necesito que todo el mundo colabore, mantenga la calma y esté centrado en lo que hace. Por nuestro bien y en homenaje a ella.

—Era como una hija para mí —dijo sollozando Merche mientras se tapaba la boca con la mano derecha.

—Sí, pero ahora esta situación es irreversible y no podemos hacer nada para solucionarlo. Tienes que entenderlo. Debemos trabajar para que esto salga adelante.

—Una vez me dijo que como no tenía familia, si un día le pasaba algo le gustaría que enterrasen sus cenizas en la tierra de las vides de VVV. Yo entonces no le hice caso —dijo Merche con una repentina serenidad nada acorde con sus, hasta hacía unos instantes, incesantes sollozos—. Pero ella insistió. Yo le quité de la cabeza que a ella, siendo tan joven, le fuese a pasar algo. Y mira ahora —dijo Merche con la voz entrecortada de nuevo.

Araceli no dijo nada pero la miró, sin que la otra se percatase, con cara de asombro.

—¿Eso te pidió Esperanza?

—Sí.

Araceli no supo qué decir. Por un momento el detalle la sorprendió tanto que se quedó cortada. « La enóloga quería que la enterrasen aquí. Una mujer joven no piensa en la muerte, ¿o sí? Sí, sí su propia vida es el zumo de la uva ». Los ojos de Araceli se abrieron de forma desmesurada mientras su cerebro no dejaba de pensar. « La sepultura de un cuerpo dedicado al arte de hacer vino debería ser esta —razonó—. Aquí, en la tierra de la uva. Para que la tierra aprendiese de su sabiduría y su juventud, para que las vides fuesen cada año mejor ». La idea le paralizó la mente pero enseguida reaccionó.

—No te preocupes Merche. Si eso es verdad, lo intentaremos hacer. No sé muy bien cómo funcionan estas cosas pero hablaremos con la policía para ver qué se puede hacer en este sentido.

—Se lo prometí.

—Lo sé, lo sé —dijo su cuñada—. Y te acabo de decir que intentaremos solucionarlo. Verás como sí podemos. Ahora vete a casa. ¿Quieres que te acompañe?

La mujer negó con la cabeza mientras se alejaba del lugar. La espalda de su cuñada desapareció por la entrada lateral. Mientras lo hacía, la oyó decir algo a modo de reproche pero, viniendo de la pusilánime de Merche, no le dio importancia.

Araceli recogió sus cosas y cerró la puerta de madera del enorme espacio. La cerradura emitió un chasquido sordo, atenuado por la madera. Cuando Araceli llegó al despacho de su marido Andrés, este se encontraba reunido con Julián.

—Tu mujer está muy afectada —le soltó sin saludar—. Acabo de estar con ella y la he mandado para casa —añadió mientras encendía un cigarrillo y dejaba los papeles que traía sobre la mesa.

—Ayer le di una pastilla —contestó Julián.

—Pues necesita más —insistió Araceli—. Ha venido a decirme lo de Milos.

Los dos hombres la miraron con sorpresa interrogándola con las pupilas bien abiertas.

—Nada, no pasa nada. Lo de siempre, que ya han empezado a vendimiar.

—Pues eso no me gusta.

—Acuérdate, siempre hacen lo mismo. Todos los años. Y también año tras año nuestros vinos ganan en todas las catas a los suyos. Nosotros lo haremos esta noche. Ya lo he decidido —dijo ella.

Los dos hermanos intercambiaron miradas sin decir una palabra.

—¿Estás segura de hacerlo por la noche? —preguntaron casi al unísono.

—Sí. Ya tengo a todos los temporeros citados a las ocho de la tarde. Y veinte mujeres más a partir de las doce de la noche para ir desgranando. Solo haré las de VVV. Como siempre. Como casi siempre —rectificó—. Y a partir de mañana igual las de VA. Esas suelen venir más tarde.

—¿Es necesario hacerlo de noche?

—Sí, no os preocupéis. Con los datos que tengo en la mano, no hay la menor duda. Tengo todo preparado. Ya he llamado al Consejo Regulador de la Denominación de Origen para avisarles de que vamos a vendimiar.

—Ha llamado un policía, dice que quiere hablar con Merche.

Araceli miró a su marido.

—¿Cuándo ha llamado?

—Hace diez minutos. Te lo iba a decir ahora, te estaba buscando, no me

mires con esa cara —contestó Andrés. La mujer bajó la cabeza y suspiró profundamente—. Dice que viene para aquí a hacer algo y que cuando termine pasará por casa. Por la voz, creo que es el mismo que vino el domingo.

—Pues encárgate tú de estar con ella porque no está para estar sola ni para recibir a nadie. Y menos aún a un policía. Se va a echar a llorar delante de él seguro. Yo no puedo hablar con él, tengo mil cosas que hacer. ¿De acuerdo?

—¿Has comprobado la cuba de fermentación de VVV?

—Sí, ya está todo y tengo a un técnico localizable por si hubiera algún problema.

—Tenemos que cruzar los dedos para que todo salga bien —afirmó su marido Andrés.

—La cosecha ya está ahí. El trabajo para conseguir una uva impresionante ya está hecho, ahora no hay más que actuar con cuidado. Es la parte final —dijo ella—. No os necesito a ninguno de los dos —acabó espetando la mujer a los dos hombres.

—No digas chorradas, claro que necesitas ayuda —replicó su cuñado.

—Yo me quedaré con Merche cuando venga la policía —dijo Andrés volviéndose hacia la puerta—. Si necesitáis algo, me llamáis, estaré en Marbil.

Julián y Araceli asintieron y se quedaron revisando los datos de la vendimia, los temporeros contratados y, lo más importante, las mujeres encargadas de desgranar la uva para el VVV. Verdaderas enamoradas de la uva con manos delicadas, que debían desgranar sin romper.

Después de discutir detalles durante más de media hora la mujer se levantó. Se acercó a la puerta y se dio media vuelta.

—A mediodía, cuando se vaya el poli, haremos lo de Josu.

Su cuñado la miró con fijeza y asintió.

—Eso no podemos pasarlo por alto.

—Sí, y también habrá que ir a buscar al tío Esteban para que bendiga la cosecha —añadió—. El otro día estuve en el convento, y es increíble con noventa y cuatro años que tiene y lo lúcido que está. Ahí va a todos lados, sujetando su cachava en el lado de su pierna mala; pero se niega a que lo lleven en silla de ruedas y menos a que lo operen. Es la leche. Me preguntó cuándo íbamos a vendimiar y a ver cuándo voy a buscarle para que bendiga la cosecha nueva. Para algunas cosas ha perdido por completo la noción del tiempo, pero parece que para otras está lúcido como un sol.

Araceli miró a su cuñado con fijeza.

—¿Vas a ir a buscarlo tú?

—Sí, después de comer. Si vendimiamos por la noche no puede ser en otro momento. Luego lo llevo de vuelta al convento lo antes posible. Allí cenan muy temprano.

La mujer asintió con la cabeza sonriendo.

—Y no te olvides de que traiga la casulla dorada y azul, que hace dos años se le olvidó y se negó a hacerlo hasta que fuiste de nuevo al convento a buscarla y se la trajiste. ¿Te acuerdas?

—Sí, y el agua para bendecir sacada del pozo de atrás. Tendrá la edad que tenga el tío Esteban pero de esas cosas no se olvida. —Sonrió Julián.

—Yo me encargo del hisopo de plata y la vasija. Bajaré luego a la capilla y se los daré a alguien para que se encargue de tenerlos immaculados para el mediodía.

—Y del atril donde poner la patena. Hay que subirlo también. El año pasado el tío Esteban dijo que aquella no estaba bien limpia —añadió—. Es un cabrón —terminó diciendo Julián con cariño—, se fija en todos los detalles. ¿Te acuerdas de la que se lió hasta vencerlo de que no era suciedad sino gotas de agua que habían caído desde el hisopo que él mismo había volcado de un manotazo?

—Sí, sí, ya me acuerdo.

—¿Tienes el corquete nuevo comprado?

—Sí, y me costó encontrarlo. Ahora casi todos se están haciendo con el mango de plástico y no lo soporto. Al final lo encontré en la tienda de siempre. De mango de madera de olivo. Compré cinco. El corquete siempre tiene que tener el tacto de la madera en la empuñadura, si no pierde su eficacia. Los he guardado en uno de los cajones del armarito de la capilla. Al de este año ya le he puesto la fecha en el mango y tiene su sitio en la estancia de los corquetes. Está todo listo. La uva de este año es excepcional. —Araceli se acercó a su cuñado y le dio la mano—. Verás como sale todo bien. No puede haber empezado más complicado, pero intuyo que la sombra de tu madre Verónica nos protegerá.

—No doy crédito a lo de Esperanza —añadió Julián—. Yo tenía intención de que ella liderase una renovación de la bodega que nos diera más tranquilidad. Es increíble cómo se pueden torcer las cosas.

—Verás como todo sale bien —apoyó la mujer mirándolo de soslayo.

Julián asintió con cara de preocupación.

En ese vino se jugaban su prestigio. Pero este año estaba en juego algo más.

CONSULTA DE PSICOLOGÍA. ANA ZALDIBAR, leyó de refilón justo en el momento en que llegó.

El cartel era de metal brillante y muy pulido y tenía las letras en negro grabadas con una escritura simple. Una raya muy fina subrayaba el escueto mensaje. Más abajo y con letras bastante más pequeñas, figuraba la ubicación exacta del piso.

Cuando Ainhoa Carreño entró en el portal situado en mitad del Paseo de Colon de Irún tuvo la sensación de hallarse en una estancia regia. Los mármoles de la entrada daban prestancia al lugar. Compartían la escalera abogados, consultorías de empresas internacionales y dos notarios. El único nombre de mujer que figuraba en los créditos de la entrada era el de Ana. Ainhoa leyó todos con curiosidad, aminorando el paso pero sin acabar de detenerse y se adentró hasta el final. Llevaba el pelo todavía mojado y se lo atusó delante del espejo del ascensor mientras este ascendía hasta la planta número cinco del edificio. Hacía menos de media hora que había dejado el gimnasio y su piel recién lavada todavía mantenía el color ligeramente rosa del esfuerzo.

«¿Qué coño estoy haciendo aquí?», exclamó Ainhoa. Se detuvo varias veces en el descansillo antes de entrar, envuelta en un mar de dudas. «Estoy segura de que esta sabe dónde está Roberto —se convenció—. Y yo no puedo estar sin él».

Toda la sólida fachada que aparentaba Ainhoa se empezó a resquebrajar cuando se cuadró delante de la puerta de la consulta de la mujer de su amante.

Faltaban quince minutos para las doce del mediodía y cuando llamó a la puerta de la consulta lo hizo con los nudillos; sin embargo, nada más hacerlo se percató de que la puerta estaba entornada y sostenida por un niño. Este se echó para atrás cuando la vio. Una mujer de unos cincuenta años le abrió por completo la puerta con una sonrisa, y la invitó a pasar mientras terminaba de atender delante de una mesa de despacho a la madre del chaval que guardaba el umbral. Volvió a recolocarse el pelo y observó con detenimiento los carteles y diversas titulaciones y graduaciones que empapelaban ambos lados de la pared. Contó doce. Licenciada en Psicología Clínica. Licenciada en Magisterio y Ciencias de la Educación. Licenciada en Sociología. Máster en Programación Neuro Lingüística. Máster en Coaching Aplicado, entre otros.

Se quedó un poco abrumada mirándolos mientras se sentaba en la silla del fondo de la salita, pero enseguida oyó a su espalda cómo la señora avisaba a Ana en tono muy bajo, a través del interfono, de la presencia de la mujer. Ella volvió a levantarse.

—Es la segunda puerta a la derecha —le indicó—. Por el pasillo principal. La está esperando.

Cuando Ainhoa le dio la espalda la mujer se quedó observando su estatura y

su fuerte complexión, deteniéndose en su cazadora de cuero negra con el dibujo no tan pequeño de una araña de color rojo oscuro, casi granate, en el medio. Su melena rubia ocultaba parte del insecto y ofrecía un singular contraste de color, con los mechones levemente unidos por la humedad. También observó cómo llamaba con los nudillos y desaparecía. Bajó la vista y abrió el cuaderno de citas para cotejarlo desde la pantalla de su ordenador. Oyó cómo se cerraba la puerta del despacho de su jefa y siguió trabajando.

—Buenos días —dijo la recién llegada.

Ana la miró desde detrás de la mesa de su enorme despacho. Contestó con un escueto saludo. No se acercaron a darse un beso, mantuvieron las distancias. La habitación era más bien una pequeña sala con varios apartados y una zona independiente con dos amplios sofás blancos muy acogedores. Detrás había una mesa grande de madera y sobre esta, la ventana con doble acristalamiento impedía oír el tráfico de la calle principal.

—¿Hoy no teniais rodaje?

—Sí, pero hasta que vuelva tu marido solo estamos avanzando trabajo por las tardes. Cosas para un programa conjunto con la BBC. Imágenes de apoyo, de paisajes y demás. Empezaremos a las cuatro. Y tenemos que grabar un atardecer, no sé si el de hoy nos servirá. Grabar en exteriores es un rollo con el tiempo que tenemos aquí.

—Tienes el pelo mojado —observó la mujer.

—Vengo del gimnasio y estaban todos los secadores ocupados y no me apetecía esperar.

Volvió a resituarse la melena rubia sobre el hombro derecho.

—¿Qué es lo que quieres?, no tengo mucho tiempo —inquirió Ana cortante.

—Quiero que me ayudes a encontrar a Roberto —soltó Ainhoa de sopetón.

La psicóloga sonrió con extrañeza e incredulidad.

—¿Qué te hace pensar que yo sé dónde está?, ¿cómo te podría ayudar? Yo creía que eras tú la que me iba a traer noticias de nuestro amigo común. — Ainhoa mantuvo la expresión seria desde el principio del encuentro pero después de empezar a hablar los rasgos se le acentuaron—. Y además, ¿por qué estás tan preocupada por encontrarle? Para ti no es más que un empleado perfectamente prescindible. ¿No?

—Eso es cosa mía.

Ana sonrió ante tal afirmación.

—Vaya, qué gracia me haces. «Eso es cosa tuya», me contestas, pero por si acaso vienes a pedirme a mí que te informe dónde se ha metido el culo inquieto de Roberto. Pues que sepas que yo hace mucho tiempo que no lo veo.

—Eso no es verdad.

El ambiente se volvió tenso como una cuerda de guitarra a punto de romperse. La mujer se dejó caer en uno de los sofás. Ana la miró desde la

distancia parapetada tras su mesa de trabajo. Sin quererlo empezó a mover nerviosa los dedos jugando con uno de sus bolígrafos favoritos.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, yo necesito encontrar a Roberto porque para mí es una pieza fundamental del equipo. Los rodajes sin él son incómodos y estoy convencida de que estará por algún lado. Yo he de estar entre los mejores por obligación. Competimos con programas de cocina internacionales, con doble presupuesto que el nuestro, y su visión de los movimientos de cámara es excepcional. Lo necesito en mi equipo a pesar de que sea una bala perdida. Me tengo que joder y a tu marido le digo que lo voy a echar a la puta calle pero en realidad no puedo.

—Venga, no me cuentes milongas. Sé sincera. —Ainhoa se enervó y la vena del cuello se le hinchó levemente—. Sí, ya sé que lo necesitas —prosiguió Ana con una voz profunda.

Se levantó con lentitud y se quitó la bata blanca que llevaba puesta. Ainhoa también se incorporó en lo que pareció un movimiento de ballet tirante pero acompañado.

—El siguiente paciente estará aquí en media hora o sea que si no tienes nada más interesante que decirme te puedes largar con viento fresco. Yo no tengo ni idea de dónde está Roberto y si piensas que me voy a tragar toda esa especie de historieta que me acabas de contar sobre la profesionalidad de tu cámara, vas de cráneo —dijo la psicóloga con voz templada y firme.

—No sé de qué me estás hablando.

—Lo sabes perfectamente.

—De veras que no lo sé —repitió Ainhoa enfatizando sin querer su mirada defensiva.

—Las mentiras te servirán con otros, conmigo no.

La expresión de Ainhoa era de sorpresa. Pero de repente cambió a la de enfado.

—¿Qué cojones estás diciendo? Solo te he preguntado si sabes dónde está este tío.

—Sí, claro, porque lo necesitas en el trabajo y en la cama —replicó Ana contundente.

Ainhoa respondió con mucha rapidez.

—Eso es una mentira. Yo no me acuerdo con él. Nuestra relación se acaba ahí, en el plató. Perdona, pero tus infundios van errados. Y además eso es mi vida privada y a ti no te interesa.

—Pero, vamos a ver, ¿tú te crees que soy gilipollas? Vienes aquí a averiguar si tengo escondido a Roberto por alguna esquina. ¿Debajo de la mesa? Tú estás loca. Y, es cierto, yo a Roberto lo vi hace un par de meses; el tiempo suficiente para que me contase que estabas enrollada con él. Roberto es un poco *bocas*, en eso tienes razón, conviene no contarle mucho. Roberto me informaba de todo lo

que pasaba en el plató. Dentro y fuera de él.

Ainhoa bajó la cabeza y rehuyó la pelea verbal al verse acorralada. Y pensó que venir a la consulta de la mujer de su jefe no había sido una buena idea.

Ana prosiguió embalsada.

—Tú te crees que no sé que también estás enrollada con mi marido. Te piensas que me chupo el dedo.

Un silencio denso se instaló entre ambas tras la afirmación, provocando ondas expansivas que se extendieron a lo largo del cuerpo de Ainhoa con una sensación parecida a la de un boxeador que recibe un golpe en la boca del estómago y baja el tórax para defenderse de la oleada de dolor que le recorre el cuerpo. Ahora ella se encontraba contra las cuerdas. No obstante, no se amilanó y pensó visceralmente en devolver el ataque. Su corazón palpitó con fuerza. Pero al final se limitó a negarlo.

—Eso no es verdad. Por mí puedes creer lo que te dé la gana pero te aseguro que no es verdad.

Ana la miró con una mezcla de desprecio y de compasión pero no dejó de atacarla.

—¿Te crees que cada vez que el cínico de Aitor vuelve a casa a las tantas no sé con quién ha estado?

Fue entonces cuando se creció y atacó con todos los medios a su alcance.

—Tú estás loca —gritó Ainhoa—. Estás viendo fantasmas donde no los hay. Deja de decir chorradas. Yo no me acuesto con tu marido. Y aunque fuera cierto, ¿qué? A lo mejor es que contigo no está tan a gusto como aparenta. ¿Te has preguntado eso?

Ana acusó el comentario en modo de punzada en el mismo centro del pecho.

El corazón de las dos mujeres latía acelerado y el sudor nervioso hizo su aparición en ambas contendientes.

—Mira, no sé por qué he venido hasta aquí.

—Yo sí, contestó la psicóloga. Estás buscando a tu hombre. Así de fácil y sencilla es la respuesta. Parece que no te basta con mi marido. Parece que los necesitas a pares.

—Mira, a mí me gusta tenerlo todo controlado y este tío era clave para el rodaje y me da por culo no tenerlo por alguna chorrada que ha pasado con alguien que no sé quién es, y eso es lo que estoy intentando averiguar. —Ainhoa se tomó un respiro y volvió a la carga—. ¿Qué has hecho con Roberto? —volvió a preguntar esta vez con una mirada directa y veraz—. A mí puedes decírmelo —añadió.

Ana no cambió su expresión.

—A ti, seguro. Venga, lárgate que tengo trabajo. Yo tampoco sé cómo he accedido a verte.

La mirada de Ainhoa, al verse menospreciada de esa manera, se tornó

amenazante. Aun así las palabras de Ana no la arredraron.

—Pues mira, en una cosa sí tienes razón —añadió abruptamente la jefa de producción, visiblemente nerviosa—. Roberto es una persona un poco *bocas* y cuando bebe, que lo hace muy a menudo, va diciendo tonterías por ahí. No sé si tus terapias con él surtieron el efecto deseado.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Nada.

Ana se acercó ostensiblemente, cosa que no había hecho desde el comienzo de la conversación, y por unos instantes ambas mujeres se miraron con determinación, a escasos centímetros la una de la otra, manteniendo un duelo visual que duró una fracción de segundo.

—Pues eso —concluyó Ainhoa dándose la vuelta y haciendo amago de irse — que tu querido Roberto se iba de la lengua y le resultaba gracioso ser el centro y alma de la juerga. Le gusta llamar la atención, se cree que es el rey de la parranda.

Ana la sujetó por el brazo evitando que se marchara.

—Si tienes algo que decirme, dímelo a la cara —le espetó la psicóloga.

—No te pongas nerviosa. Yo soy una tumba. No soy como Roberto. Pero cuando aparezca nuestro cámara convendría advertirle con seriedad que hay ciertas cosas que es mejor no ir contando, ni siquiera cuando se va borracho.

—¡Qué hostias estás diciendo! —chilló Ana visiblemente indignada.

—Lo sabes perfectamente —cortó Ainhoa ya casi en la puerta de salida de la estancia—. Lo de las gemelas. Lo va contando por ahí.

Ana la miró reticente y bajó el tono de voz.

—Tú no estás bien de la cabeza. Lárgate de aquí.

Ainhoa decidió irse, y lo hizo deprisa y dando un portazo. Ni siquiera se despidió de la mujer que atendía las visitas. Esta se levantó extrañada y se dirigió al despacho de Ana. Cuando entró la vio sentada sobre la mesa con la mirada perdida.

—¿Estás bien Ana? ¿Ha pasado algo? —La psicóloga asintió sin decir palabra —. ¿Seguro? ¿Te vas a ir a casa? Lo digo porque te veo sin bata...

—Eh, ah, sí, es que tenía calor. No pasa nada. Era una amiga que no veía hace tiempo —se disculpó—. ¿Ha llegado el paciente de las doce y media?

—No, todavía no.

—Cuando llegue, por favor no me lo pases hasta que te avise, ¿de acuerdo? —le pidió Ana con voz serena y contenida.

—Sí, claro —dijo la mujer retirándose.

Cuando cerró la puerta los recuerdos del tiempo en que nacieron las gemelas se arremolinaron en su cabeza y empezaron a sucederse en cascada. Notó más que nunca su soledad y apreció el refugio acogedor en el que se había convertido su consulta. También reparó en que los sonidos de fondo habían desaparecido por

completo y solo se oía a su corazón, que no dejaba de latir a un ritmo muy superior al normal. Se sorprendió de su control cuando se percató de que la cadencia de los latidos se atenuaba transcurridos un par de minutos. Se apoyó en la mesa y sujetándose la cabeza con ambas manos se quedó contemplando fijamente la pantalla del ordenador. Desde el mundo virtual de la computadora Naiara e Idoia le sonreían jugando en una esquina de su habitación, en una fotografía hecha hace apenas un año. Una imagen que mantenía a modo de fondo de escritorio permanente y que ahora miraba desde otra perspectiva.

Sus hijas con sendos vestidos rosas y dibujos de patitos en el pecho.

La mirada y la sonrisa de las gemelas eran sinceras.

La casa de muñecas, que destacaba en el fondo de la imagen, parecía una vivienda de verdad.

El inicio de octubre trajo consigo temperaturas agradables. Cuando el subcomisario Vicente Parra se montó en el coche camuflado de la Ertzaintza, las terrazas de San Sebastián ya estaban dispuestas para disfrutar del inesperado calor otoñal. Los empleados limpiaban sillas y mesas para el aperitivo del mediodía. Y las previsiones eran las mismas para todo el resto de la semana. Un regalo de los dioses tras un verano con muchos alibajos.

Con la agenda repleta de anotaciones en la mano y al volante el oficial Jon Ander, abandonaron la variante con dirección a La Rioja. El paisaje del mediodía semejaba un escenario de teatro. La fuerte luz y la marca del termómetro producían una engañosa sensación de estar en verano, pero el tiempo transcurría inexorable y el otoño acababa de llegar para instalarse. «La estación más melancólica —pensó el subcomisario—. La de los suicidios. La valiente o cobarde acción de abandonar. Cuando ya no hay salida queda el deseo de acabar con todo y a menudo es una forma taxativa de dejar de sufrir. ¿Podiera ser que este descerebrado de Roberto hubiera acabado con su propia vida? Pero si te quieres suicidar no llamas a emergencias, ¿o sí?». La voz de su compañero le hizo volver a la realidad con rapidez.

—Llegaremos en una hora y media. He estado hablando con un oficial, un tal Marcos, y nos estarán esperando en el cruce a la salida de Laguardia. Ha dicho que conocen bien el lugar y nos llevarán adonde les digamos.

—Pero ¿antes no pasaremos por la comisaría de Laguardia? Está en la carretera Laguardia-Logroño s/n.

—Es el mismo sitio, creo. Parece que está muy cerca de donde indican las coordenadas. Hay una gasolinera cerca. Es justo la salida del pueblo en dirección a Logroño.

—¿Con quién has hablado?

—He hablado con el tal Marcos. Me ha dado un móvil también y me ha dicho que lo que necesitamos. Habrá que ver si es así. Lo del helicóptero igual no se necesita. Me ha repetido que no me preocupe.

El viaje transcurrió con la misma rapidez con la que iban y venían las hipótesis sobre lo que iban a encontrar. Cuando llegaron a la altura de San Vicente de La Sonsierra observaron las vides, algunas de ellas ya vendimiadas, y también pequeños tractores atravesando las carreteras, con carga de uvas o vacíos dirigiéndose a por un nuevo cargamento.

Al llegar a la altura de Samaniego y después de haber atravesado la población de Ábalos observaron el enclave de Laguardia. Atravesaron por la izquierda la población dejando a un lado sus murallas. La carretera que la bordeaba se convirtió en una pequeña pendiente que descendía hasta llegar a una curva donde se encontraba la comisaría.

Jon Ander aparcó el vehículo delante de la pequeña comisaría. Antes de entrar observó una furgoneta de color gris sin ninguna identificación. Pensó que sería de ellos y le llamó la atención lo nueva que parecía. Bajaron del vehículo y entraron.

—*Kaixo*, soy el subcomisario Vicente Parra. Hemos quedado con el oficial Marcos Raez.

—Sí, está en el despacho —dijo un miembro uniformado de la Ertzaintza señalando la puerta—. Les está esperando.

Cuando entraron se presentaron y saludaron con cortesía.

—Bien, le explico breve y escuetamente la situación. Tenemos una llamada de teléfono de una persona dada por desaparecida, y las coordenadas que nos facilitó la compañía telefónica son las que le he comentado por teléfono —dijo el subcomisario mientras le daba un papel—. Sabemos que corresponden a un lugar en concreto —prosiguió—. Laguna de Carravalseca.

—Eso está aquí al lado —contestó el comisario Marcos—. Como mucho, dos kilómetros. ¿Y qué piensan encontrar ahí? Aparte de una increíble vida ornitológica y también vides rodeando el complejo, no sé qué puede haber de interés.

—Vamos al lugar y desde allí decidiremos.

—El complejo lagunar de Laguardia es muy antiguo. La que queréis ver forma parte de un conjunto de tres lagunas. La de Carralagroño es la primera que veremos. Es un biotopo protegido y un lugar de paso habitual de ánades y patos y muchas especies que buscan refugio en el entorno. Un humedal que varía mucho con la estación.

» Pero vamos a verlo directamente. Ustedes nos siguen en su coche. Es una pista sin asfaltar a la que se puede acceder sin problemas con un automóvil. Nosotros iremos en la furgoneta que ha llegado ahora de la comisaría de Vitoria. En cinco minutos estamos allí —concluyó el oficial levantándose de la mesa.

La comitiva partió en dirección a la carretera de Logroño, pero apenas avanzaron un kilómetro y medio pusieron el intermitente, giraron a la derecha y se adentraron en una pista. Un letrero de madera hacía alusión muy velada al lugar sin indicar el nombre de las lagunas. El coche se balanceó mientras Jon Ander intentaba evitar los desniveles del lugar siguiendo de cerca la furgoneta del oficial Marcos. Apenas doscientos metros más allá la carretera descendía unos metros y, de súbito, entre el polvo que levantaba el vehículo que los precedía, apareció la primera de las lagunas. La comitiva se detuvo y todos bajaron de sus vehículos. Vicente, Jon Ander y Marcos se reunieron fuera, en el borde de la pista, ocupando con sus vehículos toda la calzada. El conductor de la furgoneta se mantuvo en su puesto pero apagó el motor. El brillo del agua en la superficie hacía entornar los ojos, que no dejaban de sorprenderse de la curiosa actividad del entorno.

Los patos se bañaban en ella con deleite, ajenos a la curiosidad de los visitantes. El agua solo se movía por efecto de los continuos despegues y aterrizajes de los animales.

—Esta es la laguna de Carralagroño. Es pequeña pero con una actividad de patos intensa para el tamaño que tiene el lugar —informó el comisario Marcos. Los tres policías se detuvieron unos segundos sin decir una palabra—. Es el lugar típico de reproducción de azulones, somormujos y zampullines. Pero también se pueden encontrar collalbas rubias. Y ahora mismo se acaba de terminar la época de las garzas. A finales de septiembre ya se van. Muchas especies se marchan por esta época, pero mirad —dijo señalando un pájaro delante de ellos—, ese es un ruiseñor bastardo y aguanta todo el año. Y los aguiluchos también. Pero ahora no veo ninguno —añadió mirando a su alrededor.

Jon Ander y Vicente escucharon con una sonrisa las explicaciones del entendido.

—Le gusta la ornitología, ¿verdad? —observó Vicente.

—Es una afición que tengo desde pequeño y cuando me ha llamado diciendo que quería visitar el lugar me ha hecho mucha ilusión. Yo nací aquí, en la población de Ábalos y estuve mucho tiempo destinado en la comisaría de Gasteiz pero cuando hubo plaza en la de Laguardia y me la ofrecieron, no lo pensé ni un solo instante. —Reinaba una calma embriagadora—. La siguiente es la laguna de Musco. Está detrás de esa pequeña loma; pero apenas tiene agua, está en proceso de recuperación. Y justo a su derecha la que queréis ver, la de Carravalseca. Los datos de la geolocalización coinciden exactamente con el lugar. ¿Vamos?

Una leve cortina de polvo delataba el paso de los vehículos en dirección a las dos últimas lagunas. Dos minutos más tarde de lenta marcha y tras un pequeño desnivel, llegaron a un cruce. Torcieron lentamente a la derecha y tras recorrer cien metros llegaron a la parte más alta del lugar. Allí mismo se pararon los dos vehículos. A la derecha se podía observar Musco con apenas agua en la superficie y a su izquierda la laguna de Carravalseca, llena de agua pero sin ninguna actividad aparente de pájaros.

Esta vez bajaron los cuatro policías.

—La de Musco está un poco baja —comentó el comisario—. Pero la de Carravalseca está plétórica.

—No se ve la actividad que había en la anterior.

—Sí, es cierto. Esto suele ir por épocas y momentos —comentó el comisario Marcos.

La orilla de la laguna de Carravalseca se encontraba a cincuenta metros de donde ellos se encontraban y se podía acceder a ella bajando por una ladera de suave pendiente libre de obstáculos. La pista, por el contrario, se hacía más abrupta y los hombres pensaron en dejar allí mismo los vehículos. La pista moría allí mismo. Los cuatro policías se acercaron a la orilla de la laguna. « La última

llamada del desaparecido Roberto se hizo desde allí», pensó Vicente sin decir nada.

—¿Qué tamaño tiene esto? —preguntó el subcomisario.

—Entre todas, unas ocho hectáreas, creo que menos.

—¿Y qué profundidad puede llegar a tener?

—Bueno, pues en algunos momentos hasta tres metros, pero no es habitual.

En algunas zonas, dos metros y medio como mucho.

Vicente siguió moviéndose por el lugar muy pensativo. Se alejó de sus compañeros unos metros y observó vides cercanas en espaldera rodeando la laguna. Volvió donde se encontraba el comisario.

—Necesito ver la laguna desde el aire. ¿Se acuerda de lo que le comenté?

El comisario asintió con la cabeza.

—Ya me lo he imaginado y por eso está aquí esta furgoneta.

Jon Ander se unió a la conversación.

—Necesitamos ver esto desde el aire. ¿Cómo lo hacemos?

—Un helicóptero no te he conseguido pero sí un dron. El agente Urko es un especialista en su manejo —dijo haciéndole una señal para que se acercara.

Cuando este se reunió con ellos las preguntas se sucedieron en cascada.

—¿Podemos inspeccionar la laguna desde el aire?

—Por supuesto, el rato que usted necesite. Tengo baterías para una hora de vuelo.

—¿Tienes aquí el aparatejo? —inquirió el subcomisario.

—En la furgoneta.

—¿Cómo lo vemos?

—En directo, en tiempo real a través de su cámara autónoma. Podemos acercarnos o alejarnos y volar a cinco centímetros de la superficie o hasta cien metros de altura. En terreno abierto sin interferencias de señal perfectamente podría alcanzar más, pero no me atrevo por si se pierde la señal.

—¿Y nosotros desde dónde lo vemos?

—En un monitor de alta resolución y gran tamaño que hay en la furgoneta. Se instaló ahí dentro porque la luz ambiental molesta pero en el interior del vehículo se ve de maravilla.

—¿Lo podemos hacer ahora?

—Si usted lo necesita, tardo diez minutos en prepararlo —contestó raudo el agente Urko.

Vicente y Jon Ander se miraron y trasladaron su mirada inquisitiva a Marcos, que estaba atento a la conversación y asintió con la cabeza.

—Yo he pensado que sería el mejor sistema, ¿no le parece?

Ambos policías asintieron con la cabeza mientras Urko se dirigía a la

furgoneta. Este se paró a medio camino.

—¡Mejor que vengan! —gritó desde la distancia.

Los tres policías se acercaron. El dron estaba en medio del habitáculo, anclado al suelo por unas fijaciones de goma muy gruesa. Tenía una altura de casi medio metro y seis hélices pequeñas. El armazón era de aluminio muy ligero y en la zona central tenía los anclajes de las baterías. En su aspecto general se asemejaba a una gigantesca araña con seis patas de metal. Urko lo agarró con asombrosa facilidad y le dio la vuelta para anclarle la cámara increíblemente pequeña.

—¡Qué poco pesa! —exclamó Vicente al ver la facilidad con que lo movía.

—Sin las baterías pesa como una pluma. Lo que le da peso son estas —dijo sosteniendo una de ellas en la mano—, lo que tampoco le va mal porque le da estabilidad al conjunto.

Urko terminó de montar el dron antes de lo previsto. Conectó sus mandos y su pequeña pantalla. Los dos *joysticks* permitían moverse al dron en todas las direcciones posibles. Parecía el mando de una videoconsola, pero con más botones e instrumental.

Encendió el monitor interior y a la espera de que arrancase les indicó:

—Siéntense en esos taburetes y cierren las puertas de la furgoneta para ver mejor las imágenes. Voy a conectar la cámara —avisó—. Estarán en contacto conmigo por este micrófono situado al lado de la pantalla que está conectado a estos auriculares que yo llevaré puestos.

La pantalla se iluminó y en unos segundos ya se pudo apreciar el terreno arcilloso que captaba la cámara, con piedras pequeñas en primer plano.

—Voy a enfocar —dijo Urko.

Las imágenes se hicieron extremadamente nítidas.

—Se ve de maravilla —exclamó Jon Ander—. Sus compañeros asintieron.

—Voy a arrancarlo —avisó mientras se alejaba del aparato—. El sonido de las hélices se convirtió en un fuerte zumbido, que se acentuó cuando desde el cuadro de mandos que llevaba colgado al cuello el agente Urko lo aceleró para que despegara. La pequeña pantalla se alejó del suelo. El piloto desde tierra lo subió a unos cuatro metros sobre la superficie y se dirigió hacia el centro de la pequeña laguna.

Los tres oficiales miraron con curiosidad las imágenes del agua que les llegaban.

Desde el micrófono que llevaba acoplado a los auriculares el piloto les avisó de que iba a subir a más altura para evitar que la superficie del agua se rizase por efecto del viento que provocaban las hélices. En unos segundos su indicador marcó diez metros de altura. Lo mantuvo y comenzó a recorrer el contorno.

Al cabo de un par de minutos los policías hablaron desde la furgoneta.

—Urko, párate en la hondonada más cercana a la derecha. Ahí parece que

hay más profundidad.

—Vale, bajaré un poco, justo hasta el límite en el que la superficie de la laguna comience a ondularse —contestó.

Los policías mantuvieron los ojos muy abiertos durante un buen rato y fue al cabo de unos minutos de vuelo rasante cuando les llamó la atención una superficie de tono más claro.

—Ahí hay algo —dijo Jon Ander con seguridad.

La voz del piloto se oyó dentro de la furgoneta a través de dos pequeños altavoces.

—Sí, parece que hay una superficie rectangular de distinto color. No sé, parece de color madera. Voy a bajar un poco más a ver hasta dónde puedo acercarme.

—Es el techo de un coche —dijo el joven oficial.

El trío se acercó a la pantalla.

—Podría ser.

—Sí, sí, mira, esto parece el comienzo de los soportes de la estructura que sostiene el limpiaparabrisas trasero —dijo señalando la pantalla—. Es un coche, seguro.

—Marca la posición exacta de ese lugar —pidió el comisario Marcos al piloto del dron.

—Sí, ya está —resonó su respuesta en el interior de la furgoneta.

—¿Puedes acercarte un poco más?

—Lo voy a intentar pero se verá peor.

Efectivamente las hélices rizaron la superficie del agua y la visión se nubló.

—Otea el resto del contorno y vuelve —ordenó el comisario.

—Espera, espera —dijo Jon Ander en voz alta—. Ascende un poco más sobre el mismo punto, por favor.

El dron subió unos metros y se quedó fijo sobre dicha zona.

—¿Veis? —indicó el joven oficial.

—¿Aparte de la superficie que dices que es un coche?

—No, no, ahora digo la línea de burbujas que salen de una esquina.

Una línea pequeña de burbujas salía desde lo que parecía ser el techo de un vehículo. Era constante y apenas visible.

Los grupos de buceo de la unidad de rescate de la Ertzaintza no tardaron más de dos horas en llegar al lugar. En el intervalo los agentes no se movieron de la zona. La comida del mediodía consistente en unos pequeños bocadillos de chorizo con unos refrescos, organizada por un compañero, le hizo recordar al subcomisario Vicente Parra sus antiguas costumbres, cosa que no le gustó en absoluto. Se comió distraído el suyo con la vista fija en el centro de la laguna.

Eran las dos y media de la tarde cuando los dos buzos más experimentados de la unidad se sumergieron en las no muy transparentes aguas de la laguna. En

cuanto llegaron confirmaron las sospechas.

—Es un coche. Y por el aspecto que tiene no lleva mucho tiempo ahí — afirmó el policía con las gafas de buceo en la mano.

—No me ha parecido que hubiera nadie en el habitáculo. Habrá que sacarlo y examinarlo con detenimiento. Necesitaremos llamar a una grúa potente. Bajo la presión del agua ese vehículo pesa mucho.

Cuando la grúa llegó tuvo que hacer alguna maniobra complicada para colocarse en posición. Fue entonces cuando los policías se apartaron. El terreno era inestable como punto de apoyo y la grúa tuvo que alejarse unos metros para encontrar terreno denso y firme en el que pudiera asentarse y hacer fuerza.

Los buzos bajaron con el cable de acero y lo sujetaron a la zona de unión de los dos ejes de las ruedas traseras. Tuvieron que sumergirse varias veces. Lo aseguraron bien y dieron orden desde el agua al operario de la grúa para que pusiera el mecanismo de arrastre en marcha. Cuando comprobaron que funcionaba ambos se alejaron del lugar y, con las gafas de bucear colocadas sobre la frente, fueron saliendo del agua.

Una vez estuvo anclado el cable del cabrestante en el punto de sujeción, todas las personas allí presentes se estiraron rígidas como alambres. Durante un minuto no pasó nada, solo el ruido ronco y áspero del motor de la grúa tensó aún más el ambiente. Jon Ander se imaginó la escena final de la película de Alfred Hitchcock, *Psicosis*, pero no se atrevió a mencionarla.

Llevaban varios días enredados en el caso e imaginaron que en unos minutos podrían tener respuesta si no a todos, al menos a algunos de los interrogantes que se les habían planteado.

La onda que el cable provocaba en la superficie dio lugar a una pequeña ola que acompañó a un trozo de metal que emergía de la escasa profundidad de la laguna. Era de color marrón claro y a medida que el cable tiraba de él se pudo observar con claridad un fragmento del maletero del vehículo asomando lentamente.

Y justo al cabo de unos instantes apareció la matrícula. A pesar del barro se podía distinguir su numeración. Vicente la anotó enseguida en su agenda y dio un paso atrás para confirmarla con sus anotaciones anteriores.

«Premio», pensó. La matrícula es la del coche de Roberto.

Se acercó a Jon Ander y le indicó el dato. Este se encontraba absorto mirando cómo emergía el coche. En ese momento se podía ver perfectamente más de la mitad del vehículo. Por las ventanillas bajadas brotaba agua oscura mezclada con lodo y trozos de juncos, en forma de pequeñas cataratas. El vehículo terminó de emerger y se quedó a un par de metros de la orilla.

—Primero vamos a inspeccionarlo.

El vehículo tenía más de veinte años, a juzgar por la matrícula, y presentaba un buen rasponazo en el lado del conductor que abarcaba las dos puertas del lado

derecho, pero no parecía reciente. Las ventanillas delanteras estaban bajadas pero las de las puertas traseras permanecían izadas. Miraron en su interior y no se percataron de nada anormal. El agua seguía saliendo a chorro por las rendijas de la parte baja de las puertas pero cada vez más lentamente. Había un hedor extraño que no supieron identificar aunque enseguida asumieron que sería del lodo de las mismas aguas de la laguna. Era un olor fuerte a podrido.

Cuando juzgó que el agua del interior era escasa Vicente pidió a Jon Ander que intentara abrir una puerta.

—Con cuidado, porque igual está atascada —advirtió el subcomisario.

Los buzos contemplaban la escena junto al conductor de la grúa y el comisario Marcos. El agente Urko mantenía el dron al lado de la furgoneta en previsión de tener que revisar algún sitio más. Ninguno de los allí presentes perdía detalle.

Jon Ander se sorprendió de la facilidad con que la puerta del conductor cedió. El agua restante se apresuró a abandonar el interior fluyendo como un riachuelo embarrado. El oficial se apartó y dejó que el agua terminara de salir. Solo entonces se acercó de nuevo a su interior. Estaba todo revuelto. Unas tijeras enredadas en jirones de mapas deshechos; una pequeña funda de plástico que protegía los papeles del vehículo en su interior; una caja de kleenex que de tan empapada estaba irreconocible; bolígrafos de plástico flotando y, al fondo, un ordenador portátil cubierto de hojas y ramas.

—Llévate la documentación —le dijo Vicente—, por si acaso, porque ya sabemos quién es el dueño de esto. Y que miren el ordenador en caso de que se pueda salvar algo, no se te olvide.

La parte trasera del coche no presentaba nada reseñable. La parte delantera estaba abollada y el faro derecho roto. El oficial accionó la palanca para abrir el capó pero esta no funcionó. Rodeó con precaución el vehículo y se paró ante el maletero. Se acercó a la cerradura y observó que aunque estaba manchada de barro, no estaba forzada.

—Hay que abrir el maletero —dijo dirigiéndose al joven oficial—. Este hizo una señal al empleado de la grúa, que se acercó con rapidez.

—¿Cómo podríamos abrir el maletero?

—En este modelo se abre desde el lado del conductor —dijo con decisión—, ¿quiere que lo intente?

El operario de la grúa apretó la palanca situada en el interior del vehículo. Esta no respondió a pesar de sus esfuerzos.

—Está atascada. Si quiere abrirlo habrá que forzarlo. Tengo una palanqueta. ¿La traigo?

Vicente asintió con la cabeza.

Volvió enseguida. Traía en la mano una palanqueta de hierro pintada de negro que parecía muy usada. Sus dimensiones hicieron pensar al oficial que con

semejante artilugio se podrían abrir el noventa y nueve por ciento de los pisos que se pusieran a su alcance. Las dimensiones de la palanca eran llamativas.

El coche brillaba por la humedad pero el techo se estaba empezando a secar. El ambiente rezumaba tensión nerviosa. Todas las personas asistían al final del acto que les estaba costando casi todo el día clausurar. Alguno de los habituales pajarillos que habitaban la laguna parecían posarse en las ramas de los árboles cercanos para ser partícipes del desenlace.

El operario miró la rendija que había entre la puerta y el habitáculo trasero y encajó con fuerza la parte más corta de la palanqueta. Se apoyó con todas sus fuerzas en el lado más largo, pero la cerradura aguantó impertérrita. El hombre cambió de posición y volvió a intentarlo cargando el peso de su propio cuerpo. Fue en ese momento cuando un sonido seco de metal desgarrándose atronó en la tranquilidad de la laguna.

Cuando el operario abrió el portón trasero se echó hacia atrás con signos evidentes de repulsión mientras se tapaba la boca soltando en un solo movimiento la palanqueta. Esta cayó casi en cámara lenta. Apenas hizo ruido cuando golpeó contra el suelo de tierra. El olor era nauseabundo. Aquello fue una oleada pestilente. La tufarada que recibió casi le hace marearse.

Jon Ander y Vicente se acercaron con rapidez. Los dos buzos miraban la escena con tranquilidad y cierta frialdad, acostumbrados como estaban a situaciones similares. A pesar de ello la visión les hizo estremecerse cuando se acercaron a verificar lo que llevaban rato imaginando.

El cadáver de un hombre corpulento flotando en el maletero inundado de agua fue una visión escalofriante.

Los dos policías retiraron la cabeza con repulsión. El más joven tuvo que alejarse un par de metros para respirar hondo y evitar que el impulso de la arcada vaciase su estómago.

El cuerpo sin vida flotaba de espaldas vestido con un jersey fino de color blanco. Una de sus mangas, ligeramente subida, dejaba entrever el comienzo de un tatuaje. Su enorme espalda ocupaba casi todo el habitáculo. Las manos las mantenía en la parte baja pero a medida que el maletero se iba vaciando de agua, los detalles iban asomando. Vicente se mantuvo entero protegiéndose la boca con un pañuelo, intentando no perderse ningún pormenor.

Trozos de cinta americana desperdigados por todos los rincones delataban que la víctima podía haber estado atada. Había un destornillador y los restos de un mapa hecho girones.

Después de más de diez minutos soltando agua el habitáculo se vació casi por completo. El subcomisario Vicente se percató de que el cuerpo había girado de posición y se había quedado apoyado en un costado. Se fijó en el rostro desfigurado del cadáver, hinchado por el comienzo de la descomposición. También observó cómo por la boca salía una especie de espuma blanquecina.

Hongo de espuma externo, recordó de sus estudios de criminología de su época de estudiante, señal casi inequívoca, aunque no concluyente, de que el hombre se ahogó, allí mismo o en otro sitio, y que, con seguridad, no estaba muerto cuando ocurrió la inmersión.

—¿Crees que es nuestro hombre? —preguntó el joven oficial.

—No lo sé —contestó Vicente—. El rostro está muy hinchado y deformado y la piel distendida por la humedad. Tiene la famosa « cara de negro ». Y además, nunca antes había visto a esta persona, solo por las fotografías. Habrá que esperar, pero mucho me temo que sí. Ese tatuaje creo que es el que describió su padre.

—Voy pidiendo una furgoneta para que se lo lleven, ¿verdad? —preguntó el comisario Marcos acercándose—. El juez está avisado y llegará en cualquier momento.

Vicente asintió con la cabeza sin dejar de mirar el hueco del maletero con el macabro regalo que este les ofrecía. Un cadáver que el subcomisario calculó que llevaría sumergido por lo menos cuatro o cinco días. Y la temperatura de esos días había sido más alta de lo habitual en esa época, lo que habría provocado una descomposición acelerada del cadáver.

—Jefe, debajo de esos papeles mojados parece que hay algo —intervino Jon Ander.

El objeto se encontraba al lado de la cabeza, casi tocando el pelo. Con cuidado para no modificar nada de la escena, el joven oficial se enfundó los guantes de látex que siempre llevaba en el bolsillo y metió la mano en el maletero; con la ayuda de un bolígrafo apartó los papeles que ocultaban el bulto.

Los ojos de ambos se abrieron y en sus rostros apareció un esbozo de sonrisa.

Un teléfono móvil.

Ambos se miraron con complicidad.

—¿La llamada a emergencias se pudo hacer desde aquí? —preguntó Jon Ander.

—Pues no lo sé, pero mucho me temo que sí. El teléfono no es antiguo y está manchado de barro pero parece que pudiera haber estado operativo. Este hombre casi con toda seguridad que estaba vivo cuando lo metieron en el maletero —añadió—. Por alguna razón que por ahora desconocemos, llevaba el teléfono móvil encima y pudo hacer la llamada al ver la situación en que se encontraba, aunque por la cantidad de cinta americana que hay por aquí no le resultó fácil hacerlo. Y parece ser que la realizó en el último momento a juzgar por la duración de la llamada, prácticamente una décima de segundo.

Cogió el móvil, lo introdujo en una bolsa de plástico e inmediatamente la cerró.

—En el bolsillo del pantalón lleva algo —comentó Jon Ander.

—¿Podría ser la cartera?

Con la punta de los dedos enfundados en látex metió la mano en el bolsillo delantero del pantalón del cadáver y extrajo de su interior una pequeña cartera. La abrió con cuidado.

Un bofetón de realidad los volvió a golpear. Pareció como si el destino les preguntara: ¿necesitáis aún más evidencias?

El documento nacional de identidad y su foto a la izquierda no dejaba lugar a dudas. Un número y un nombre.

D. N. I.: n.º 34.566.593

Roberto Álvarez Sampedro

Fecha de nacimiento: 1 de octubre de 1987

«Ayer fue el cumpleaños de este infeliz —pensó el subcomisario—. El mismo día que Amaia, la novia de mi hijo Alberto».

A su lado reposaba un papel arrugado absolutamente empapado de agua.

—Esto va a ser difícil de descifrar.

—No lo toques —advirtió Vicente—. Mételo en otra bolsa y que lo lleven a analizar para ver si pueden leer algo de ese papel en el laboratorio, aunque en el estado en que se encuentra les va a resultar difícil. Otra cosa. Toma muestras del agua de la laguna para cotejarlas con las que encuentre el forense en los pulmones de la víctima y confirmar que se ahogó aquí.

El subcomisario se dio media vuelta y se acercó al comisario Marcos.

—Este pastel os lo lleváis al instituto, ¿no?

—Sí, al Anatómico Forense de Vitoria.

—¿Cuándo se le podrá hacer la autopsia?

—Pues no lo sé.

—Hazme un favor Marcos, intenta que se lleve a cabo lo antes posible. Yo intentaré que se identifique el cadáver aunque por lo que hemos encontrado casi con toda seguridad se trata de la persona desaparecida. Conocemos a su padre y probaré a ver si lo reconoce. Entre eso y el ADN ya sabremos con seguridad de quién se trata.

—¿Esto tiene que ver con el asesinato de la enóloga allí en Donostia? Aquí se habla mucho —preguntó Marcos.

—Aquí habíamos venido a buscar a un desaparecido. Pero nos tememos que este es, era, el novio de ella. No te puedo decir mucho más.

El ertzaintza Marcos no dijo nada.

—Es importante confirmar cuanto antes el momento de la muerte de este desdichado para poder seguir trabajando. Y por cierto —dijo Vicente de improviso dándose la vuelta y dirigiéndose a Jon Ander— llama a los Sáenz y diles que hoy no pasaremos. Quiero saber más cosas de este cadáver antes de regresar a su bodega —añadió mirando el cuerpo—. A veces un muerto cuenta

más cosas que dos vivos.

« Igual ya no es necesario volver, o por el contrario, es fundamental, no sé », pensó el subcomisario.

—Intentaremos que puedas tener mañana miércoles los datos. Yo conozco a mucha gente en Vitoria. Estuve trabajando allí muchos años. Me deben muchos favores —interrumpió Marcos.

Vicente asintió con la cabeza y agradeció con una sonrisa la actitud de su compañero alavés.

No tardó en llegar el juez, que saludó distante y tras un rato dio permiso para levantar el cadáver. Mientras, los expertos llamados desde la comisaría de la Ertzaintza registraban el lugar en busca de detalles que pudieran ayudar a encontrar datos clarificadores. Tomaron huellas de los neumáticos e intentaron distinguirlas de las que habían producido los policías. Los moldes se los llevaron para analizarlos.

Cuando el subcomisario Vicente Parra y el oficial Jon Ander Echeberria abandonaron el lugar la superficie de la laguna destellaba con el sol del atardecer y, mientras se alejaban, ambos tuvieron la impresión de que el caso estaba mucho más enfangado que la superficie del coche que acababan de encontrar.

Las vides observaron alejarse a la comitiva fúnebre. Acababan de quedarse huérfanas de uvas.

El padre Esteban Sáenz se levantó de la silla al ver aparecer en su sobria habitación a su sobrino Julián. El convento en su caso le servía de asilo voluntario. Sus vetustas paredes competían en longevidad con la del anciano. Pero sus noventa y dos años no fueron obstáculo para agarrar con decisión su bastón y, apoyándose en este para compensar su pierna mala, acercarse a él.

—¿Ha llegado la hora? —preguntó el anciano sin saludar, mientras se recolocaba la sotana enredada en el fajín.

—Hola, hola. Sí. —Sonrió Julián, mientras le agarraba por el brazo en un ademán de ayuda.

—Puedo solo —contestó bruscamente haciendo un gesto de apartarse de él—. No soy un viejo. Eso sí, llévame el zurrón —añadió señalando al bulto de encima de la silla.

—¿Llevas todo lo que necesitas? —preguntó su sobrino.

—Sí —dijo de mala gana.

Esteban cogió el neceser que siempre llevaba preparado para la ocasión. Él lo llamaba así, pero no era más que una bolsa de tela oscura donde guardaba sus aperos de evangelización, como le gustaba con sorna denominarlos. Recorrieron el pasillo del convento que daba a la calle y se despidieron del celador sin tropezarse con ninguno de los curas que vivían allí.

—Hala, a bendecir las uvas —lo despidió desde el umbral el portero.

—Sí —contestó lacónico el sacerdote apoyando su descompasado andar en su cayado.

—Estarán todos comiendo. Si llegas a tardar un poco más me hubiera ido yo a comer también pensando que la vendimia se retrasaba. ¿Cómo está la de este año?

La lucidez del anciano era llamativa dada su avanzada edad.

—Ahora la vas a ver. Creo que la de este año va a ser única.

—Eso espero, porque ya no me quedan muchas más que bendecir.

Llegaron al coche y el anciano se dejó ayudar para subirse a bordo. Parte de la sotana quedó colgando. Su sobrino se la recogió y cerró la puerta. Ambos se alejaron y la fachada del convento se fue haciendo pequeña mientras el anciano la observaba por el retrovisor del lado derecho.

Tardaron veinte minutos en recorrer la distancia hasta Marbil.

—Siempre que vuelvo a Marbil tengo la sensación de llegar al paraíso terrenal. Al sitio donde empezó todo. Esta casa tiene la magia compartida con la casa de Dios en la que vivo —dijo el padre Esteban mientras el vehículo atravesaba la verja de acceso a sus dominios.

Cuando el coche se detuvo, el cura olió el entorno con deleite y cerró los ojos. Los mantuvo así unos segundos y cuando los abrió pudo ver de lejos las vides

cargadas de uvas esperando ser recogidas. Pero su pensamiento estaba más lejos.

—Esos de Milos ya han vendimiado.

Su sobrino lo miró desconcertado al ser consciente de cómo se fijaba en los detalles a pesar de su edad.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué te crees?, estoy viejo, pero no tonto. Lo he visto al pasar. Desde que me operaron de las cataratas, de lejos veo mejor que nadie. —Sonrió con cierta prepotencia.

Dio dos pasos en dirección a las vides apoyándose en su bastón.

—Son unos caguetas, siempre lo hacen a destiempo. Esa uva necesita el tiempo que nosotros le damos. Ellos no bendicen nunca sus vides —dijo con desprecio—. Y para hacer buen vino hay que confiar en Dios. Y en el buen hacer de la gente que lo trabaja. Pero sobre todo hay que rezar. Yo lo hago todos los días para que el Señor os proteja y a las vides también.

Volvió a oler el ambiente. Las fragancias otoñales matizadas por el sol y la suave brisa le hicieron soñar con otros tiempos cuando era él el que ayudaba en la vendimia.

—Este año es el indicado. Lo noto en el aire.

Sin llegar a entrar en Marbil fueron apareciendo por detrás todos los integrantes de la familia Sáenz. Primero lo hizo Araceli y después Andrés acompañado de Merche. Todos saludaron al nonagenario cura con dos besos.

—¿Dónde está el protagonista? —preguntó el cura.

Nada más terminar de pronunciar estas palabras apareció Josu corriendo. El cura lo abrazó y lo sostuvo contra sí durante un tiempo que a todos les pareció un poco largo.

—Tú eres el más importante. —Sonrió mientras lo escudriñaba sin disimulo—. Cómo has crecido.

—¡Si nos vimos en verano! —replicó el joven.

—Me es igual, has crecido y punto.

—Vale, lo que tú digas —dijo con cierto pudor al darse cuenta de que todos lo miraban.

—Vamos, no hay tiempo que perder —dijo Araceli.

Los seis se dirigieron andando hacia las vides centenarias que cosechaban en exclusiva para el vino VVV. En unos instantes estaban junto a ellas.

—Tío Esteban —comenzó a decir el joven—, ¿todos los años...?

—Soy tu tío abuelo, Josu —interrumpió el cura.

—Sí, pero abuelo me parece muy lejano y en cambio tío es más cercano —razonó el joven—. ¿Todos los años hay que bendecir las vides? Estas tienen más bendiciones que...

El cura rio mientras se colocaba con ayuda de Merche y Araceli el amito,

después el alba y para terminar la casulla azul celeste y la estola. Volvió a dirigirse a su sobrino nieto y se preparó para bendecir. A pesar del calor, el anciano sintió el poder de la magia cristiana en su interior.

—No se bendicen las vides, Josu, lo que se bendicen son las uvas, la cosecha que se va a recoger ahora. Todos los años son distintas, por eso el vino tiene el hechizo que tiene. Y por eso estoy yo aquí todos los años, porque las uvas son nuevas, son los retoños recién nacidos de la madre vid.

Josu lo miró con complacencia y sin contestar, absorto en las palabras del anciano. El sentimiento de la familia caló en su interior al oír su razonamiento.

Todos se colocaron alrededor del sacerdote. Este dejó el bastón en manos de Andrés y comenzó el ritual.

Primero rezó en voz alta dos oraciones y recordó a los muertos.

—Verónica y José Javier, vuestro recuerdo se mantiene en nuestro corazón y nos hace fuertes para que esta cosecha sea del agrado de Dios y de los hombres. Sabemos que desde el cielo en el que os merecéis estar, veláis por nosotros en compañía del Dios Padre. Bendita sea vuestra presencia y bendito sea el legado que nos disteis.

El sol del mediodía era agradable y las sombras nítidas y estáticas sobre el terreno multiplicaban por dos la presencia humana en la entrada de las dos hectáreas más importantes de Marbil: las que daban Verónica Vid de Vides.

—Bendigo estas uvas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo — dijo el cura mientras con el hisopo esparcía agua del pozo de Marbil recién bendecida.

Las gotas cayeron sobre la vid más cercana y desaparecieron con rapidez al contacto con el suelo templado. El joven no perdía detalle de los actos del sacerdote.

Todos miraron a Julián. Este llevaba en la mano un corquete nuevo con la fecha escrita de su puño y letra. 2018. Sin decir nada se adentró unos metros entre las vides y al llegar a una de ellas, la más antigua, que además tenía un morgón que se metía en la tierra y emergía medio metro más adelante, se agachó. Este daba su propio fruto pero dependía de la vid madre, sin ella, moriría. Antes de cortarlo Julián pensó que aquella vid era una metáfora de su familia. Todos ellos vivían anclados en el recuerdo de su madre Verónica; sin ella nada de lo que hacían tendría sentido, igual que la extraña vid que tenía delante. Se agachó ante ella y con la mano derecha sujetó el racimo más hermoso que brotaba; con la otra mano, de un certero movimiento con el corquete, cortó la base que lo unía a la vid. Se levantó y lo acercó al pequeño barreño de madera que sostenía Araceli entre las manos. Lo depositó sobre él y la mujer lo tapó con el trapo blanco inmaculado bordado con la letra V. Guardó el corquete envuelto en una tela de algodón y lo sostuvo en la mano.

El cura se despojó de las vestimentas sagradas con ayuda de Merche.

Volvieron a la casa pero esta vez el cura sí se dejó ayudar para caminar. Fue el brazo de Merche en el que se apoyó para recorrer la escasa distancia hasta la puerta de Marbil. Delante de él iba Josu correteando. Tuvo tiempo el viejo de hablar con la mujer.

—Demasiada responsabilidad para este chiquillo —dijo en voz baja el cura. Merche lo miró sin hacerle demasiado caso—. Espero que se case pronto y tenga muchos hijos. De no ser así todo esto se perderá. —La mujer lo oyó pero no quiso hablar—. Toda la herencia de los Sáenz recae en este mozo —repitió con cierto tono de tristeza. Solo en uno.

—No se preocupe —contestó la mujer al sentirse aludida—, la herencia de este lugar está bien asentada en Josu.

Siguieron andando durante los pocos metros que los separaban de la mansión; fueron unos segundos, pero los suficientes como para que Merche sintiera esa impresión de reproche hacia su persona por la falta de descendencia, que casi siempre, de alguna manera u otra, le recriminaba de manera muy velada el tío de su marido Julián.

Cuando llegaron a su casa todos se reunieron en torno a la mesa grande de madera de la cocina. Araceli destapó el racimo de uvas y lo colocó delante del sacerdote. Esteban hizo la señal de la santa cruz delante de ella y con todo el ceremonial posible fue cogiendo uvas y repartiéndolas a cada miembro de la familia. Una por cabeza. Todos comieron al mismo tiempo. El resto del racimo lo depositó Merche en el suelo. Fue entonces cuando Josu se descalzó y pisó la uva con el pie derecho hasta extraer todo el zumo, que quedó flotando junto con el rastrojo del racimo.

Cuando acabó, el muchacho se secó con una toalla mientras veía cómo su madre Araceli se llevaba el barreño hasta la cocina, donde aguardaría el momento de devolverlo a la tierra, dentro de seis horas, cuando empezara la vendimia que ese año se había decidido que fuera nocturna.

Después de comer el guiso tradicional de patatas con chorizo y las carrileras de cerdo al vino tinto, todo ello acompañado por una ensalada de tomates con orégano procedentes de la pequeña huerta de Marbil, vinieron de postre los últimos higos de la temporada, muy maduros. Al terminar, los comensales se levantaron de la mesa. Las mujeres se despidieron del cura y junto con Andrés, salieron en dirección a la bodega.

—Cuando quieras me llevas de vuelta —dijo el anciano dirigiéndose a su sobrino Julián.

—Bueno tío, y yo también me voy —dijo Josu dándole un beso en la mejilla y alejándose.

—Por cierto, no he visto a Esperanza —comentó el anciano con curiosidad—. ¿Qué pasa, la habéis echado? —preguntó con sorna.

Josu, de espaldas a Esteban, dio un pequeño respingo y se detuvo en seco

dándose media vuelta como si hubieran accionado un resorte. Cruzó una mirada silenciosa de sorpresa con su tío Julián. Este le miró con cara extremadamente seria.

—Estará por ahí —contestó casi de sopetón trasladando su mirada al viejo—. No sé, seguro que cuidando de la uva, igual está en la parcela de Viña Araceli —mintió sin convicción.

—No la conozco demasiado, pero desde el principio me dio la impresión de que sabía mucho sobre el mundo del vino. —Sonrió—. Y además es muy guapa. Tuviste buen ojo al pillarla. Es idéntica a Verónica. Tiene su mismo porte, igualito que ella. Y su personalidad también.

Josu seguía mirando por encima de la calva del anciano en dirección a Julián. Tenía la boca ligeramente abierta y no se atrevió a decir nada.

—Descansa un rato. Hago una cosita y nos marchamos, ¿vale? —dijo levantándose. Y sin que le viera Esteban hizo un gesto a su sobrino para que se marchara.

El sacerdote asintió con la mirada pensativa.

Julián salió de la sala y se dirigió a la capilla. Bajó por su angosto pasillo hasta llegar a la estancia. Encendió las luces y se acercó a la sala de los corquetes. Los miró con admiración y observó que el hueco destinado al de este año ya estaba ocupado. 2018. Dos clavos muy pequeños lo sujetaban. Respiró hondo y palpó el filo antes de apoyarlo en las sujeciones de la pared. El ritual que marcaba la salida de la cosecha de este año se había completado. Miró la colección de corquetes ordenados en varias filas y llegó hasta el año 1964. Se quedó un rato contemplándolo en silencio. La capilla actuó de refugio para sus pensamientos una vez más.

Julián arrancó el coche y tío y sobrino salieron de Marbil bajando los trescientos metros que separaban la bodega. El cura sonrió.

—Este año hay una uva especial.

—Por qué será —musitó el viejo.

—Buen tiempo y excelentes cuidados... y la ayuda de Dios, claro —añadió sonriendo.

El cura le lanzó una mirada socarrona.

—Seguro que hay algo más, seguro —añadió.

Tras atravesar la verja de salida el coche avanzó durante un minuto hasta llegar al cruce de acceso a la carretera general. Se detuvo esperando tener vía libre pero en ese momento había un tráfico denso.

Delante de ellos pasaron una furgoneta de la Ertzaintza, un furgón fúnebre, una grúa de la misma policía, un coche patrulla y dos coches más.

En cuanto terminó de pasar la caravana se incorporó a la carretera.

El enólogo Ernesto Goyanes observó desde la ventana de su despacho cómo los operarios terminaban de descargar la uva. Pensó que serían ya las últimas cargas en llegar. Bajó las escaleras hasta el lugar de prensa con unos datos en la mano: los correspondientes a la temperatura de fermentación de una de las cubas. Al llegar observó cómo las últimas toneladas de uva esperaban alineadas para ser aplastadas por el gigantesco tornillo sin fin que delicadamente las rompía sin aplastar la semilla. Si lo hacía la partida estaba perdida, los toques aceitosos de las pepitas la arruinarían por completo. Pero el enólogo estaba tranquilo, la maquinaria nueva de hacía un par de años era efectiva y rápida.

El ruido que hacía el tornillo al girar era ronco y suave y se mezclaba con el chapoteo de la uva que empezaba a romperse. Miró las cubas ya preparadas. Seis enormes cubas de fermentación albergarían la uva a una temperatura adecuada para que la transformación del azúcar en alcohol se produjera. Habló con varios operarios con la inicial bordada en sus vestimentas de la bodega. B. M. Bodegas Milos.

—Voy a comer a casa —les dijo en tono serio—. Vuelvo enseguida. Calculo que en una hora estoy de vuelta.

—De acuerdo, no se preocupe. Ya está todo en marcha —contestaron sus empleados.

Ernesto salió del recinto pensativo; miró a su alrededor, vio las vides desnudas de uva y sintió que el momento crítico de ese año ya había pasado, que la naturaleza ya había hecho su trabajo. Ahora la pelota estaba en el tejado del hombre, y en él en concreto recaía la responsabilidad de conseguir un vino excepcional.

Tardó diez minutos en llegar en coche a su casa de Nabaridas. Cuando entró, vio a su hija Lorena sentada en el sofá. Esta se levantó con rapidez y le dedicó una sonrisa.

—Hola *aita*, ¿qué tal ha ido la vendimia?, ¿habéis recogido toda la uva?

—Sí, entre ayer y hoy, y ya está toda en las cubas. Creo que será una cosecha excepcional. —Sonrió mientras besaba a su hija.

—¿Quieres comer? Aunque a estas horas será más bien merendar.

—Sí, sí, en la bodega se han puesto a comer pero he preferido venir porque ayer casi no te vi —contestó con simpatía.

—Te caliento unas lentejas, y tengo también pollo empanado. Yo hace ya dos horas que he comido.

Ambos se sentaron a la mesa de la cocina.

—Tengo que volver para cerciorarme de que todo marcha bien. En una hora he quedado con los dueños para mirar unas cosas de las cubas de fermentación. Son casi nuevas y hay que cogerles el truquillo.

Ambos se sentaron a la mesa de la cocina.

—¿Qué has hecho tú?

—Nada —respondió la joven—. He estado ordenando los papeles de la matrícula de la universidad. Empezamos en una semana y tengo un montón de materia que ya me han pasado de años anteriores. Los del piso me han dicho que están negociando el precio con el casero; tiene cuatro habitaciones y deben estar bien. Yo todavía no lo he visto, está en el mismo centro de Vitoria.

—¿Quiénes son los que van a estar contigo en el piso?

—Solo conoces a uno, estuvo en clase conmigo. Las otras dos son dos chicas que él conoce y que se están encargando de hablar con el casero. Creo que conseguiremos bajar el precio del alquiler aunque sea cien euros; eso serían veinticinco euros por mes de menos.

—Voy a estar un poco solo aquí en casa, cuando te vayas.

—Bueno, todos los viernes estaré de vuelta y también las vacaciones de Navidad y puentes —señaló la joven.

—Desde que tu madre se fue esto está demasiado tranquilo. —Sonrió con cierta melancolía.

—La voy a ver la semana que viene, ayer hablé con ella.

—Ah, muy bien. Por cierto, ayer llamó un amigo tuyo.

La joven levantó la mirada con aire interrogante.

—¿Y quién era? —preguntó la joven.

—Un amigo, fue lo único que me dijo. Y para cuando fui a preguntarle el hombre ya había colgado.

—No sé, igual alguno de la universidad.

—Sabes perfectamente quién era.

Lorena miró a su padre con sorpresa contenida.

Ernesto terminó de comer el pollo y comenzó a pelar una manzana. El silencio por unos momentos se hizo largo y tenso.

—Ya sé que estás saliendo con el nieto de Verónica. Esto evidentemente es un pueblo, y, como en la mayoría de los pueblos, nos enteramos de todo.

Lorena no supo qué contestar. Un leve enrojecimiento en sus pómulos delató la certeza de la afirmación. El trato cordial con su padre desde su divorcio, que tan bien había sabido dosificar, se esfumó. Durante unos segundos la desconfianza flotó en la cocina. Pero solo fue durante unos instantes.

—No te lo había dicho por...

—Tú ya eres mayorcita para saber qué es lo que me tienes que contar y qué es lo que no —interrumpió Ernesto—. Pero creía que éramos amigos y que nos lo contábamos todo —chantajeó emocionalmente el padre.

La joven se sintió contra las cuerdas con el sutil reproche de su progenitor. Pero no se amilanó.

—No te lo he contado porque pensaba que no te iba a gustar —dijo sin

atreverse a mirarlo.

—Pues igual estás equivocada. —La joven levantó la mirada y no dijo nada —. ¿Desde cuándo estáis saliendo?

Lorena sonrió al ver el tono amable de su padre.

—Desde hace dos meses. Bueno, mes y medio. Nos conocimos el quince de agosto —dijo mientras su padre notaba el brillo en los ojos.

—Eres muy joven, no hagas ninguna tontería con él. —Lorena le sonrió sin imaginarse ninguna en concreto, pero al mismo tiempo todas en general—. Bodegas Sáenz siempre ha sido una de las mejores de la zona. Después de las nuestras, claro. —Rio con complicidad.

Pero su cara cambió por completo después del chiste y de haber logrado que su hija se sintiera cómoda contándole sus escarceos.

—Tú tienes que tomar tus propias decisiones. Y no sé cómo será el tal nieto de Verónica...

—Josu, interrumpió la joven.

—Josu, sí —contestó al rato—. Pero su familia es bastante envejada.

Lorena se sorprendió de lo que acababa de oír.

—No sé por qué dices eso.

—La historia de los Sáenz es complicada. Se cuentan muchas cosas de ellos. Y no precisamente buenas. Gente muy ambiciosa que es capaz de todo para conseguir sus objetivos.

—Josu es una persona maravillosa —defendió con cierta vehemencia a su chico—. Y ellos dicen lo mismo de vosotros —añadió con cautela y voz en tono bajo.

—¿Y qué es lo que dicen de nosotros?

—Que vuestra obsesión por quedar por encima de ellos es enfermiza. Y que siempre que podéis los criticáis en público, en entrevistas y esas cosas.

—Ves lo que te estoy diciendo. ¿Eso te ha dicho Josu?

Ella respondió asintiendo con la cabeza.

—Pues dile a Josu, en primer lugar que yo soy un simple empleado de Milos. Igual que lo es, o más bien era, Esperanza. Un enólogo que cobra a fin de mes y punto. Pero a pesar de eso defiendo a mi bodega porque ese vino que yo diseño es para mí como mi hijo y es cierto que yo a ellos les he dado mucho, pero a su vez los Milos me han dado a mí un prestigio increíble. Y lo que dicen de ellos me da rabia y pena porque muchas de esas cosas no son verdad.

Lorena permaneció callada oyendo la lluvia de palabras que, en tono serio, aunque no de enfado, le estaba soltando su padre.

—¿Has llegado a estar en su casa? ¿Conoces a sus padres?

—No, no. No sé ni cómo se llaman. Bueno, sí, su madre es Araceli, creo.

—Andrés y Araceli. No te olvides de esos nombres. Y de su tío Julián, que es de armas tomar. —La joven volvió a bajar la cabeza—. Te lo voy a resumir en

una frase que tal vez te suene políticamente correcta pero que en este caso es más cierta que la vida misma: vivimos los dos solos en esta casa y respeto tus decisiones, pero en este caso concreto, no las comparto. Ojalá el nieto de Verónica sea un poco distinto a sus progenitores porque si no, las vas a pasar canutas. Y a tu edad es mejor andar en cuadrilla que de novios —sentenció finalmente el padre.

Lorena levantó la cabeza sin saber muy bien qué decir.

—Él es maravilloso —se atrevió a susurrar la joven.

Su padre le sonrió pero solo por cortesía.

—¿Conoces la historia de la bodega?

Lorena se echó para atrás en la silla y negó con la cabeza mientras su rostro se tensaba levemente arqueando las cejas.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Lorena ante el silencio de su padre.

Ernesto miró a su hija con seriedad y sin apenas pestañear.

—La historia de su abuela es cuando menos interesante —comenzó—. Y también misteriosa. En esa casa, por lo que cuentan, el verdadero artífice del éxito debió ser Verónica, una mujer maravillosa, una visionaria, una adelantada a su tiempo que en muy pocos años hizo subir aún más de categoría a la bodega. Y eso que ella no era una Sáenz, era una advenediza, pero su marido José Javier tuvo buen ojo casándose con ella. Verónica era una persona muy echada para adelante para la época y por las fotos que he podido ver era guapísima, tenía una melena morena y una complexión más bien pequeñita, con un rostro adornado por unos ojos levemente rasgados. Era una belleza exótica que seguramente había heredado la mirada enigmática de su madre, de origen filipino. Pero por encima de todo tenía una personalidad arrolladora. En Bodegas Sáenz hay un antes y un después de la llegada de esa mujer y, según cuentan, los Milos y los Sáenz se llevaban bien hasta que ella desapareció muy joven. Cuentan las crónicas de la época que su muerte fue una conmoción que sacudió a toda la comarca Y además justo en el año de la mítica cosecha, la del 64.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Murió con solo veintinueve años.

—¿Tan joven? ¿Y cómo murió Verónica?

—En un incendio.

La joven había olvidado la conversación acerca de Josu y se mostró interesada en lo que ahora le estaba contando su padre.

—¿Cómo, en un incendio? ¿Dónde?

—En su mansión.

—¿En Marbil?

—Sí, sí, en la casa de Sáenz, la que está al lado de la bodega. Se llama así.

—¿Marbil entera ardió?

—No, creo que no, debió de ser una habitación solo. Yo no lo sé muy bien,

eso pasó hace mucho tiempo y solo tengo información de lo que algunas veces he oído explicar a mis jefes. En aquella época las noticias no eran tan diáfanas como ahora; era invierno y probablemente tendrían un brasero encendido que prendería las cortinas, o algo así. Eso se rumorea.

Lorena no perdía palabra del relato.

—El funeral debió ser espectacular. Acudió mucha gente y lo ofició su cuñado que era sacerdote. Se habló mucho del asunto, pero yo lo conozco todo de oídas, todavía no había nacido. —Sonrió.

La joven miraba con atención a su padre, acicateándolo con su silencio expectante para que siguiera hablando.

—Está enterrada en sus posesiones —prosiguió el padre, ufano por la atención de Lorena—, cerca de las hectáreas donde tienen plantadas las vides centenarias con las que producen VVV.

—¿En los terrenos de la bodega?

—Sí, en un claro bastante apartado, rodeado de árboles. Se ve desde la distancia; lo protegen varios cipreses y allí no plantan vides. Yo no he estado nunca aunque lo he oído mencionar. Verónica es una especie de mito. La calidad de su vino, VVV, no es tan bueno como la historia de misterio que gira alrededor de su vida.

—Ya estás metiéndote con ellos. —Sonrió su hija—. Misterio, ¿por qué dices que es un misterio?

—Se dijo que el incendio fue provocado, los rumores apuntaban a que había muerto antes y tenía un corte profundo en el cuello antes del incendio. Se cuentan muchas historias sobre ellos, pero nunca sabremos si son ciertas. En aquellos tiempos las cosas funcionaban de otra manera, con el tiempo esa versión cayó en el olvido y los truculentos relatos que corrían se convirtieron en leyendas cargadas de intriga.

Un cuarto de hora más tarde, Ernesto tuvo que regresar al trabajo despidiéndose de su hija con un beso.

Una vez en el automóvil y ya enfilando la carretera hacia la bodega conectó la radio; las noticias se hacían eco del hallazgo de un cadáver en las proximidades de la población donde él trabajaba.

Se quedó pensativo mientras atravesaba la verja de acceso a Bodegas Milos.

—Esta *pizza* tiene champiñones y ya sabes que no me gustan los champiñones; se quedan negros —dijo la niña—, y están asquerosos —apuntó mientras empezaba a quitar los trocitos con la punta de sus dedos y un gesto de repulsión en su suave y redondeada cara.

—A comer, Idoia, no quiero oír nada. Y deja de apartar los champiñones; vete haciéndote a la idea de que después te los vas a tener que comer todos juntos —replicó su madre.

La niña hizo un gesto de fastidio y en lugar de obedecer a su madre siguió retirando las setas de su vista.

—Idoia, ¡por favor! —insistió Ana empezando a enfadarse de verdad.

—Pues a mí sí me gustan, ¡dámelos a mí!, ¡dámelos a mí! —repitió su gemela Naiara.

—Cuando acabéis de cenar quiero que terminéis de hacer los deberes de la ikastola. Hoy os habéis pasado con la clase de piano, es tardísimo y, por favor, no quiero oír ni una queja más.

—Pero yo tengo que arreglar la pata de la silla de Casilda.

—La casa de muñecas no se toca hasta mañana. ¿Entendido?

Las dos niñas pusieron al mismo tiempo cara enfurruñada.

—¿Puedo tomar un helado después de la *pizza*? —preguntó la rebelde Idoia.

—Si te comes los champiñones, sí —respondió su madre exhausta.

Idoia se recostó en el respaldo de la silla con cara de «niña huele caca».

Cuando Ana dejó al fin a las dos niñas acostadas, se arrellanó en el sofá y respiró hondo mirando distraída el televisor apagado. A su lado el ordenador estaba conectado. Se lo puso en el regazo y entró en el periódico digital. Al llegar a la página central tres letras llamaron bruscamente su atención, interrumpiendo la lectura.

La erre, la a y la ese mayúsculas, se le fijaron en la pupila.

Volvió a leer la noticia.

R. A. S.

Eran las iniciales de la persona hallada muerta en la población de Laguardia y era el único dato que facilitaba la Ertzaintza, a la espera de recabar más información. «La autopsia se está realizando en este momento», leyó a trompicones.

Ana Zaldívar terminó rápidamente de leer la información de la pantalla y su rostro cambió de expresión.

Intentó llamar a su marido pero tardó varios minutos en conseguir comunicación.

Tras dos horas metidos en una barca construida artesanalmente, con un motor fuera borda adosado a su popa, y navegando por los interminables canales bordeados de selva tupida tomada por los pájaros, con algún que otro cocodrilo o iguana, espiando sus movimientos, llegaron al embarcadero donde les estaba esperando un segundo guía que les llevaría por el Parque Nacional. Sin más dilación comenzaron una caminata por un sendero muy cerrado, casi taponado por la vegetación.

Llevaban andando más de veinte minutos bajo un sol abrasador. El sudor se había convertido en un fiel amigo que constantemente resbalaba por el cuello y caía pecho abajo trazando surcos desde la cabeza. Por mucho que Aitor lograra quitárselo con la mano, se obstinaba en brotar de nuevo en apenas unos segundos, tomando la forma de pequeñas gotitas que brillaban en su frente. Las condiciones climáticas del bosque tropical húmedo al que pertenecía el Parque Nacional de Tortuguero, semejante a un terrario al aire libre, no facilitaba la caminata, haciendo de esta una actividad dura y a la vez fascinante. Atravesaron la espesa jungla abigarrada de cocoteros, palmas e icacos, holillos, y también arañas enormes, anhingas, alguna serpiente y perezosos encaramados a árboles gigantes. Observaron además algún árbol del cacao, que crecía salvaje al abrigo de otros, salpicando con su presencia la llana senda en dirección al mar. Si tenían suerte verían nacer las tortugas desde los nidos enterrados en la arena.

La elevada humedad se concentraba en el aire haciéndolo irrespirable. Aitor Zubillaga seguía de cerca al guía y casi desde que comenzaron se olvidó por completo de todo, absorto como estaba en la belleza del paisaje selvático en el que se encontraban. Pasarían la noche en un alojamiento habilitado: unas cabañas de madera mimetizadas con el entorno.

Jota le seguía de cerca, y cerraba la pequeña comitiva Gabriela, responsable de la productora de los programas de televisión de Costa Rica. Aitor había pensado en varias ocasiones desde que comenzó la excursión de dos días de duración que se parecía a Carol, aunque la semejanza no le hizo demasiada gracia porque el recuerdo de la mujer se había vuelto muy incómodo tras su abrupta despedida. De nada sirvió todo lo que él traía preparado para ella: su presencia, sus caricias, la sonrisa zalamera estándar instalada a perpetuidad en su rostro para las mujeres atractivas, el perfume Shalini, las vacuas promesas, las jornadas de amor apasionado. «Nada», pensó Aitor mientras se detenían una vez más para observar hojas muy verdes y afiladas, tallos adormideros u hormigas bala y guerreras. El guía estaba tan absorto contándoles anécdotas y curiosidades que el paseo se había convertido en una clase de ciencias de la naturaleza en uno de los lugares más mágicos y con mayor biodiversidad del planeta; y además con la promesa de ver salir de los huevos a las primeras

tortugas de la temporada. Estaban en la época del año adecuada pero para ello tenían que llegar a los nidos creados artesanalmente por la tortuga madre en la misma playa.

Cuando llegaron junto al mar les golpeó un bofetón de humedad mucho más brutal que todo lo que habían sufrido hasta entonces. La playa no tenía excesiva profundidad en sus orillas pero en ambos sentidos la extensión parecía interminable. Una suave bruma flotaba por toda la superficie. La arena gris era fina «pero no tanto como la de la Concha», pensó Aitor mientras recogía un puñado en la mano y la olía. El *bouquet* marino le subyugó durante unos instantes. El mar rompía violentamente delante de ellos formando una espuma densa que llegaba hasta sus pies. El sonido era atronador.

—Creo que podremos encontrar un nido si andamos cinco minutos hacia el norte —dijo el guía en voz alta. Los cuatro comenzaron a caminar por el borde de la playa, entre el límite de la arena y el comienzo de la selva cerrada—. ¿Queréis agua? —preguntó mientras se echaba mano a la bolsa que portaba en bandolera.

Todos los allí presentes contestaron afirmativamente. Bebieron y comieron alguna barrita de cereales. El guía escudriñó escrupulosamente el suelo para asegurarse de que no quedara ningún residuo de su visita.

—Por favor, que nadie se salga de la senda por la que voy yo. Puede haber serpientes, y algunas de ellas son mortales, y aunque es más lógico verlas cuando comienza el atardecer, también ahora podemos encontrarnos alguna despistada. Hoy hace un calor y una humedad muy altos, y además la luna en la que estamos puede propiciar su aparición. ¿Entendido?

Todos sus acompañantes asintieron y reanudaron la marcha. No tardaron más de cinco minutos en observar lo que el guía dijo que podría ser un nido de tortugas. Pidió silencio y se agachó.

—Hay que tener cuidado —dijo este en voz muy baja—, hay ocasiones en que las serpientes se meten en los nidos para zamparse los huevos. Una vez me sucedió. Me di un susto bárbaro. Desde entonces miro con cuidado por si hay alguna señal en la arena del paso de alguna serpiente.

Los tres observaron desde una distancia prudential cómo el guía metía la mano en el nido hecho en la arena.

—Este está vacío —dijo el hombre mientras sacaba una cáscara seca de tortuga del tamaño de una pelota de ping pong arrugada—. Vamos a ver el siguiente —comentó mientras se la daba a Aitor. Este la observó con curiosidad mientras Jota tocaba su textura.

» Son de tortuga verde —aclaró el guía—. Es la más habitual, aunque también se pueden encontrar las míticas tortugas Carey y más clases aún.

—Igual que una pelota de ping pong —dijo Jota.

Camaron cien metros y el guía repitió la operación con cautela. Observó

bien el entorno. Se agachó y metió la mano lentamente.

Fue entonces cuando se produjo el milagro de la vida.

Del nido comenzaron a salir docenas de tortugas muy pequeñas que andando torpemente sobre la arena se acercaban al mar de manera obsesiva. En un minuto los tres se vieron rodeados de tortugas enanas luchando por llegar al mar lo antes posible.

—¿Podemos cogerlas con la mano? —preguntó Jota al ver cómo pasaban bajo sus pies.

—Sí, con cuidado, pero no las llevéis al mar. Devolvedlas a la misma arena de donde las hayáis cogido, necesitan oler y reconocer la arena húmeda del terreno porque de esa manera cuando sean mayores sabrán volver a la tierra en que nacieron. Si las llevaseis directamente al mar, cuando fueran mayores no sabrían encontrar su origen: la playa donde vieron la luz del sol por primera vez.

Aitor cogió una pequeña tortuga y la mantuvo en su mano. Recién nacida y delicada movía las patas en el aire sin saber muy bien qué ocurría. El caparazón y todo el cuerpo del animalito estaban perfectamente formados. Al mirarlo tuvo la extraña sensación de estar asistiendo al ritual mágico del nacimiento de un ser único. Y se acordó de lo que acababa de oírle decir al guía: el pequeño espacio de apenas treinta metros que hay entre el nido y la orilla del mar es suficiente como para que la impronta se produzca en el interior del pequeño cerebro de la tortuga y, al cabo de muchos años, cuando esta se haga adulta, recuerde cuál fue su origen. El conocimiento de su ascendencia era la clave para vivir; recordar cuál fue la playa que la vio nacer. Aunque todas las arenas de la zona son muy parecidas y nunca llegó a conocer a su madre, sabrá volver a repetir el ciclo que perpetúe su especie. Sabrá dónde estuvo su enorme madre escarbando para hacerle su nido. Dónde dejó los cientos de huevos para que el intenso calor ambiental y la humedad desmesurada del mar Caribe los incubara en su ausencia.

« Los incubará en su ausencia », se repitió Aitor para sí mismo.

El cocinero dejó la tortuga con delicadeza en el mismo lugar en que la había atrapado. La vio irse torpemente, al principio en dirección contraria, pero ella misma se dio cuenta de su error y giró en dirección al mar. Tardó un minuto en sentir el frío de la primera ola, que la hizo desequilibrarse, y se perdió en la inmensidad del océano.

Entretanto Jota observaba cómo los pájaros habían llegado amenazantes y comenzaban a atacar a los bebés de tortuga. Sistemáticamente se abalanzaban sobre ellas, sobre la arena o incluso sobre las que habían llegado al agua.

—¡Se las están comiendo! —chilló Jota indignado intentando espantar a los pájaros haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Fuera, fuera!

—¡Déjelos, déjelos! —gritó el guía.

El hombre permaneció quieto y asintió con la cabeza. Sus brazos cruzados

delataban una complicidad con el ecosistema que bajo ninguna excusa quería alterar. Se limitó a mirar cómo ocurría el descalabro. Los pájaros se habían avisado entre ellos y ahora una nube de ellos patrullaba el cielo en busca de una zambullida que les reportase la comida que estaban esperando en forma de tortuga recién nacida.

—Todos tienen derecho a la vida —comentó el guía con aire despreocupado aunque con cierta tristeza—. Apenas el uno por ciento de las tortuguitas que habéis visto salir volverá de adulta a desovar —añadió—. Las demás morirán para dar vida a otras especies. Pero esto es así. Debe ser así.

En ese instante el teléfono de Aitor sonó con un timbre tan inapropiado para el entorno que todos le miraron con extrañeza. Pensó que allí no podía haber cobertura pero el hecho de llevar el último modelo de móvil, y el más caro, no suponía solo ventajas. Te podían localizar siempre.

La llamada provenía de su casa. «Allí serán casi las doce de la noche», pensó.

Supuso que serían buenas noticias. Pero se equivocó.

Por un momento dudó en contestar, pero en cuanto comprobó el origen de la llamada entendió que se esfumaba rápidamente el momento mágico en el que se encontraba.

—¿Aitor? Soy Ana.

—Hola, hola, ¿qué tal estás? —respondió en tono distendido.

—Roberto está muerto —espetó con la voz entrecortada, sin saludar y menos aún contestar a su pregunta.

El rugido del mar rompiendo con violencia contra la orilla provocó en Aitor una mayor confusión. Los ruidos y explicaciones se fundieron con el salitre y el olor a humedad. Las palabras se perdieron entre la arena y las olas. Se acercó a la maleza que delimitaba la playa pero el ruido ambiental se volvió a mezclar con los sollozos de su mujer. Una luz gris flotaba a su alrededor y el cocinero notaba las manos húmedas de sudor. La frente se le quedó inmediatamente salpicada de granitos de arena, rastro evidente dejado por su mano al barrer el sudor que no dejaba de aparecer, obstinado.

Cuando terminó de escuchar las escasas explicaciones de su mujer colgó y le dijo escuetamente a Jota, con una voz sin entonación, que se marchaba ya, que iba a coger el primer avión que saliera hacia España.

Su ordenado universo se estaba desmoronando.

Cuando Jota asumió que el avión había despegado con Aitor a bordo desde la terminal del Aeropuerto Internacional Juan Santamaría de la capital costarricense, meditó que había tenido suerte. Si la noticia de la muerte de Roberto hubiese llegado dos días antes igual no hubieran firmado el contrato con la televisión de aquel país. Cuando volvió al hotel seguía sin entender la importancia que tenía para Aitor la vida de un empleado suyo.

Araceli salió de la cocina de Marbil llevando en sus manos el barreño de madera donde reposaba el zumo del primer racimo de uva que ese mediodía había aplastado su hijo Josu en presencia del patriarca de la saga, el anciano sacerdote Esteban Sáenz. Iba acompañada de todos los miembros de la familia. No tardó ni medio minuto en llegar al lugar más importante de la bodega: las vides de VVV. Se paró y en presencia de todos, incluidos los temporeros que iban a empezar a recoger la uva, y sin decir palabra, echó al suelo el contenido del barreño, justo a las faldas de la vid con morgón más antigua del viñedo. Nadie movió un dedo en ese momento de comunión con la tierra. Esta absorbió el caldo con rapidez, que desapareció dejando una mancha que Josu iluminaba con su linterna mientras el rastrojo quedaba inerte casi tocando el tronco de la centenaria vid. La escena recordó a un homenaje espontáneo a la enóloga asesinada, cuya imagen rondaba la mente de todos.

Ahora la uva simbólicamente muerta estaba preparada para dar vida al vino.

Las luces exteriores de Marbil proyectaban sombras lejanas y poco definidas, pero silueteaban de modo espectral a los allí presentes.

—Es el momento —dijo Araceli dirigiéndose a Julián y a Andrés—. Josu, tú no te separes de Merche y ayúdale en lo que te diga.

Todos asintieron sin decir palabra y la pequeña legión de vendimiadores encendió sus linternas y se adentró en el viñedo. Los pies rozando la tierra, las luces cruzándose por doquier; la uva esperando el corquete.

La temperatura de principios de octubre era la esperada. Había bajado de manera ostensible, como bien había previsto Araceli unos días antes. Las estrellas brillaban rutilantes en el cielo nocturno, pero no eran capaces de competir con los deslumbrantes focos de las linternas que cada uno de los temporeros llevaba atadas a la cabeza con una goma de color naranja. Si se pudiera observar el efecto desde la altura de la sierra de Cantabria recordaría a pequeñas luciérnagas moviéndose veloces, tanteando el camino en la negrura de la noche hasta difuminar su brillo en la distancia.

Desde la cercanía los haces de luces se cruzaban entre ellos silueteados por el mismo vaho y el polvo minúsculo que levantaban al moverse. El aliento rítmico de los trabajadores reflejado en las luces de las linternas confirmaba la temperatura necesaria para la vendimia. El sonido de los corquetes sesgando el pedúnculo, sin dañar los hombros del racimo, se hacía repetitivo. Se palpaba la tensión y, sin embargo, en el ambiente también reinaba una relajación amable. Tras el pistoletazo de salida la carrera de fondo había empezado. «Atrás quedaban seis días intensos, llenos de emociones y dudas que llegaron a poner en peligro el proceso de elaboración de VVV», pensó Araceli mientras recogía racimo por racimo y llenaba las cajas de cartón destinadas al efecto. «Ahora,

como un corredor de maratón, solo había que colocarse en cabeza, coger un ritmo adecuado y centrarse en la acción», se autoconvenció. Por un momento se acordó también del policía que había llamado el día anterior diciendo que aunque habían quedado para verse, no podría venir. «Mejor —pensó la mujer—, a ver si se olvida de nosotros».

Ella había sabido tomar las riendas en un momento muy difícil salpicado con todo tipo de inconvenientes. Y además había sabido mantener unida a la familia. La vendimia se estaba desarrollando con normalidad aunque también con toda la presión que significaba hacerlo de noche.

—Solo cuatro racimos por caja de cartón —repitió Araceli con fastidio al ver una caja con cinco.

Su marido Andrés se acercó al oírla y recolocó el racimo sobrante en una caja aparte.

En la bolsa enorme cruzada en bandolera la mujer portaba más de veinte luces de repuesto y en una sección aparte de la misma varias docenas de pilas que muchas veces se encargaba ella misma de sustituir.

La fragancia herbácea de los racimos recién cortados empezaba a extenderse por el entorno. Los haces de luces se movían despacio, a un ritmo continuado. Parecía un ballet de ensueño perfectamente coreografiado.

Merche ayudaba supervisando cada racimo que se estaba quitando. Llevaba en su mano derecha una segunda linterna y la enfocaba con descaro hacia el interior de las cajas de cartón para comprobar que todo estuviese en orden. Se la veía absorta en la tarea. Todos los Sáenz estaban colaborando en el trabajo. Julián abandonó la escena y dispuso todo en la bodega para desgranar ya lo que estaba llegando. Las cajas de cartón se apilaban en una esquina mientras diez mujeres iban desgranando una por una del racimo las uvas seleccionadas. Dos mujeres más supervisaban que todas las uvas que estaban preparadas para entrar en la cuba de fermentación se mantuviesen enteras y sin fisuras. Las desechadas se dejaban aparte para prensarlas junto con las de las hectáreas de vides que se vendimiarían por la mañana y que no iban a formar parte de las exclusivas botellas de VVV.

Cuando comenzó a amanecer todo estaba recogido y la cuba de fermentación de VVV estaba lista para cerrarse y programar la temperatura precisa para que comenzara el proceso. Transcurrido el tiempo exacto se abrían las compuertas y sin filtrar el caldo se trasladaría a las barricas de roble americano donde descansaría por lo menos tres años. Posteriormente, se rellenarían las casi dos mil botellas que elaboraban habitualmente. Pero este año no llegarían a esa cantidad porque la botella magnum tiene más solera y se cotiza más que la bordelesa y habían decidido que harían un poco más de la primera. «Apenas saldrán mil quinientas botellas», pensó Araceli viendo la cuba llena del preciado fruto. Y casi las tenían vendidas de antemano.

Cuando se dio la vuelta, miró hacia la puerta de la bodega y pudo ver cómo el resplandor del alba estaba empezando a asomar por el horizonte con timidez.

Se lavó las manos y notó el frío del agua y el escozor producido por dos pequeñas heriditas que se había hecho mientras trajinaba con la fruta. Se chupó una de ellas mirando el tono rojizo del rasponazo. Se secó las manos y salió de la bodega.

Se notó cansada y pensó que debería dormir un par de horitas para poder seguir con la vendimia del resto de hectáreas por la mañana.

Observó las vides de Verónica a lo lejos y se acordó de la enóloga Esperanza. Contuvo la respiración. Las imágenes de las dos mujeres se fusionaron en su cerebro. Sus melenas morenas, su estatura. Por unos instantes la mente se le quedó en blanco pero enseguida reaccionó.

«Es tu cosecha, te la dedico, por qué no, claro que sí —susurró—. Donde quiera que estés Esperanza quiero que sepas, y te lo prometo por Dios, que si esa era tu voluntad, tu cuerpo será enterrado aquí —dijo Araceli elevando la voz—. Tú luchaste por esta tierra igual que lo hizo Verónica en su momento y te mereces descansar en su regazo» .

Las lágrimas de la mujer asomaron por sus párpados pero no llegaron a brotar. Tenía una sensación extraña desde que se conoció la noticia del asesinato de la enóloga. Dio rienda suelta en soledad a la tensión de los últimos días. Su extraño desahogo en forma de respiración contenida le hizo sentirse fuerte. Se secó los ojos pero no encontró lágrimas y volvió a la casa completamente sola. De fondo se oían los ruidos de la gente que había trabajado recogiendo las cajas de la fruta. Miró hacia atrás mientras se alejaba y vio cómo los carros vacíos, en los que habían transportado la fruta desde las vides a la bodega, se alineaban a la entrada.

Las luces del amanecer rompían el día con una luminosidad creciente que permitía observar las vides desposeídas de su fruto.

Los detectores automáticos de luz exterior de la mansión se activaron cuando la claridad ambiental fue suficiente para desconectar las luces artificiales.

Cuando lo hicieron, la luz del alba cedió todo el protagonismo a las hectáreas de VVV.

—Tenemos los resultados de la autopsia —dijo Arkaitz—. Los han mandado desde Vitoria a través de la persona con la que estuvisteis ayer. Un tal oficial Marcos.

El subcomisario Vicente Parra levantó la mirada de su ordenador dejando a un lado la taza de café matutino que acababa de empezar a tomar.

—Sí, ese fue el que nos acompañó ayer a la tarde.

—Cuando acabe de imprimirlo te lo paso. Dame un minuto —dijo el joven oficial desde la puerta del despacho de su jefe—. También me ha dado un número de teléfono para que te pongas en contacto con el forense que la ha realizado. Estará a partir de las diez en este teléfono —informó Arkaitz mientras le pasaba un papel con el nombre y el número escrito a lápiz—. Yo por mi parte he hecho un trabajo muy denso —añadió con cierto tono de satisfacción.

Vicente levantó la mirada con media sonrisa de interrogación en la cara.

—Luego te cuento —remató con aire de suspense—. Vuelvo en nada. Estoy oyendo que la impresora ha terminado. Un momentito —dijo mientras desaparecía por la puerta.

Al volver traía el parte de la autopsia. Arkaitz se la dejó encima de la mesa y se sentó en frente suyo mientras revisaba más papeles.

Cuando Vicente comenzó a ojearla se dio enseguida cuenta de los datos.

Muerte por inmersión. Cuando esta se produjo la víctima estaba viva. La muerte se produjo entre las ocho y las diez de la mañana del pasado viernes. El cuerpo no presentaba señales de violencia salvo en dos detalles. El primero, un hematoma muy grande a la altura de la cabeza que hacía sospechar que para meterlo en el maletero hizo falta aturdirlo de alguna manera. Pero esto no era más que una hipótesis basada en el único dato de violencia clara que presentaba el cadáver. El segundo, tres rasponazos paralelos en el antebrazo izquierdo producidos por lo que presumiblemente serían tres uñas. Esto no se podía asegurar.

El teléfono sonó y la voz del forense se adelantó a los planes de llamada del subcomisario.

Este le confirmó lo que había leído. El agua de los pulmones era la de la propia laguna de Carravalseca. Todo lo que tenía en suspensión ese líquido lo tenía el agua que inundaba los pulmones del fallecido. Y las pequeñas heridas en las manos eran, casi seguro, fruto de un intento desesperado de salir del habitáculo cuando se dio cuenta de que este se hundía. El forense también confirmó la anormal cantidad de sal del agua de la laguna. Las informaciones sobre la zona le ratificaron este extremo con los datos geológicos de la zona.

« Son lagunas con una salinidad superior a la media de estos lugares. Lagunas endorreicas mesosalinas », leyó el subcomisario con curiosidad mientras

terminaba de hablar con él.

Cuando se despidió, miró los datos del perfil de ADN de la víctima. SSR y STR componían cifras y datos que al subcomisario le resultaron abrumadores.

—Hay que cotejarlos con los del perfil del feto de Esperanza —le dijo a Jon Ander que acababa de llegar y estaba ordenando papeles a un lado de la mesa—. El asunto de la foto del ordenador de Roberto. ¿Has hecho algo?

—Sí, he averiguado quién era la persona de la foto que salía con Roberto —respondió Jon Ander—. Se trata de la maquilladora del programa de televisión en el que trabajaba el difunto. Tengo el teléfono de ella y ha accedido a hablar con nosotros. Hemos quedado a las doce aquí. Ellos solo tienen rodaje por las tardes, hasta que regrese Aitor. Le he dicho que no nos llevará mucho tiempo.

El subcomisario asintió con expresión neutra.

—Bien, vale, pero lo que necesito con urgencia son los datos que me cotejen la huella genética de Roberto con los del feto de la enóloga. Esto tiene una prioridad absoluta.

—Estamos esperando. Nos han dicho que para el mediodía estarán disponibles.

—¿Qué me estabas diciendo antes? —preguntó Vicente.

Jon Ander extendió un pequeño portafolios y se lo acercó arrastrándolo por la superficie de la mesa. Vicente lo miró. Tenía por lo menos una docena de folios. El joven oficial, con cierto aire de peloteo, comenzó a hablar:

—Siempre anda diciéndome que en los orígenes de todo puede estar la respuesta a muchas cosas.

Vicente levantó la vista y sonrió de medio lado. Sin mirarlo se imaginó la cara de complicidad de su ayudante y durante un lapso corto de tiempo pensó que Jon Ander tenía una edad parecida a la de su hijo y un aspecto similar. Delgado y con la mirada aviesa. Y la expresión que había utilizado se parecía mucho a una que usaba con frecuencia su hijo y que básicamente era igual: «En la cocina tradicional están los secretos de la cocina moderna. Solo hay que mirar con detenimiento en su interior». Su hijo decía que lo había leído en un libro y que él siempre trabajaba mucho la cocina antigua para hacer platos modernos.

—¿Qué es esto?

—Recortes de periódico. Mejor dicho, fotocopias de recortes de periódicos antiguos escaneados.

Vicente abrió la carpeta transparente y sacó los folios. No acertó a decir nada porque un pequeño escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Algunos son muy antiguos —repitió Jon Ander—. Casi todos son de *El Pensamiento Alavés*. Exactamente se llamaba *Pensamiento Alavés*. El periódico de la época, hasta que en febrero de 1967 pasa a llamarse *Norte Express*. De 1932 a 1940 se denomina *Libertad*. He averiguado cosas hasta sobre *El Heraldo Alavés*, pero eran demasiado antiguas y no las he traído. De principios de siglo.

Casi todo lo que hay ahí pertenece a la década de los sesenta. Está ordenado de más antiguo a más reciente. Me costó pero creo que igual hay algo interesante. Está subrayado en amarillo lo que a mí me pareció relevante.

—Cuando llegue la maquilladora me avisas —dijo Vicente despidiendo con amabilidad a su compañero.

Mientras Jon Ander desaparecía por la puerta del despacho del subcomisario se hizo un silencio. Apenas se oían los ruidos de la calle. La estancia se había convertido en una burbuja que invitaba a viajar en el tiempo hasta los años sesenta.

El primer folio estaba subrayado con rotulador aunque solo en el caso de los nombres de los protagonistas. Jon Ander les había hecho un asterisco a un lado.

Pensamiento Alavés

Martes 14 de junio de 1955

Laguardia. Álava. Provincias Vascongadas.

La mansión de Marbil acogió durante el pasado domingo día 12 de junio la fiesta del enlace matrimonial entre el dueño de las afamadas Bodegas Sáenz, don José Javier Sáenz y la señorita doña Verónica María de los Ángeles González. La boda fue oficiada en la iglesia Santa María de los Reyes por el hermano del contrayente, párroco don Esteban Sáenz. A la misma acudieron altas personalidades del mundo del vino así como altos mandos de la política y destacados militares. Los contrayentes se encuentran de luna de miel en la capital de las islas Baleares.

La foto que presidía la noticia mostraba a los novios y la calidad era considerable dada su antigüedad. La silueta de ambos llenaba una esquina de la página exhalando *glamour*. Vicente cogió una lupa que tenía en su mesa y miró la cara de los novios. De nuevo estaba viendo la cara de la famosa Verónica. Una belleza clásica tocada con un velo de novia con un estilo encantador que embelesaba; el velo difuminando su rostro dejaba un halo de incertidumbre sobre su imagen. Sus rasgos orientales, apenas perceptibles, otorgaban cierto misterio a su mirada. El pelo recogido en un tocado sobrio daba la impresión de una mujer muy bella pero a la vez de una dureza contenida. El vestido de la novia, era de un blanco immaculado y portaba cola considerable. La foto estaba tomada de cuerpo entero y ella cogía del brazo al novio en una clásica pose de boda. Vicente se quedó mirando la imagen largo rato. El viaje en el tiempo le estaba gustando y pensó que trasladarse al pasado era un ejercicio sano de imaginación. Más abajo la noticia enlazaba con la tragedia de la carrera de coches en el circuito de Lemans en Francia, ocurrida el mismo domingo del enlace, donde perdieron la vida más de ochenta personas. La miró con curiosidad pero no se detuvo. Por un instante pensó que todo esto no era más que prensa rosa de la época y aunque se

lo estaba pasando bien creyó estar perdiendo el tiempo. El siguiente folio le hizo cambiar de opinión. Jon Ander lo había subrayado con una lacónica nota en el borde de la fotocopia: « Mirar » .

Pensamiento Alavés

Lunes 27 de enero de 1964

TRAGEDIA EN MARBIL

El pasado sábado día 25 se produjo un voraz incendio en la mansión Marbil, sita en la población alavesa de Laguardia y propiedad de la familia Sáenz, a su vez dueños de las afamadas Bodegas Sáenz. El incendio, que aunque no fue de considerables dimensiones, estuvo muy localizado y presentó una gran virulencia, afectando a la práctica totalidad de la zona izquierda superior de la mansión. Como resultado del mismo la esposa del dueño de Marbil, doña Verónica María de los Ángeles González, que en aquel momento se encontraba durmiendo en dicha habitación, falleció a causa de las heridas producidas durante el fatal hecho. La tragedia ha conmocionado y consternado a toda la zona pues el matrimonio era muy conocido y apreciado en la región. Los funerales se celebrarán esta misma tarde en la iglesia parroquial de Santa María de los Reyes. El entierro se produjo ayer domingo noche en la más estricta intimidad pero no en el cementerio de la población, sino en la misma propiedad de Marbil y contó con la autorización expresa de la autoridad municipal competente, necesaria para una inusual inhumación de estas características.

El subcomisario volvió a leer la noticia y se fijó en la fotografía que la acompañaba. Se podía observar la mansión de Marbil en su totalidad. Pensó que estaba muy parecida a cómo él la vio en su momento hace apenas unos días. La foto en blanco y negro dejaba ver, a pesar de su escasa calidad, una zona en el segundo piso con lo que parecía ser la huella del humo dejada por el incendio. Acercó la lupa y confirmó lo que estaba imaginando: la mancha negra llegaba hasta el tejado. También pensó que la huella que mostraba la fotografía que tenía entre las manos, no parecía indicar un fuego tan voraz como narraba la crónica de la época. « Pero sí es verdad que algunos incendios son muy raros, y a pesar del aspecto pudo ser más devastador de lo que se ve desde fuera » , pensó.

Los siguientes folios narraban cosas parecidas sobre la tragedia de Marbil aunque sin aportar datos a tener en cuenta.

Sin embargo, no fue eso lo que leyó en el penúltimo folio.

Pensamiento Alavés

15 de febrero de 1964

El cuerpo de la Guardia Civil de Álava se encuentra investigando el incendio producido el pasado mes de enero en la residencia Marbil, sede de Bodegas Sáenz, donde resultó muerta la mujer del dueño, doña Verónica González de Sáenz. Se sospecha que el incendio pudiera no ser fortuito. El instituto armado se encuentra recabando información sobre el suceso tras la denuncia de una persona sin identificar que parece ser el origen de la investigación que la benemérita está desarrollando en la zona. Desde el mismo han desmentido el hecho afirmando que simplemente se trata de una investigación rutinaria por un suceso de estas características.

El folio fotocopiado por el oficial acompañaba alguna noticia más, como el revuelo que los Beatles habían originado a su llegada a Nueva York. Pero el subcomisario apenas les hizo caso. Volvió a leer la noticia. Y se quedó con una frase: la denuncia de una persona sin identificar.

El último de los folios tenía cierto halo de noticia irrelevante y ocupaba una esquina sin importancia, entremezclada con otras ajenas al asunto, también del mismo periódico.

Archivado el caso de la mansión Marbil.

El instituto armado de la Guardia Civil da por concluidas las investigaciones en el caso de la muerte de doña Verónica González en el incendio de su casa en la población alavesa de Laguardia. El suceso fue declarado fortuito, según han confirmado fuentes competentes.

Estaba fechado dos meses más tarde, en abril de 1964. Cuando terminó de leerlo Vicente se quedó pensativo mirando los folios esparcidos por la mesa de su despacho. Los revolvió con la mirada fija en todos ellos. Algunos de ellos, los más recientes, daban noticia de los premios recibidos por el vino VVV en distintos años. Algunos lo consideraban el mejor del mundo. Estos últimos los apartó y se quedó solo con los subrayados. Parecía como si los papeles le quisieran decir algo pero él no terminaba de verlo. Y se acordó de su hijo Alberto, cuando, en un caso anterior ocurrido hace cuatro años, lo ayudó, sin él saberlo, a descubrir un crimen que había sido perpetrado en esta misma ciudad. Y se acordó de que nunca se lo llegó a mencionar y menos aún, a agradecer.

Parecía que ahora mismo su hijo se hubiese transformado en su ayudante Jon Ander y que de nuevo estaba mostrándole algo en este puzle de folios y él no lo conseguía ver.

Ignoraba por qué. Y lo tenía delante.

Respiró hondo y cerró los ojos.

El tiempo se detuvo. Los sonidos desaparecieron. Vicente miró todos los papeles de nuevo. « Las pistas siempre están ahí —se dijo—, siempre lo dices en tus charlas —se repitió—, solo hace falta reconocerlas y darles la vuelta. Como las de los puzzles que tanto te gustan» , se autoafirmó.

Cuando cogió el segundo folio, lo vio, pero sobre todo, lo recordó.

Cogió con las dos manos la foto de Marbil del día del incendio de enero de 1964. Ahí la tienes, se dijo a sí mismo.

La habitación de donde salía el humo negro era la misma que ocupaba la enóloga Esperanza en la mansión.

La pantalla de cuarenta pulgadas, situada en la mitad de la pequeña sala de estar, iluminaba el lugar como si se tratara de un cine vespertino. Alberto Parra se encontraba tendido en el sillón con los pies encima de la mesita. A su lado, la carátula vacía de la película danesa de hace ya seis años *La caza*, una de las muchas que por razones de trabajo no había podido visionar en el momento de su estreno. Las imágenes mantenían su atención en una trama dura y cruel basada en la desconfianza de una comunidad entera hacia su protagonista. El ruido de unas obras en la calle le había obligado a cerrar también la persiana para intentar amortiguarlo. El rostro de Alberto parpadeaba al ritmo del resplandor de las imágenes. « Descubrir el núcleo de una mentira », pensó, mientras observaba por el rabillo del ojo en el aparato reproductor, que el film se estaba acercando al final. La solución a los terribles problemas del actor principal estaba a punto de llegar. « El linchamiento moral de la comunidad donde residía el protagonista de la película, basada en hechos reales, había sido tan fuerte que daba miedo que eso le pudiera ocurrir a cualquiera », pensó el joven mientras trataba de no perderse una sola imagen de lo que sucedía en la pantalla. Como siempre, la realidad, un paso por delante de la imaginación más calenturienta.

Hacia dos horas que su novia Amaia se había ido a trabajar y se encontraba solo en su pequeño piso alquilado del barrio de Gros. La casa de los solteros, la llamaban. Pequeños apartamentos en primera línea de playa de la Zurriola, esquina con la calle Bermingham. La oscuridad del salón, transformado en pequeña sala de cine, le había permitido dejar volar la imaginación y olvidar un verano lleno de dudas sobre su trabajo de cocinero; las primeras que había experimentado desde que empezó en la cocina. Y eso estaba empezando a preocuparle. Pero de nuevo la magia del cine, como tantas otras veces, había creado un planeta paralelo de ilusión. En él se encontraba lo suficientemente distraído como para olvidar y evadirse de sus dudas y celos, al menos durante las dos horas escasas que duraba el film.

El teléfono sonó con un timbre extraño a las doce del mediodía y casi lo confundió con el sonido ronco y lejano de la sirena que se escucha todos los días en el centro de la ciudad de San Sebastián cuando llega el mediodía.

Se levantó a la vez que con el mando a distancia detenía la película con gesto de fastidio. La pantalla del reproductor le indicó que quedaban siete minutos para acabar. La cara del protagonista quedó congelada en una mueca extraña.

Cuando cogió el móvil vio que la pantalla estaba iluminada con dos escuetas palabras en el centro « Identidad oculta ».

« Joder, publicidad seguro. No contesto », pensó. Pero la curiosidad le pudo y descolgó.

—¿Sí?

—Buenos días. Le hablo desde el Servicio de urgencias del Hospital Universitario Donostia. Necesito hablar con Alberto Parra. Mi nombre es Pilar.

Un pequeño vuelco al corazón le sacudió de arriba abajo.

—Le llamo porque tenemos un paciente ingresado desde hace tres horas en urgencias y nos ha dado este teléfono. Es una persona mayor. Su nombre es Martín Parra Senén. Nos ha dicho que es usted su nieto, ¿es así?

—Sí, sí.

—No se alarme, por favor, está en observación y se encuentra estable, pero si puede usted venir lo antes posible se lo agradeceríamos.

Alberto colgó el teléfono con la misma rapidez que aceleró la moto y atravesó la ciudad. En tiempo récord. Cuando llegó a urgencias aparcó muy cerca del recinto y bajó la pequeña cuesta casi corriendo. Cuando llegó ante el mostrador se identificó y preguntó por Martín.

Al cabo de un rato apareció un médico que le hizo pasar a su despacho. Ambos se sentaron a la vez. La mirada de recelo del joven era evidente.

—Las noticias que le voy a dar son, por ahora, positivas. Ha tenido una crisis cardíaca pero parece que ha sido muy leve y he decidido no meterlo en la UVI a pesar de que el protocolo con pacientes de la edad de su abuelo lo aconseja. Lo voy a mantener en observación unas horas más. Le estamos haciendo análisis y probablemente se deba a que, como él mismo nos ha reconocido, haya dejado de tomar la medicación que en su día se le indicó tras del primer infarto.

El médico se incorporó sonriendo mientras mantenía unos papeles en la mano.

—Cuando lleguen los análisis volveré a estar con usted, por ahora nos mantendremos a la espera de más datos. ¿De acuerdo?

Alberto asintió.

—Está en la habitación de al lado y ha dicho que le gustaría hablar con usted —añadió el galeno.

Alberto se levantó preparándose para salir hacia la habitación.

—¿Es usted el único familiar que tiene? —interrumpió.

El joven se dio la vuelta con cara de interrogación.

—No, no. Está mi padre, es decir su hijo, y la *ama* también, su nuera. ¿Nadie les ha avisado? Yo pensaba que estarían aquí. ¿Quién le ha traído hasta aquí?

—Parece ser que, según nos ha contado, se sintió mal en el trabajo, cerró y cogió un taxi para llegar aquí. —Alberto no salía de su asombro—. Cuando llegó el único número de teléfono que nos dio fue el de usted. Es la única referencia que tenemos. Nos ha dicho que vive solo. No sabemos nada más. Yo lo conozco de vista y sé que es el dueño de LIBRE RÍA. Solía comprar libros allí. Es una persona muy entrañable.

Alberto asintió con la cabeza y esbozó media sonrisa mientras notaba cómo las pulsaciones disparadas por su nerviosismo se ralentizaban después de tener

más información sobre lo ocurrido.

—Ahora lo que está es enfadado —añadió el médico con una leve sonrisa pero sin perder el rictus serio—. ¿Ha pensado quién va a atender la librería? —añadió mientras salían al descansillo. Alberto miró alrededor sin saber adónde ir—. Es esta puerta. Tiene una silla para estar junto a él. Lo único que le hemos puesto es una vía de suero como medida preventiva que luego le quitaremos. Hemos reanudado la medicación que él por libre se había retirado.

Ambos entraron en la habitación.

La primera impresión de ver a su abuelo así fue desagradable pero enseguida se percató de la sonrisa de su *aitona* y eso le animó.

—Martín te traigo visita. Luego hablamos, cuando tenga los resultados de los análisis —se despidió el médico cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué tal estas?, *aitona* —dijo el joven acercándose al borde de la cama sin dejar de mirar el gotero y parte de la maquinaria llena de pantallas que había a su alrededor.

—No sé. Ahora mejor.

—Me han dicho que no te tomabas las medicinas —le dijo mientras se sentaba a su lado en una esquina de la cama.

Martín no respondió y su gesto cambió.

—Pensé que iba a durar más —farfulló el anciano.

—Venga no digas chorradas —instó su nieto mientras lo cogía de la mano.

—Coge las pastillas que tengo en la mano.

Alberto bajó la vista y con cara de sorpresa observó cómo el abuelo abría la mano y dejaba ver dos pastillas. Una cuadrada pequeña y una redonda de similar tamaño.

—¿No te las has tomado? Venga abuelo, ¿qué coño haces?, tómatelas.

Martín se revolvió los pelos con la mano derecha e inspiró con fuerza dando la impresión que le faltaba el aliento.

—Les he dicho que no me las había tomado pero no es verdad. Sí las he tomado. Como siempre antes de acostarme y en el desayuno —dijo con voz cansina—. Pero necesitaba engañarles para que te diese tiempo a venir.

Alberto lo miró con extrañeza.

—Si no lo hubiera hecho me habrían metido en la UVI. Y necesitaba ese margen de tiempo para estar contigo.

Alberto no salía de su asombro. Fue entonces cuando el anciano lo cogió con fuerza de la mano. Tosió dos veces con carraspeo.

—No quería irme sin despedirme —musitó el abuelo con increíble calma—. Despideme de tu padre. Nunca nos entendimos demasiado bien, tuvimos nuestros altibajos pero es una buena persona. Y también de tu madre, ella también es una buena persona —repitió con la mirada ida—, pero mi hijo nunca quiso conocer mi historia. Quiero que hagas dos cosas —añadió sin soltarle la mano.

—Venga *aitona*, que me estás tomando el pelo —bromeó sin excesivo convencimiento—. Vas a ver cómo te pones bien.

—Calla, coño —contestó en un arrebato cómico que le hizo arrancar una sonrisa. Pero el gesto cambió con rapidez—. Coge las llaves de la LIBRE RÍA, están en el bolsillo izquierdo de la cazadora. Encima del estante que hay delante de la caja hay un libro blanco titulado *El manto de la época*.

El nieto afirmó con la cabeza sin pestañear. ¿Y la otra?

—Solo te voy a pedir lo mismo que...

Una enfermera abrió con brusquedad la puerta de la habitación acompañada de un celador.

—Martín, le vamos a hacer una serie de pruebas —dijo mientras el celador soltaba los frenos de la cama y comenzaba a llevársela.

Alberto reaccionó con sorpresa a la rápida actuación soltando la mano de su abuelo con ademán de confusión.

—Que lo leas. Solo eso. ¡Léelo! —exclamó su *aitona* con un tono muy bajo, apenas audible, mientras desaparecía tumbado en la cama haciendo el gesto de despedida con la mano.

Alberto comenzó a seguirlos con la cazadora de su abuelo en la mano pero la enfermera le cortó el paso.

—Espere aquí, por favor. Enseguida vendrá de vuelta el médico.

Aquel gesto sosegado de su abuelo, despidiéndose de su nieto con la mano, se le quedó clavado en la mente y el joven pensó que no lo olvidaría en su vida.

Las llaves de la LIBRE RÍA tintineaban en el bolsillo de la cazadora, y en su cerebro el título del libro.

Los dos orfidales 1mg que Aitor Zubillaga se había tomado en el avión le habían mantenido sobre el Atlántico absorto y flotando, pero sobre todo, durmiendo el sueño de los justos, como a él le gustaba decir. Las nubes que la aeronave atravesó en su trayecto eran un símil de su propia situación incorpórea y gaseosa, flotando ajeno a cualquier preocupación. Nada le importó durante ese sueño forzado, ni siquiera las hipótesis descabelladas que imaginó con su cámara Roberto de protagonista. El cielo y las pastillas, le obligaron de nuevo a estar por encima de la realidad.

Pero la llegada al aeropuerto Barajas-Adolfo Suárez de la capital española, iba a ser el prolegómeno de un aterrizaje en todos los sentidos. Desayunó en el avión todavía amodorrado, y con una conexión muy acertada, al mediodía se encontraba en otro avión, más pequeño, directo a su casa de Hondarribia. La toma de tierra con viento cruzado fue muy distinta del suave planeo de la ida. El tiempo había cambiado y del calorcito de los días anteriores ya no quedaba nada. El clima del Cantábrico reivindicaba su espacio. El pequeño avión de hélices se zarandéo de un lado a otro por encima de la pista y la niebla y el pertinaz sirimiri obligaron a los pilotos a ejercer sus mejores habilidades. Pequeñas gotas de lluvia se estrellaban contra la ventanilla para acabar resbalando lentamente sobre el cristal. Entre ellas pudo ver cómo sobrevolaban la bahía de Txingudi con una cercanía preocupante. Observó los barcos de vela con indiferencia. Las ruedas pasaron del aire al suelo con la misma rapidez con que la aeronave había cruzado la frontera de Francia a España apenas cinco segundos antes. La inclinación del avión al tocar pista rozó el límite de seguridad pero esa leve tensión añadida le vino bien y le ayudó a despertarse del todo.

El taxi que había tomado a la salida del aeropuerto lo dejó en la puerta de casa pero, cuando exhausto, intentó abrir con sus llaves, notó que la cerradura estaba bloqueada con el pasador. Llamó al timbre dos veces.

La niñera le abrió preguntando antes quién era.

—Hola, abre, soy yo.

Ella le franqueó el paso sonriente.

—Bienvenido —le saludó mientras cerraba la puerta tras de sí y ajustaba de nuevo el pasador—. Me dijo Ana que había adelantado la vuelta.

—Sí, sí, cosas del trabajo. ¿No está mi mujer?

—No, me ha dicho que volverá para comer. Hacia las dos —contestó mientras cogía la maleta que traía el cocinero—. Supongo que estará en la consulta, ayer me dijo que tenía muchos pacientes. Ya tiene la comida preparada: sopa de lentejas y chuleta de cerdo a la plancha con pimientos del piquillo; son frescos, de temporada, y los he asado hace una hora. ¿No nota como huele? Están riquísimos. ¿Le deshago la maleta? ¿Ha tenido un buen vuelo? —lo

bombardeó a preguntas la niñera.

—Sí, sí, por favor —dijo Aitor—. Al llegar aquí se ha movido el avión un poco pero ya estoy acostumbrado —añadió mientras se alejaba en dirección a su cuarto intentando desvincularse de la conversación. Se encerró en la habitación y encendió el móvil que tenía apagado. Buscó en la agenda los números habituales y llamó.

—¿Ainhoa? ¿Dónde estás?

—Aquí, en el currelo. ¿Estás en Madrid?

—No, no, ya he llegado, estoy en casa. Como algo y voy para allí. ¿Se sabe algo más?

—Nada.

—¿Hoy estáis grabando algo?

—Sí, planos de productos. Pero solo con el cámara nuevo y dos personas más: Alex y un ayudante. Empezarán a las tres y yo estaré en el despacho hasta que empiecen. Acabo de llegar del gimnasio, ahora me cambio.

—¿Se sabe algo nuevo de Roberto?

—Nada. Lo han encontrado en el interior de un coche pero no han dicho nada más.

Aitor cortó la comunicación y tuvo una sensación de frialdad como nunca antes había tenido.

La ducha caliente le hizo ver las cosas de distinta manera. Con bastante más ánimo. La temperatura del agua retirándole el sudor seco del largo y precipitado viaje de vuelta desde Costa Rica lo había engañado generándole la suficiente seguridad como para poder olvidar —al menos momentáneamente— la situación enrevesada en la que se encontraba. Se secó la espalda y se vistió. Se sentó en el sillón para hacer unos cuantos ejercicios respiratorios pero fue un descanso breve, un espejismo en medio de la particular lucha en que se había convertido su vida la última semana, y por eso cuando oyó una llave manipulando la cerradura tuvo la premonición de que las aguas se estaban volviendo turbulentas por momentos. El tintineo de las llaves de su mujer Ana entrando por la puerta de la calle sonó como la campana del *ring* de boxeo con la que se da comienzo al siguiente asalto. «Vamos, levántate y pelea por la dignidad de tu vida», se dijo a sí mismo sin saber exactamente por qué se lo estaba diciendo. Algo en su interior le susurraba que era así. «Muestra tus cartas y observa bien las que te tienen guardadas y no te sorprendas si tienen mejor mano que tú», pensó el cocinero con temor.

El pelo de la mujer, alborotado por el viento, mostró una imagen de ella insólita y preocupante. Se fijó en que no traía su cartera habitual donde estudiaba los informes de los pacientes que trataba.

«Esta no viene de la consulta», pensó el cocinero.

Sin molestarse en saludarlo se abrazó a él. Ambos mantuvieron el abrazo,

pero enseguida ella lo rechazó. Cuando se apartó de su pecho pensó que estaría llorando pero se equivocó. Los ojos estaban secos y la frialdad que despedía su cuerpo contrastaba con el abrazo.

—Lo han encontrado en el maletero de un coche. No se sabe más —exclamó Ana con la mirada perdida—. Roberto era un embaucador. Engañaba a todo el que podía.

Ana tragó saliva y prosiguió.

—Yo solo intenté ayudarte pero no lo conseguí. Es evidente que no.

Aitor se mantuvo en calma y por un momento tuvo la sensación de estar delante de una persona derrotada. Pero no comprendía por qué se lo estaba tomando de esa manera. Era enfermizo.

Observó con detenimiento cómo se había acurrucado en una esquina del sillón y fue entonces cuando intuyó algo que no le gustó. En principio no supo qué era pero algo en su interior le advirtió que podía ser grave.

—¿No vienes de la consulta?

—No.

—¿Y se puede saber de dónde, entonces?

Ana respiró sin soltar prenda.

—No pretendas saberlo todo, Aitor. Vengo de currar.

—¿Sin la cartera?

—No me vengas con historias, que el especialista en contarlas eres tú. No siempre la llevo.

—¿Dónde has estado?

Ana lo miró con una mezcla de desazón y sorpresa.

—¿Ahora te dedicas a controlarme? ¿Te crees que soy tu criada?

—Como haces tú tan a menudo —replicó el cocinero con el rostro tenso.

—Igual es porque te lo mereces. ¡De repente te interesa mucho con quién estoy o dejo de estar! Igual es tarde, ¿no crees?

—Me lo vas a decir o voy a tener que empezar a levantar la voz.

—No me amenaces. Déjame en paz. Olvídate de mí —contestó la mujer haciendo ademán de irse—. Pero el brazo de Aitor la detuvo a medio camino. Ella se revolvió con la fuerza necesaria para librarse de su férreo abrazo.

—¡No me vuelvas a tocar! —amenazó Ana con expresión de odio.

—No vas a salir de aquí si no me dices dónde has estado —contestó a su vez el cocinero poniéndose delante de la puerta.

—¿Te has vuelto loco? Apártate de la puerta si no quieres que empiece a gritar.

Aitor se abalanzó contra ella, la agarró de los dos antebrazos a la vez y casi la levantó en el aire.

—¡Qué me digas de dónde vienes! —bramó a escasos centímetros de su cara.

Ella se intentó zafar pero no pudo.

—¡Me haces daño, suéltame! —fue lo único que acertó a decir.

Aitor la tiró con fuerza sobre el sofá, pero la mujer no se arredró. El pelo le tapaba parcialmente la cara y a través de él pudo ver la expresión desencajada de su marido acercándose.

—¿De verdad quieres saber de dónde vengo? —le preguntó la mujer con el rostro fuera de sí—, ¿de verdad quieres?

La bandeja de acero inoxidable con el cadáver, aún hinchado por el agua, de Roberto Álvarez, se deslizó con facilidad por los railes del frigorífico. Apenas hicieron ruido de lo engrasados que estaban. El momento tragicómico lo dio el celador al percatarse nada más abrirlo de que junto a la sábana había olvidado un botellín de cerveza Gross que él mismo había metido en el particular refrigerador. Con un movimiento de prestidigitador la retiró raudo, bajo la asesina mirada del subcomisario. Lo hizo con tal estilo que pareció no molestar a nadie. « La naturalidad de la muerte, se le llama a eso », pensó el subcomisario. « Y una falta de educación asombrosa. Cuando se vayan me va a oír », pensó con el enfado reflejado en su rostro. El subcomisario Vicente respiró mientras el celador, con cara de circunstancias por el incidente, destapó con cierta flojera la sábana blanca que cubría por completo el enorme cuerpo del cámara. Los ojos de su padre Benito se quedaron petrificados ante la vista de su hijo yaciendo en el depósito de cadáveres, adonde acababa de llegar desde Vitoria. Su mirada se mantuvo unos segundos sin parpadear. No creyó lo que estaba viendo. El cuerpo estaba reconstruido por la autopsia a la que había sido sometido, pero presentaba un aspecto correcto. El padre de Roberto cerró los ojos, asíó la mano de Ana, que se encontraba a su lado, y afirmó con la cabeza ante lo que era una evidencia. No estuvieron más de cinco segundos y la sábana blanca volvió a taparlo impidiendo la visión sobrecogedora del cadáver. Ana estuvo a punto de echarse a llorar pero compartió la entereza con su acompañante y ambos lograron superar el trance. Cuando se alejaron caminando hacia la salida del depósito el subcomisario Vicente respiró hondo. Siempre pensó que un policía tenía que ser el prototipo de persona fuerte pero él solo lo aparentaba de puertas afuera. Siempre había sido así y a estas alturas no lo iba a poder cambiar. Cuando el padre de Roberto le preguntó si Ana podía acompañarle a ver el cadáver, él dudó porque ese trámite estaba reservado estrictamente para familiares, pero al ver al viejo tan solo y descompuesto y después de que este le contase que Ana había sido la persona que más le había ayudado cuando su hijo estuvo en la cárcel y cómo colaboró con él para intentar que Roberto saliera de allí cuanto antes, no supo negarse y permitió que la mujer lo acompañase en la última visita de un padre a un hijo. Él como persona no pudo negarse aunque como policía podría

haberlo hecho perfectamente. Se quedó mirando el suelo de baldosa blanca y estéril como el lugar donde se encontraban.

Ana había anulado todas las consultas de la mañana para acudir con el abuelo de sus gemelas a ver al padre de las pequeñas. Sería la última vez que podrían ver su cuerpo, un cadáver amorfo y desfigurado en el que un día no muy lejano se alojó un alma cariñosa, al menos para ella, y turbulenta, que lo llevó al lugar en que ahora se encontraba.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó a gritos Aitor con la cara descompuesta—. ¿Te has vuelto loca? El abuelo de tus hijas. ¿Qué cojones significa?

Ana se había sentado en el pequeño sofá de la habitación de la pareja y había comenzado a mirar por la ventana increíblemente ausente y con la serenidad de haber soltado lastre.

Aitor salió de su cuarto y despidió a la niñera con cara de circunstancias. Se oyó el leve portazo de salida y este volvió a la habitación y cerró la puerta.

—¡Me quieres explicar qué coño estás diciendo! Mira, tengo un *jet lag* de caballo y creo que has perdido el juicio.

La mujer lo negó moviendo la cabeza con lentitud, confirmando de ese modo sus anteriores palabras, que había pronunciado con aplomo y serenidad.

—¡Dime algo, ostia!, ¿qué quieres decir con que fuiste a acompañar al abuelo de tus hijas?

—¡Joder lo que oyes! —reaccionó de repente Ana en un arrebato de ira y, sin embargo, bastante más calmada que su marido.

Aitor bajó la cabeza y se sentó en la cama. La cara se le había enrojecido de rabia.

—¿No son mías las gemelas?, es eso, ¿verdad? —dijo Aitor con un hilo de voz. Ambos se miraron pero ninguno de los dos supo ni quiso mantener la mirada.

—Pero ¿el tratamiento de fertilidad que te hiciste? Cuéntame algo que no entiendo nada. Era todo mentira. Esto es increíble. No te creo, lo haces para hacermé daño. Te voy a matar.

La mujer negó con la cabeza sin apenas parpadear.

—Lo suspendí.

—Pero si yo estuve allí, en la puta clínica varias veces —contestó Aitor furioso.

—Las primeras veces sí. Pero el día en que iba a empezar coincidió con que tú estabas en Sevilla, en ese viaje tan precipitado que hiciste, y al final les dije que no estaba convencida y lo suspendí. Y aquella semana estuve con Roberto. Nunca me lo había podido quitar de la cabeza. Nunca.

La mujer izó el rostro y se lo sujetó entre las manos.

—Fue solo aquella semana. Te lo juro, solo esa.

—Por lo que veo fue productiva —replicó Aitor sarcástico cambiando el timbre y con la mirada perdida.

Su cara era del mismo color que la colcha de la cama, blanca.

—Me has engañado como a un gilipollas —subió el tono de voz Aitor—. Mis gemelas —añadió con tristeza—. Eres una sinvergüenza.

Ana bajó la cabeza secándose unas lágrimas inexistentes con el pañuelo pero no se arredró.

—Tú tampoco eres un santo —acertó a responder la mujer—. Te crees que no me sé todas tus estúpidas y patéticas historias de mierda que tienes con todas las que se te cruzan.

El cocinero la miró con una mezcla de desdén y repugnancia.

—Pero por lo menos no voy dejando hijos por ahí.

La réplica de la mujer no se hizo esperar.

—Claro, porque no puedes —respondió con acritud.

Aitor miró a Ana a los ojos rumiando su respuesta.

—Pues espera porque a lo mejor se lo cuento a sus abuelos maternos y entonces sí que nos vamos a divertir todos. Sí, creo que es una buena idea.

Ana lo miró fuera de sí.

—Si haces eso, por Dios..., si se lo dices a mis padres te mato —amenazó Ana. Sin parpadear añadió—: Te lo juro que lo hago.

Aitor bajó la cabeza sin decir nada acordándose de su madre y de los chipirones que estaba preparando para sus queridas gemelas antes de emprender el viaje.

Ana mantenía la cara entre sus manos.

—Te vas a acordar de mí, por mis muertos que vas a acordarte de este día —concluyó Aitor rígido y con gesto adusto, cerrando el puño y acercándose a la cara.

—No lo vas a olvidar, el día de hoy no lo olvidarás nunca, hija de puta —le espetó—, por mis putos muertos que no lo harás. ¡En tu vida!

Lo dijo en voz tan baja que fue precisamente ese tono el que asustó de verdad a la mujer. Esta bajó la mirada. El silencio se alargó, sostenido. Finalmente, se quebró a la par que su puño golpeaba al aire muy cerca de su rostro. Aitor se dio media vuelta y salió de la habitación con un sonoro portazo, que hizo temblar de manera ostensible los cristales del cuarto. Cuatro segundos más tarde se oyó otro portazó, aún más fuerte, en el recibidor.

—Cuénteme con detalle lo que sucedió la tarde del jueves pasado, por favor, señorita —le instó el oficial Jon Ander a Susana, la maquilladora—. La hemos visto en las grabaciones de las cámaras de seguridad. Usted y a nos lo había dicho pero las hemos revisado por si acaso hubiera algún detalle significativo que se nos pudiera haber pasado.

—Mire, yo no tengo coche y aquello está muy a desmano. Y a veces solemos quedar entre los que trabajamos allí para volver. Yo vivo en Donostia y la hora de entrada a los estudios la tenemos distinta pero la de salida es la misma, más o menos.

—Usted salió del estudio con él la tarde del jueves, ¿verdad?

—Sí. Me llevó a la misma puerta de mi casa. Dice que le cae de paso pero yo creo que no. Que se desvía de su ruta por galantería. Era muy servicial. Me dijo que había quedado con Esperanza.

—Dice Esperanza en tono familiar. ¿Usted conocía a su novia?

—Sí, claro. Todos la conocíamos. Era una persona maravillosa.

—¿Todos la conocían? ¿Y de qué?

—De cuando estuvieron trabajando para nosotros.

—A ver, que me he perdido —interrumpió el oficial preguntando acto seguido—, ¿Esperanza trabajó con los estudios de Aitor, con EZCOM?

—Sí, ¿no lo sabía? Fue por un periodo de tiempo breve.

—Pues la verdad es que no. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace dos años más o menos.

—¿Y qué hacían en el programa?

—Bueno, era una sección dedicada al vino que hacíamos todos los lunes. Se cataba el vino y se maridaba con los platos que hacía Aitor, etcétera. Empezó viniendo la dueña de la Bodega Sáenz. Una tal Araceli. Pero al final, en los últimos programas vino ella, Esperanza, la enóloga de la bodega, y fue entonces cuando la conocimos y también la conoció Roberto. Y además, entre que era guapa, y se desenvolvía mejor delante de la cámara, al final le terminamos cogiendo cariño. Luego aquello se cortó.

—¿Sabe usted por qué se cortó? —La maquilladora bajó la cabeza y Jon Ander sacó sus mejores armas para convencerla—. Recuerde que su testimonio nos puede ayudar a resolver este caso. Le pido que haga un esfuerzo en rememorarle.

—Hubo una bronca monumental aunque yo solo oí los gritos. Fue hace ya un tiempo, en el despacho de Aitor. Oí cómo amenazaban a Araceli diciéndole que si se iba del programa se arrepentiría. Y lo repitieron varias veces. Nada más. Ella les contestó con mucha calma, diciéndoles que no necesitaba estar en la televisión para ser el número uno, o algo así. Aquello fue definitivo. Cortaron el

programa.

—¿Quiénes estaban en el despacho?

—No lo sé. Seguro, Araceli y la jefa. Igual había más gente. No sé.

—Cuando dice la jefa es Ainhoa, ¿verdad?

Susana asintió con la cabeza.

Jon Ander no dejaba de anotar cosas en su libreta. Respiró varias veces y continuó.

—¿Cómo era Roberto?

—Era una persona maravillosa pero yo creo que tenía una vida fuera de aquí que no explicaba a nadie. A veces tenía unos prontos de enfado que se salía de sí mismo. Era reservado para sus cosas. Te contaba lo justo a pesar de su amabilidad. Para mí que estaba enrollado con la jefa. Era un Don Juan.

El oficial Jon Ander levantó la vista con rapidez.

—¿Con Ainhoa... Carreño?

—Por favor, eso no lo anote. Es un palpito, pero no lo podría asegurar. La gente dice muchas tonterías, disfruta con esas cosas. Se lo he contado por si puede ayudar a la investigación pero no es seguro en absoluto. Es injusto lo que acabo de decir, y no debería habérselo dicho —afirmó con gesto de rabia—. Los chismes a veces pueden hacer mucho daño sin ninguna base real. Para mí Roberto era un compañero solidario y muy buena persona. Un tío con una mirada embaucadora y cercana con un cuerpo grande, y muy guapo, y solo pensar que ya no está..., estoy muy apenada —dijo mientras se le cortaba la voz.

Jon Ander dio un respiro a la mujer mientras terminaba de anotar cosas.

—Aquel día no me dijo nada en especial, me dejó delante de mi casa, nos despedimos y lo vi alejarse en la tartana de coche que solía usar —recordó sonriendo—. No hablamos de nada. Me dijo que había quedado para celebrar su cumpleaños con Esperanza. Nada más.

—¿Había alguna persona con la que se llevaba mal?

La maquilladora negó con la cabeza.

—Alguna vez broncas de trabajo pero sin más. Y con nadie en especial. Era una persona muy buena. No sé cómo ha podido pasar algo así. Yo nunca le maquillé pero me hubiera gustado hacerlo. Era un buen amigo —terminó entre lágrimas, que se deslizaron lentamente por las mejillas—. El mister le tenía mucho aprecio. Aitor sentía algo muy especial por Roberto —dijo secándose las lágrimas—. No sé por qué.

Jon Ander terminó de anotar cosas en la agenda y despidió a la maquilladora agradeciéndole su testimonio. Cuando la vio alejarse la figura regordeta de esta le pareció muy atractiva.

Al volver a su despacho era su compañero Arkaitz el que le estaba esperando sin dejar de pasar hojas de un manojo de folios que portaba entre las manos.

—Ha llegado la prueba del ADN cotejando el de Roberto y el del feto.

—¿Por qué pones esa cara de preocupación?

—Porque no coinciden.

Jon Ander lo miró con cara de asombro.

—Roberto no es el padre del futuro niño que esperaba la enóloga. Y otra cosa. Las fibras blancas encontradas en las uñas de la enóloga son las mismas que las del jersey fino que llevaba puesto Roberto cuando lo encontramos.

—Joder, qué bien —exclamó con retintín—. Llama a Vicente.

El subcomisario descolgó el teléfono enseguida pero no pudo dar más que una evasiva, muy justificada, eso sí.

—Perfecto Kai, vete ordenando todo que yo voy para allí en cuanto pueda. Estoy en el hospital.

—¿En el hospital? ¿Qué pasa?

—Mi padre. Ha tenido una recaída y está en la UVI. Cuando sepa algo os llamo.

—Limpia bien ese tomate —le dijo Alex a su ayudante—. La piel tiene que estar brillante. Dale un poco de aceite.

—Cambia el fondo a negro. Sobre blanco no se aprecian los granos de sal gorda al caer sobre las rodajas de tomate —dijo el nuevo cámara a su ayudante.

Ainhoa Carreño observaba a cierta distancia aunque sin perder detalle el pequeño set de grabación organizado en una esquina del jardín que los estudios EZCOM tenían en la parte delantera del edificio. Desde allí, en algunos programas, Aitor explicaba las virtudes de la lavanda, de la albahaca y del tomillo. También lo hacía de la santolina y del estragón y de cualquier producto que estuviese en ese momento cultivando. Un terreno de más de trescientos metros cuadrados bien aprovechados y cuidados por José Mari, el experto biólogo que trabajaba para ellos. A su lado a lo largo de una hectárea de manzanos asomaban los frutos a medio madurar que a principios de noviembre más o menos estarían preparados para la recolección. «La manzana errezilla ácida es el sello de identidad de nuestra sidra», solía decir Aitor. Pero lo dijo apenas en un par de ocasiones al percatarse de las toneladas de ellas que entraban desde todos los puntos de Europa para abastecer la creciente demanda.

Una mesa de madera muy bonita servía para avanzar en tomas de apoyo para los innumerables programas de cocina en que participaba el cocinero.

El sonido del coche de Aitor Zubillaga le hizo desviar la vista. Ainhoa dejó los trozos de piña que estaba comiendo distraídamente, encima de la mesa de apoyo. Entró en el edificio, miró las cámaras de seguridad del hall y confirmó sus sospechas. El Porsche Cayenne acababa de llegar y estaba aparcado en el sitio de siempre. La figura de su amante asomó por unos de los lados.

Ainhoa se acercó a Aitor nada más verlo pero este simplemente saludó sin emitir sonidos, con un leve movimiento de cabeza y los ojos muy abiertos.

El cocinero se quedó mirando la escena pero parecía estar ido.

—Seguid, seguid, hay que terminar con todas estas verduras —ordenó ella mientras agarraba del brazo a Aitor y se lo llevaba adentro. Cuando llegaron a su despacho Aitor se sentó con cara de cansancio.

—¿Estás bien? —le preguntó la mujer al percatarse de la cara de preocupación que traía.

El cocinero asintió sin decir palabra. Se arrellanó en la silla y bajó la cabeza. No sentía rabia, solo una calma tensa. Y sus pensamientos girando muy deprisa.

—¿Qué se sabe de nuevo? —inquirió ausente.

—Poca cosa. Han encontrado a Roberto en un pantano o lago de Vitoria dentro del maletero de su propio coche. Alguien lo metió allí y lo tiró a una laguna. Este debía de estar metido en algo y será un ajuste de cuentas, yo que sé —aventuró Ainhoa—. Primero se cargó a su novia y después...

—¿Y después qué?

—Pues no sé, alguien, no sé...

—Gracias por deshacerte de Roberto —masculló con la mirada perdida—. El hijo puta se lo merecía —añadió.

Ainhoa estaba de pie y cuando oyó la frase se dio la vuelta.

—¡Qué estás diciendo! He estado con la policía en este mismo despacho y estoy cansada e irritable. No sé a qué viene ese comentario. Yo no le he hecho nada a Roberto. Este chaval era clave para mi programa. Por qué iba a querer hacerle daño. No sé qué estás diciendo —vociferó indignada—, ¿cómo puedes pensar que yo le he hecho algo? ¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué cortamos con las Bodegas Sáenz? —dijo sabiendo la respuesta de antemano y con tono de estar en otro mundo.

—¿Por qué? Bueno, lo sabes tú bien. Estabas allí. Porque nos dejaron colgados de un día para otro o, ¿es que no te acuerdas? Y además el programa no estaba dando el juego que esperábamos y como no tenía el *share* adecuado lo cortamos. Nosotros no tenemos nada que ver con este asunto y me tendrías que echar una mano porque ha llamado hace un rato la policía anunciando que viene para aquí a hablar conmigo. Otra vez.

—¿Por qué preguntas eso?

Aitor bajó los ojos y se quedó en blanco. Ana y sus gemelas se revolvieron en su interior dejando su mirada perdida. Pero esta vez se añadió un dolor que le recorrió el tórax en forma de punzada penetrante. Se llevó la mano al pecho y levantó la vista, ajeno a la sensación que le estaba resquebrajando por dentro.

Ainhoa se acercó y acarició su cabeza, hundiendo los dedos entre su pelo.

—Tengo genio pero de ahí a pensar que sería capaz de lo que acabas de decir va un mundo. Yo a Roberto le quería. Roberto era una persona que enamoraba. Y yo demuestro mi cariño a la gente de manera muy apasionada lo cual a veces no se entiende. Lo sabes muy bien. Para mí, tú, Aitor, eres la única persona que ocupa mi corazón —declaró casi en un susurro.

Ella habló con sinceridad y siguió musitando palabras dulces pero Aitor levantó la mirada y Ainhoa pensó que no la creía.

—Aunque te tenga que compartir con otra... —añadió sin bajar la cabeza y mirándole a los ojos.

Aitor notó una sensación de incomodidad con las palabras que le estaba diciendo su amante pero no lo expresó. Estaba muy lejos de ellas. Viajaba a un lugar muy apartado. Ana había dejado hacía una hora de ser su mujer para convertirse en su enemiga. «Y las gemelas no son tuyas», le repitió una voz en su interior mientras oía pero no escuchaba a su jefa de producción Ainhoa. Y también estaba empezando a dudar de la verdadera relación que tenía su jefa con Roberto.

—Eso a mí no me importa mientras yo tenga mi dosis de cariño. No soy

celosa. Y la coraza que muestro a todo el mundo no es nada más que eso, un escudo. Pero por dentro no soy así. Y no sé por qué te explico esto, lo sabes muy bien. Llevamos muchos años juntos. Roberto en mi vida no era más que un cámara, aunque eso sí, de los mejores que hemos tenido. Y me da mucha pena que haya desaparecido y más en esas circunstancias —concluyó la mujer.

Aitor la miró pero seguía sin escuchar lo que decía. Anteriormente no se había creído ni una palabra y ahora ni siquiera le importaba.

—Pero los polis siguen preguntando cosas —aseguró más que preguntó el cocinero con los ojos perdidos.

—Yo les dije que se solía ir con alguien de aquí aunque no siempre. Les dimos acceso a las cámaras de seguridad del *parking*. Y ya sé que la Ertzaintza ha estado hablando con casi toda la plantilla. Pero no te preocupes. No tenemos nada que ocultar —sentenció Ainhoa—. Cuando venga el poli, que lo hará enseguida, responderé a todo lo que pregunte y asunto concluido. Nosotros no sabemos nada.

Aitor se levantó, miró en torno a su despacho y le pareció que estaba soñando. Que nada de lo que había ocurrido en los últimos días era verídico. Ella asió su brazo con la mano derecha y lo apretó con fuerza. Fue entonces cuando el hombre se dio cuenta de que todo era realidad de primera calidad. Giró sobre sí mismo y miró a través de la ventana el jardín donde seguían rodando las imágenes de su próximo programa, pero no le interesó lo más mínimo.

—Yo me voy a buscar a las gemelas al colegio —dijo Aitor dándose la vuelta de nuevo con la mirada ausente.

Ainhoa lo retuvo unos instantes con la mano pero le dejó marchar. Mirando cómo se alejaba tuvo la extraña sensación de que no lo volvería a ver nunca más. Ese pensamiento le dejó una tremenda carne de gallina, máxime al no encontrar su origen.

—¿Usted tenía relación con Esperanza?

—No.

—Pero ¿la conocía?

—Sí, claro.

—¿Y por qué no lo mencionó cuando estuvimos hablando en este mismo despacho la vez anterior? —interrogó secamente el oficial Jon Ander.

—No me lo preguntó.

El policía bajó la cabeza sin hacer ningún gesto y respiró hondo, conteniendo un exabrupto.

—¿Por qué cortaron el programa que hacían conjuntamente?

—No daba los índices de audiencia esperados —contestó Ainhoa con seguridad.

—Otros me han comentado que parece ser que se enfadaron.

—¿Otros?

—Señorita Ainhoa Carreño, hemos interrogado a mucha gente a estas alturas y tenemos datos para sospechar que ustedes acabaron mal con el programa dedicado al vino que hacían con Bodegas Sáenz. ¿Eso es correcto? Si no hace memoria, le voy a ayudar. Ya me lo han contado tres personas relacionadas con su entorno y todas han coincidido. No se alarme, no es un crimen, simplemente quiero que usted me lo diga. Y que me cuente su versión de los hechos, si es tan amable.

Ainhoa se sintió un poco más incómoda pero a pesar de sus reticencias decidió contarlo.

—Bueno, tuvimos un encontronazo, pero además las audiencias no eran llamativas —insistió—. Mire —dijo Ainhoa incorporándose sobre su butaca—, en este mundo de la televisión vivimos sojuzgados por la tiranía de las audiencias. Y son implacables y veloces. Los márgenes de actuación son mínimos. O el programa funciona y da las cifras que necesitamos o lo quito de un día para otro. Así de simple y de cruel. Si el programa no funciona en veinticuatro horas, raaasss, desaparece. No se da ni el más mínimo margen. El trabajo de mucha gente se evapora en unos segundos si la gente no lo ve.

—¿Qué pasó concretamente con los de Bodegas Sáenz? —Volvió a la carga el policía.

—Pues que eran unos prepotentes. Y habiendo firmado varios programas, al final decidieron romper el contrato unilateralmente. No sabemos por qué. Y lo hicieron de la noche a la mañana, encima.

—¿O sea que ellos decidieron no seguir con ustedes?

Ainhoa afirmó con la cabeza.

—Y, ¿por qué cree que actuaron así?

—Eso pregúnteselo a ellos.

—Eso haré hoy mismo —contestó con rapidez el policía.

A Ainhoa le llamó la atención la presteza en la respuesta y le miró con un poco de miedo.

—¿Con quién llevaba esa negociación del programa de televisión?

—Con Araceli, la dueña, la mujer de uno de los Sáenz. Se creía que estaba por encima de todos. Era otra prepotente. Y le diré una cosa. Esta tipa hubo un momento en que me dijo que Bodegas Sáenz estaba por encima de Aitor en importancia y su empresa daba prestigio al programa. Yo me reí y desde entonces las broncas fueron habituales. Insistió en que el programa no tenía la suficiente categoría como para compartirlo con una de las mejores bodegas del mundo. Era una creída. Y me dejó tirada de un viernes a un lunes, creo recordar. Eso no se hace y se lo dije bien claro. Y después de la bronca agarré el coche, me planté en su bodega y me oyó, vaya si me oyó.

Jon Ander había dejado de escribir y miraba estupefacto a la impresionante Ainhoa despachándose a gusto.

—¿Usted estuvo en la bodega, allí en Laguardia?

—Sí.

Jon Ander lo anotó con mayúsculas.

—Tengo información de que la novia de Roberto, la enóloga Esperanza, también participó con ustedes en el programa.

—Sí, ahí es donde la conocimos; al principio trabajamos con Araceli, pero los últimos programas con Esperanza. Sin embargo, eso pasó hace tiempo. ¿Qué quiere que le cuente de todo eso?

—Quiero que me cuente cosas de la enóloga.

—Sabía mucho para su edad y se comía la cámara. Era zalamera y juguetona y además, guapísima. No entiendo cómo después no tuvo propuestas para hacer televisión. Era una persona que embaucaba, con una sonrisa cautivadora. Pero no se engañe, era de la misma calaña que la gente para la que trabajaba. Yo le ofrecí hacer alguna cosa más para la televisión; de hecho uno de nuestros guionistas le preparó una pequeña escaleta, pero después del incidente con Araceli no volví a hablar con ella. Le dije a la enóloga que si no estaba en televisión no era nadie. Eso es así. Si no estás en la televisión, no existes. Ella lo tenía todo para triunfar, conocimiento y lo más importante para el medio televisivo, más aún que la profesionalidad: saber comunicarlo. Y ella era una comunicadora nata. Pero también una cínica que se creía por encima de los demás. Esta tipa me desbarató todo el set en apenas unos programas y se lió con Roberto. Pero creo que jugaba con él. Él era una persona fácilmente manipulable. La muy...

—¿Incidente? —preguntó el oficial haciéndose el tonto.

—Bueno, lo que le he contado antes, la ruptura del contrato.

—Algunas personas me han contado que si lo hubo pero no con Araceli sino con Esperanza.

Ainhoa miró al oficial con recelo. Su corazón había subido de pulsaciones y pensó que se le estaba notando.

—Mire, igual es verdad lo que dice porque tuve bronca con las dos. Con la primera, Araceli, ya se lo he contado pero con la enóloga también porque me empezó a alborotar a Roberto, que se quedó colgado de ella según apareció por el puto plató. Roberto era un tirado para adelante. Para él no existían barreras. Era un niño veleta embutido en un cuerpo de hombre grande y con un don especial para la imagen, para captar movimientos imposibles y planos originales. Lo llevaba dentro. Él se expresaba con una cámara de cine al hombro, tenía una sensibilidad especial para captar fotografías de una belleza incomparable. Y eso para mi trabajo es fundamental: la televisión es imagen en movimiento. Y ella, Esperanza, qué le voy a decir —prosiguió la mujer—, una mujer con una increíble personalidad que dejaba huella allá por donde iba. Eran dos terremotos, cada uno en su estilo. Y a mí ella en apenas cinco ocasiones que estuvo con nosotros me trastocó mi esquema de trabajo. Era una maga, una bruja con un imán para todo lo que tocaba. Su imagen atraía. Y, claro, yo tengo que dirigir todo este entramado con vara de hierro porque si no, se me va de las jodidas manos y eso no me gusta un pelo que suceda. Tengo a muchas personas a mi cargo, más de ciento setenta y estamos haciendo programas de cocina en varios países a la vez; no podía dejar que una chavala así me alborotara el gallinero.

—Cuide sus palabras señora y cálmese. Solo le pido información para intentar aclarar un asesinato, mejor dicho dos. Cuando hablé con usted el otro día, «su» Roberto solo estaba desaparecido, pero ahora ya lo hemos encontrado y eso cambia mucho las cosas. Solo una pregunta más: ¿dónde estaba usted la noche del jueves?

Ainhoa acusó el golpe abriendo mucho los ojos. Tardó varios segundos en contestar mientras procesaba el hecho de que la consideraran sospechosa. Las miradas se cruzaron y el oficial esperó la respuesta bolígrafo en mano y con gesto serio.

—En mi casa, creo.

—¿Creo?

—Sí, sí, en mi piso.

—¿Estaba con alguien?

—No, estaba sola. Vivo sola —le espetó.

El corazón de la mujer estaba desbocado y el oficial no hubiera necesitado un polígrafo para darse cuenta de que la pregunta la había afectado.

La fuerza de esta mujer lo descolocaba. Se sentía incómodo con la dureza que demostraba. Él la miró y ella no apartó los ojos, desafiándole con los ojos.

«Pues esa noche le hubiera venido bien no estarlo», pensó el oficial Jon

Ander mientras terminaba de anotar detalles en su agenda.

Cuando el policía abandonó el edificio siguió repasando mentalmente la lista de las personas allegadas a Esperanza y Roberto en relación a la noche del jueves. Y Ainhoa acababa de entrar —según su propio relato— en la lista de los que no pueden demostrar su inocencia con el testimonio de otra persona. Una simple lista nada más. En un lado los que tienen coartada y en otro los que no. «Pura rutina cuando investigamos un asesinato», pensó.

Siempre hay mucha gente en ambos lados.

Andrés Sáenz se encontraba en su despacho ordenando papeles. A través de una ventanita trasera se podía ver con claridad la bodega con los toneles de roble americano apilados cumpliendo la misión de envejecer el vino. La oscuridad del sitio podía palpase. El olor a madera y vino también, incluso a través del cristal. Cuando Araceli entró en el despacho levantó la cabeza sin dejar de agitar folios.

—Andrés, he estado hablando con la policía y vienen otra vez. Pero esta vez quieren hacerlo con Merche.

—¿Se lo has dicho a mi hermano?

—No lo encuentro.

—Estará en las cubas de fermentación —respondió sin aparente interés.

—Andrés, he dicho que la policía va a venir.

—¿Y qué quieres que haga cariño? La suerte está echada. A mí lo único que me preocupa es lo que salga de esas cubas dentro de unos años. Así de simple. Lo que haya pasado anteriormente no me importa lo más mínimo —mintió con un tono de voz pragmático acordándose de la enóloga.

—Hostia, a mí sí. Nuestra cuñada Merche es una persona que se derrumba con facilidad.

—No tenemos nada que ocultar.

—Bueno, eso está por ver.

—¿Por qué dices eso?

—Acabo de leer que el cadáver que encontraron aquí al lado pertenece al novio de Esperanza.

Andrés levantó la cabeza sin inmutarse.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros.

—Eso espero. Tu hermano tiene que saberlo, voy abajo.

La sala de la cuba de fermentación era muy grande. Más de ocho barricas se alineaban a lo largo del espacio. La altura del local era considerable. Los empleados se encontraban limpiando los gigantescos tornillos sin fin por donde hacía unas horas habían pasado las uvas dedicadas a su segundo vino en importancia, Viña Araceli. Un técnico se encontraba junto a Julián. Ambos observaban las temperaturas de fermentación en las cubas y anotaban datos en una libreta. Cuando llegó Araceli por detrás el ruido que producía la limpieza del tornillo impidió que ambos se dieran cuenta de su llegada.

La mujer tocó el hombro de Julián, que se giró sobresaltado.

—Vámonos afuera. Hemos quedado con el ertzaina que vino la otra vez. Quieren hablar con tu mujer.

Julián la miró sin inmutarse mientras se alejaban del lugar. Cuando terminaban de salir del recinto, el sol del atardecer le pegó en los ojos.

—Tenemos que estar unidos —murmuró cabizbajo.

Araceli lo miró con fijeza.

—Sí —contestó la mujer.

—Lo que ocurre entre estos muros es solo cosa nuestra —agregó entornando los ojos.

—Acompaña a mi mujer cuando venga el poli.

—No me va a dejar. Lo intuyo.

—Bueno, pues por lo menos entérate de lo que sucede. Ya sabes cómo. Nadie nos va a mover de aquí por errores que hayamos cometido en el pasado.

—Sí —contestó la mujer.

—Tienes que mantener la calma. Lo que le ha ocurrido a Esperanza es una tragedia. Yo estoy muy afectado. Tenía muchos proyectos en Marbil para ella. Su desaparición se lo ha llevado todo por delante.

Araceli enmudeció aunque siguió mirando fijamente a su cuñado.

—¿Quieres que te ayude con el vino...?

—No, no —cortó él—. El vino ha salido como siempre. Seguimos siendo el número uno. Cuando se pueda distribuir, VVV seguirá estando en lo más alto. No te preocupes. Lo tenemos controlado. Estuviste acertada al vendimiar en el momento preciso pero ahora prefiero que te ocupes de mi mujer, que creo que puede confundirse delante de un poli y empezar a decir cosas que no debe sobre Verónica.

« Nuestra madre ha cumplido », pensó Julián mientras observaba alejarse a su cuñada. Una lágrima cayó sin más compañía por la mejilla de Julián al acordarse de nuevo de Esperanza.

Vicente se metió en el coche que había dejado estacionado en el *parking* del Hospital Universitario Donosti. Cuando empezó a salir en dirección al centro de la ciudad observó cómo su hijo Alberto arrancaba la moto que había dejado muy cerca de la zona de urgencias. Este dejó pasar al vehículo de su padre y se incorporó a la marcha justo detrás de él. Apenas cien metros más adelante y a mitad de la bajada desde la colina donde se encuentra la zona de hospitales, en dirección al barrio de Amara, aceleró la Ducati y adelantó como una exhalación al coche. No saludó porque no reconoció el coche camuflado de la policía que ocupaba su padre.

Este lo vio alejarse adelantando a más vehículos.

Las palabras que escuchó en la consulta del médico de urgencias al atardecer le habían afectado hasta tal punto que paró en la gasolinera situada en la cuesta de la colina para digerirlos.

—No creemos que Martín llegue a mañana, pero nunca se sabe —dijo un médico estirado y distante—. Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano. Lo siento. Mantengan los teléfonos encendidos —avisó—. Mañana temprano les podremos decir algo más, pero no se hagan demasiadas ilusiones.

Cargó combustible y se detuvo cincuenta metros más adelante en una zona de lavado apartada del tráfico. Desconectó el motor y el teléfono. Respiró y se hundió en el asiento con la mirada perdida. Necesitaba diez minutos para asimilar que su padre se estaba marchando, y esta vez, definitivamente. Necesitaba diez minutos para dejar que las lágrimas de un ertzaintza salieran de sus ojos en la más estricta intimidad. Que el llanto de un policía, prohibido por decreto, aflorara. En una zona apartada del centro, en un coche ajeno, y harto de analizar el comportamiento de los demás, lloró amargamente por lo inesperado del suceso en un momento de máxima tensión en el trabajo, con dos muertos en su cartera y un montón de pistas que no terminaban de aclarar la situación.

Y se acordó de todo lo que había vivido junto a su padre aunque ese delicado momento no era el apropiado para apreciarlo ni recrearse; simplemente se dejó invadir por una tristeza muy profunda y un sentimiento de culpa por no haber arreglado las cosas cuando tuvo ocasión. Lamentó no haber estado más cerca de él y haberle comprendido mejor; no haberse relacionado con su padre como a él le hubiera gustado y escuchar aquella historia absurda sobre su abuela que Martín un día le empezó a contar pero él no terminó de escuchar. « Era demasiado joven para entenderla », pensó.

Nunca se llevó bien con él; un policía cuadrículado al que le gustan los puzles no podía entenderse con una mente como la de su padre. Y ahora era tarde para hacerlo. No soportaba sus historias mezcla de realidad y ficción que tuvo que escuchar tan a menudo. Y su alejamiento fue siempre tangible, sin embargo, eso

ahora no importaba. En estos últimos días, casi desde que empezó el caso de la enóloga y su novio y en medio de todas las investigaciones, se había dado cuenta de que su padre, al que nunca hizo demasiado caso, tenía algo especial que decirle. Y tal vez la sensación de haber llegado tarde lo dejó por un instante confuso y derrotado. Él, experto en aclarar entuertos, no había sido capaz de desenrañar uno que ni siquiera había que investigar. Solo había que creer a un viejo soñador con muchos pájaros en la cabeza, casi tantos como las historias que contaban los miles de libros apilados en su LIBRE RÍA.

Respiró hondo, se secó las lágrimas clandestinas, y pensó que todas las familias tienen sus historias y su obligación era centrarse en los dos casos en los que estaba trabajando. La prensa se estaba poniendo nerviosa y quería más datos y por encima de todo, soluciones. «Ojalá se las podamos dar», pensó.

Volvió a arrancar el coche y reflexionó que su hijo Alberto le había adelantado saliendo del hospital y aquello había sido un simbolismo. Él había llegado el primero al hospital a ver a Martín. «Cuando yo he llegado él ya había hablado con los médicos. Y llevaba casi tres horas allí y ahora cuando me ha adelantado no se ha fijado en que era yo a pesar de haberle saludado con la mano».

Cuando llegó a la comisaría era casi de noche. No había podido ir a Bodegas Sáenz por razones obvias. Se había encargado el oficial Jon Ander, en el cual depositaba cada vez mayor responsabilidad.

En su despacho estaba precisamente Jon Ander esperándole. Acababa de regresar de Laguardia.

La agenda que traía en la mano estaba abierta, y pasaba las hojas con rapidez buscando datos. Cuando lo vio entrar se levantó de inmediato y le sonrió.

—¿Qué tal está su padre?

—Mal, muy mal. No creen que llegue a mañana.

—Joder —fue lo único que acertó a decir el joven ertzaina.

Vicente colgó la cazadora y se dejó caer sobre la butaca como un fardo.

—¿Lo dejamos para mañana?

—Ni se te ocurra. ¿Qué tienes? ¿Has sacado algo en limpio?

Jon Ander apuró su vaso de café y comenzó a hablar.

—¿Quiere un café? —preguntó Araceli antes de abandonar la pequeña salita que había en la parte posterior del primer piso de Marbil—. Aquí estará más cómodo, es muy acogedora —dijo enseñándole la estancia.

—No, no —contestó amable.

Jon Ander se sentó y con un hábil movimiento arrimó la silla para estar un poco más cerca de Merche.

—Usted es Mercedes, ¿verdad? —dijo mientras escribía en su agenda con

objeto de tranquilizar a la mujer—. La esposa de uno de los hermanos Sáenz

—De Julián.

Merche aferraba un pañuelo en la mano como si fuera un salvavidas.

—¿No quiere que los acompañe? —preguntó Araceli con su mejor sonrisa.

—No por favor, luego hablaré un instante con usted, si nos disculpa... — contestó el oficial.

Araceli salió con discreción y se deslizó en la habitación de al lado. Ajustó la puerta haciendo el menor ruido posible, destapó el antiguo conducto de la calefacción y se dispuso a oír la conversación. El sonido se trasladaba a través de los tubos vacíos con increíble fidelidad.

—Quiero que me cuente cosas de la enóloga, Esperanza Moreno.

—¿Qué quiere que le cuente?, pues que tengo una pena horrible de que esta mujer pueda haber acabado así.

—¿Se llevaba bien con todo el mundo, aquí en la bodega?

—Yo creo que sí.

—¿Con quién se relacionaba?

—Principalmente con nosotros cuatro: Julián, Andrés y Araceli. Y conmigo, claro.

—Y ¿cómo eran sus estancias aquí?

—Pues duraban cuatro días, dependiendo de la época del año. Cuando había que quitar los sarmientos en invierno, en la poda, ya sabe, pues estaba menos tiempo. Siempre estaba entre Marbil y su casa de Donostia. Y cuando llegaba la vendimia prácticamente no salía de casa. Fijese que Julián la dejó irse, en un momento crucial, solo un día y con la promesa de que volvería al día siguiente. No tenía que haberla dejado marchar. Ahora estaría viva. Y todo para celebrar el cumpleaños de su novio, ese sinvergüenza, canalla.

—Señora no se precipite porque todavía no sabemos quién es el autor de ninguno de los dos crímenes.

Araceli en la habitación contigua respiraba con delicadeza, moviéndose sigilosa y sin apenas despegar el oído del rústico teléfono que le brindaban los antiguos conductos.

—¿Cómo pudo hacer algo así? —gimió la mujer quebrándosele la voz.

—Tranquilícese.

Merche respiró hondo, se pasó el pañuelo, que seguía en su mano hecho un gurrullo por los dos ojos húmedos y continuó con calma.

—Ella era como de la familia y se integró plenamente con nosotros. Tenía una personalidad arrolladora. Era una princesa, siempre muy arreglada, con su melena muy morena y su porte menudo pero lleno de sabiduría. Para mí era como mi hija, la que siempre me hubiera gustado tener —confesó en un arranque de sinceridad—. Una hija era lo que siempre había deseado pero Dios no quiso concederme ese don. —Una lágrima cayó solitaria por la mejilla

izquierda—. Tampoco era pedir mucho: tener alguien que te cuide cuando seas mayor, alguien a quien dejar tu casa para que cuando lleguen los nietos tengan un sitio agradable por donde corretear. Pero esta casa está maldita.

El oficial levantó la vista de la agenda con cara de sorpresa.

Araceli, nerviosa, acercó el oído a la tubería.

El ertzaina interrogó a su interlocutora con los ojos, permaneciendo en silencio para invitarla a hablar.

—Vivimos con el recuerdo de Verónica, la madre de mi cuñado y mi marido. Ella murió en esta casa y desde entonces su espíritu nos ha protegido pero también nos ha atormentado.

El oficial prefirió evitar comentarios ante semejante información; decidió hacerse el ignorante e interrogar a la mujer siguiéndole la corriente.

—¿Murió en esta misma casa?

—En la misma habitación que ocupaba Esperanza cuando se alojaba aquí. Murió muy joven, a la misma edad que Esperanza.

Jon Ander apuntó ese dato, que le pareció curioso. « Quien sabe si es más interesante de lo que parece a primera vista », se dijo.

—Verónica se parecía físicamente a Esperanza, y también en su personalidad. Creo que Esperanza era la reencarnación de Verónica. —Jon Ander paró de escribir y levantó unos segundos la mirada—. Y murieron igual. En la plenitud de la vida. Y las dos embarazadas.

Araceli se agitó unos metros más allá y pensó en actuar antes de que fuera demasiado tarde, pero finalmente decidió seguir escuchando.

Jon Ander no daba crédito a lo que estaba oyendo y siguió preguntando.

—¿Cómo sabe que ambas lo estaban?

—El padre Esteban, el tío de mi marido, nos lo contó una vez de Verónica.

—¿El sacerdote..., antes de morir les contó eso?

—Espere, no lo mate tan rápido. —Sonrió forzosamente—. Todavía vive. Tiene muchos años, noventa y tantos. Vive en un convento cerca de aquí y está muy bien. El otro día vino a bendecir las vides como todos los años. Él casó a Verónica con el padre de mi marido, mi suegro José Javier. Y enterró a los dos. Primero a Verónica en la flor de la vida y después, pasados muchos años, a su marido José Javier. Pero solo ella descansa en Marbil. Esteban no dejó que los enterraran juntos. No sabemos por qué. Ella está allí, al fondo —especificó señalando a través de la ventana— junto a ese ciprés tan alto. En esa zona no tenemos vides.

Jon Ander no paraba de anotar comentarios en la agenda, y escribió en mayúsculas el último y sorprendente dato. « No están enterrados juntos como sería lo lógico », reflexionó. Merche se atrevió a preguntar:

—Esperanza lo estaba, ¿verdad?

De repente el ertzaina se vio con los roles cambiados. « Aquí el que pregunta

soy yo», pensó decirle pero no le pareció apropiado, simplemente sonrió evasivo.

—No puedo contestarle a esa pregunta.

—O sea que sí estaba. Lo sabía. Un embarazo en una mujer que está tan cerca de ti se nota. Pero estaría de pocas semanas —aventuró—. Lo sabía —repitió bajando la cabeza—. Me lo iría a decir enseguida —se convenció a sí misma—, porque se acabaría de enterar y eso cuando pasa la primera vez debe ser mágico, desconcertante y maravilloso. Las mujeres nos damos cuenta enseguida; los hombres no os enteráis de nada —afirmó con cierto tono de desprecio—. A una mujer basta con mirarla a los ojos para saber si está embarazada. Ese sinvergüenza mató a dos personas —dijo sollozando.

El oficial escuchó toda la perorata sin tan siquiera responder ante el breve ataque de androfobia.

—Igual que Verónica. Era su reencarnación —volvió a insistir.

A Jon Ander la palabra le sonó muy fuerte.

—Mercedes, ¿por qué dice que ella es una reencarnación?

—Porque yo creo en esas cosas. Las personas no mueren, solo cambian de aspecto. Era su vivo retrato. La primera vez que la vi llegar, era Verónica, no Esperanza, la que estaba erguida delante de la puerta; desafiante, poderosa —murmuró con la mirada perdida—. Pensé que Dios nos había regalado una versión extra de la mujer que convirtió la bodega en lo que es ahora. Y aunque nunca llegué a conocer a Verónica, yo sabía que era ella por las múltiples fotos que tenía y por lo que durante muchos años oí contar al sacerdote. Los mismos gestos, la misma presencia, su misma sabiduría. Su vida era la nuestra. La historia se repite. Mi pequeña Esperanza... —Volvió a sollozar.

A esas alturas de la conversación Jon Ander estaba recostado sobre la silla y había dejado de tomar notas. Estaba a gusto escuchando e incluso imaginó la escena como en una película de suspense. Alguna vez también había pensado en esos temas y le gustaban. La idea del espíritu de Verónica vagando por Marbil le resultó muy atractiva. Durante unos segundos no volvió a preguntar nada, absorto como estaba en su ensoñación.

Pared por medio Araceli se mantenía quieta y atenta, conteniendo el aliento, a la espera de intervenir ante el próximo desvarío de su cuñada.

—El alma de Verónica nos acompaña, vive en nuestro recuerdo, como sucederá con el espíritu de Esperanza de ahora en adelante. Pero de nuevo estamos huérfanos de su presencia física. Esta casa está maldita. El fuego, siempre el fuego, aunque había algo más...

Araceli irrumpió en la estancia abruptamente. Jon Ander la miró sorprendido.

—Disculpe oficial, es una llamada para ti, Merche —dijo enseñando un móvil que traía en la mano.

La mujer se levantó y salió de la habitación al descansillo.

—Sí, ¿quién es?

Nadie contestó. Por detrás, Araceli le bajó la mano con el teléfono móvil apagado y la metió de un suave empujón en la habitación contigua. Cerró la puerta con cuidado.

—Merche, céntrate por Dios, no puedes contar nada más —cuchicheó—. Es la historia de Marbil y es la nuestra y nadie más la puede conocer. ¿Me entiendes?—repitió agarrándola de los antebrazos con firmeza y con su rostro a escasos centímetros del de su cuñada.

Ella la miró desconcertada y levemente ausente.

—Vuelve donde el policía y dile que no sabes nada y olvídate de Verónica, por favor te lo pido. Te ruego que te tranquilices. Toma la pastilla —le ordenó entregándosela junto con un vaso de agua que ya tenía preparado.

La mujer la tragó sin decir nada. Bebió un sorbo de agua y respiró hondo.

—Dile al poli que te han llamado de la bodega para un tema de las cubas de fermentación, o de los toneles. Eso, algo de una factura de los toneles. O mejor, no le digas nada. Venga, vuelve e intenta acabar rápido. Tranquila. Inspira.

Merche afirmó algo confusa, moviendo la cabeza, y regresó a la habitación.

Cuando acabaron, Jon Ander tuvo la sensación de que la intervención de Araceli había despistado tanto a Merche que no hubo manera de que volviera a retomar el hilo de la historia. Terminó emitiendo respuestas lacónicas durante el resto de la conversación. El oficial volvió a hablar con Araceli, quien estuvo muy educada pero a la vez muy evasiva. Jon Ander abandonó Marbil camino de Donostia convencido de que no tenía nada. Muchas historias y leyendas pero nada. A medida que se iba acercando a Donostia fue cambiando de parecer. Marbil y Verónica le habían cautivado. Y Esperanza aún más.

Araceli volvió casi corriendo a la bodega. Entró en el despacho de su cuñado Julián como una tromba.

—Hay que tener mucho cuidado con Merche. Ha estado a punto de contarle todo a la policía. Si lo hace sería la ruina.

El menor de los Sáenz la miró con aire suficiente sin dejar de teclear en su portátil.

—Para eso estabas tú allí, ¿no? Y además la historia de Verónica es más lejana que la que ahora importa de verdad. La de Esperanza.

La mujer meneó la cabeza negando.

—Sí, pero un día la va a liar. Dice que la casa está maldita y otras cosas muy extrañas.

—Razón no le falta pero es la historia de nuestra casa: Hacer el mejor vino del mundo es lo que nos toca vivir. Somos Sáenz y tenemos que ser duros y sobre todo estar muy unidos. Porque... supongo que te refieres al tema de mi madre ¿no?

Araceli se sentó, asintiendo con cara de preocupación. Su cuñado dejó de

escribir y la miró relajadamente.

—Olvidate del poli, nadie va a rebuscar en nuestro pasado. La historia de lo que pasó con Verónica y que yo escuché a hurtadillas justo a la misma edad que tiene Josu ahora, es una historia que debe quedar entre nosotros. A nadie más interesa.

La mujer se levantó con rapidez y se quedó pensando en el detalle. A la misma edad que su hijo Josu. Pero fue solo un instante.

—No, no me olvido de nada, Julián. ¡Y no hablo solo del pasado! ¡Tenemos un muerto a menos de un kilómetro de distancia de nuestra casa, que resulta que era el novio de nuestra enóloga, a la cual han degollado! —dijo con cierta calma —. Algún hijo puta lo ha traído tan cerca para involucrarnos —añadió.

—Esperanza era clave para nosotros. No imagino el grado de maldad que puede tener alguien para hacer una cosa así. Echo mucho en falta a nuestra enóloga —añadió Julián en voz baja.

Araceli lo miró con preocupación.

El subcomisario Vicente Parra llegó a su casa de noche y saludó a Françoise.

—No nos dejan quedarnos en el hospital. Está en la UVI. No creen que pase la noche —dijo con extrema seriedad.

Françoise se acercó y lo abrazó sin hacer comentarios.

Un manto azabache cubría las calles y el letrero LIBRE RÍA aún permanecía encendido. La estrecha calle del centro de San Sebastián se mantenía en un silencio que al joven Parra le pareció aún mayor que el que realmente había. Alberto se acercó a la puerta y observó el pequeño escaparate lleno de libros que se amontonaban uno al lado del otro. El manojo de llaves en el bolsillo de la cazadora tintineó al sacarlo del bolsillo.

Seis llaves parecieron mirarlo con cara de interrogación. La más gruesa tenía pinta de ser la del candado de la persiana. Pensó en bajarla sin más y dejarlo todo para el día siguiente pero algo en su interior tiraba de él hacia adentro. Las últimas palabras del abuelo resonaban en su cabeza y le urgía saber a qué se referían.

Alberto observó el llavero, descartó dos llaves por pequeñas y se quedó otras dos. Introdujo la primera y no logró girarla. Probó con la otra y esta vez sí pudo darle las dos vueltas que necesitaba para abrir la cerradura.

La oscuridad era absoluta pero él ya sabía dónde estaban los interruptores, no en vano había pasado la infancia jugando en el interior de la librería de su abuelo.

Los veinte fluorescentes se encendieron gradualmente. El escenario se iluminó entre parpadeos de luces. En el exterior la noche se intuía muy negra, casi tanto como los pensamientos del joven y la claridad, lejos de disiparlos, no hizo sino oscurecerlos más. Recordó las tardes en compañía de su madre Françoise cuando a la salida del colegio lo llevaba a jugar al parque, y después a pasar un rato con el abuelo mientras ella rebuscaba entre los miles de libros dedicados al arte mesoamericano. El anciano tenía una buena colección, casi todos para contentar a la mujer de su hijo; sin embargo, Alberto, a pesar del ambiente, era más de cultura cinéfila. Se tragaba todas las películas que su tiempo libre le dejaba.

Escudriñó todas las estanterías y pensó en los cientos de historias atrapadas en su interior. Se acercó al pasillo principal e investigó las secciones.

La librería parecía haberse apagado junto a la vitalidad de su abuelo, que se extinguía en la UVI tendiendo la mano hacia el Más Allá. Y el recinto que desde hacía más de cincuenta años había albergado las historias mágicas que tanto habían embelesado a miles de lectores, se encontraba huérfano del padre que dedicó su vida a hacerlas llegar a sus hogares. La LIBRE RÍA parecía solidarizarse con su dueño y Alberto sintió en sus carnes la herida del local que estaba a punto de desaparecer. Dio la vuelta a la pequeña tienda y le pareció que todos los lomos de los libros le observaban en silencio y le preguntaban por su abuelo. Desde los más chiquitines, con apenas cincuenta páginas de relatos cortos, hasta los más grandes y prepotentes, con abundantes fotos en su interior, sintieron que su dueño se había marchado para siempre.

Durante el breve recorrido por los pequeños y abigarrados pasillos del local tocó algunos de los ejemplares y sintió el tacto del papel, que resultaba casi tan agradable como la piel humana. Y pensó que a la mañana siguiente no habría nadie para abrir la LIBRE RÍA. Su mente se quedó en blanco. No tenía ni idea de qué iba a pasar con el local. «Ojalá el *aitona* salga adelante y pueda volver a su *choco*», pensó ilusionado. Pero enseguida su lado más pragmático salió a flote. «No sería más que una prórroga», reflexionó autoconvenciéndose.

Terminó su nostálgico paseo ante el mostrador de la entrada. Miró la mesa y la agenda con la página abierta por los teléfonos de emergencias. Rebuscó entre los papeles y abrió la vetusta caja registradora; sabía cómo hacerlo porque la vez anterior en que el anciano se puso enfermo lo tuvo que hacer él mismo también. Miró el registro y observó que solo había vendido un libro en las dos primeras horas de la mañana, y en la caja había un solitario billete de 20 euros junto con algunas monedas para cambio. No lo tocó. Apagó el datafono de las tarjetas y la caja registradora. Se dio la vuelta y buscó en la estantería que le había indicado el viejo la última vez que lo vio. Enseguida lo encontró. Agarró el libro por el lomo y lo puso sobre el mostrador: un libro blanco de trescientas páginas. *El manto de la época*. Un tal Fernando Carretero lo firmaba. Le dio la vuelta y leyó la contraportada:

El manto de la época es una novela de sentimientos. Un relato sobre la importancia de haber vivido momentos irrepetibles de fortuna dentro del horror. Un cuento real y muchas veces cruel, de dureza extrema, en el que la necesidad de conocer los orígenes se alza como estandarte. La historia de una joven superviviente en un mundo hostil. Su autor describe con maestría lo que significa ser mujer en una época en la que el manto denso, opresivo y adverso de la época, cubría toda existencia y donde la vida era una lotería que podía, simplemente, no tocarte.

La parte posterior, de color negro, estaba ajada por el tiempo y la portada incluso mostraba algún roto de tantas veces como se había llegado a manosear. Estaba fechado como única edición en 1970.

Con cuidado lo abrió y empezó a pasar páginas distraídamente. Las hojas revolotearon hasta una en concreto. Se detuvo porque un folio doblado, muy desgastado, se alojaba entre esta y la anterior; tenía los bordes raídos y se veía que llevaba en ese lugar bastante tiempo.

Lo agarró dejando el ejemplar abierto por la página. Se dispuso a desplegarlo pero se sorprendió al darle la vuelta.

Su nombre, Alberto, estaba escrito a mano con lo que le pareció la letra de su abuelo.

Pero además estaba acompañado de otra palabra escrita y tachada. Cambió de posición el papel para verlo mejor y evitar reflejos y fue entonces cuando descifró la otra palabra emborronada con la misma tinta con la que había sido escrito su nombre. Se veía con claridad un nombre: Vicente.

Cuando llegó a casa, su novia Amaia todavía no había regresado de trabajar. Dejó la mochila encima de la cama, sacó el libro y lo dejó sobre la mesilla.

Después se sentó en la cama y abrió el libro.

En pie a la salida del colegio Aitor Zubillaga vio venir de lejos a sus gemelas, corriendo y con una sonrisa en los labios. Se agachó para recibirlas con los brazos abiertos de par en par pero las vio diferentes.

—*Aita, aita*, ya has llegado, ¡qué bien! —dijeron ambas a la vez mientras se agarraban a su cuello y lo abrazaban y besaban cada una por su lado.

—¿Qué nos has traído, qué nos has traído? —preguntaron en estéreo chillando junto a los oídos del cocinero.

—¡Ah, es una sorpresa!, ¡es una sorpresa! —repitió mientras levantaba a las dos en brazos y estas no dejaban de abrazarle—. Y además tengo primero que enterarme si os habéis portado bien en mi ausencia —añadió de manera mecánica.

—Sí, sí —gritaron Idoia y Naiara a la vez, en un altísimo tono de voz rayando en el límite doloroso de decibelios.

—¡Cómo pesáis! —se quejó dejándolas en el suelo sin parar de sonreír forzosamente.

Las situó en la parte trasera del Porsche y acomodándolas en sus pequeños asientos infantiles, sujetas con su correspondiente cinturón de seguridad. Mientras lo hacía las miró distante. Cuando arrancó el vehículo las pequeñas no dejaban de parlotear pero la mente de Aitor había desconectado de tal manera que prácticamente les estaba contestando con monosílabos. Solo se explayó cuando las gemelas preguntaron por su madre, Ana.

—Esta noche tiene cena con unas amigas —soltó lo primero que se le ocurrió—. Mañana la veréis.

Desde que había aterrizado y hablado con su mujer, las gemelas le producían un sentimiento visceral muy parecido al odio. Pero no estaba seguro. « No son mis hijas », se repetía desde que se había enterado del asunto, una idea que por otra parte no lo había abandonado un solo instante. « No lo son. Son el ejemplo vivo de mi vida de mierda », acentuó su voz interior con rabia aunque su apariencia exterior fuese la misma. Por su mente volvió a pasar el asunto de Itxasora que tanto daño le había hecho sin otro delito que haber puesto él mucho dinero para que el proyecto saliera adelante. Y le acusaron de fraude cuando no había estado involucrado. Después en el juicio se demostró que él había sido una víctima más, pero el daño ya estaba hecho. « Tan poderoso que eres para algunas cosas y tan gilipollas para otras », pensó obsesivamente.

Volvió a mirar de reojo por el retrovisor a las gemelas, mientras las niñas, colocadas en sus sillitas y ajenas a los pensamientos turbulentos del cocinero, seguían absortas en una película de dibujos animados en la pantalla encajada en el respaldo del Porsche Cayenne.

El paisaje contribuía a obsesionar a Aitor. El rumor del potente motor del

coche se hizo monótono y las imágenes y conversaciones giraban en su cabeza como en un caleidoscopio. Sus gemelas, la razón de su existencia, se habían apeado de su vida de golpe y sin avisar. « No son mis hijas », se decía a sí mismo machaconamente. « El hijo puta de Roberto al que tan bien traté me la metió bien metida. Qué bien que estés muerto », pensó con rabia. « Con todo lo que hicimos por ti. Con todo lo que nos desvivimos para que pasases a ser persona después de haberla pifiado hasta la saciedad cuando eras joven. Cabrón, hijo de puta —repitió su cerebro—. No tuviste agallas para decírmelo y te veía todos los días. Te tenía a un palmo, filmando todo lo que yo hacía. Cuántas veces te saqué la cara delante de la jefa. Cuántas veces pasé por alto tus mezquinas historias de niño, cuántas, joder, cuántas. Ojalá hayas sufrido en ese maletero, ojalá se te hayan reventado los ojos antes de morir. Ojalá te hayas muerto lentamente y con dolor, despreciable cabrón » .

El cocinero volvió a mirar a las gemelas.

« No son mis ángeles. No sé quiénes son las niñas que están sentadas detrás. No las conozco. No son rubitas ni tienen la batita rosa y blanca del colegio puesta. Desde ayer son mis demonios que me recuerdan todos los días su mentira. Y me la pasan por delante de los morros para que no lo olvide. Se rien de mí estas dos », pensó mientras de nuevo ojeó, a través del espejo retrovisor, sus caras inocentes. « Tu orden se ha desmoronado definitivamente », le dijo una voz en su interior. « Eres un mierda. Las mujeres siempre te la pegan » .

« Ni siquiera son tus hijas », escuchó de nuevo dentro de su cabeza.

Las dos pequeñas seguían hipnotizadas por la pantalla pero la mayor se dio cuenta de que no iban a casa. Y tardó un segundo en advertírselo.

—*Aita*, por aquí no se va a casa.

Su hermana no le hizo caso mientras comía gusanitos sin despegar los ojos de los dibujos.

Solo cuando la niña lo repitió se dignó Aitor en contestar.

—No, vamos a la playa de los frailes, está el mar muy bonito.

—Pero *aita*, si se está haciendo de noche —protestó la criatura.

—Eso es, veremos anochecer entre las rocas en la cala del faro de Higer.

Cuando llegaron a la pista de acceso Aitor dejó el coche en un descampado, cogió a las gemelas de sus tiernas y pequeñas manitas y los tres comenzaron a caminar cuesta abajo por el sendero estrecho y solitario que, rodeado de una espesura de árboles considerable, llevaba a la cala. Las melenitas cortas de las niñas se movían al compás del viento. Sus pequeños zapatitos se deslizaban por el angosto terreno. Varias veces resbalaron con alguna piedra húmeda.

—*Aita*, ¿ya le has avisado a la *ama* que iremos más tarde a casa?

—Sí, no te preocupes.

—*Aita*, tengo frío —añadió su hermana— y no me gusta este sitio.

—Enseguida se te pasará —contestó Aitor.

El lugar estaba solitario y lúgubre. El olor a mar se hacía cada vez más perceptible. El salitre estaba limpiando la nariz y la cabeza del cocinero. Comenzaba a ver claro qué iba a ser de su vida o de lo que quedara de ella. Le vino a la mente que igual hubiera sido bonito viajar a Estados Unidos para intentar encontrar a su padre cuando este huyó de su compañía con aquella estúpida mujer a la que nunca conoció, con la que se marchó a Florida cuando él no era más que un niño. Sí, le hubiera dicho muchas cosas. « Pero ¿qué importa eso ahora? », pensó mientras su visión se cerraba en forma de embudo hacia delante. No había salida. Las ramas del estrecho sendero llegaban incluso a tocar los pequeños cuerpos de las gemelas agarradas de las manos con decisión por Aitor.

Ahora ya no importa nada.

De repente se abrió la vegetación desvelando ante ellos el borde de un acantilado. La belleza espectacular del lugar se había convertido, en unos instantes, en tenebrosa. Las olas batían con fuerza la cornisa y la noche se cernía sobre ellos, cada vez más oscura. Se acercaron a un saliente rocoso. A sus pies, bastantes metros más abajo, el mar Cantábrico embravecido golpeaba brioso la roca.

Un murciélago salió desde una hondonada pero ninguno de los tres se percató de su errático vuelo.

El cocinero hizo sentar a las niñas al borde de la roca y puso sus dos manos en sus respectivas espaldas.

Dos olas pequeñas impactaron casi seguidas bajo sus pies. Después una tercera más grande.

El crepúsculo estaba en su momento álgido.

El cementerio de Polloe se encontraba prácticamente vacío. Se movían con lentitud, eran apenas dos almas en pena más de entre las miles que descansaban allí desde hacía más de un siglo. Benito acompañaba al féretro del brazo de Ana, seguido por detrás por el subcomisario Vicente que había acudido allí por una llamada del anciano, aunque había decidido esperar al término de la inhumación para no interrumpir un momento tan delicado. Al ver a ellos dos solos acompañando al cadáver sintió una punzada de tristeza. El tiempo ventoso y palomero de agradable temperatura de principios de octubre estaba despeinando los pocos pelos canos que Benito mantenía en su cabeza. Traía un pañuelo atado al cuello y su aspecto había envejecido en una semana. Andaba con ayuda de un bastón y se agarraba del brazo de la psicóloga. Su rubia melena se alborotaba y desdibujaba su cara con trazos del color de su pelo. Sus gafas de sol, casi de espejo, hacían difícil su identificación pero Vicente enseguida la reconoció y pensó que era muy solidaria al acompañar al padre de uno de sus pacientes.

Los dos operarios del camposanto encabezaban la comitiva tirando del féretro subido en un carro rústico. El cochecito eléctrico que lo solía hacer habitualmente se había estropeado y hasta la mañana siguiente no volvería a funcionar. Esto y el color del atardecer ya bien entrado, oscuro y muy nublado, le daba a la comitiva un aspecto perdido en el tiempo, lo que hizo recordar al policía el caso de cuatro años atrás, cuando tuvieron que desenterrar a una persona gracias al testimonio de su madre, que sospechó que no había muerto de manera fortuita sino asesinado. Desde entonces no había vuelto al cementerio y pensó que ojalá no lo tuviera que hacer en breve.

Bajaron el ataúd con cuerdas y con cierta rapidez taparon la fosa donde descansaría para siempre el cadáver de Roberto. Se oyó sollozar a alguien. El policía, que se mantenía unos metros por detrás, no supo quién de los dos era. Estuvieron así durante casi cinco minutos. Benito se agachó con dificultad ante la lápida y besando su mano la depositó sobre una esquina del frío mármol.

Desde donde se encontraba Vicente pudo observar cómo la mujer también se agachaba y depositaba un sencillo ramo de flores rojas en una esquina de la piedra.

—Adiós mi Roberto, siempre estarás en mi corazón —dijo Ana con una mezcla extraña de frialdad, serenidad y emoción y en un tono de voz tan bajo que nadie se percató de sus palabras, ni siquiera Benito.

Ambos se mantuvieron unos minutos más mientras los operarios del cementerio abandonaban el lugar. El subcomisario respetó ese tiempo y cuando los dos se dieron la vuelta, la mujer con gafas oscuras y el abrigo cerrado se alejó despidiéndose del policía con un escueto movimiento de la cabeza y del anciano cogiéndole la mano y apretándosela con cariño.

Los dos hombres vieron cómo la figura de Ana se alejaba por el pasillo del cementerio arrastrando su alma por la tierra compacta que formaba el sendero.

Era el momento.

—¿Por qué me ha llamado? —preguntó el subcomisario.

El anciano lo miró sin responder. Su rostro parecía estar en trance en un intento de que no se le notaran los años que se le habían acumulado en las escasas horas que habían transcurrido desde que descubrieron el cadáver de su hijo. Ambos empezaron a caminar hacia la salida con paso lento. La figura de Ana apenas se vislumbraba ya. Un punto en la lejanía delataba su inminente desaparición de su campo visual. El subcomisario Vicente bajó la cabeza y se fijó en los pies de su acompañante, que arrastraba sin prisa levantando una leve nubecilla de polvo.

—Estamos encima del caso de su hijo. Le juro que vamos a encontrar a quien hizo esto —afirmó el policía cogiendo del hombro a Benito—. Tenga confianza, somos profesionales. A veces solo nos falta dar con el detalle que nos pasó inadvertido. Solo eso. Pero le repito, tenga confianza. Le mantendré informado de todo —dijo el policía intentando reconfortar al anciano—. ¿Para qué quería verme?

—Esto llegó ayer a casa —dijo Benito mientras le enseñaba un papel doblado en cuatro que acababa de sacar del bolsillo interno de su abrigo—. Igual le puede interesar —añadió con voz cansina.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

—Una multa.

El subcomisario desdobló el papel y aminoró el paso.

—Es el nuevo sistema de multas JDT es decir, Jurisprudence Data Traffic —dijo al ver el membrete—. Aquí lleva ya un par de meses funcionando y con esas siglas ya lo hemos bautizado coloquialmente. —Sonrió intentando relajar la tensión del ambiente—. Pero en cuanto vio la matrícula del coche su expresión se tornó seria.

—Es una multa por exceso de velocidad del coche de su hijo. ¿Las multas le llegan a usted?

—Sí, no es la primera vez. —Sonrió Benito—. El vehículo estaba a mi nombre para que el seguro le saliese más barato.

El subcomisario leyó murmurando entre dientes.

—Circular a ochenta y seis kilómetros por hora en zona de cincuenta. Trescientos euros de multa y retirada de dos puntos del carnet —leyó sin fijarse—. Lugar, radar móvil de la entrada de Laguardia. Carretera A-124 Punto kilométrico 44. Fecha viernes 29 de septiembre de 2018. Siete horas y cuarenta y cinco. Sistema JDT —recordó el subcomisario mientras su cabeza buceaba en las noticias del sistema que habían salido en el periódico—. Fiabilidad absoluta de identificación de la persona al volante. Sistema basado en la tecnología de las

cámaras de visión nocturna. Ausencia de *flash*. Llegada de la multa en un plazo rapidísimo inferior a cinco días desde la infracción.

El sistema *jódete*, como ya se le había bautizado coloquialmente, llevaba varios meses funcionando con eficacia.

—No sé muy bien si le podrá servir —añadió el anciano.

—Podría perfectamente —contestó Vicente intentando recordar el número de teléfono de sus compañeros de tráfico.

Alberto Parra levantó la mirada cuando se disponía a empezar a leer el libro que su abuelo le había señalado. Oyó la puerta de la calle abrirse. Él se había sentado en la cama pero se levantó al oír entrar a alguien.

—¡Estoy aquí! —gritó desde la única habitación del pequeño apartamento.

Amaia se acercó y depositó un beso en sus labios.

—¿Qué tal está tu *aitona*? —preguntó sin quitarse la cazadora.

—Pues mal. No nos han dejado quedarnos. Hay que esperar —contestó bajando la cabeza—. No creen que pase de mañana —añadió bajando la voz.

Ella volvió a depositar un beso en su mejilla pero más prolongado y afectivo que el anterior.

—¿Qué libro es ese? —inquirió al ver en sus manos un ejemplar ostensiblemente viejo—. ¿Ahora te dedicas a los libros antiguos?, ¿de dónde lo has sacado?

—La última sorpresa del *aitona*.

La joven frunció el ceño interrogante.

—Mi enigmático abuelo sigue teniendo el genio y la figura intactos hasta el último momento.

—Un libro con instrucciones de uso —dijo enseñándole el papel doblado que había en su interior y sonriendo—. Mi abuelo ha sido, ojalá que lo siga siendo muchos años más, alguien muy entrañable, y entre las historias que le pasan y las que cuenta y se imagina, vive en un mundo paralelo que es digno de envidia.

Amaia se acercó y miró el libro con más detenimiento.

—¿Has empezado a leerlo?

—No, primero quiero leer la nota. Creo que no está ahí por casualidad aunque mi abuelo no la ha mencionado en ningún momento. Estoy seguro de que el peliculero de mi abuelo me tiene guardada una sorpresa.

—Ten cuidado al desplegarla, el papel está muy ajado —advirtió—. Eso tiene aspecto de haber sido escrito hace muchos años —añadió mientras se levantaban y hacían un hueco para extenderla sobre la mesita que se encontraba al lado de la cama.

La tinta estaba descolorida por el paso del tiempo y aunque había letras que habían desaparecido, se podía leer con facilidad. El papel se había desgarrado casi por completo por uno de los dobleces y ambos coincidieron en que deberían ponerle un celo, pero después de leerlo.

La pareja observó la nota con curiosidad e intriga y enseguida comenzó a leerla.

La historia que cuento en este libro es una entre las miles que sucedieron en este bendito país donde cada vez más, y por fortuna, la

memoria las está guardando bajo un manto de olvido; heridas que a menudo cierran sin curar. Y el remedio para que terminen de cicatrizar no es otro que contarlo. Este libro lo escribí yo con el seudónimo de Fernando Carretero, un guiño a la carretera como símbolo de correr y no parar de imaginar. Me lo editaron unos amigos que se arriesgaron a sacar el libro en el que cuento la historia de mi madre, Marimar. Ella fue una persona fuerte que supo salir de muchos trances y aunque fue reacia a contar su historia, yo se la fui sonsacando y al morir ella me atreví a relatarla en este libro. Me dijo muchas cosas pero se llevó a la tumba un secreto que nunca quiso reconocer. Nunca me contó en qué bando luchó. Ni siquiera cuando en su lecho de muerte, con una neumonía que en aquel entonces no se curaba, se lo volví a preguntar. Apenas me susurró que no estaba orgullosa de haberlo hecho. Este libro lo tienen que leer las generaciones venideras como la tuya, desconocido nieto. Y la historia de este relato la cuento como ella me la contó. El manto de la época que le hizo vivir la vida que le tocó.

Todavía no conozco los nombres de mis nietos pero sé que un día llegarán. Lo sé y además intuyo que está cerca. Marimar estaría orgullosa de que sus bisnietos leyeran el relato de su vida. Abril de 1989.

La joven pareja no salía de su asombro. El libro que tenían entre las manos les estaba invitando a acceder a su interior. A gritos. Se mantenía cerrado pero la mirada curiosa de los dos se desvió hacia la portada.

« Encontrar la vida y milagros de tu bisabuela en un libro », pensó Alberto, aún con la sorpresa en el cuerpo. « Qué delicia ». Por un momento se paró a pensar que ese volumen se remontaba a sus orígenes más allá de lo que conocía a través de sus padres. La historia de su bisabuela.

—Voy a leerlo ahora mismo —dijo el joven levantando la vista y viendo cómo su novia ya lo estaba hojeando por dentro.

—Pues date prisa que yo también quiero leerlo —replicó mientras lo cerraba y se lo pasaba.

Alberto dejó el folio extendido sobre la mesilla y volvió al lecho con el libro.

Se recostó sobre la almohada y lo abrió. Mientras lo hacía le vino a la mente la figura menuda de su abuelo Martín tendido en la cama del hospital ese mismo mediodía y tuvo que respirar hondo varias veces seguidas para evitar que las lágrimas aflorasen. Su novia había salido de la habitación y en ese momento se encontraba solo, tal vez tan solo como lo estaba su abuelo rodeado de máquinas. Respiró de nuevo, se concentró en la página abierta ante él y comenzó a leer. En la distancia empezó a sonar una melodía dulce y romántica, de las que le gustaban a Amaia, que lo ayudó a introducirse en el relato. Unos minutos después estaba tan ensimismado en la lectura que llegó a pensar que la música solo

sonaba en su cabeza.

Algún lugar de España. 26 de octubre de 1937.

La noche avanzaba con más rapidez de lo que habían imaginado. La luna en cuarto menguante aprovechaba los huecos...

Después de leer el primer capítulo pensó que tendría que hacer algo con la librería. El relato lo estaba convenciendo en apenas diez páginas. No podía dejar que su padre la vendiera. Podría tomarse un año sabático de su trabajo de cocinero y probar a llevar la librería de su abuelo «Ojalá el abuelo salga de esta. Lo voy a acribillar a preguntas», pensó con media sonrisa. Pero su lado más pragmático le susurró que estas llegaban demasiado tarde.

Dejó el libro y se imaginó a su bisabuela Marimar en el bosque. Perdida y aterida de frío.

Cuando el teléfono sonó, su novia Amaia le miró con cara de sorpresa. Alberto supo con certeza que la llamada era del hospital.

La calma tensa de la vendimia ya terminada se notaba todavía en el ambiente. La habitación de Araceli y Andrés se encontraba en la parte central de la mansión de Marbil. Ella se acababa de cambiar de ropa. Salió de la estancia y se dirigió a la cocina. Pareció que su marido la estaba esperando.

—Araceli, tengo que hablar contigo —dijo su marido Andrés con cara de circunstancia.

La mujer lo miró alertada por su inflexión de voz, seria y en tono grave. En la cocina donde estaba desayunando no había más presencia que la de ambos.

—¿Qué sucede?

—Ha llamado la policía. Va a venir de nuevo pero esta vez quieren hablar con Julián.

—¿Otra vez?

—No lo han confirmado. Han dicho que están esperando unas pruebas y que igual venían. Si por fin se deciden a venir, esta vez va a ser diferente.

—¿Qué quieres decir? —interrogó la mujer cada vez más alarmada.

Andrés bajó la cabeza.

—¿Tú sabes algo de las visitas de mi hermano?

—¿Visitas? ¿Qué visitas? —preguntó haciéndose la loca.

—A la habitación de Esperanza.

Araceli abrió imperceptiblemente los ojos y de inmediato bajó la mirada. Se tomó su tiempo para contestar.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Yo mismo. Lo vi hace unos meses. No lo quise explicar a nadie.

La cara de Araceli no cambió de expresión mientras replicaba.

—Soy una mujer y me entero de muchas cosas. Bastante más de lo que lo hacéis los hombres. Qué pasa, ¿tú no conocías los famosos paseos de tu hermano? Pues lleva un tiempo haciéndolos.

—Lo que igual no sabes es que Esperanza estaba embarazada.

—Me lo había comentado Merche. No lo sabía con certeza aunque estaba convencida de que lo estaba.

—Pero el hijo que esperaba era de Julián.

La mujer no se sorprendió al oír el nombre de su cuñado.

—Era una mujer guapa e inteligente. No podía pasar desapercibida —dijo dejando la taza de café sobre la mesa.

Andrés se mantuvo en silencio.

—Vamos a ver. El hecho de que ella estuviera o pudiera estar embarazada de Julián no quiere decir que fuera él el que la mató —razonó la mujer—. ¿Es eso lo que estás insinuando? ¿Adónde quieres llegar?

—Pues muy fácil —respondió con frialdad—. La policía viene a indagar

sobre algo que no sabemos muy bien qué es y Julián va a tener que contar por qué no les habló antes de esa relación. Aquí hemos contado que la enóloga era una buena profesional y que hacía su trabajo con eficiencia pero no que se tiraba a uno de los dueños y heredero de las Bodegas Sáenz. Eso puede interesarles mucho y dar lugar a elucubraciones y al final los puede llevar a husmear en el asunto de Verónica. Y que se supiese la verdad sobre la muerte de mi madre no sería muy buena publicidad que digamos. Eso te lo aseguro.

—Deja de decir chorradas. Eso pasó hace mucho tiempo y dudo que nadie vaya a investigar eso ahora —le espetó su mujer con dureza. Araceli se levantó y empezó a recoger las tazas pero tuvo tiempo de añadir—. Verónica está muy bien donde está. No desentierres a los muertos.

Andrés levantó la vista y la miró con frialdad.

—Estás hablando de mi madre.

Araceli se detuvo.

—Sí, era tu madre, ¿y qué? ¿Quieres que te recuerde su historia? ¿La has olvidado? Si no llega a ser por el cura...

Andrés bajó la cabeza al oír la retahíla de verdades que le iba a soltar su mujer.

—Tu hermano no está bien, espero que no se caliente con la poli, si es que por fin vienen. Simplemente, tiene que responder a lo que le pregunten sin hablar de Verónica, y de Esperanza decir lo justo. Respecto a Verónica solo nosotros sabemos la historia. Así de simple. Y en cuanto a Esperanza, solamente tiene que decir la verdad: que era una empleada y que no sabemos nada de lo que le ha sucedido.

Andrés bajó la cabeza sin contestar.

—Entre Esperanza y tu hermano nos han liado una... Con lo que confiamos en la enóloga... Yo desde que tu hermano la hizo socia y ella dejó de facturarnos como empleada ya me olí algo y no tardé en darme cuenta de sus paseos. Marbil, si la sabes escuchar, te puede llegar a decir muchas cosas —acabó Araceli.

Andrés asintió con la cabeza.

—Mi hermano quería un heredero. Era eso.

Su mujer tardó en responder.

—Pues igual sí —contestó Araceli—. Pero parece que está de Dios que no lo llegue a tener. Merche nos la lía por activa y por pasiva. ¿Te das cuenta? Y ya sabes que la vez anterior tu cuñada, en una de sus lloreras habituales, casi le cuenta al oficial joven ese que vino toda la historia de tu madre. No sé cómo la «sin sangre» de tu cuñada se pudo casar con tu hermano. Menos mal que intervine yo. Bueno, pues ahora es lo mismo. Solo tienes que controlar a tu hermano, que de genio tiene un rato largo, no vaya a ser que se ponga chulo con ellos y la liemos.

» La fortuna ha hecho que todo se aúne para que nosotros tengamos lo que queremos —concluyó la mujer.

Su marido asintió sin decir nada.

—No sé cómo habéis salido los dos hermanos tan distintos. La sangre se la llevó toda tu hermano —le espetó su mujer minutos después mientras pasaba un paño a la mesa ya recogida.

El subcomisario Vicente se había reunido en su despacho con Jon Ander y Arkaitz en torno a una fotografía que desde la Dirección General de Tráfico les acababan de pasar. Los tres miraban con asombro la calidad de la instantánea y pensaron que tenían que actuar con rapidez. El rostro de la persona retratada era nítido y se podía identificar con toda seguridad. La luz del amanecer acentuaba sus rasgos y daba un tono anaranjado a su rostro.

—Joder, no me lo creo —exclamó Jon Ander.

Sus compañeros miraban la foto con la misma incredulidad.

—La foto del coche circulando cerca de Laguardia está sacada unos minutos antes de la llamada a emergencias de Roberto desde el maletero del coche.

Vicente se tiró para atrás en la mesa del despacho y dejó la foto sobre la mesa de trabajo.

—El informe del análisis de huellas —expuso Arkaitz mientras ojeaba el resumen— dice que hay dos huellas visibles en el volante. A pesar de estar sumergido han habido marcas que han aguantado: una pertenece a Roberto pero hay otras dos más recientes, que tienen la impresión un poco más visible y desconocemos a quién pertenecen aunque analizando la foto será fácil cotejarlas. Espero. Ah, y el ordenador que flotaba en el interior del coche está muy deteriorado. Los informáticos me han dicho que igual sí pueden sacar algo pero tardarán un tiempo, pero casi seguro que es el ordenador de Esperanza —prosiguió el joven oficial— porque los soportes del portátil coinciden con las huellas que encontramos en la mesa de cristal de su casa.

Cuando los tres policías estuvieron de acuerdo en que el documento aclaraba extraordinariamente las cosas se reunieron de pie en torno a la mesa.

Vicente fue a hablar pero no se decidió. No terminaba de darle vueltas a la cabeza a lo que tenía entre manos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jon Ander.

—Tenemos que planearlo muy bien. Prepara el coche. Vamos a ir los tres. Si una persona es capaz de hacer esto no me fio de su reacción. Igual puede hacer algo extraño. O sea que muy atentos a lo que pueda ocurrir.

—¿Le vamos a enseñar la fotografía?

—No, no. La voy a llevar pero simplemente efectuaremos la detención. Una vez aquí le haremos las preguntas que necesitemos. A ver cómo reacciona. Lo que tenemos en las manos es importante. El nuevo sistema de radares JDT está siendo más eficaz de lo que pensábamos. —Los dos oficiales lo miraron con seriedad—. Vamos a guardarnos la foto. A ver como se defiende esta mujer cuando le hagamos preguntas.

En el último momento Vicente cambió de opinión y decidió que Arkaitz se quedara en comisaría.

—Llámanos si hay noticias de las huellas del volante —le dijo el subcomisario.

La carretera apenas les distrajo durante el trayecto. Los dos coches patrulla de la ertzaina llegaron al recinto. En la explanada solo había dos coches aparcados.

Ainhoa Carreño terminó de trabajar. Había estado unos minutos mirando la explanada de EZCOM donde había dejado su automóvil en compañía del vehículo de uno de sus empleados. Se percató de que su móvil estaba sin batería. Como siempre era la última en irse.

Se introdujo en el coche y lo conectó al encendedor. Esperó a que se encendiera.

Enseguida vio un mensaje de Aitor. Le pareció lacónico e incomprensible:

Esta noche empezaré una nueva vida. No intentes encontrarme. Fuiste una persona muy especial y te llevaré siempre en el corazón. Aitor.

No le gustó nada lo que leyó.

Enseguida marcó su número pero el teléfono no estaba operativo. Lo intentó tres veces más.

Su corazón se le había acelerado en unos segundos. Decidió telefonar a Ana.

El dormitorio de Julián y Merche tenía un aspecto sobrio, como todo lo que rodeaba a Marbil. Estaba invadido de madera juiciosa y con solera.

La mujer se encontraba sentada en el quicio de la cama vestida con una camisa negra y una falda a juego. Iba elegante pero vista de lejos podría parecer que estaba de luto.

Su mente sí lo estaba.

Oyó los pasos de alguien acercándose a la habitación. Después la puerta se abrió con lentitud. Su marido entró con sigilo, pensando que podía estar dormida.

Ella apenas levantó la cabeza para cerciorarse de quién era.

Julián cerró la puerta tras de sí como si no quisiera hacer ruido.

—¿Qué tal estás? —preguntó el hombre sentándose en el otro extremo de la cama.

Merche no respondió. Vista desde arriba, la cama podría parecer un cuadrilátero de boxeo. Pero sin árbitro. Y presto a comenzar el combate. Contra todo pronóstico, el primer golpe lo dio Merche por sorpresa. Fuerte y en pleno mentón.

—Siempre habéis pensado que soy una débil. Que sin las pastillas no puedo vivir.

Julián no supo qué responder ante la afirmación. Le dejó descolocado. Hizo ademán de irse pero se detuvo.

—¿De qué estás hablando?

La mujer se recogió el pelo sin titubear y miró a los ojos de su marido como nunca antes lo había hecho. Parecía que Merche se hubiera adueñado del rol de su cuñada Araceli pero con delicadeza.

—Estoy muy cansada de todos vosotros —añadió con una voz acompasada nada acorde con el denso contenido de sus palabras—. Y no me he tomado pastillas, no. Te digo esto como lo siento. Siempre he sido muy soñadora pero tengo la impresión de haber tocado fondo.

—No sé de qué estás hablando —insistió Julián levantándose con desdén de su esquina.

Al ver el desprecio, ella respondió con rapidez.

—Justo de eso —respondió—, de eso mismo.

Julián se mantuvo a una distancia prudencial notando la incomodidad y sorpresa de las palabras de su mujer.

—Yo he sido la estéril, la loca, la persona sin carácter, el último mono de esta maldita casa. La que no cuenta para tomar decisiones. La que no ve más allá de sus narices. Pero ahora parezco la única que observa en la distancia lo que tú eres incapaz de ver. Y también te diré que igual soy la única de esta mansión que se casó por amor —añadió mezclándolo todo—. Y solo al principio me sentí

correspondida.

—Deja de decir chorradas —insistió su marido Julián. Pero la última frase se le quedó enganchada—: ¿Por qué dices eso?

—Parece que la única que intuye algo en este asunto soy yo.

—No me empieces con tus historias. —Volvió a la carga Julián, imaginando que la alusión de Merche era a su madre—. A mí el asunto que me importa ahora es el de Esperanza.

—Claro, lo entiendo.

Julián la miró dubitativo pero ella misma se lo aclaró.

—El hijo que esperaba Esperanza. Intuyo que era tuyo. No creo que me equivoque.

Aquello lo dejó descolocado. Y lo negó.

—Deja de decir bobadas.

Ella respondió con sensatez y entereza.

—No, no digo tonterías. Supongo que tus idas y venidas nocturnas por el pasillo no serían solo para darle las buenas noches a Esperanza —preguntó la mujer socarrona pero en el tono de voz suave y delicado que era habitual en ella.

El silencio fue muy espeso. Por eso mismo la mujer prosiguió sin arredrarse.

—¿Quién la contrató? Tú, aunque le pusieras de parapeto a tu hermano, fuiste tú, ¿recuerdas? ¿Quién sugirió que tuviera una habitación aquí? Tú. ¿Quién le dio una participación en la empresa aunque fuera pequeña? Tú. ¿Quién le dio el poder que ostentaba aquí como si fuera la mismísima Verónica? Tú. ¿Quién controlaba sus idas y venidas a Donosti? Tú.

El hombre se mantuvo en silencio.

—Sí, yo la quería como a una hija —prosiguió la mujer—, hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo. Y lo he mantenido así delante de la poli para no involucrarte. Pero también es verdad que he estado a punto de mandarlo todo a la mierda. Me ha faltado poco para contarles todo lo que esta casa esconde. Cómo está todo edificado sobre la soberbia y la ambición.

Julián estaba empezando a conocer de verdad a su mujer. Y esta iba disparada.

—Porque yo sí que me casé estando enamorada de ti. Eso quizá tampoco lo sabes. No soy tonta pero sí he hecho el idiota permitiendo que tuvieras una amante en nuestra casa. Pero seguro que tampoco habrás imaginado que quizá era la propia Esperanza la que quería a ese hijo tuyo para adueñarse de esta casa. Tú no tendrías más que divorciarte de mí para echarme de Marbil y taparme con dinero. ¿Eso tampoco lo veías?

—Eso no es verdad. Ella estaba enamorada de mí.

Merche sonrió de medio lado.

—¿Qué ingenuo! Estaba enamorada de Marbil y de VVV —añadió Merche con convicción—. Puedes estar seguro. Yo también sé escuchar por los famosos

conductos de la calefacción de esta casa. Igualito que hiciste tú con la historia de Verónica cuando eras un crío.

—Eso no es así —rebatió el hombre.

—Estate seguro que es como te lo cuento. Y Esperanza estaba muy colgada del poder y la ambición de ser el número uno, como toda la familia —agregó con entonación muy seria.

Julián se revolvió y acusó la frase. Nunca antes había visto a su mujer hablar así.

—Sois patéticos. Tú, tu cuñada, tu hermano y el cura. Todos queréis lo mismo. La ambición os ciega.

Julián cogió aire para hablar pero solo fue un espejismo.

—Ya sé que tú querías un heredero propio. Claro. No te bastaba con tu sobrino Josu. De verdad, no te enteras de nada. Yo he tenido que tragar carros y carretas. He tenido que soltar lágrimas de cocodrilo delante de todo el mundo por la muerte de la que creí mi amiga, incluso mi hija. Y si no llega a ser por Araceli hoy se lo hubiera contado todo a los polis. Todo. Lo que intuyo de Esperanza y lo que sé de Verónica —dijo la mujer manteniendo el mismo tono de entereza y seriedad. Sus palabras rezumaban verdad.

—No habrías sido capaz de contarlo.

—A punto estuve. Y no lo he hecho porque me pudo el amor que extrañamente todavía te sigo teniendo. Pero ha llegado un momento en que no me importa nada. Esta casa empieza a importarme muy poco.

Julián se sentó en el borde de la cama. Le pareció un lecho distinto al que compartía con su mujer.

—Pero yo y no soy una asesina —añadió Merche—, aunque tengo sentimientos encontrados. No dejo de llorar por la muerte de Esperanza y eso a pesar de la que me tenía preparada. Puede que la sensación de que hubiese sido mi hija sea más fuerte.

La última pregunta era evidente y Merche la soltó como quien recita un epitafio.

—¿Y quién te crees tú que es la única persona de esta maldita casa a la que no le interesa que tú tengas un heredero? —fulminó.

Julián se mantuvo delante del ordenador durante una larga hora. La conversación con su mujer le había descolocado por completo. No podía creerse que ella le hubiese hablado en ese tono. Pensó que acababa de conocer una faceta de Merche que desconocía por completo. Pero lo que más le impresionó fue la sensación de certeza absoluta que le habían dejado sus palabras.

No podía creerse lo que le acababa de contar su mujer. Y la última frase fue la que más le caló. Solo había una persona en Marbil que no quería tener competencia de heredero. Su mujer tenía razón.

No se creyó lo que estaba pensando. Pero él era un hombre con la fuerza necesaria para enfrentarse a quien fuera y lo iba a hacer.

Salió de Marbil y caminó hasta las bodegas. Vio luz en el despacho de Araceli.

Julián abrió la puerta del despacho con cierta brusquedad. Olía a uva recién exprimida.

Araceli lo miró con rictus serio y dejó de escribir en el ordenador.

—He estado hablando con Merche.

—¿Está mejor? —preguntó desde la punta de sus gafas.

—Sí, ya sabes como es.

—Parece que la poli ya nos ha dejado en paz —comentó Araceli.

Julián asintió con cara de circunstancia. Respiró con profundidad antes de volver a hablar.

—Acaba de salir la noticia por internet de que Esperanza estaba embarazada.

—Ah, ¿sí? Roberto estaría contento.

—Sabes perfectamente de quién era ese hijo —añadió el hombre cortante.

Julián se acercó nervioso y le repitió la frase a casi un palmo de la cara y en un tono inquietante.

Ella rehuyó la cercanía levantándose de la silla.

—Por tu mirada parece que tú sí —respondió desafiante.

—Era el hijo que yo siempre había deseado. Y solo hay una persona en esta casa a la que eso no le interesaba. Tú. Querías la herencia de Marbil solo para Josu.

La mujer tardó en contestar mientras los ojos de Julián le interrogaban en silencio.

—Creo que la tensión de la vendimia te ha trastocado mucho.

—No, Araceli, te equivocas, estoy tranquilo. He perdido a mi futuro hijo y a Esperanza pero sé que por lo menos también voy a perder a mi cuñada en la cárcel.

—Yo no he matado a nadie. Pregunta a tu alrededor y quizás encuentres la respuesta.

—No intentes liar a nadie, mi mujer es incapaz de hacer eso.

—Déjame en paz. Yo lo único que he hecho desde que llegué a Marbil es soportar al insulso de tu hermano, cuidar de los desvaríos de tu mujer y guardar celosamente esta casa y sus secretos.

—Tú eres la única capaz de hacer algo así.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

Su cuñado afirmó con la cabeza.

—Te equivocas. Soy una persona juiciosa y ecuánime.

Julián agarró su móvil y lo exhibió desafiante.

—La policía no va a venir. La voy a llamar yo. Hasta aquí has llegado, querida cuñada. Tú también eres una advenediza, como Merche y como lo era Verónica y también Esperanza. Marbil no es tuyo.

—No digas bobadas. ¿Qué vas a hacer? ¿Denunciarme? Todos pertenecemos a esta casa. Marbil es nuestra prisión. No distingue entre apellidos. Nuestro destino no va a cambiar ni un ápice. De eso me encargaré yo.

Julián bajó el móvil con atención al oír a la mujer.

—Tú no estás bien de la cabeza. La poli se encargará de ti.

La mujer se sentó con apatía.

—Olvidalo y dejemos de pensar en este asunto.

—Lo sé todo —afirmó Julián.

—Tú no sabes nada. Yo no quería matar a nadie —se justificó—, pero no iba a dejar que esta campara a sus anchas.

—Tú sabías que esperaba un hijo mío.

Araceli tardó en contestar.

—Yo no sabía nada de eso.

La mirada de Julián fue tan inquisitiva que pareció un dardo. La voz de Araceli explotó con tono contenido.

—Tú estás loco. ¡Mírate! ¡Cómo se te ocurre! Un heredero fuera del matrimonio. Una advenediza con descendencia para hacerse cargo de todo.

—Tú antepones todo para Josu. Eres una asesina y no descarto decírselo a la policía. —Araceli lo miró con recelo—. Todo lo tenías preparado. Utilizaste a Roberto para tus planes, ¿no?

La mujer tardó en contestar.

—Lo hice para protegerte a ti y a Marbil, te recuerdo. Si tú no la hubieses pifiado con la enóloga no nos veríamos en estas ahora. Pero qué más da, el cámara era un tipo sin escrúpulos, tú no conocías a Roberto, en menos de un año lo habría contado a alguien.

—A mí Roberto me da igual, pero yo quería ese hijo —exclamó con rabia Julián.

—Eso no podía ser. No lo permitiría. Esta casa no es una sociedad. Marbil es algo muy distinto. Todos somos esclavos de las vides.

—Eres una psicópata.

Araceli hizo una pausa y continuó.

—Venga no digas chorradas, Roberto era un indeseable. Él se agachó a por el dinero que yo le había dejado en la parte de atrás de su propio coche. Lo tuve que decidir sobre la marcha. Su maletero era grande y de fácil acceso. Fue más sencillo de lo que había imaginado. Después del golpe su cuerpo se quedó casi por completo dentro del habitáculo. Apenas tuve que empujarlo un poco.

Julián escuchaba con temor su relato.

—A Roberto, una vez hecho su trabajo, no podía dejarlo marchar. Lo até y lo traje hasta aquí. Aquello aunque lo tenía pensado lo improvisé, ya sé que fue un error, nunca pensé que lo iban a descubrir tan pronto. No sé cómo lo hicieron, pero eso no cambia las cosas.

Con la mirada fija en su cuñado prosiguió:

—Esperanza no podía tener descendencia de un Sáenz. Eso jamás. Hubiera sido nuestra ruina.

Él bajó la cabeza lentamente.

—Esa mujer me hechizó —musitó en voz baja y casi derrumbado como nunca antes lo había visto. Por unos instantes le recordó a su marido Andrés.

—Me hizo prometerle muchas cosas, pero yo quería ese hijo.

—Eso además ponía en grave peligro algo más importante aún: nuestra cosecha —añadió ella con rabia—. ¿De eso no te diste cuenta? Parece mentira. —Lo miró desafiante—. Ahora lo más importante es que la cosecha está recogida, el VVV donde debe estar y la extraña criando malas.

Julián la miró negando con la cabeza.

—Tú estás loca. Has matado a un Sáenz.

—Venga, no seas dramático. Si viene la policía sabré protegerte.

—Igual esa ayuda que dices la necesitas para ti, porque no descarto contárselo a la policía.

—Olvídalo, no digas tonterías. He hecho lo que debía y no hay que preocuparse. Nadie me vio y el cadáver del cámara no puede hablar.

—Araceli, esto no va a quedar así.

—Y ¿qué vas a hacer? La descendencia está asegurada con Josu. Roberto se encargó de la enóloga y yo de él. Además Roberto era un Judas, se vendió por poco dinero. Cuando le conté que la enóloga no estaba embarazada de él fue fácil. Ni siquiera regateó cuando se lo ofrecí —remató con desprecio—. Llegó a insinuar que lo hubiera hecho gratis.

—Han dicho que la degolló con un corquete.

—Roberto me lo dijo nada más bajar al garaje, donde yo le estaba esperando, que lo había hecho con lo primero que vio y ella tenía uno que le regalaste tú, o sea que no me toques la moral, que podrían involucrarte a ti también.

» Pero me es igual con qué lo hiciera; él tenía sus razones, el hijo que esperaba no era el suyo. Un ataque de celos es hasta cierto punto comprensible, si a mí me hiciera eso tu hermano haría lo mismo.

Su cuñado la miró con frialdad y desprecio, en absoluto silencio.

—Roberto podía embaucar fácilmente con su buena presencia pero también se dejaba engañar en cuanto olía dinero fresco y fácil. Y además, nadie me vio salir del garaje. No hay cámaras en la entrada. De eso ya me cercioré y las gafas de sol que llevaba por la noche no me las quité hasta casi llegar aquí. No cometí ningún error. Y además es mejor así, tu mujer se estaba encoñando con Esperanza. Que si era su hija, que si era la reencarnación de Verónica, y todas esas tonterías que últimamente repetía. Y además para despistarlos, les apoyaremos en lo que dijo ayer tu mujer.

Él levantó la mirada.

—¿Qué dijo?

—Que Esperanza quería ser enterrada aquí.

El hombre hizo una mueca de desaprobación.

—Eso no me gusta —dijo firmemente Julián.

—Pues te jodes —repitió con rabia Araceli—. Yo sí sabía que estaba embarazada. Me enteré por su agenda. Yo tenía copia de la llave donde guardaba la agenda y aunque la guardaba celosamente alguna vez se le olvidaba.

—No puedo creer nada de lo que estás contando.

—Merche le prometió que así sería, y tu mujer no está para que le llevemos la contraria, que está todo el día llorando.

—Eres una...

—No te preocupes —interrumpió la mujer—. Estate tranquilo. Si la poli viene de nuevo es porque tiene que venir. No le des más vueltas. Es su trabajo pero no tienen nada.

—Podrían tener mi ADN en el hijo que esperaba.

—Sí, pero no tendrán con quién cotejarlo, un ADN sin comparar es como no tener nada —contestó Araceli—. Tranquilízate, no hay nada. Yo sabré protegerte. Y además si me tocan los cojones demasiado —añadió— les cuento a los polis una historieta.

—No sé de qué estás hablando —respondió el hombre—. ¿A qué te refieres?

—Muy fácil. Podría contarles que la jefa de producción de EZCOM me amenazó con hacernos mucho daño cuando les dejamos plantados en el programa de televisión que hacíamos con ellos. Lo dijo gritando y amenazando en los estudios, ¿te acuerdas?, delante de mucha gente y totalmente airada.

Los ojos de Julián escuchaban aún más que sus propios oídos.

—Y todo encaja. Una muerte para jodernos. Un buen móvil. Dejarnos sin enóloga a tres días de la vendimia y mandarnos el novio a la laguna. E incluso diré con frialdad que el corquete con el que la degolló se lo regalamos nosotros a

Ainhoa cuando hacíamos el programa. Una mujer tan dura como la puta rubia esa...

—Estás loca.

—Te librarás muy mucho de decir a la policía nada de mí. Como intuya algo te acordarás de mí toda tu vida.

—No puedo creer que hicieses algo así.

—Todos pertenecemos a Marbil. Somos prisioneros de VVV. Y el plazo de admisión de nuevos socios no tiene previsto abrirse nunca —concluyó con ironía.

Ambos se quedaron en silencio unos segundos. Araceli volvió a la carga pero esta vez el hombre calló y los ojos de ambos se cruzaron fijamente sin hacer ningún gesto.

—La muy perra se lo merecía. Cada uno tiene lo que se busca. Es muy sencillo.

Ambos volvieron a mirarse en silencio pero esta vez el brillo de los ojos de Julián apuntaba cierta complicidad.

—¿Y si descubren lo de mi madre?

—¡Quieres dejar de decir cosas raras! Tu mujer te está convenciendo de sus historias. ¿Te das cuenta? ¡Nadie está investigando lo que le pasó a tu madre! Eso sucedió hace mucho tiempo. Ha prescrito. No interesa a nadie. Solo a ella. — Araceli hizo una pausa larga—. Nadie se acuerda de aquello. Nos interesa olvidarlo —agregó la mujer.

Tragó saliva mirando ausente por la ventana y añadiendo a modo de conclusión:

—Y a nosotros ocultarlo. Y descuida, su secreto no saldrá nunca de aquí. Nuestro prestigio depende de ello. Y eso es lo más importante.

Josu terminó de leer de nuevo las páginas arrancadas al diario de la enóloga. Era el texto más alucinante que había leído en su vida y las hojas sueltas las había mantenido en secreto al abrigo de miradas incómodas en un falso techo de su cuarto. Lo había descubierto el día en que se enteró de la muerte de Esperanza. Pero cuando oyó llegar al poli dejó el diario en el cajón del escritorio y salió precipitadamente del dormitorio a esconderse en su propia habitación con la selección de páginas que más le habían llamado la atención. Olvidó cerrar con llave el cajón en el que estaba. Nada de esto había contado a su novia Lorena. En un principio se lo iba a relatar pero en el último momento no fue capaz de hacerlo y le dijo una mentira para acallar sus sospechas. Creyó haberle comentado que de la habitación de la enóloga se había llevado un poco de hierba para que no la encontrase la policía, aunque lo dijo sin convicción. Su novia pareció creérselo. «Qué ingenua», pensó mientras pasaba las páginas arrancadas del diario de Esperanza.

Volvió a leer los párrafos inconexos de distintos días:

Hoy voy a contárselo. No quiero saber nada más de Roberto. Ya sé que no es muy adecuado como regalo de cumpleaños pero este se ha convertido en un estorbo y me tengo que deshacer de él.

[...]

Lo que llevo en mi interior es la semilla de un Sáenz y eso por ahora es lo más importante. Roberto es un tipo agradable sin más, no me aporta nada y debe desaparecer de mi vida. Así de sencillo. No creo que se lo tome muy mal, siempre ha sido un pájaro y se liará con alguna otra enseguida.

[...]

Julián me ha prometido que se va a divorciar de Merche. Voy a ser la nueva Verónica. Araceli tendrá que someterse a lo que yo diga. Estoy esperando el momento.

[...]

El vino de este año va a ser épico. Yo hago VVV. Yo soy Verónica, me lo dice a menudo Julián.

[...]

Estoy harta de recibir órdenes de Araceli. Se cree que sabe algo y no sabe

nada. En poco tiempo estaremos a la par. Yo tendré un hijo y estaré a su altura; no puede ser de otra manera. Igual se tiene que achantar en muchas de las cosas que dice. Yo soy Verónica.

[...]

He cambiado de opinión, no sé si se lo voy a decir a Roberto el jueves. Tal vez se lo diga a distancia, hay veces que se pone muy violento y ahora tengo que cuidarme.

[...]

Las uvas necesitan más tiempo, este año vamos a vendimiar más tarde. Araceli se negará, lo veo venir; le comentaré un día de estos que igual es necesario vendimiar de noche. Se niega a todo lo que yo digo. Estoy segura que me tiene envidia. Es una déspota.

[...]

Hoy ha sido una pasada, casi nos pilla Merche en la habitación. Tengo la sensación de estar embarazada. Lo siento. Cuando lo esté, todo será diferente.

Las páginas del diario eran suculentas, pensó el joven sin dejar de leerlas repetidamente.

Sí, voy a comprar unos carabineros para cenar. No sé, estoy intranquila, no sé cómo se lo va a tomar Roberto. Y cuando bebe dice unas cosas..., que tiene hijos secretos y unas tonterías que no le hago ni caso pero a veces me da miedo. Creo que lo pasaremos bien y me despediré de él en la distancia del teléfono desde Marbil.

Las repetidas alusiones a su madre le llamaron la atención desde el mismo día que las leyó. Pero no había tenido tiempo de asimilarlas y todavía estaba esperando un tiempo para contárselo.

El joven dobló las hojas y las guardó en el falso techo que se había construido en su habitación. En el interior de Josu se estaba instalando una sensación de desasosiego.

El más joven de los Sáenz, como atraído por una fuerza extrasensorial, abandonó su habitación y bajó a la planta de calle de la mansión Marbil pensando en lo que había leído. Ante sí y en una esquina del gran salón estaba la puerta de entrada a la capilla. Justo delante de la fotografía de su abuela. La madera antigua parecía hacer de cancerbera de un lugar sagrado y el joven enseguida

notó la sensación de que la capilla le estaba llamando. Sin saber muy bien porqué, aquella puerta le estaba pidiendo ser franqueada.

Dudó inmóvil delante de la puerta. Tardó cinco segundos en decidirse pero al final giró la manilla y cerrándola tras de sí, entró. Bajó los escalones y encendió la tenue luz del lugar. Aquel sitio le fascinaba. Los recuerdos de su abuela Verónica le llamaban la atención; el misterio de su muerte —quemada viva, decían— le provocaba carne de gallina cada vez que se lo imaginaba. Y por eso solía ir tan a menudo a la habitación que Esperanza ocupaba cuando estaba en la casa, la misma que ocupaba Verónica cuando fue pasto de las llamas. Fantaseaba con que su espíritu habitaba en ella y controlaba el diario de Esperanza. De vez en cuando, con una copia en la mano de la llave del armario donde a veces guardaba el diario, entraba en su habitación y fantaseaba mientras lo leía. Era un secreto que no confesó a nadie y cuando se enteró de la muerte de Esperanza, el morbo por estar en la habitación creció.

Pero ahora, la posibilidad de hacerse con las llaves de la estancia más importante de Marbil, que al igual que la del cajón de la habitación de Esperanza celosamente escondía su madre, y encontrarse en la capilla rodeado de corchetes, botellas de vino antiguas, recortes de periódico y recuerdos, le estaba tocando la fibra y lo ponía nervioso. Le gustaba acariciar las botellas de VVV; era un placer tocar algo mítico. Había unas pocas de cada añada. De las más importantes, las de 1964, solo quedaban cinco magnum. Se acercó a ellas y las observó de cerca, tocó las botellas con la punta de los dedos. Las cinco parecían observarlo con ojos de color granate inquisitivos, apuntándole, y le pareció que su mirada era penetrante y desasosegante. Se agachó y se acercó aún más. Pudo ver el reflejo de su contenido, como si el vino le quisiera contar el misterio del zumo de las uvas encerrado en su interior. Palpó la etiqueta ajada por el tiempo y el silencio en la capilla se tornó abrumador. Se levantó, se alejó de ellas con dos pasos hacia atrás y se colocó en el centro de la capilla. La imagen dándole la vuelta sobre su figura estática parecía encerrarle. Sólo su respiración lo alteraba y no podía alejar de él la sensación de que no estaba solo. El espíritu de su abuela lo estaba llamando. Un escalofrío le recorrió el cuerpo con una extraña mezcla de miedo y curiosidad, y también de respeto. Recordó las miles de veces que había visto las fotografías de su abuela y notó su presencia fuerte y erguida sobre aquella estancia. Su belleza insultante, su melena morena y sus ojos negros. Su presencia, que barría cualquier competencia humana que no fuera divina. Y su altanería dominando con mano de hierro Marbil y las vides centenarias poseídas por su fuerza interior, que hacía que crecieran robustas y sanas. Josu imaginó a su abuela dando órdenes y organizándolo todo como muchas veces le había contado su padre Andrés y sintió que aquella capilla era su territorio. «Y era así», pensó reafirmandose. Su cadáver yacía a menos de cincuenta metros bajo tierra, casi a la misma altura en el subsuelo de donde se encontraba él y tuvo la

sensación de estar ahí por algo. Lo había pensado muchas veces pero hasta hoy no se había percatado de su importancia. «Ella habita aquí. La magia de los muertos que controla la parte que los vivos no entendemos o no queremos entender», pensó lúcidamente el joven. Marbil era de su propiedad y su sombra no había hecho más que mitificar su figura. Pensó en hablarle pero de nuevo el miedo lo atenazó. Sin embargo, logró superarlo acordándose del valor de su abuela.

—Abuela Verónica, estás ahí ¿verdad? —preguntó con más miedo que decisión y en un tono de voz perfectamente audible.

El silencio absoluto fue la respuesta. Pero eso no amilanó al joven.

—Abuela, ¿quieres algo?, ¿necesitas algo? —dijo en voz más alta.

De nuevo la calma sonó como un bofetón de realidad.

—Abuela Verónica, dime algo, sé que estás ahí. Te estoy sintiendo —afirmó en un alarde de convicción.

El ruido atravesó la estancia como un rayo y aquello sí que aceleró aún más el pulso de Josu.

Giró la cabeza con rapidez y vio cómo la vela que estaba a los pies de la Virgen de los Reyes se había caído haciendo un estruendo que a él le pareció el estallido de una bomba.

La contempló en la distancia y se asustó. El pánico le erizó hasta el último de sus pelos pero a la vez sintió una paz interior casi instantánea. «La abuela está allí», pensó. Era lo que necesitaba para confirmar que Verónica se encontraba en la capilla y le estaba hablando. Pero no era consciente de lo que esta quería. Por primera vez desde que entró se sintió tranquilo. Su abuela no podía hacerle daño ni causarle temor pero comenzó a obsesionarle la idea de que ella necesitaba algo. Necesitaba saber qué es lo que quería. A pesar de no haberla conocido, su abuela había vivido en su recuerdo rayano en la obsesión, alimentado por su familia y por las mil veces que se le nombró; las miles de veces que se le recordó; las millares de fotografías de su figura altiva; las mil lágrimas derramadas en su memoria; las miles de siluetas de vides ancianas acariciadas por su imponente figura. «Mil veces la tuve en mi memoria. Es el ángel protector de Marbil», pensó Josu.

—Abuela, ¿qué quieres? —volvió a preguntar el joven.

Nada ni nadie se movió. El eco de las palabras se apagó casi tan rápido como el tiempo que tardó en pronunciarlas. Pero algo en su interior le hizo acercarse a las botellas de VVV 1964. Fue de nuevo una brisa fantasmal en un lugar donde era imposible que hubiese viento.

Las botellas lo estaban llamando.

Se agachó y leyó en la que estaba más arriba la fecha de la añada escrita en letra cursiva. Mil novecientos sesenta y cuatro, y encima, la misma cifra escrita muy pequeña con números. Las tres uves dominaban el centro de la etiqueta

pero él no se estaba fijando en ella. El color del interior de la botella que estaba más abajo era distinto; era una diferencia de tono muy leve pero le llamó lo suficiente la atención como para mirarla más de cerca y con más detenimiento. Las características eran las mismas pero algo en su interior le dijo que esta era diferente.

Pensó en no tocarla, en que estaba haciendo algo que no debía y el pulso se le aceleró como si estuviese haciendo lo más prohibido que nunca hubiera hecho. Pero no pudo resistir la tentación. Fue más fuerte el sentimiento de que su abuela Verónica lo estaba empujando y por un momento volvió a acordarse de la escasa distancia que existía entre el cadáver de su abuela y el lugar donde se encontraba. El espíritu de ella planeó de nuevo por la estancia y Josu se percató una vez más de una brisa que solo parecía existir en su imaginación que le despeinó los pelos y a erizados del cogote.

«Es ella. Es mi abuela que quiere que haga algo», se dijo. «Pero no sé lo que es. El espíritu de VVV me lo está diciendo y no lo entiendo», se atascó el joven con la mirada puesta en los magnum de VVV. Pero ya no había marcha atrás, una de las botellas era distinta. Y se decidió a moverla. La imagen de su madre Araceli se le apareció inquisitiva pero cerró los ojos para alejarla y prosiguió. Con extremo cuidado sostuvo la que estaba justo encima de la que le interesaba y la sacó de entre el polvo acumulado con el paso de los años en aquella extraña mezcla de bodega y lugar litúrgico al que llamaban la capilla. Pesaba lo mismo que las demás, pero al mirarla al trasluz observó que en su interior no había ningún líquido. Lo acercó aún más a una de las bombillas y no dio crédito a lo que veía.

La parte inferior de la botella estaba llena de tierra. En la superior creyó ver lo que parecía un papel. No supo qué hacer.

Pero enseguida se dio cuenta que él no estaba decidiendo el momento, sino que su abuela, igual que hacía cuando vivía, había tomado las riendas. Ella había decidido que era el momento de que su joven nieto conociera la verdad. La verdad durante tantos años oculta.

Con todo el boato que necesitaba la ocasión, Josu se acercó al pequeño cajón donde estaban los abridores, justo al lado de la estancia de los corchetes, y agarró uno. Rajó el gollete a lo largo del cuello con la pequeña navajita con cuidado, con el pensamiento puesto en volver a recomponerlo cuando averiguase qué había en el interior de la botella. Hundió el espiral en el corcho y con cuidado de no romperlo hizo palanca. Este cedió con relativa facilidad. Lo desenroscó y pasó los dedos por la señal que había dejado en el corcho intentando que se notara lo menos posible. Miró en su interior y vio lo que parecía un palo, que resultó ser una hoja enrollada. Con cuidado volcó la botella y junto con algo de tierra salió el comienzo del grueso papel, que se atoró un poco en el cuello pero asomó lo suficiente como para que los dedos del joven tiraran de él. Josu miró con

curiosidad en el interior de la botella por si hubiese alguna sorpresa más, pero no fue así.

El papel estaba escrito por las dos caras y su forma se mantenía gracias a un trozo de tela a modo de goma que sujetaba la posición. Tiró del lazo y lo retiró pero la forma del escrito se mantuvo. Tuvo que utilizar las dos manos para desenrollarlo y notó adrenalina de la mejor calidad recorriendo sus venas cuando miró la firma en el anverso del papel. El marido de Verónica.

Su abuelo José Javier.

Sus orígenes estaban llamando a la puerta de su mente y el ruido de los nudillos golpeándola lo hizo volar.

Miró alrededor con el pensamiento incómodo de que estaba solo y a punto de descubrir algo que no debía. Pero enseguida lo rechazó pensando que era su propia abuela la que quería que su nieto lo leyera.

Padre Esteban:

A ciertas edades avanzadas la muerte se entiende cada vez mejor. Y yo he decidido marcharme porque me es imposible seguir con el recuerdo de Verónica atormentándome. Tú, mi hermano, padre Esteban, me has perdonado repetidas veces pero creo que Dios no lo ha hecho. Cedí a un arrebato de locura cuando me enteré de que mi mujer estaba con el dueño de Bodegas Milos y esperaba un hijo de él. No tuve más opción que hacerla desaparecer. Pido perdón a mi familia. Pido perdón por la brutal forma de degollarla cuando desde su cuarto me desafió. Pido perdón por el fuego que provoqué en un intento de destruir su cadáver, que casi hace arder la casa por completo. Te pido perdón a ti Verónica, no te merecías esto pero tu mirada altiva después de decírmelo pudo conmigo. Yo no podía concebir que mi mujer tuviera un hijo de ellos. No podía compartir mi familia. Y menos aún Marbil.

Escribo estas palabras al borde de mi muerte, temprana pero inevitable. Esteban, gracias por ocultarlo todo. Por ayudarme a salir de aquella situación aunque mis remordimientos son tan grandes que ya no tengo ganas de vivir. Veo a mis hijos Andrés y Julián muy ilusionados y creo que tienen el valor de hacerlo ellos solos, sin mí. Sé que mantendrán el VVV como el mejor vino del mundo y yo tengo que pagar por mi error, las veinte pastillas que tengo en mi mano se encargarán de hacerlo. Aquí sentado en la tierra que tanto amé y respeté para que diera el mejor vino, rodeado de vides tan antiguas como mi vida. Pido disculpas a todos, también a ti Verónica, porque a pesar de todo necesito reunirme contigo, bajo los cipreses. Necesito que me vuelvas a querer.

Te escribo a ti como última despedida y te pido perdón padre Esteban, mi amado hermano, y quiero que cuando leas este escrito, lo rompas y

reces una oración por mi alma. Nadie más debe saber la verdad.

José Javier Sáenz. Diciembre de 1985.

Josu se mantuvo durante varios minutos en silencio. Lo leyó tres veces seguidas y sumido en el estupor, no notó que tenía compañía en la capilla.

Le pareció intuir en la penumbra el brillo de los ojos de una mujer, que le hizo dar el mayor respingo de su vida.

Una brisa ligera de nuevo atravesó la estancia y pareció como si su abuela aprobara la situación.

Josu tembló sin atrever a moverse.

El legado está ahora en mí.

La presencia de su abuela era real en la mente del joven.

« El padre Esteban conocía mucho de esta casa —pensó—. Y lo ocultó. Pero ahora todo el mundo debe saberlo. Igual el día de mañana necesitarán esa información que nunca debió esconderse. Pero por otra parte creo que no debo contárselo a nadie. Las botellas con cierta edad tienen más posibilidades de estar malas. Como este escrito —pensó—. Es el talismán de un ritual mágico que se debe llevar a cabo para que se dé la cosecha del siglo —se convenció—. La muerte dará la vida. Y el sacerdote sabía eso y nunca se atrevió a deshacer la liturgia» .

« ¿Quién soy yo para destruirla? » , concluyó.

Los ojos abiertos de Josu se negaban a parpadear. Su cabeza no dejaba de trabajar.

« Vuelve a meterlo en la botella y llévatela » , pensó.

Dudaba.

El joven miró lo que parecía la silueta de una mujer flotando en el aire, sin creerse del todo que él iba a ser la persona encargada de ocultarlo o por el contrario, de darlo a conocer. Y eso era decisión suya. Mantener el secreto de Verónica pero ahora también el de Esperanza.

Traicionar a su abuela como habían hecho sus antepasados o enseñar al mundo lo que de verdad pasó en Marbil.

Dejar que la figura de la enóloga muera con su verdad o no.

Josu pensó que no podría defraudar a su abuela Verónica. Notó un peso de responsabilidad sobre sus espaldas. Dejó la botella casi igual que la había encontrado.

Cuando salió de la capilla lo único que vio a través de los cristales de la sala de Marbil fueron dos coches de la ertzaina.

El auricular del teléfono osciló colgando del cable cuando Ana salió disparada hacia la puerta.

—¡Ana!, ¿qué pasa? —gritó Ainhoa Carreño desde el otro lado de la línea de teléfono. La voz que salía por el auricular apenas era audible—. ¡Ana! —repetió.

Pero la mujer se encontraba en la puerta de casa y era imposible que la oyera.

Ana la abrió con brusquedad. La luz del descansillo estaba encendida. Al ver a las gemelas se agachó y las abrazó como nunca antes lo había hecho. Con lágrimas en los ojos y sin dejar de apretarlas contra su pecho les preguntó de dónde venían, dónde estaba su padre.

—¿Por qué lloras? —preguntó una de las niñas.

—¿Dónde está vuestro padre? —repetió alzando la voz.

Una de las gemelas se asustó y comenzó a hacer pucheros. Su madre intentó tranquilizarla mientras observaba sus zapatitos con restos de barro.

—Yo me he aburrido un poco —dijo una de ellas—. Hemos visto anocheecer en la playa de los frailes.

—¿En el acantilado de la playa de los frailes?

—Sí, el *aita* nos ha llevado allí. Pero ahora se ha ido, parecía que tenía prisa. Nos ha dejado en el ascensor y se ha ido a casa de un amigo. Nos ha dicho que luego te llamará.

—¿Habéis subido solas en el ascensor?

Las niñas afirmaron con la cabeza.

—Es que ya somos mayores —dijo una de ellas—. Yo tengo mucho sueño —dijo la otra.

Cuando las tres mujeres entraron de vuelta en el salón de casa, Ana Zaldívar se percató de que el auricular estaba todavía colgando y emitiendo el sonido agudo característico de que la comunicación con Ainhoa se había cortado.

Lentamente, con la respiración alterada y el pensamiento alejado de sí misma, lo colgó.

Con la mirada fija en el aparato decidió que su nueva vida acababa de empezar.

El frío de la noche se colaba por el balcón abierto.

Agradecimientos

Muchas personas me ayudaron a que esta novela tuviera el aspecto que tiene ahora. Me asesoraron de arte, de amistad, de vino, de letras y frases y de rodajes en plátos llenos de platos.

Mariano Hernández, *somelier* del restaurante Arzak Jostexo Bezares y Javier Pérez Ruiz de Vergara, de Bodegas Marqués de Vargas. Manu Méndez de la vinatería de Gros. Enrique Eguiluz, Miguel Eguiluz, e Ignacio Fernández, de Bodegas Heredad de San Andrés. El vino es su vida y les agradezco que sea así.

Kany Peñalba. Aitor Imaz. Juan Miguel Gutiérrez. Ana Gutiérrez. Jesús Alonso. María Dolores Campos. Aurelio Erdozain. Itziar Bandrés. José Antonio Márquez. Pepe Barrena. Almudena Cacho. Todos del equipo de la familia y amigos. Psicólogos, realizadores de cine, productores, médicos, artistas, e historiadores de arte que se atreven a leer los originales.

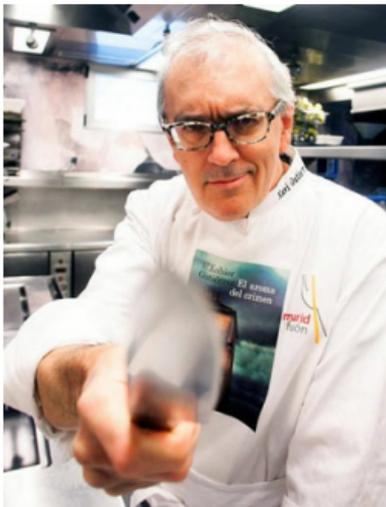
Anna Soldevila, Alba Serrano, Sònia Casals, Alba Fité, Núria Ostáriz, Emili Rosales, del equipo editorial de Ediciones Destino. Desde que les conozco no me atrevo a escribir una frase sin su aprobación.

Todos ellos me dieron bastante más de lo que les pedí.

Merci beaucoup, que diría Française, muy sinceras.

PD: si me he olvidado de alguien, que podría ser, no digo que no, le pido disculpas y le dejo una línea de puntos para que el afectado se incluya él mismo.

Gracias a



XABIER GUTIÉRREZ MÁRQUEZ (San Sebastián, España, 1960). De profesión: psicólogo-cocinero-pensador.

Vive en San Sebastián. Trabaja en el Restaurante Arzak, en San Sebastián y en algún sitio más.

Sus intereses: cocinar, cocinar y cocinar,... y escribir. Autor de 14 libros de gastronomía, algunos tan divertidos como *Renueva tus recetas de siempre*, *Abre la nevera* y *cocina con lo que encuentres* o *Cocinar de cine*.

Leer a este cocinero de raza, asesor de varios restaurantes pero sobre todo ligado a Arzak, es un placer no sólo por lo que sabe, sino por el humor que destilan las entradas de su blog, y la cantidad de buenas ideas culinarias que contienen.

Gutiérrez se lanzó a la aventura en internet «por la rapidez en poder enseñar cosas». «Los libros se me hacen muy lentos desde que tengo la idea. Me encanta escribir y sigo haciendo libros, pero el blog tiene una inmediatez cojonuda. Cero cortapisas» .